

Todos los ejemplares llevarán mi firma, y los que carezcan de esta formalidad serán tenidos por furtivos, y denunciados como tales con arreglo á las Leyes.

A. Ch. de Verneuil

DEFENSA

DEL

CRISTIANISMO.



DEFENSA DEL CRISTIANISMO,

Ó CONFERENCIAS

SOBRE LA RELIJION,

POR

EL EXCMO. SR. CONDE DE FRAYSSINOUS,
Obispo de Hermópolis, primer Capellan de S. M. Cristianísima, Par de Francia, Ministro y Secretario de Estado y del Despacho de los Negocios Eclesiásticos y de la Instruccion Pública, uno de los cuarenta de la Academia Francesa, Gran Cruz de la Real Orden de la Lejion de Honor, etc. etc.

Traducidas al castellano, y dedicadas al Excmo. Señor Nuncio de su Santidad en Madrid,

POR D. F. T. A. CHALUMEAU DE VERNEUIL,
de la Orden de San Juan, y de la Real y distinguida Orden Española de Cárlos III; Oficial mayor de la Universidad de Paris, Inspector de los estudios y Catedrático de historia en los Colejios Reales de Estanislao y de Versalles, Individuo de las Reales Academias Española y de la Historia, de la Sociedad de Jeografía, de la Sociedad académica de Nantes, etc, etc.

TOMO I.

MADRID.
En la Imprenta de D. LEON AMARITA.
1826.

Al Excmo. Señor

DON SANTIAGO GIUSTINIANI,

DE LOS PRÍNCIPES DE BASSANO Y DUQUES DE CORBARA, CABALLERO GRAN-CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III: POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, ARZOBISPO, OBISPO DE IMOLA, PRELADO DOMÉSTICO Y ASISTENTE AL SÓLIO PONTIFICIO DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE Y SEÑOR LEON, POR LA DIVINA PROVIDENCIA, PAPA XII, Y NUNCIO DE LA MISMA SANTA SEDE EN ESTOS REINOS DE ESPAÑA, CON FACULTAD DE LEGADO A LATERE, ETC. ETC. ETC.

Excmo. Señor:

Al publicar traducida al español la grande obra en que un Pre-

lado virtuoso, el mas célebre de los apolojistas modernos de nuestra santa Relijion, y digno Ministro de S. M. Cristianísima, combate victoriosamente y destruye en una série de elocuentes discursos todas las objeciones suscitadas y tantas veces repetidas con un estúpido encarnizamiento por la falsa filosofía del último siglo, aterrando así la hidra de la impiedad: trabajo á que me dediqué, no ménos escitado por el deseo de ser útil á la Relijion y á la España que animado por los consejos de V. E.; ¿á quien podia dedicarle mejor que al digno representante en estos reinos del Vicario de Jesucristo en la tierra, Jefe su-

premo de toda la Cristiandad? ¿á quien mejor que al noble descendiente de aquel famoso Giustiniani, último jeneral que combatió en el oriente por la fé cristiana y por el último de los Césares, y que fiel á ambos acompañó á Constantino-Dragoses en aquel momento sublime en que, con la cruz en una mano y la espada en la otra, se arrojaron juntos desde los muros de Constantinopla entre las victoriosas huestes musulmanas, en donde hallaron una muerte no ménos santa que gloriosa; que á aquel cuya familia vinculando en ella el heroismo tuvo, ménos de un siglo despues, la gloria de dar en un solo dia diez y

ocho mártires á la Iglesia en la persona de otros tantos jóvenes que presos en la isla de Scio, y, héroes ántes que hombres, prefirieron dar el cuello á la cuchilla mahometana mas bien que abjurar la relijion de sus mayores y disfrutar á este precio los honores y riquezas que debian ser recompensa de su abjuracion: esfuerzo magnánimo, cuya memoria ha merecido conservarse en los cuadros de la sala del consejo de Jénova? ¿A quien, por último, mejor que al ilustre Prelado cuyos trabajos apostólicos han sido tan útiles á la Iglesia de España, la cual no le verá sin dolor apartarse de su seno, y cuyo conocimiento fué aca-

so el favor mas apreciable de cuantos me dispensó uno de los mas dignos hijos del primer Baron cristiano, *aquel noble Duque Mateo de Montmorency, cuya inesperada y reciente muerte lloran la Relijion y la Francia, y que no ménos que V. E. y que yo amaba la España y profesaba la mas inviolable adhesion á su augusto actual Soberano y á toda la Real Familia de los Borbones?*

Impelido de estos motivos pongo bajo de la proteccion de V. E. mi version de la Defensa del Cristianismo. *En España lo mismo que en Francia todo lo que es útil á la Relijion es útil al Rey; y estas dos con-*

sideraciones me dan la seguridad de que V. E. se dignará acojer con la benevolencia que me dispensa esta lijera prueba del respeto con que soy,

Excmo. Señor:

de V. E.

el mas atento y reconocido servidor

F. C. A. Ch. de Verneuil.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

. . . .
. . . .
La verité venge sa gloire
Et pour assurer sa victoire
Prend les traits du grand Frayssinous:
Par lui l'erreur est abattue,
Et l'impiété confondue
Court se prosterner à genoux.

Et Toi, Mortel Apostolique,
Chéri de la Divinité,
Prête encor ta voix prophétique
Aux accens de la vérité!
Contre l'impiété coupable
D'un bouclier impénétrable
Tu n'es pas en vain revêtu:
Achève de venger l'injure
Que fit une race parjure
Au nom sacré de la Vertu!

(M. Laurentie: *Ode à la Vérité.*)

En medio de mi contínua asistencia á las inmortales Conferencias del célebre y virtuoso Abate Frayssinous, y entre la inmensa muchedumbre que se reunia para oir al orador sagrado á cuya voz elocuente levantaba ya la opinion pública los altares de Cristo abatidos por el ateismo revolucionario; y cuando participaba de la emocion jeneral que la santidad del

lugar apénas nos permitia contener en nuestros corazones, mil veces me asaltó la idea y sentí nacer en mí el deseo de hacer partícipe de estas Conferencias á la católica España, cuya antigua gloria aprendí á respetar desde la infancia, y cuya bella y rica literatura admiraba no ménos que amaba á sus habitantes y hasta su mismo suelo, mirándola por inclinacion como una segunda patria, si el autor se decidia á darlas á luz cediendo á las incesantes instancias de los que ó habiéndolas oido deseaban leerlas y meditarlas contínuamente, ó no habiendo tenido esta fortuna esperaban y anhelaban su publicacion como un beneficio; pero siendo individuo de la Universidad de Francia, de la que el autor de las Conferencias habia de llegar á ser ministro, estaba muy léjos de pensar que podria algun dia dedicarme á su traduccion en el seno mismo de la España, y fijado en su capital. Habiendo sin embargo venido á este reino, disfruto en él de la benevolencia de aquel grande hombre, y debo á su bondad el poder entregarme con mas desahogo á las investigaciones científicas y á las ocupaciones literarias que me retienen en este hermoso pais, y por último la satisfaccion de publicar mi traduccion al español de su *Defensa del Cristia-*

nismo á la sombra misma del trono de S. Fernando, y en la patria de Santa Teresa, de Granada, y del piadoso Rector de Monterey (1). ¿Y que desahogo mas dulce podia dar á mi corazon en medio de otros trabajos mas áridos y fatigosos que el de rendir un justo homenaje al ilustre jefe del cuerpo á que tengo el honor de pertenecer; ni en qué podia emplear mas útilmente mis ocios que en ofrecer á la España, traducida en su armoniosa lengua, esta obra que, como ha dicho recientemente uno de nuestros mejores publicistas (2), *es uno de los mas felices acontecimientos de este siglo, porque es el mas adaptado á sus necesidades?* Pero ántes de entrar en los pormenores relativos á esta importante obra de que creo indispensable dar alguna noticia, permítaseme trazar un ligero bosquejo de la vida de su autor.

Dionisio Frayssinous nació de una familia distinguida en Curieres, diócesi de Rhodez, en 9 de mayo de 1765, y sobresalió muy luego por sus progresos estraordinarios en el estudio

(1) ALFONSO RODRIGUEZ, de la Compañía de Jesus, autor del *Tratado de la perfeccion cristiana*, nacido en Valladolid en 1526, muerto en Sevilla en olor de Santidad en 1616.

(2) EL SR. CONDE DE BEAUREGARD.

á sus pensamientos y á todos los aspectos de su asunto, la enerjía y pureza de su diccion, y por último su irresistible elocuencia no tardaron en atraer una multitud numerosa de oyentes al rededor de la cátedra del Evangelio, y en darle una gran reputacion. Entónces se descubrió un nuevo jénero de elocuencia cristiana, y se vió á un orador sagrado atreverse por primera vez á referir en la cátedra del Espíritu Santo, y sin debilitarlas en nada, todas las objeciones de la filosofía moderna para examinarlas cada una en particular y refutarlas victoriosamente. Su predicacion se dirijia con especialidad á la juventud, á la que queria fortalecer contra las objeciones de la incredulidad disipando las preocupaciones con que se ha procurado con tanto empeño fascinarla de un siglo á esta parte. No tardó un gobierno que se decia amigo de la relijion en adivinar su objeto, y á la tercera Conferencia se mandó al orador comparecer ante la policía de Buonaparte por la que se le interrogó con la mayor severidad. Se le intimó que no podia continuar predicando á ménos que no consintiese en recomendar á sus oyentes la obediencia á las leyes de la conscripcion, á lo que contestó que esta era una materia enteramente estraña

á su asunto, y que creía servir bastante al gobierno establecido formando buenos cristianos. Por último consiguió con la mayor dificultad que se le permitiese continuar la predicacion de sus Conferencias, en las que obligado á hablar del gobierno imperial se limitó á dar gracias á Dios porque empezaban á restablecerse los altares; y aun así, aquella tenebrosa policía le mandó interrumpirlas en 1809. En esta época le ofreció el clero de la metrópoli un canonicato de la Iglesia de Nuestra Señora; pero el jefe del gobierno no consintió en que se le diese. Sin embargo, algun tiempo despues fué nombrado inspector de la Universidad de París por el Conde de Fontanes, Gran-Maestre ó Cancelario de la Universidad Imperial de Francia. Mantenido en este destino por el Rey Luis XVIII á su primer regreso á Francia, en 1814, se apresuró á continuar sus Conferencias; pero á la invasion de Napoleon, en 20 de marzo de 1815, se retiró á las montañas del Aveiron, de donde no volvió hasta la segunda entrada de Luis XVIII, quien le nombró, al momento, uno de los cinco individuos del Consejo Real de Instruccion pública. No pudiendo hacer oir en él su voz con bastante eficacia, y viendo siempre contrariadas sus miras por el bien público, prefirió

un noble retiro á contestaciones siempre inútiles, y dió su dimision. Entónces le concedió el Rey una pension de seis mil francos en recompensa de su zelo y de sus tareas, y volvió á dedicarse á combatir con ardor en la Cátedra de la verdad los dogmas del filosofismo que las prensas francesas esparcian con mas profusion que nunca por la Francia y la Europa toda. Respetado y aplaudido siempre por una multitud de admiradores, disfrutaba ya por solo su carácter de Ministro de Jesucristo, por la gloria de un talento superior, y sin mas títulos que los de hombre virtuoso y de predicador de la verdad, los mismos homenajes de que es objeto despues que la justicia y la estimacion de su Rey le revistieron de la mitra episcopal, y le elevaron á los primeros honores y cargos del estado, poniendo en sus manos el poder: y entónces le dió ya la admiracion de sus conciudadanos el glorioso renombre de *moderno Bossuet*. Precedido de este título fué escojido, en 1817, por la Academia francesa para pronunciar en ella, el 25 de agosto, el discurso de costumbre en honor de San Luis, el cual considerado como una obra maestra puso el colmo á su reputacion, y preparó su acceso á la silla aca-

démica, condecorándole ademas S. M. Cristianisima con la órden de la Léjion de Honor. Así continuó sus Conferencias en S. Sulpicio hasta el año de 1822 en que cesó en ellas. Escitado todavía por su zelo y animado por el gran número de conversiones, fruto de su predicacion, hubiera proseguido aun en el año de 1823, á pesar de la debilidad de su salud, esta série de instrucciones; pero una nueva carrera le estaba ya abierta, y el grande orador iba ya á convertirse en grande estadista. Su alta reputacion en toda la Europa, el reconocimiento público, la admiracion y aprecio de la Francia entera y de su Rey le elevaron sucesivamente, en 1823, á los cargos y dignidades de Obispo de Hermópolis, de primer Capellan del Rey, de Conde y Par de Francia, de Gran-Maestre ó Cancelario de la Universidad Real, y de individuo de la Academia francesa. En fin, en el año siguiente, queriendo el Rey reconcentrar en Francia la administracion del Culto Católico, perfeccionar la disciplina de sus establecimientos, y asegurar la distribucion de los empleos y dignidades eclesiásticas en hombres virtuosos, erijió en ministerio independiente la administracion de los Negocios Eclesiásticos reunida á la de la Instruccion Pú-

blica, y confió este nuevo ministerio al hombre hábil y justo que gobernaba su Universidad con tanta prudencia, y cuyo nombre no era ménos glorioso en los fastos de la virtud que en los de la ciencia y de la literatura: y este es el ministerio que desempeña en el dia el Excmo. Sr. Conde de Frayssinous para bien y gloria de la Relijion, de la Francia y de su Rey.

Tal es el ilustre orador de cuya vida acabo de delinear los principales rasgos en este lijero bosquejo, y cuya mas importante obra presento á la España. Podrá acaso ser en el reino católico de una necesidad ménos imperiosa que en el reino cristianísimo, porque las falsas doctrinas, enemigas atrevidas del órden y de la verdad, hayan circulado ménos en uno que en otro. ¡De cuanta utilidad sin embargo pueden ser estas Conferencias á los pueblos de Fernando VII! Corrompidas y alteradas las antiguas y austeras costumbres de los españoles por la guerra de seis años, introducida la relajacion en su creencia y la licencia en su conducta, circularon los malos libros con profusion en toda clase de personas, y se esparció por todas partes el veneno de las malas doctrinas. Revoluciones posteriores y discordias civiles, no solo no permitieron

á la España reponerse de las crueles ajitaciones de una guerra no ménos desastrosa que llena de gloria para ella, sino que rompiendo el freno de las leyes dieron mas impulso á las pasiones, y proporcionaron mas y mas la circulacion de las máximas introducidas ya en ella, fomentaron las divisiones, suscitaron los odios y desmoralizaron por último á una gran parte de la nacion, introduciéndose la corrupcion no ménos en los pensamientos que en el corazon de los hombres. Por desgracia las malas máximas tienen siempre en el corazon del hombre cierto apoyo secreto que las leyes humanas no pueden destruir, y de que sola la relijion puede triunfar. Los gobiernos pueden muy bien enfrenar á los hombres, sujetarlos, arreglar exteriormente su conducta y hacerlos contribuir al sosiego público por el miedo ó por el interes; pero solo las doctrinas relijiosas arreglan al hombre interior, le hacen buen vasallo, buen padre de familia, buen esposo y buen amigo. Ellas solas destierran del corazon los odios, las venganzas y las pasiones enemigas de la sociedad, y arrojan del entendimiento los errores y la preocupacion: ellas abren el corazon del culpable al sentimiento penoso, pero en cierto modo consolador, del remordimiento que le franquea otra

vez el camino del aprecio de sus semejantes: ellas predisponen el corazon al olvido de las injurias; y ellas por fin inspiran las virtudes, á lo que no alcanzan las leyes humanas. ¿Y que obra podrá ser mas útil á esta nacion que la que ilustra los entendimientos con tanta eficacia, é introduce en el corazon de los hombres estos dulces sentimientos? ¿Cual podrá contribuir mas directamente á las miras paternales de S. M. C. dirijidas á formar de todos los españoles una familia de hermanos, á extinguir el jérmen de las revoluciones, y desterrar de entre sus vasallos esas máximas fatales que autorizan la desobediencia y el ultraje al Príncipe, al mismo tiempo que la indiferencia y el desprecio á la relijion y á sus ministros; esas máximas subversivas á las cuales desde que Lutero y Calvino han enseñado al mundo á dudar, debe atribuir únicamente la Europa todas sus desgracias pasadas, y las que acaso la esperan si no se aniquila su funesto influjo? Sí, en este momento sobre todo es cuando reclama la España la publicacion de estas célebres Conferencias, porque en el siglo en que vivimos es preciso, sirviéndome de los espresiones del distinguido publicista ya citado, hablar al corazon de los hombres mas bien que á su imajinacion y á sus sen-

tidos, si se quiere conseguir impresiones duraderas. Un conjunto de pruebas fuertemente enlazadas; el órden natural y progresivo de las verdades morales y dogmáticas presentadas de un modo sólido y brillante, y sacando toda su autoridad de la naturaleza de las cosas y del hombre, y de la evidencia misma de los hechos; la filosofía unida al cristianismo; la moral, las letras, las costumbres, las leyes y los gobiernos recibiendo de él su pureza y su autoridad; destruidas todas las objeciones de los incrédulos con una lójica irresistible; aclaradas y disipadas todas las dudas de los hombres de buena fe por la exposicion franca y la solucion clara y metódica de todas las dificultades: he aquí la naturaleza de esta grande obra que forma un curso completo de instruccion relijiosa, y que, siguiendo en la distribucion y composicion de los discursos que contiene el órden cronolójico de la historia de la relijion, es para nuestro siglo un beneficio tanto mayor cuanto mas viva es la luz que esparce sobre todas las verdades que mas le importa conocer, y cuanto jamas fué mas urjente oponer un dique insuperable al torrente devastador que, desbordándose por todas partes, amenaza inundar la Europa y el mundo.

En una época de confusion en los principios y de licencia en las acciones, cuando la conciencia y la fe parecen casi desquiciadas por un trastorno inconcebible de máximas, de ideas y de hechos, ¿no es una fortuna encontrar en un cuerpo de doctrinas como el que hoy presento al pueblo español, traducido en su idioma, los motivos mas ciertos de consuelo, de esperanza y de firmeza indestructible en la fe, y una regla infalible de conducta en todas las circunstancias de la vida? Las Conferencias del Excmo. Sr. Obispo de Hermópolis al paso que satisfacen el entendimiento y el corazon, derraman un bálsamo reparador y vivificante sobre las llagas numerosas que aflijen á la sociedad, y forman la refutacion mas admirable y mas completa de todos los libros perniciosos que tanto daño han hecho y hacen á todas las naciones de Europa.

Réstame ahora solicitar para mi traduccion la induljencia del público que debe ser su juez. La he emprendido lleno de desconfianza en mis propias fuerzas y con el único objeto de ser útil á la Relijion y á la España, y solo estos poderosos motivos, unidos á las insinuaciones del eminente prelado cuyo ilustre nombre se ve al frente de esta obra, han podido sostener mi valor y

animar mis esfuerzos. Aunque anteriormente he redactado y comentado en una obra de alguna extension las reglas de la hermosa lengua española, la mas majestuosa de todas las de Europa, en nada ha podido este trabajo preliminar disminuir el conocimiento de mi debilidad, pues no por eso deja de ser esta, por decirlo así, la primera vez que escribo en español; pero, por otra parte, mi deseo de corresponder con todo el esfuerzo que estuviese á mi alcance á la recompensa brillante, y tan superior á solos los estímulos que acaso hubiera podido merecer, con que la Real Academia Española se dignó premiar mis primeras tareas; y la benevolencia, los consejos y las instrucciones que me han dispensado los diferentes sabios que la componen, juntamente con la esperanza del bien que podria proporcionar, han reanimado mi confianza. Séame pues permitido en esta ocasion dirijir á todos un testimonio público de mi reconocimiento, y citar como acreedores á mi particular gratitud á los Señores Don Martin Fernandez de Navarrete, Don Francisco Antonio Gonzalez, Don Tomas Gonzalez Carvajal, Don José Duaso y Don Juan Bautista de Arriaza. Estos ilustres sabios, que tanto contribuyen á la gloria de la España literaria, se han servido concederme su apreciable

amistad despues de haberme elevado á la clase de su colega, cuando me hubiera creido suficientemente honrado con que me permitiesen llamarme su discípulo.

A. C. de V.

AL REY CRISTIANISIMO.

SEÑOR,

Si el cristiano no puede ménos de concebir temores por lo venidero cuando ha sido testigo de los estragos de la impiedad, tambien se reanima su esperanza cuando fija su vista en ese trono de San Luis, en

que, despues de tantos siglos, estan sentadas las mismas virtudes; y no puede creer que la fe de sus abuelos esté destinada á perecer en una nacion á la que el cielo ha concedido tales Príncipes.

¡Dichosos, Señor, aquellos pueblos en que la relijion, que es su primera necesidad, se ve sostenida mas por el ejemplo que por la política de los que gobiernan!

Como ministro de esta santa relijion nos corresponde defenderla en la cátedra de la verdad: hemos podido continuar en tiempos mas felices la apolojía que habíamos empezado en otros mas desgraciados; pero ¡de cuanto consuelo no nos es el poderla publicar bajo los auspicios de un Príncipe en quien brilla una piedad tan noble y sincera, y que pueden los discípulos del Evangelio mostrar con confianza tanto á los

enemigos como á los amigos del nombre cristiano!

Dígnese el Padre de las luces *y el* Dios de las virtudes *hacer que mis Discursos sirvan al triunfo de las sagradas doctrinas, que son la mas sólida garantía de la sumision de los pueblos y de la justicia de los Reyes.*

Soy con el mas profundo respeto,

SEÑOR,

DE V. M

muy humilde, muy obediente,
y muy fiel súbdito:

† DIONISIO, OBISPO DE HERMOPOLIS.

ADVERTENCIA.

Los discursos que se dan al público en esta obra han sido pronunciados en la iglesia de S. Sulpicio, delante de un auditorio compuesto, por la mayor parte, de jóvenes de las clases mas ilustradas de la sociedad. Comenzaron en 1803, se suspendieron en 1809, volvieron á continuarse en 1814, y se concluyeron en 1822.

DEFENSA DEL CRISTIANISMO

DISCURSO DE INTRODUCCION.

Al fijar mi vista en este auditorio tan diferente del que por lo jeneral se ve en nuestros templos, no puede ménos, Señores, de ocurrirseme la idea de que entre mis jóvenes oyentes habrá sin duda algunos que, obcecados por un filosofismo engañoso, tengan solo ideas vagas ó falsas acerca de la relijion, y otros que tal vez solo vean preocupaciones vulgares en las verdades mas importantes y mas sagradas. ¡Cuanto han cambiado los tiempos y los hombres! ¡Cuan léjos estamos de los afectos de nuestros mayores y de su piadosa docilidad! En otro tiempo el frances lleno de honor, de fe, y cristiano fiel, tenia la noble franqueza de con-

fesar sus faltas; y aun cuando tuviese la debilidad de quebrantar los preceptos de su relijion, nunca dejaba de respetarla: si, lo que era demasiado comun, sus costumbres no eran tan puras como su fe, y si queria conciliar el cristianismo con los placeres, y la devocion con los deleites, jamas á lo ménos intentaba justificar sus desórdenes con la blasfemia; podia tener seducido su corazon, pero su entendimiento era dócil, y reverenciaba la relijion tan sinceramente como amaba á su Rey y á su patria. Entónces se podian correjir sus vicios por medio de su fe, oponer con fruto á la depravacion de sus costumbres la pureza de sus principios relijiosos, y para volverle á su deber bastaba recordarle su creencia.

En nuestros dias el entendimiento está tan corrompido como el corazon, los pensamientos se han desarreglado como las costumbres, y mas instruidos en lo malo, hemos aprendido á justificarlo; mas argumentadores, pero mé-

nos juiciosos; seguimos deliberadamente las inclinaciones de la naturaleza corrompida, y miramos como cosas permitidas el olvido de la divinidad, la licencia en los discursos, y el desarreglo en las acciones. En la actualidad, ántes de combatir el vicio, nos vemos reducidos á la deplorable necesidad de probar que la virtud no es una quimera, y ántes de predicar la doctrina cristiana nos es preciso hacer su apolojía y defender la causa de la relijion ante sus hijos, del mismo modo que lo hacian antiguamente los Oríjenes y los Tertulianos delante de los Judíos y de los Paganos, sus enemigos. Sí, en nuestros dias la relijion ha sido combatida, ultrajada y hollada mas que nunca; las cosas santas han caido en el envilecimiento; la piedad de nuestros padres ha llegado á ser un objeto de mofa para su descendencia; la impiedad ha descendido hasta el pueblo, y ha inficionado las aldeas como las ciudades: aun aquellos que por su falta de

instruccion deberian ser los mas dóciles, se manifiestan algunas veces los mas tenaces en su grosera rebelion contra el Cielo: la ignorancia tiene entre ellos todo el orgullo de la ciencia; y el ministro del Evangelio tiene el dolor de encontrar, aun entre el vulgo, almas no solamente extraviadas, sino tambien endurecidas contra la verdad.

Estas reflexiones tienen no sé que de triste y capaz de desanimar á los oradores cristianos: ¿que esperanza podemos en efecto tener de traer á las banderas de la fe á un pueblo de desertores, ni qué podrán nuestros esfuerzos contra el desenfreno de la impiedad? El mal, Señores, es grande, muy grande sin duda. ¿Pero deberémos por eso creerle incurable? ¿Y acaso la mano de Dios que ha libertado á la Francia del mas profundo de los abismos, no podrá completar su obra maravillosa?

Aquí, Señores, entre vosotros mismos es donde principalmente debo yo concebir las mas dulces esperanzas.

¿Qué se presenta en efecto á mi vista en este recinto sino una juventud numerosa y brillante, que, arrancándose de la disipacion del siglo, se reune á la voz de la relijion en el lugar santo; y que, dedicada un tiempo á los estudios profanos, se agolpa hoy al rededor de la Cátedra del Evangelio para alimentar su entendimiento y su corazon con las verdades relijiosas y morales? Espectáculo singular y al mismo tiempo consolador, que nos permite creer que la causa de la fe no se ha perdido del todo en nuestra patria; que su fuego sagrado no se ha estinguido, y puede aun volver á arder en ella con nueva actividad. Si, por lo jeneral, la juventud es la época de las pasiones tempestuosas y de los mas tristes naufrajios, es no ménos el tiempo de la franqueza y de los sentimientos jenerosos, y el periodo de la vida en que los corazones mucho mas sensibles á la verdad deben considerarse mas como desertores que como enemigos de la vir-

tud. ¡Feliz yo si cumpliendo con mi ministerio pudiese fomentar tan favorables disposiciones, atraer á la sana doctrina á una juventud extraviada por las pasiones y la mentira, salvar á unos de entre los escollos y la tempestad, é impedir á otros precipitarse en ellos.

Hoy, Señores, no tratarémos en particular ninguno de los asuntos que hacen la materia de nuestras instrucciones; creemos de nuestro deber dar á conocer en un discurso preliminar su motivo, su objeto y su forma.

En todos los siglos han aparecido espíritus impíos y renitentes, enemigos de la relijion y de la autoridad; por todas partes, en todos tiempos y en todos lugares se encuentra el mismo orgullo; este jérmen de revolucion contra Dios y los hombres, que, á manera de levadura de corrupcion orijinal, y por la influencia de causas particulares, fermenta en algunas épocas con mayor actividad, y causa mayores estragos. Yo no dejo de conocer que al

fin del reinado de Luis el Grande habia mayor inclinacion que ántes á las novedades atrevidas y funestas, y que en cierto modo la fomentaba el estado mismo de la civilizacion. Jeneralizada en efecto la cultura del entendimiento, se multiplicaron aquellos imperfectos conocimientos que dan á conocer las dificultades, pero no los medios de resolverlas; y exaltando así la vanidad de una nacion naturalmente altiva, contribuyó á hacerla mas indócil. Los progresos de las ciencias, de las artes y de la industria imprimieron cierta molicie en los ánimos, y cierta sensualidad en los usos de la vida, que hicieron á los hombres mas indóciles al yugo de verdades saludables; y de este modo el epicurismo de las costumbres preparó el de las opiniones. Ya algunos escritores estranjeros ó nacionales habian empezado á lisonjear los corazones con el amor secreto de la independencia, y así es que Fenelon nos dice en uno de sus discursos que llegaba ya á sus

oidos cierto ruido confuso de incredulidad; y Leibnitz, dotado de una prevision tan larga, estaba igualmente sobresaltado al notar que empezaba á esparcirse cierto espíritu funesto que, si no se contenia, produciria muchas catástrofes.

Es cierto no obstante que en esta época las malas doctrinas no formaban la opinion dominante de las clases superiores é ilustradas de la sociedad; es muy sabido que las ideas y sentimientos de una nacion y de un siglo se encuentran en sus escritores contemporáneos; y por esto ha dicho un grande escritor de nuestros dias, que la literatura es la expresion de la sociedad. Bajo el reinado pues de Luis XIV todos los sabios, todos los filósofos, los moralistas, los poetas, los oradores, y en fin los escritores ilustres profesaban en jeneral á la relijion el mas profundo respeto; sus obras apreciadas del público alimentaban por todas partes y fortificaban el amor de lo honesto y

de lo bello; y toda la Francia se encontraba sana y fuerte en sus principios y en su creencia: aun las mas sólidas producciones del entendimiento tenian cierto atractivo para el sexo mas frívolo, y nadie ignora con cuanta ansia iba á escuchar al grave Bourdaloue aquella mujer inmortalizada por sus cartas. Sí, Señores, cuando los que estan destinados á dirijir los entendimientos, y á dominar la opinion de un pueblo, son sinceramente relijiosos, es imposible que este sea impío; entónces los manantiales públicos son puros, y las aguas que de ellos corren llevan á larga distancia la vida y la fecundidad.

Otro tiempo trajo otras costumbres. Luis XIV bajó al sepulcro, y parece que arrastró consigo el jenio de su siglo; y la muerte prematura del Duque de Borgoña produjo la Rejencia. Tocamos, Señores, la época del desprecio de todo decoro, del descaro en la irrelijion y en el vicio, de la manifestacion atrevida de las mas perversas ideas, y de la

mas notoria indiferencia hácia el culto, las instituciones y las leyes de la patria. Bajo el gobierno de un Príncipe que con sus principios y sus ejemplos demasiado conocidos acreditó la licencia mas desenfrenada, se desarrollaron por todas partes los jérmenes perniciosos que encierra el cuerpo social, y hasta el talento destinado únicamente á dar armas á la verdad y encantos á la virtud, lisonjeó bajamente esta fatal disposicion de los entendimientos en lugar de combatirla, y se prostituyó indignamente al vicio y á la mentira. ¡Qué espectáculo tan doloroso presentan en esta ocasion los escritores que debieron ejercer sobre su siglo el mayor ascendiente!

Montesquieu, en medio de los extravíos de una juventud inconsiderada, publicó cartas selladas, digámoslo así, con un talento orijinal, pero manchadas por todas partes con aquel desenfreno del talento que no conoce límites, que censura todo cuanto el sabio

respeta; y entre las gracias de un lenguaje florido, vertió en el alma del lector el veneno de doctrinas temerarias y funestas.

Voltaire, dotado de un talento extraordinario, ridiculizó con el mayor exceso cuanto hay de mas sagrado, sazonó la obscenidad con la blasfemia, y la blasfemia con la obscenidad, disfrazó el cristianismo, sus libros santos y su historia con una malicia refinada, y propagó en la nacion entera aquel espíritu de escepticismo, de frivolidad y de sátira que nada cree y de todo se burla, que se entretiene con los vicios de los hombres como con sus extravagancias; que debilita el horror al crímen; y relajando los lazos de la sociedad, prepara alegremente la disolucion jeneral de las costumbres y el desprecio de las leyes.

Presentóse Juan Santiago Rousseau, y por desgracia de sus contemporáneos fué uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Si por una parte defiende

con calor algunas verdades de que se aprovecharon muy poco, divulgó por otra con profusion brillantes y seductoras mentiras: subyugó los entendimientos con la audacia de sus paradojas y con el fuego de su imajinacion, y el siglo que se llamó á sí mismo *siglo de las luces*, se prosternó delante del sofista estranjero, que publicó con gravedad las mas bárbaras teorías acerca de las ciencias y de las letras, de la educacion y de la sociedad.

Me seria fácil nombrar aquí un sinnúmero de escritores de una clase inferior, que bajo las banderas de sus jefes formaron una liga poderosa contra lo que llamaban *las preocupaciones*, es decir, contra la relijion y la autoridad. Parece que creyeron de buena fe ser unos hombres grandes por haberse dado el nombre de filósofos; pero el tiempo, este enemigo mortal de cuanto es solo mediano, los ha puesto ya en su lugar.

No serémos tan injustos que desconozcamos el mérito literario que tie-

nen los escritos de algunos de ellos; pero nadie ignora que el injenio no es una cosa comun, y no serémos tan simples que nos enajenemos de admiracion por autores que han tenido mas injenio que juicio, que han sido mas sofistas que filósofos, y mas declamadores que elocuentes.

De este modo se vió aparecer en el discurso del siglo XVIII una multitud de escritores ateos, materialistas, fatalistas, deistas, indiferentes y novadores que desnaturalizaron las ideas, asi como el lenguaje, y dieron á los objetos de la veneracion pública denominaciones extrañas que les hicieron odiosos; de modo que la relijion solo se llamó ya *fanatismo*, y la autoridad *tiranía*. Su pluma fecunda multiplicó las producciones en que la corrupcion del entendimiento compite con la del corazon, é innumerables prensas las arrojaron por los diferentes paises de la Europa. Desde esta época yá no estuvo la impiedad relegada en solo algunos li-

bros científicos, conocidos de pocos lectores, sino que se presentó al contrario bajo mil formas, las mas atractivas y mas á propósito para andar en manos de todas las clases de la sociedad, y circuló su veneno por todas partes desde las ciudades hasta las cabañas mas desconocidas. Es verdad que en todos tiempos ha sido combatida la relijion; pero en ninguno fueron los ataques tan repetidos ni tan pérfidos como en este siglo; no solamente se puso en práctica contra ella cuanto tiene de mas sutil el raciocinio, sino que cuanto tienen de encantador la elocuencia y la poesía; cuanto de interesante y raro la historia de los hombres y la de la naturaleza; de chistoso y amargo el epigrama y la sátira, y de injenioso y halagüeño el cuento y la novela; todo, todo se empleó para atraer sobre ella y sus ministros el odio y el desprecio: y al considerar ese diluvio de producciones impías y licenciosas que han inundado la Francia en estos últimos tiem-

pos, nos admiramos, no de que en el dia haya ménos fe que en el siglo de Luis XIV, sino de que, despues de tantos esfuerzos para apagarla, aun haya quedado alguna chispa de su fuego.

El desarreglo de los entendimientos llegó á tal grado que nada hubo ya para ellos verdadero, útil ni necesario en la relijion, y nada fundamental ni venerable en las instituciones, las leyes y los usos: ya no se trató de reformar, sino de destruir; no de limpiar el árbol, sino de arrancarle: todo se conmovió hasta en los cimientos, y una monarquía de catorce siglos se desplomó con un estruendo, que despues de treinta años aun retumba en todo el universo. En medio, Señores, de nuestras conmociones relijiosas y políticas se halló colocada, en cierto modo, la cuna de muchos de vosotros; y jeneraciones enteras criadas y educadas en el seno de la confusion y del desórden, y trasladadas despues en la edad de las pasiones al centro de la corrupcion de nuestras

ciudades y del desenfreno de los campos, solo han podido recibir una educacion imperfecta. Para ellas la relijion de sus abuelos es casi una ciencia desconocida: ¡y cuantos vivirán casi sin relijion y sin Dios, que no siendo impíos por sistema, solo esperan acaso la antorcha de la verdad para seguir fielmente su luz! Otros habrá mas felices sin duda en su primera educacion, pero que han perdido en esta capital los sentimientos que les habian inspirado en sus familias, y que viniendo á beber la ciencia en su oríjen, han tragado en ella el veneno de una espantosa incredulidad. Las malas doctrinas se encuentran mezcladas con tantas producciones literarias y sabias, y cuentan tantos partidarios, que la fe de la juventud corre el mayor riesgo si no se la ilustra y se la fortalece con instrucciones mas sólidas y mas claras que antiguamente. En el dia no es ya suficiente lo que bastaba hace cien años, y el que se lanza en los peligros de un mun-

do impío y pervertido sin conocer ni la relijion ni los fundamentos indestructibles sobre que descansa, es parecido á un soldado que se arroja sin armas y con una loca temeridad enmedio de los batallones enemigos.

En fuerza de estas consideraciones hemos formado el proyecto de facilitar á la juventud el conocimiento de los verdaderos fundamentos de la relijion y de la moral, y con este fin darle una série de instrucciones en que las materias sean suficientemente discutidas para ilustrar los entendimientos dóciles, defenderlos y libertarlos de las asechanzas del error. ¿Por qué, pues, no podríamos formar aquí una especie de academia cristiana, á la que la juventud francesa viniese á ilustrarse con nosotros sobre las augustas verdades que hacen al hombre virtuoso, objeto de mayor excelencia aun que cuanto le constituye hábil? Hubo en la antigüedad una ciudad famosa, tanto por el nombre de su fundador y sus riquezas,

como por su comercio y poblacion: célebre aun en las primeras edades del cristianismo, veia florecer en su seno las letras y las ciencias, y los cristianos vivian mezclados en ella con los judíos y paganos, enemigos tan peligrosos y encarnizados de la relijion: hablo, Señores, de Alejandría. En ella se formó una escuela de filosofía cristiana, en donde brillaron tantos doctos personajes, y en donde despues de haber sido discípulos llegaron por su turno á ser maestros los Clementes de Alejandría, y los Oríjenes, aquel Oríjenes que por la inocencia de sus costumbres, la inmensa variedad de sus conocimientos y las gracias de su talento, atraia y ganaba á los paganos y á los mismos filósofos. ¿No tiene pues la relijion en nuestros dias enemigos tan sutiles y tan peligrosos como los sofistas de la jentilidad? ¿Qué digo, Señores? los antiguos apolojistas mas felices que nosotros casi solo tenian que rebatir una grosera idolatría; pero nosotros te-

nemos que luchar con hombres que introduciendo la corrupcion hasta en la ciencia misma, han venido á parar en un refinamiento de pensamientos, mas funesto aun y mas incurable que la mas bárbara ignorancia.

Estúdiense enhorabuena las ciencias profanas, y cultívense las artes procurando penetrar los secretos de las ciencias mas elevadas; todo esto es laudable sin duda, y la relijion léjos de condenarlo consagra y santifica todo aquello que perfecciona ó hermosea la sociedad sin corromperla, y cuanto contribuye á la pública prosperidad: solo teme la ignorancia y la preocupacion; y al mismo tiempo que exije de sus discípulos la docilidad de entendimiento y la pureza de corazon, abre ante ellos todos los tesoros de los conocimientos humanos. La historia misma atestigua que se debe principalmente á los primeros pontífices de la iglesia cristiana la gloria de haber luchado con la barbarie, de haber rea-

nimado el gusto de las letras y las artes, alentado los injenios, y hecho nacer los mas hermosos siglos de la Europa moderna; pero todo tiene sus justos límites; y si puede haber un zelo lejítimo en favor de las ciencias, pueden ser tambien objeto de una especie de fanatismo. Sepamos libertarnos de todo exceso, y no presumamos que nada queda que saber al hombre porque conozca la historia de las plantas y de los animales, ó las reglas del buen gusto. El conocimiento de las maravillas de la naturaleza, y de las reglas de hablar bien, no es de absoluta necesidad, pues que la mayor parte del jénero humano carece de él; y los errores en que han caido y en que caen aun en el dia muchos sabios sobre el verdadero sistema del mundo físico y las causas de los fenómenos que presenta, no comprometen los destinos del jénero humano, ni impiden que el mundo político y moral siga el curso de las leyes ordinarias; pero nadie puede eximirse

de ser hombre de bien, de conocer sus deberes y cumplirlos; y sin incurrir en la nota de preocupados, nos es lícito pensar que el estudio mas digno del hombre es el hombre mismo. ¿Que uso mas noble podemos hacer de nuestra razon, de que tanto nos envanecemos, y de esta intelijencia que es el dote y el mas hermoso privilejio de nuestra naturaleza, que emplearla en conocer y sentir profundamente las grandes verdades morales y relijiosas que sujetan poderosamente el vicio, llenan el alma de los sentimientos mas jenerosos, y ofreciendo á la desgracia sólidos consuelos no tienen mas objeto que hacernos mejores para que seamos mas felices? ¿Como dejarémos de llorar el extravío del hombre que de todo se ocupa con un ardor infatigable, ménos de lo que mas debe interesarle? Es indudable, decia en otro tiempo con este motivo un doctor de la iglesia cristiana (1), cuyo lenguaje vamos á

(1) S. Gregorio de Nisa.

tomar, que la razon que nos ilumina es una emanacion de la luz eterna. Por ella el hombre está como marcado con un sello divino; por ella se eleva sobre cuanto respira, y es verdaderamente el rey de la naturaleza; por ella, á pesar de la debilidad de su cuerpo, se burla de la fuerza de los animales mas vigorosos, haciendo encorvar al toro debajo del yugo, y obedecer al freno al caballo mas fogoso; por ella osa arrojarse en un frájil esquife al vasto océano, mide la altura de los Cielos y calcula el curso de los astros. ¿Y en que consiste que este ser tan docto y tan intelijente no se dedique á conocer su verdadero bien ni examine las reglas de la verdadera sabiduría? Y vosotros, prosigue el santo doctor, ¡vosotros dotados de intelijencia y de razon no investigais lo que conviene á nuestra naturaleza y puede conducirla á su verdadero fin! ¡Despreciais así vuestros futuros destinos, y ni una sola vez entrais dentro de vosotros mismos para preguntaros en el silencio

de las pasiones: ¿quien soy yo, y que será de mí? ¡En que desprecio, Señores, en que olvido, y en que ignorancia de cuanto concierne á la relijion de nuestros padres se vive en nuestros dias! Si recordamos cuantô sus misterios tienen de mas augusto, de mas tierno y digno de la bondad de Dios, y de mas gloriosò para el hombre, es como si solo tratásemos de una especie de mitolojía, semejante á la de los Griegos ó de los Indios; y si traemos á la memoria la severidad de sus máximas, los deberes que impone y los sacrificios que exije, parece que solo se consideran como mandamientos arbitrarios, y mas bien como consejos que como preceptos; y al aclarar la grandeza de sus promesas y el terror de sus amenazas se conceptuan como quimeras ó invenciones tan fabulosas como las del Elíseo y del Ténaro. Sí, Señores, la relijion se mira como una cosa anticuada, y aun causa admiracion que intentemos defenderla con seriedad.

Contra una preocupacion tan funesta como impía os dirijimos nuestras reclamaciones, y apelamos de los extravíos de una juventud deslumbrada por una filosofía engañosa, á otra juventud mas ilustrada, excitándola á fijar su atencion en una causa que, segura del triunfo ante el tribunal de una razon imparcial, provoca su exámen en lugar de temerle.

Nuestro único temor seria comprometerla por la debilidad de sus defensores: dignos de lástima seríamos á la verdad si desconociésemos nuestra insuficiencia para defender una causa tan hermosa de un modo digno de ella; y al traer á la memoria los grandes hombres que han escrito en favor de la relijion tan docta, tan elocuente y aun tan sublimemente, no podemos ménos de confundirnos al conocer nuestra debilidad, sin que esta injénua confesion sea ni aun una simple ostentacion de modestia. Solo una consideracion puede infundirnos seguridad, y es que for-

talecidos en esta ocasion con la fuerza misma de la verdad y con el sentimiento de una conviccion profunda, que jamas tendrá el incrédulo, podemos todavía servirnos de los ricos despojos de tantos bellos injenios que han profesado y defendido el cristianismo con tanta gloria como fruto. Ademas, ¿qué ministro del Evangelio se olvidará del auxilio que para ilustrar los entendimientos y mover los corazones debe esperar de aquel *cuya voz conmueve el desierto y troncha los cedros*, segun el lenguaje de la Escritura, y que no en vano se llama *el Padre de las luces y el Dios de las virtudes?*

Provistos de todas estas armas, y con la esperanza de todos estos auxilios, podemos entrar con ménos desconfianza en la carrera. Muy importante sin duda seria al triunfo de la verdad que fuese anunciada con todo el brillo y la fuerza que le corresponden; pero aunque no lo sea mas que de un modo puramente razonable, siempre

se sentirá su imperio; y la luz con que brilla llegará mas ó ménos aun á aquellos que quisieran ocultarse á sus rayos. Podrán sublevarse contra ella las pasiones; pero su mismo sobresalto será un homenaje rendido á su presencia; y si con una nube de sutilezas y sofismas podemos alguna vez obscurecer su luz, jamas podrémos apagarla ni impedir que se nos muestre por intervalos, así como el sol penetrando por los densos vapores de la tierra, descubre á la vista deslumbrada su disco resplandeciente.

Os he manifestado, Señores, los motivos y el objeto de nuestras Conferencias: nos resta solo daros á conocer su forma y carácter particular.

La exposicion de los misterios de la fe, de los preceptos del Evanjelio, y de los deberes y prácticas de la piedad, han sido las materias mas controvertidas en la cátedra cristiana, y nuestros primeros oradores las han tratado con tal elevacion de pensamiento, tal

fuerza en sus raciocinios, y tan hermosa locucion, que sus discursos son tenidos por las obras maestras de la elocuencia humana. Nosotros, Señores, seguirémos un camino diferente; nos limitarémos á considerar la relijion solamente en sus principios fundamentales, en las pruebas que fijan su verdad, y en las acriminaciones jenerales que le hacen sus enemigos; procurando, bajo de todos estos aspectos, vengarla de los ataques de la incredulidad. Mas de una vez tendréis ocasion de notar que nuestros discursos son puramente filosóficos, y tales que pudieran pronunciarse en una academia lo mismo que en esta cátedra. Yo confieso que al considerar la santidad del lugar en que estamos reunidos, nuestro carácter de ministro de la relijion, y hasta el traje que nos cubre, deberíamos en algun modo avergonzarnos de usar en la cátedra del Evanjelio un lenguaje profano que en jeneral deberia serle estraño; pero podrá en todo caso jus-

tificarnos la necesidad del nuevo jénero de instruccion que parece exijen los tiempos en que nos hallamos, y la precision de apropiar, cual hábil médico, los remedios á las necesidades y al temperamento del enfermo: tal es en efecto la enfermedad actual de los entendimientos, que es imposible conseguir su curacion sin adoptar un método nuevo. Si nuestras Conferencias no fuesen infructuosas, se nos perdonará fácilmente cuanto en ellas pueda haber de singular y ajeno del tono ordinario de la cátedra cristiana; y si producen alguna utilidad, quedarémos disculpados ante Dios y los hombres.

No penseis, Señores, que para defender la relijion nos entreguemos á vanas y pomposas declamaciones contra la llamada filosofía del siglo XVIII, aventurándolo todo sin probar nada, exajerando las pruebas mas lijeras y callando á propósito las dificultades mas graves. La causa que tenemos que defender no necesita de los rodeos

ni de los ardides de una dialéctica artificiosa.

Nuestra marcha será recta y franca como la verdad, y nuestro método será subir al oríjen de las cosas, y deducir sus consecuencias exponiendo y resolviendo las objeciones. La relijion no teme la luz; desea manifestarse y mostrarse al descubierto. Ella misma escita á su exámen y aun le manda; y si alguna vez se siente ofendida por el orgullo del blasfemo, jamas se cree honrada por los homenajes de una estúpida credulidad. No, los discípulos del Evanjelio no son los del Alcoran.

Poseidos del designio de instruir y de ilustrar, procurarémos convenceros, no arrebataros; ó por mejor decir, procurarémos arrebataros por medio de la conviccion. Despreciarémos las emociones fugaces; y nuestro objeto no será atraeros á una buena accion, ó á un esfuerzo jeneroso pero pasajero; sino uniros á la relijion por medio del convencimiento mas meditado y mas profun-

do. ¡Feliz yo si cada uno de mis discursos disipase en vosotros alguna preocupacion, y haciéndoos concebir temores por el descuido en que hasta ahora habeis vivido, fortificase en vosotros algun deseo de instruiros; de manera que al salir de esta asamblea, lleváseis en vuestras almas el aguijon de la verdad!

Si en nuestro lenguaje procurásemos usar de enerjía, tened presente que nuestros discursos no se dirijen contra las personas, y sí solo contra sistemas que nos es permitido mirar como el azote de las costumbres y de la sociedad. Tampoco encontraréis en nuestras palabras una hiel que no se halla en nuestro corazon; pues el desgraciado que se estravía es aun mas digno de compasion que de enojo; y á la vista del incrédulo debemos recordar aquellas palabras del apóstol: *què el que está de pie tema caer.* Tendrémos presente que si la relijion no transije con los errores, porque es la verdad pura, tambien está llena de con-

descendencia con las personas, porque es la misma caridad. No por esto olvidarémos que la caridad no debe ser débil; y que si es induljente, no por eso lisonjea las pasiones: que si se enternece al mirar la suerte de los extraviados, tiene tambien el valor necesario para turbar su fatal indiferencia; y que si llena de jenerosidad mira por los verdaderos intereses del hombre dedicándose á conducirle á la verdadera felicidad, y á separar los obstáculos que le desvian de ella, que no son otros que los errores y los vicios, esta misma caridad con que ama á las personas, es cabalmente su mayor estímulo para declararse con fuerza contra la mentira y las pasiones que las seducen.

No ignoramos que en este siglo de indiferencia el zelo por la relijion se llama *fanatismo*; pero esto es solo un abuso deplorable del lenguaje y una denominacion tan injusta como odiosa; mas si no empleásemos otras armas que las del raciocinio y de la persuasion,

si nos abstuviésemos de toda personalidad ofensiva, y solo diésemos á nuestras palabras la fuerza que exijen las cosas mismas, ¿se nos imputaria todavía semejante odio, ese zelo violento y arrebatado, y en fin el fanatismo? ¿Se ha de llamar zelo justo y razonable vituperar con vehemencia el robo y el homicidio, el perjurio y la calumnia, y no ha de ser mas que fanatismo el combatir los mas funestos errores? ¡Qué inconsecuencia! Harto mas temibles son por cierto las malas doctrinas que las malas acciones. El ejemplo podrá arrastrar al vicio, pero no le justifica; podrá inspirar osadía, pero no ahoga los remordimientos, al paso que los malos principios se dirijen á lejitimar y santificar el crímen, haciendo á los hombres malos por sistema, y dando al vicio la calma de la virtud. La razon es indudablemente la regla de lo bueno y de lo bello entre los hombres; la que debe presidir al destino de los estados como al de las familias y de los

particulares; pero no es ménos cierto que si esta misma razon llegase por desgracia á corromperse en sí misma, oscureciéndose las luces del entendimiento, y confundiendo todas las nociones de lo justo y de lo injusto, y si al mismo tiempo por el silencio de los hombres de bien se jeneralizasen en todas las clases de la sociedad semejante desarreglo de ideas y ofuscacion de toda verdad, el mas espantoso desórden seria el resultado de tan impía indiferencia. Una jeneracion sembraria tranquilamente la mentira, y otra recojeria por fruto delitos y desastres, y se veria salir de la levadura de errores funestos despues de alguna fermentacion el doble mónstruo del ateismo y de la anarquía. Entónces, entónces solo se conoceria que el zelo contra los errores era prudencia, y no fanatismo.

Con la misma falta de fundamento se nos acusará acaso de atacar injustamente la filosofía, como si pretendiésemos que toda filosofía es indigna de

nuestra estimacion y de nuestros elojios. Aquí es preciso que nos expliquemos para entendernos, pues seríamos muy poco filósofos si nos dejásemos engañar por un vano equívoco de lenguaje. Hay sin duda una filosofía digna de nuestro respeto, porque se dirije á perfeccionar al hombre, así como hay otra digna de todo nuestro desprecio, porque se dirije á pervertirle. Hay una falsa filosofía que forma sofistas, así como una falsa elocuencia que forma declamadores: el filósofo hace buen uso de su razon; el sofista abusa de ella, y segun la aceptacion primitiva de la palabra *filosofía*, es como si se dijese: *amor de la sabiduría*. En todos siglos ha habido verdaderos y falsos sabios, opuestos entre sí en doctrinas; así como defensores y enemigos de las verdades morales y relijiosas, y en todos tiempos se ve el jenio del mal luchar contra el jenio del bien. Entre los antiguos Sócrates y Platon, Ciceron y Marco Aurelio fueron filósofos; y aun-

que sus doctrinas y su conducta no fuesen del todo irreprensibles, se manifiestan en sus escritos movidos del amor de lo honesto y de lo bello, y debe admirarnos, como en medio de las tinieblas y de la corrupcion del paganismo pudieron elevarse á pensamientos tan altos y á sentimientos tan nobles. Entre los modernos Bacon, Pascal, Descartes, Newton, Locke, Mallebranche, Bossuet y Leibnitz han sido filósofos; y aunque en algunos puntos no todos hayan profesado la verdad completa, se ve sin embargo cuanto aborrecian las doctrinas que se han hecho tan jenerales en nuestros dias, buenas únicamente para justificar el vicio y arruinar todas las virtudes; y no hay uno solo entre tan ilustres personajes que no haya reverenciado la relijion cristiana como obra del mismo Dios.

Hay pues una filosofía sabia y moderada que sola merece este nombre, y que ilustrada, pero no orgullosa, estudia las facultades y las operaciones

del entendimiento humano, sin enseñar el absurdo y vil materialismo; las maravillas y las leyes de la naturaleza, sin blasfemar contra su autor; la política y sus resortes, sin conmover los fundamentos de la sociedad; y la moral y sus principios, sin negar la distincion del bien y del mal. Esta filosofía es pues digna de ser cultivada por todos los hombres de bien; pero hay tambien otra pretendida filosofía que se desenfrena contra Dios y la Providencia, que asemeja el hombre á la bestia, y trata el cristianismo de invencion humana. Esta ha sido la filosofía de muchos escritores de nuestros dias; y una multitud de ateos, materialistas y deistas, que no solo lo han sido, sino que han vivido ajitados de la manía de hacer prosélitos, enemigos de Dios, de la vida futura y de la relijion cristiana, se han dado á sí mismos el dictado de filósofos. Es indudable que su modo de filosofar no era en todos el mismo; cada uno tenia sus opi-

niones predilectas que procuraba hacer prevalecer, y en cierto modo se pueden contar tantos sistemas como doctores. Es bien sabido cuan opuestas son entre sí sus teorías sobre la moral, la política, la educacion y las letras, y que en sus sistemas reina la mas estraña confusion; pero todos estaban conformes en un punto capital, que era combatir y ridiculizar toda relijion en jeneral, y en particular el cristianismo, insultando con una soberbia desdeñosa su doctrina y sus leyes; y aun por esto precisamente se consideraban como entendimientos privilejiados y como hombres exentos de toda preocupacion, como filósofos en fin. Dispensaban desde luego al siglo XVII la gracia de llamarle siglo de la imajinacion, de las letras y de las artes; pero el XVIII era el de la razon, el de las luces, y en una palabra, el de la filosofía. Yo solo veo en esto la profanacion de tan hermosa palabra empleada hasta entónces para espresar cuanto habia de mas jui-

cioso en la conducta, y mas elevado en el pensamiento. Este título era en realidad una usurpacion; pero en fin le consagró el uso, este grande árbitro del lenguaje. Seria preciso sin embargo ignorar completamente la historia literaria del último siglo para no saber que la palabra *filosofía* se hallaba sin cesar en la boca y en la pluma de los escritores enemigos del cristianismo, y que entre ellos *filosofía* era casi siempre sinónimo de *incredulidad*; y es bien estraño que se pregunte algunas veces á los apolojistas de la Relijion lo que entienden por filosofía, y por filósofos del siglo XVIII.

Se quejan algunas veces de que se los procura deshonrar, y se complacen en recordar con este motivo sus conocimientos, su beneficencia y sus cualidades domésticas. Pero ¿desde cuando, Señores, está obligada la posteridad á respetar la memoria de un escritor cuando sus opiniones son perversas? Léjos, léjos de nosotros en este lugar toda in-

justicia, y aun cuanto pueda tener la apariencia de tal: siempre sabrémos distinguir su talento del uso que han hecho de él, y sus producciones estimables de las que no lo son. ¿Pero será preciso que sacrifiquemos los intereses de la verdad preciándonos de una débil induljencia? ¿Y se exijirá de nosotros que honremos á unos hombres cuyos sistemas solo son buenos para justificar todos los vicios, y enjendrar mil desórdenes en las familias y en la sociedad, por solo haber escrito algunos trozos de prosa ó de poesía en que brille el talento; por algunas pájinas elocuentes, por algunos actos de una virtud fácil, ó por algunas cualidades agradables en el comercio de la vida? ¿No tendrémos jamas el juicio necesario para estimar el talento por solo su buen uso? Estos apóstoles de novedades han sido tanto mas culpables, cuanto debian ser naturalmente mas ilustrados. En otro tiempo se vió á los filósofos célebres hacer nobles esfuerzos hácia la

verdad, aun enmedio de los errores del paganismo; miéntras que los nuestros, aun en el centro de las luces del cristianismo, se han atormentado por atraer las tinieblas. Ah! y demasiado han conseguido precipitarnos en el abismo!

¿Se dirá acaso para disculparlos que ántes de que ellos existiesen se habian esparcido ya en la nacion las doctrinas atrevidas, y que léjos de haber sido sus inventores, se han visto dominados, y arrastrados por el espíritu de su siglo? ¡Vana justificacion! Guardémonos de mirar como irresistible una influencia necesariamente peligrosa, y no introduzcamos entre los escritores una especie de fatalismo tan funesto como insensato. El deber de todo escritor de probidad es luchar contra el torrente de las malas doctrinas; y dejarse arrastrar por ellas es hacer un papel tan fácil como vergonzoso, que ni supone talento ni virtud. El escritor que ha recibido de Dios todos los dones del entendimiento, desconoce la dignidad de su voca-

cion, y vende cobardemente el destino á que está llamado, si en lugar de trabajar para retraer á sus contemporáneos de estravíos, sigue débilmente sus huellas. Yo bien conozco que si ha tenido la desgracia de nacer enmedio de una jeneracion pervertida, necesitará mucho mas valor para oponerse al espíritu jeneral; y que si tiene la debilidad de ceder será acaso ménos criminal, pero nunca dejará de serlo. Él debe penetrarse de que es defensor nato de la verdad y de la virtud; de que el talento así como la autoridad solo se ha dado al hombre para el bien de sus semejantes, y que es tan ilícito abusar del entendimiento para corromper, como del poder para oprimir. Si se admitiese á los apóstoles de las malas doctrinas la excusa de un influjo extraordinario, muy luego pretenderian disculparse todos los malhechores, ya con la fuerza del temperamento, ya con la necesidad, ó ya con el imperio inevitable de las circunstancias: por esto yo deseo princi-

palmente reconocer en el escritor al hombre de bien, pues no me hallo dispuesto á transijir con el vicio y la mentira por consideraciones al talento. ¿Qué importa, si la bebida es mortal, que se presente en una copa de oro? ¡Desgraciado el siglo en que solo se aprecie mucho el talento, y nada la probidad! Cuando una nacion ha descendido á tal degradacion intelectual y moral, es preciso que perezca, ó que vuelva por medio de un esfuerzo jeneroso á las sendas de la sabiduría y de la verdad.

Ahora es, Señores, cuando podeis conocer en que sentido tendrémos nuestras Conferencias, y acaso conoceréis ya que podrán seros de alguna utilidad. Venid pues á oirlas, no movidos de una vana curiosidad, sino del deseo sincero de aprender la verdad: el que la ama puede creer casi haberla encontrado: permitidme que con esta ocasion recuerde las palabras de San Pablo en el libro de los Hechos apostólicos. Llegó en uno de sus viajes evanjélicos á aque-

lla ciudad de la Grecia, tan famosa por el estudio de las letras y de la filosofía, cuanto podia serlo Roma por sus conquistas y su poder. Al entrar en Aténas vió por todas partes las estátuas de los falsos dioses; pues era un verdadero templo de ídolos. Á su vista se anima é inflama su zelo, se encamina á la plaza pública á donde se dirijen á escucharle los habitantes, movidos de la natural curiosidad y del ansia que los Atenienses tenian, no ménos entónces que en los tiempos de Demóstenes, de aprender alguna cosa nueva: conversa con los filósofos de las diversas sectas, con los epicúreos que no creen en el dogma de la Providencia y de la vida futura; con los estóicos que, como los fatalistas de nuestros dias, solo ven por todas partes una irremediable necesidad: pregúntanse unos á otros: ¿qué intenta aquel extranjero con su nueva doctrina? y le conducen al areopago. No se intimida el apóstol en tan ilustre asamblea; pero usando de una jus-

ta moderacion no trató de proponer atropelladamente á los sabios paganos los altos misterios del cristianismo, sino que principió por recordarles las primeras verdades que abren el camino á la fe cristiana; y tomando la palabra en su griego medio bárbaro: «Se-«ñores Atenienses, les dice, al pasar «por vuestra ciudad me ha parecido que «sois con extremo relijiosos; he leido «sobre uno de vuestros altares esta ins-«cripcion: *Al Dios desconocido*; pues «bien, yo os anuncio ese Dios á quien «no conoceis: él es quien ha hecho el «cielo y la tierra, él, quien arregla el cur-«so de las estaciones, y él, quien ha criado «al jénero humano; este gran Dios quie-«re en fin disipar la ignorancia de los «hombres, y les advierte que reformen «sus costumbres, porque ha señalado «un dia en que debe juzgarlos á todos.» ¿Qué sucedió con este discurso del Apóstol? El escritor sagrado nos lo refiere con la mas injénua sencillez: algunos se burlaron de sus discursos: *Quidam, qui-*

dem irridebant: otros le dijeron: otro dia os oirémos sobre esto: *Quidam autem dixerunt: audiemus te de hoc iterùm*; pero tambien los hubo que haciéndose instruir, abrazaron el cristianismo, siendo uno de ellos Dionisio, individuo del areopago: *Quidam verò viri adhærentes ei, crediderunt; in quibus et Dionysius areopagita.*

La suerte, Señores, de San Pablo predicando ante el areopago será siempre la de los predicadores de la verdad. Diez y ocho siglos despues que él en Aténas anunciamos nosotros la misma doctrina en esta capital, que por sus inclinaciones, sus costumbres y sus ornatos pasa por la Aténas de los tiempos modernos. ¿Pero qué nos sucederá? Habrá espíritus satíricos que se burlarán de nuestra doctrina como de una vana fábula: los habrá que conmovidos, pero débiles y amantes de sus placeres, querrán dilatar hasta una época mas avanzada de la vida las reflexiones sérias: *audiemus te de hoc iterùm*;

pero nos atrevemos á esperar en el Dios de las misericordias, que habrá tambien algunos que vuelvan al camino de la verdad y marchen fielmente por él hasta el fin. Y con que un solo jóven venga en esta inmensa ciudad á abjurar sus errores al pie de esta cátedra, quedarán pagados con usura nuestros trabajos y esfuerzos.

DE LA VERDAD.

Si quisiésemos recojernos por algunos momentos dentro de nosotros mismos para descifrar los gustos y las inclinaciones mas profundas de nuestra naturaleza, descubriríamos fácilmente que hemos sido formados para la verdad, y que á nuestro pesar nos vemos impelidos á mirar como una extravagancia ese pirronismo universal, que nada reconoce falso ni verdadero, y aparenta no ver mas que incertidumbres. Yo experimento dentro de mí mismo, que mi ser me arrastra por su misma naturaleza hácia la verdad, como hácia el centro de mis deseos y de mis afecciones; que mi entendimiento solo vive para ella, y que solo tomando sus colores y sus rasgos puede agradarnos ó movernos la mentira. Mi entendimiento está tan sediento de verdad, como mi co-

razon de felicidad; y me es tan imposible desprenderme del amor de lo verdadero, como del amor de mí mismo: la intelijencia pues, que es el dote de mi naturaleza, me ha sido dada para ver, para conocer y distinguir los objetos, para discernir lo que es de lo que no es; á saber, la verdad del error; y esto, solo esto es lo que me constituye racional, y me hace sentir una inquietud vaga que solo se fija en la posesion de la verdad ó de lo que me parece tal.

Ved como brilla el amor de lo verdadero en todas las edades y en todos los estados. ¿De donde proviene en los niños aquella curiosidad que les es tan natural, aquella ansia por saber, y aquella aficion viva y ardiente á aprender lo que ignoran? ¿De donde en los hombres tanto horror á los caractéres falsos, y á los corazones dobles, en términos de ser tenidos el hipócrita y el embustero por los mas viles y despreciables de todos los viciosos? ¿Por qué

esa lucha tan esforzada del entendimiento contra las tinieblas de la ignorancia; tanto empeño en disiparlas, y gozar de la luz en todo su brillo? ¿Que se propone el sabio en sus penosas vijilias, el viajero en sus lejanas correrías, el naturalista en sus observaciones, el político en sus meditaciones, y el majistrado en la concordancia de las leyes y la discusion de los hechos? Todos aspiran á conocer lo que tiene una existencia real para afirmarlo y enseñarlo á sus semejantes; todos en fin buscan la verdad: aun los sofistas mas osados han querido pasar por amigos de ella, y hasta los mismos ateos se dicen propagadores de la verdadera luz, bien seguros de desacreditar sus sistemas si los anunciasen por lo que son en la realidad, es decir, por el delirio de engañosas pasiones.

Y si hemos sido formados para la verdad, ¿será posible que carezcamos de algun medio para conocerla? Y al criarnos la naturaleza para un fin, ¿nos

habrá reducido á la imposibilidad de conseguirle, señalándonos el término á que nos debemos dirijir, para poner entre él y nosotros obstáculos insuperables? En este caso su obra seria en efecto monstruosa. Y así como nadie creeria que la especie humana ha sido formada para ver la luz y para comunicar sus pensamientos por medio de la palabra, si fuese ciega ó muda; del mismo modo se tendria por increible que la naturaleza humana esté como formada para la verdad, si careciese de los medios para conocerla.

Yo no necesito mas que esta sola observacion para persuadirme que á lo ménos en muchas cosas el entendimiento no está condenado á vagar de conjetura en conjetura, ni á fluctuar en el vacío de las probabilidades y en la incertidumbre: y comienzo desde luego á sospechar que los raciocinios del escéptico sobre la absoluta nulidad de la razon humana, son tan solo declamaciones retóricas y sutilezas de sofistas.

Ignoro, Señores, si alguna vez os habréis preguntado á vosotros mismos, qué es la verdad, y si alguna vez habréis procurado conocerla. La verdad en jeneral, considerada en sí misma, es aquello que existe, como la mentira es aquello que no existe; por consiguiente, lo verdadero es cuanto tiene una existencia actual ó posible, y lo falso todo aquello que ni existe ni puede existir. Considerada la verdad en nosotros mismos, en cuanto que nos está presente, y nuestro entendimiento la percibe, consiste en el conocimiento de aquello que existe; de modo que si afirmo lo que realmente existe, y niego lo que no existe, indudablemente acierto con ella, y en el caso contrario caigo en el error: la verdad, pues, es una cosa efectiva, y la mentira una quimera; de modo que la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el ser y la nada, no son mas opuestos entre sí que la verdad y el error.

Pero todas las verdades no son de

un mismo órden, ni brillan todas con el mismo grado de luz: y bajo el supuesto de que algunas nos sean ménos perceptibles que otras, ¿por que medios podrémos llegar á su conocimiento? De aquí nacen las dos cuestiones que vamos á discutir al mismo tiempo en esta Conferencia, á saber: la necesidad de admitir y reconocer verdades primeras y otras deducidas de éstas; designando los caractéres de las unas, y buscando los medios de conocer las otras. Procurarémos desterrar de nuestro lenguaje cuanto pudiera molestar sin ilustrar; pues ademas de ser la obscuridad perjudicial para todo, de ningun modo es permitida en los discursos públicos: tambien creemos de nuestro deber evitar en esta discusion puramente filosófica los términos científicos, que sin ser la ciencia misma no son frecuentemente mas que charlatanismo.

Desde que el hombre principió á filosofar, es decir, á darse á sí mismo

cuenta de sí mismo, aparecieron talentos dotados de tal penetracion y tal sagacidad, que se ocuparon en formar una teoría completa del alma y de sus facultades. Del oríjen de nuestras ideas y de los principios mas recónditos del raciocinio bajaron en cierto modo hasta los abismos de la intelijencia, para sorprenderla en sus operaciones mas secretas, y llegar hasta la misma raiz de nuestros conocimientos; á la manera de los sabios que rejistran las entrañas de la tierra, á fin de descubrir de que modo se forman en ellas los metales, y como alimenta las plantas que brotan de su seno; pero la naturaleza intelijente, del mismo modo que la naturaleza material, ha ocultado sus misterios con un velo de bronce que jamas levantará enteramente la mano del hombre; mas si por desgracia la razon humana tiene ciertos límites, nuestra curiosidad carece de ellos; y de aquí provienen tantos y tan multiplicados esfuerzos para salvar barreras insupe-

rables á nuestra debilidad, y los muchos extravíos que han sido con demasiada frecuencia el fruto de la audacia. La historia de la filosofía solo nos presenta una série de sistemas diversos, ó por mejor decir, opuestos entre sí, que han reinado sucesivamente en las escuelas; y el hombre ha recorrido una cadena de errores de la que un extremo termina en el materialismo, y el otro en el idealismo. El primero anonada el alma, y sin ver en el hombre mas que sus órganos, quiere que solo sea una máquina mas en el mecanismo inmenso del universo; y el segundo no dando subsistencia mas que al alma, destruye el mundo material, haciendo de él un cuadro imajinario de fenómenos y de apariencias. Entre estos dos extremos se encuentran sistemas mas ó ménos plausibles.

Mi deber en esta cátedra no es adoptar los unos ni combatir los otros: he creido mas útil exponer las doctrinas que parece deben reconocer todos

los entendimientos, y profesar todas las escuelas, para no engolfarnos en mil quimeras: estas doctrinas son las siguientes:

Cada uno de los seres que componen este universo tiene su naturaleza peculiar, y sus atributos constituyentes, por los cuales existe, y sin los que ni aun es posible concebirle.

Tan imajinaria es la existencia universal, como la virtud universal; aquella solo es efectiva en el individuo que existe, así como esta lo es únicamente en el hombre virtuoso; de modo que solo los individuos tienen una existencia real, que resulta de la reunion de sus cualidades esenciales. Sí, Señores, hay ciertamente alguna cosa que constituye los seres tales como son, y hace que un hombre sea un hombre, que una planta sea una planta, y que el mármol sea mármol: de modo que si solo tomásemos del hombre su cuerpo, nos resultaria cuando mas un animal; y si solo tomásemos su alma, tendría-

mos un espíritu puro, un ángel: para tener pues un hombre, es preciso suponer una criatura racional, compuesta de un cuerpo y de una alma, unidos entre sí por medio de lazos misteriosos é inexplicables; pero no ménos reales y efectivos.

No tratamos de considerarnos en un estado distinto del que tenemos, ni en un órden de cosas diferente del en que vivimos; tampoco intentamos indagar cuales serian nuestras afecciones si tuviésemos un sexto sentido, ó si naciésemos mas perfectos: somos hombres y no podemos sentir, ver, ni raciocinar como si no lo fuésemos; pues los caractéres distintivos de nuestra naturaleza no dependen de nosotros. El hombre no ha creado su intelijencia ni su cuerpo: podrá muy bien perfeccionar su entendimiento por medio del estudio, la reflexion y la experiencia, así como puede fortificar su cuerpo con el ejercicio y un réjimen saludable; pero como él no ha formado su

entendimiento, trazado ni ejecutado su plan, como el de un edificio que fuese obra suya, tan imposible le es añadir á su alma una facultad mas, como aumentar un ojo mas á su cabeza: consideremos por consiguiente al hombre en su condicion de hombre, y veamos el resultado de este exámen.

Por él conocerémos que el hombre nace con ciertos gustos, inclinaciones y facultades análogas ya á su naturaleza intelijente, ya á su naturaleza corpórea; que tiene tendencia á lo verdadero, y aptitud para conocerlo y abrazarlo; y que estas disposiciones se desenvuelven y perfeccionan por medios imperceptibles, á lo ménos, en gran parte, á los mas hábiles observadores; de modo que tan indudable es que el entendimiento se ha hecho para conocer la verdad, como los ojos para ver la luz: esta es su naturaleza; pero no por esto creamos poder disponer de nuestra intelijencia como si fuese una máquina, obra de nuestras manos, y manejarla

como queramos pudiéndola componer ó descomponer á nuestro albedrío: no, la intelijencia tiene sus principios, sus leyes que la constituyen y la gobiernan, y á las que no se puede faltar sin destruirla, así como el cuerpo tiene su propia organizacion, sin la cual no podria existir.

Se dice sin embargo que la costumbre es segunda naturaleza, y que el niño es una cera susceptible de todas las impresiones; pero guardémonos de creer absolutamente exacta esta comparacion. La cera blanda es indiferente á las formas que se la quiere dar; no exije ni rechaza ninguna, y conserva siempre pasiva la última que ha recibido. No sucede lo mismo con nuestra alma, que léjos de ser indiferente á la verdad y al error, tiene aficion á la primera y repugnancia al segundo; y dotada de una actividad interior se eleva infinitamente sobre todo lo que es meramente pasivo: podrán muy bien las sensaciones, la educacion y la ex-

periencia excitar su actividad, poner en movimiento sus facultades y suministrarle materias para levantar el edificio de sus conocimientos; pero ella es siempre el arquitecto que compara, que aprecia, juzga, elije y dispone los materiales que tiene á la vista, segun las ideas primitivas de órden y de proporcion que ellos no le han podido suministrar.

Tomad una tabla de mármol; en ella podréis grabar impunemente las proposiciones mas repugnantes, por ejemplo, *el círculo es una figura cuadrada*: *dos y dos son cinco*: nada hay en el mármol que le haga conocer semejantes absurdos ni le obligue á rechazarlos, y presentará á los espectadores los caracteres que los expresan interin no los borre la mano del tiempo; pero en vano intentará el sofista grabarlos en las tablas de la intelijencia, ó hacerlos prevalecer entre la especie humana: un sentimiento invencible nos advertirá siempre que un cír-

culo es redondo, y que dos y dos son cuatro. El alma es rica, poderosa por sí misma, y encierra dentro de su seno un tesoro de sentimientos, de nociones y verdades ocultas que se manifiestan á su tiempo; y siendo el principio de su inclinacion ó aversion á ciertas cosas, ilustran y arreglan sus juicios. Yo no diré cual sea su oríjen, cual el momento en que comienzan á manifestarse, como se desenvuelven, ni como de sensaciones vagas pasan despues á ser principios luminosos; tampoco diré que sean innatos, en el sentido de que un niño empiece á percibirlos en el momento que nace; pero sí digo que existen en el alma del hombre, y solo esperan una ocasion para manifestarse, á manera de la chispa oculta en el centro del pedernal, que solo espera un lijero golpe para saltar: mas claro aun, semejantes á los objetos cerrados en un lugar oscuro que son para nosotros como si no existiesen, hasta que la luz nos los hace sensibles. ¿Pero de que

modo se escitan en el alma, y, digámoslo así, empiezan á vivir estos sentimientos primitivos, como amortiguados ántes en el fondo de ella misma? Misterio impenetrable.

Entre estos sentimientos primitivos, mas ó ménos confusos y desenvueltos, pero de tal modo inherentes á nuestra naturaleza que se encuentran en cuantas partes existe el hombre, cuento yo el de su propia existencia, así como el de la existencia de otras cosas fuera de él, el del amor de sí mismo, el de la divinidad y de la vida futura, el del bien y del mal, el de la apariencia y de la realidad, y el del tiempo y del espacio. En todas partes hallamos la creencia en un Dios, y la esperanza en una vida futura; por todas partes se reconoce el deber de amar un hijo á su madre; en todas se ha medido el tiempo y dividido el espacio, y las lenguas de todos los pueblos tienen términos para expresar estas nociones. Yo quiero suponer que un sofista quisiese conven-

cernos de que no existimos; que nada hay fuera de nosotros; que el movimiento es imposible; que una casa se ha construido por sí misma, y que la ingratitud es una virtud: podria acaso ofuscarnos por un momento con sus sutilezas, pero muy pronto toda la naturaleza humana se sublevaria contra sus fútiles argumentos, y permaneceria firme en la verdad por la fuerza de estas nociones primitivas que dominan su intelijencia y la atan á la verdad.

Aun añadiré, Señores, que uno de estos sentimientos es el de lo infinito, que domina la especie humana sin que ella misma lo advierta, y se encuentra en el salvaje lo mismo que en el hombre civilizado: así nos lo descubren una multitud de cosas. Poned á un hombre en una de las grandes escenas de la naturaleza; hacedle contemplar la vasta extension de los cielos estrellados, la inmensidad de los mares, y la altura de las montañas cuyas cimas se pierden en las nubes, y le veréis penetrado de cier-

to asombro mezclado de ternura; le veréis tanto mas conmovido cuanto ménos conoce las causas de lo que le sorprende; arrojarse enajenado fuera de la esfera de lo que ve, y sumerjirse en no sé qué de vago é indeterminado que no tiene límites ni medida, en una palabra, en lo infinito.

No por eso confundamos estas ideas fundamentales, comunes á todos los hombres, con las accesorias que pueden ser solo el patrimonio de algunos; y distingamos los instrumentos que la naturaleza misma nos ha concedido, del grado de perfeccion que el hombre puede darles. Aristóteles y Bacon, Descartes y Pascal, Mallebranche, Locke y Leibnitz han podido en efecto trazar las reglas del raciocinio, inducir á los hombres á la experiencia, hacerlos dudar metódicamente para excitarlos á darse á sí mismos cuenta de todo, subir hasta el orijen de las ideas y disertar sobre el modo con que vemos los objetos; han podido muy bien auxiliarnos

y guiarnos en la investigacion de la verdad por medio de sus diversos métodos, sus clasificaciones y sus sistemas figurados de los conocimientos humanos; pero los principios existian sin ellos, y ántes que ellos. Se quiere investigar por medio del raciocinio si existen principios fijos, y cuales son estos; pero como para raciocinar es preciso poseer los medios del raciocinio, el investigar si hay tales principios es suponer ya que existen; porque, observémoslo bien, Señores, en todos los sistemas hay necesidad de partir de un principio fijo, de un hecho incontestable, y de idea en idea, y de raciocinio en raciocinio llegar á una primera verdad, que se siente y se palpa sin necesidad de demostrarla; de otro modo, y sin el apoyo de un principio ó de un hecho que no necesite pruebas, nos hallaríamos en la imposibilidad de probar nada.

Ahora es preciso que discutamos de un modo exacto, cuales son los caractéres de las llamadas primeras ideas:

por mi parte les asignaré cuatro, á saber: claridad, antigüedad, jeneralidad, é inmutabilidad.

Son luminosas, porque brillan con una luz propia, y hieren el entendimiento con su resplandor, como el sol hiere á los ojos con sus rayos. ¿Cual es el hombre que puede resistir el sentimiento íntimo de su propia existencia, y no creer que existe realmente? Estas verdades se niegan á toda especie de pruebas; se exponen, pero no se demuestran por la imposibilidad de partir de un principio mas luminoso que ellas mismas, y seria mas fácil combatirlas con fruto que probarlas: la inclinacion misma de la naturaleza nos impele constantemente á ellas, y por esto dijo Pascal estas enérjicas palabras: *Existe una fuerza de verdad invencible á todo el escepticismo, como una imposibilidad de demostracion invencible á todo el dogmatismo*. Es pues uno de los caractéres de las primeras verdades, tales como la de nuestra exis-

tencia individual, el ser tan evidentes que no puedan ser probadas por un principio que lo sea mas que ellas; y el no estar sujetas al raciocinio depende precisamente de ser ellas mismas la base de todos.

En cuanto á su antigüedad tienen la misma que el jénero humano; y por muy alto que subamos las encontrarémos esparcidas por todas partes; de otro modo ¿como podriamos comunicarnos con la antigüedad, si careciésemos de estas primeras ideas que nos son comunes con ella? Ciertamente que el hombre no las ha inventado; existen dentro de él mismo sin su noticia, ya las perciba en la actualidad, ó bien aguarden una ocasion para descubrirse ellas mismas. Se puede asegurar que todas las verdades son antiguas, no hay de nuevo mas que su manifestacion; pues la verdad existia en nosotros á lo ménos como en su jérmen, y solo nos agrada porque se conforma con las impresiones que teníamos de

antemano; y así como Cristóval Colon no ha inventado la América, tampoco nuestro entendimiento puede inventar la verdad: solo la descubre; y tan luego como se le presenta, la ve, se pone en armonía con ella, como los ojos lo estan con la luz, y se la apropia como cosa suya. La intelijencia contiene dentro de sí misma el principio de todo aquello que adquiere por medio de la experiencia; y con exactitud decia Fontenelle que *tan luego como una verdad se nos presenta, creemos reconocerla.*

Las verdades que designo como universales se hallan en todos los pueblos y en todo lugar: encuéntrese el hombre donde quiera, siempre sus ideas y sus sentimientos serán conformes en muchas cosas con las de sus semejantes, de tal suerte que podrán comunicarse mútuamente cuanto pase en sus almas, sin que la diferencia ú oposicion de leyes, de usos ó de costumbres les impida entenderse desde el uno al

otro extremo del mundo. ¿En qué consiste que un sabio puede conversar con un ignorante, y por qué los elementos de la jeometría son los mismos en los confines del Oriente que en nuestra Europa? Es que en todo lugar, y en todas condiciones los hombres son hombres, y beben los mismos sentimientos en la naturaleza comun á todos; y suponiendo todo raciocinio un principio, si este no fuese comun, los hombres no podrian entenderse en ninguna cosa; y hé aquí el *sentido comun*, llamado así por componerse de ideas universales.

En fin estas verdades son inmutables, porque ni está en la mano del hombre el destruirlas, ni tampoco el crearlas. Son la vida de la intelijencia, y ni el tiempo ni la ignorancia, las preocupaciones ni las pasiones pueden alterarlas: resisten á todo; y es tan imposible á la naturaleza humana existir sin conocerlas, como lo es mandar que haya en adelante efectos sin causas, ó

que los hombres vivan sin tomar alimento ni bebida.

Tales son las señales características de estos sentimientos inherentes á la naturaleza humana, que si pueden estar como amortiguados, jamas llegan á extinguirse; y prontos al contrario á exaltarse y á corresponder al menor estímulo, nos sirven de guia y de antorcha; y son una especie de reserva que tiene nuestra alma para hacer de ellos el uso que necesite, viendo, juzgando y raciocinando por su medio. Tal es pues este *yo humano* que tiene un conocimiento de sí mismo, de sus sentimientos, de sus ideas y de sus operaciones; que posee principios fijos de raciocinio con que procede al descubrimiento de verdades que ignora; que se modifica de mil maneras diferentes, pero que en medio de un perpétuo flujo y reflujo de modificaciones rápidas y pasajeras se acuerda de lo pasado y lo compara con lo presente, y es como un espejo inmóvil en que vie-

nen á representarse sucesivamente los objetos movibles, y al mismo tiempo animado en que ve los objetos que él mismo produce, los aparta, los vuelve á aproximar, y los juzga viéndose al mismo tiempo á sí mismo: maravilla siempre antigua y siempre nueva en que apénas reparamos, porque se repite á cada momento. Sí, Señores, por poco que reflexionemos en las operaciones de nuestro entendimiento, sus facultades ó su memoria, esclamarémos del mismo modo que al meditar los mas altos misterios del cristianismo: ¡Oh misterios profundos é inexplicables! *O altitudo!*

Así como hay leyes jenerales del movimiento que gobiernan el mundo material, hay tambien ciertas primeras verdades que rijen el mundo intelectual y moral, y establecen para los entendimientos leyes que no les es dado traspasar. Es cierto que algunas veces parece que los desórdenes, los vicios y los errores van á trastornar el mundo

de las intelijencias, al modo que en otras, respecto de la naturaleza corpórea, se creeria que confundidos los elementos va á sepultarse el universo en un caos eterno; pero los principios fundamentales subsisten invariables, y siempre predominan y restablecen el órden, como puntos cardinales sobre que jira el mundo moral. Digamos pues con un escritor extranjero (1): «Que «el último esfuerzo de la razon es co«nocer la inevitable necesidad de unir«se estrechamente á ciertas primeras ver«dades, que son como otros tantos pun«tos fijos que no se prueban por el ra«ciocinio, pero que se adoptan como «por cierta vista interior, y constitu«yen en cierto modo la intelijencia.»

No hemos tratado hasta ahora de explicar estas nociones primitivas, hemos creido preciso probar ántes su existencia y señalar sus caracteres; cree-

(1) Ancillon: Mélanges de Philosophie et de Littérature.

mos haberlo realizado, y solo harémos una reflexion sobre su orijen.

Existe Dios, se ve á sí mismo como ve cuanto está en la esfera de la posibilidad; y pues que al crearnos nos comunicó alguna cosa de los tesoros de su ciencia infinita, nuestra razon es como un rayo de la razon divina, y la luz de nuestro entendimiento como un reflejo de la luz increada. Y hasta las nociones de verdad y de órden que existen en nosotros, se hallan desde la eternidad, aunque de un modo infinitamente mas perfecto, en aquel que es la misma verdad, y de quien las hemos recibido; y así es como pueden explicarse las ideas eternas de que habló Platon, y despues Fenelon en uno de sus diálogos; y esto mismo es lo que nos han revelado los libros santos al decirnos: *Dios hizo al hombre á su imájen;* palabra que define al hombre mucho mejor que han podido hacerlo todos los sábios, antiguos y modernos. Admiremos, Señores, de paso, esta re-

lijion cuya doctrina está en tanta armonía con lo mas elevado de la metafísica, como su moral con los sentimientos mas puros; esto es lo que pudo hacer decir á un pensador aleman, que *no hay mas filosofia que la relijion cristiana.*

Ademas de estas verdades primeras ó de toda evidencia, hay otras que podemos llamar de discusion, de deduccion ó consecuencia. Cuales sean estas, y cuales los medios que tenemos para conocerlas, es lo que nos queda que discutir.

Acabo de sentar, Señores, la necesidad de admitir ciertas primeras verdades que se sienten y perciben tan pronto como se anuncian, y que no se pueden probar, porque son ellas mismas la prueba de todo. Llámanse *primeras* no solo por su existencia, sino por su importancia, por su ascendiente y su imperio; pues no solo preceden al uso reflexivo de la razon, como el jérmen precede al desarrollo de la

planta que debe salir de él, sino que sirven de fundamento á todos los trabajos del entendimiento, á todas sus investigaciones y descubrimientos, y tienen la misma antigüedad, extension y duracion que el jénero humano: tan prudente es adherirse á ellas, como locura separarse de estos principios que son una áncora de salud para la intelijencia, de tal modo que sin ellos estaria siempre fluctuando en un océano de incertidumbres.

Es preciso, sin embargo, convenir en que si no tuviésemos mas nociones que las primitivas, estarian reducidos nuestros conocimientos á límites bien estrechos, serian igualmente instruidos todos los hombres, pues son comunes á todos, y el jénero humano hubiera permanecido en una infancia eterna. Las primeras verdades son como las raices del árbol de la ciencia, que el cultivo hace crecer, y del que sale gran número de ramas que producen flores y frutos. ¡Cuantas

verdades hay en el vasto imperio del talento humano, ya sea en las ciencias naturales, ya en la jeometría, en la política, y hasta en las materias relijiosas y morales, que no se presentan por sí mismas al entendimiento, cuya simple exposicion no lleva consigo la evidencia, y á las que solo se llega por medio de la meditacion! Pero ántes de pasar adelante y de indicar los medios de descubrirlas, debemos hacer una observacion importante respecto de toda clase de conocimientos sin escepcion; y es que toda verdad, cualquiera que sea, considerada en nuestra alma, y luego que la percibimos y la conocemos, se convierte en un sentimiento interior que nos anuncia su existencia. La verdad es tan independiente de la comprehension de mi entendimiento, como la luz del sol lo es del órgano de la vista; pero así como la luz solo existe para mí por el efecto de la impresion que hace en mis ojos, así conozco la verdad por la sensacion que

ella misma causa en mi alma. Hábleme un filósofo de Dios y de sus atributos, del alma y sus facultades, de la moral y sus preceptos, de la relijion y sus fundamentos; explíqueme un sabio las leyes de la naturaleza, sus fenómenos, los descubrimientos, fruto de sus observaciones; desenvuélvame el jeómetra sus teorías con sus corolarios; que el literato me trace las reglas de hablar bien y de persuadir á los demas cuanto cree él mismo, y que el crítico ponga á mi vista los monumentos de los hechos que me refiere, y procure hacerme conocer toda su fuerza: desde luego los escucharé atentamente, y procuraré seguir la série de sus raciocinios; pero estos mismos excitarán en mi entendimiento una multitud de ideas y reflexiones, y experimentaré forzosamente un sentimiento de resistencia ó de adhesion, y por último solo me decidiré á prestar á sus teorías entero crédito cuando un sentimiento interior me obligue á decir: *esto es cierto.*

Se quiere establecer una regla infalible de nuestros juicios, un principio inmutable de certidumbre, lo que se llama al fin el *criterio* de la verdad: ¿pero le fijarémos en la perfecta conformidad de la consecuencia con la primera verdad en que está contenida, es decir, en la identidad; ó le hallarémos en la experiencia ó en la autoridad? Elíjase lo que se quiera, siempre será preciso que mi entendimiento conozca y aprecie por sí mismo el principio que se me designe como tal, y que un sentimiento interior me advierta la exactitud de esta regla de verdad, y la precision de sus aplicaciones. Y aun, si se quiere subyugar mi entendimiento por medio de la revelacion divina, ó por la fe universal del jénero humano, es indispensable que yo conozca ántes esta revelacion y esta creencia, y que sienta su fuerza é irrefragable autoridad, y es de absoluta necesidad que alguna cosa me diga interiormente: *esta revelacion viene de Dios; esta es la fe del*

jénero humano, y es una locura no pensar como él. Si se me hace subir hasta Dios, oríjen de toda verdad, será no ménos necesario que yo conozca á este Dios, y que experimente dentro de mí mismo la persuasion íntima de su existencia; y como no puedo estar cierto de esta sin estarlo ántes de la mia, para lo que es preciso que yo mismo sienta que existo, resulta que siempre venimos á parar al sentimiento interior. Para sentir y conocer, es preciso existir: así es que la nada no siente ni conoce; y como es indudable que si no hubiese Dios yo no existiria, resulta que no puedo explicar mi existencia, sino por la del Ser de los seres que me la ha dado. No tratamos aquí de prioridad de existencia, sino de aquella prioridad de conocimiento con que es preciso que yo reconozca mi propia existencia para venir en conocimiento de la de Dios; de tal modo que aun la duda sobre mi existencia seria una prueba de ella, porque

quien no existe no puede dudar.

Ciertamente, Señores, que si queremos desprendernos de las ilusiones de los sistemas formados muy inútilmente y á veces con grande trabajo, hallarémos que todo se refiere al sentimiento íntimo de este *yo*, y de lo que pasa dentro de mí mismo; y que despues de haber agotado todas las reflexiones y todos los raciocinios, la última razon para creer una proposicion, sea la que quiera, es siempre el sentimiento interior de su verdad. Yo no necesito saber como estas impresiones y estos pensamientos nacen en mi alma; dejo á cada uno por este momento la libertad de adoptar el sistema que le parezca, y nada me importa que empiecen por la sensacion, por la palabra, ó por cualquier otro medio; siempre será imposible que una idea, una verdad, ó cualquier otra cosa exista para mí de otro modo que por el sentimiento que tengo de ella. En este sentido es bien claro que el principio de

mi asenso está dentro, y no fuera de mí; que cuanto viene de fuera debe ser sentido y juzgado por mí, y que solo cuando la impresion de verdad que yo experimento es tan luminosa, tan profunda é irresistible que me obliga á acceder á ella, es cuando llego á la conviccion y á la certidumbre, que no es mas que la adhesion imperturbable del entendimiento á la cosa que se le presenta.

¿Pero está á nuestro alcance escitar la impresion íntima de luz que nos causan las primeras verdades por medio de cosas ménos luminosas por sí mismas? Sí, Señores, si se trata de cosas intelectuales fundadas en relaciones invariables, como la jeometría, puede el entendimiento conocer los primeros principios, y deducir de ellos consecuencias por la via del raciocinio: si hablamos de cosas materiales y sensibles, como los fenómenos de la naturaleza corpórea, las conocemos por la relacion de los sentidos; y si de cosas

de hecho, como la existencia y la muerte de César, las conocemos por los testimonios. Veamos ahora si el raciocinio, los sentidos y los testimonios pueden servirnos en circunstancias determinadas de guias seguras y fieles que nos conduzcan á la verdad.

No ignoro que se abusa del raciocinio aun contra la misma razon, y que hay raciocinios falsos, como pesos y medidas falsas; que el entendimiento humano se extravia y se precipita mas de una vez, y está expuesto á tomar por verdadera luz ciertos vanos resplandores: procurarémos en un discurso particular descubrir las causas mas comunes de nuestros errores; pero así como la moneda falsa no destruye la verdadera, ni impide que esta esté marcada con sellos por los que al fin se la reconoce y distingue de lo que no es ella, asi la razon procura penetrar una multitud de cosas, y puede en muchas circunstancias remontar á ciertos principios fijos é incontestables con que to-

do lo demas está ligado, y llegar á aquellas nociones primitivas y luminosas por sí mismas, de que ya hemos hablado; de modo que una misma luz me subyugue, y domine mi alma, ya contemple estos principios luminosos por sí mismos, ó ya medite las consecuencias que la reciben de ellos como por reflejo, y que no son mas que el mismo principio desenvuelto. Veo por ejemplo que la esencia del círculo es ser redondo, que el diámetro le divide en dos partes iguales, que el radio es là mitad de este; y que todos los puntos de la circunferencia estan á igual distancia del centro; pues si de estas nociones evidentes por sí mismas deducen los jeómetras consecuencias que sean su resultado infalible, tendré las unas por tan ciertas como las otras; y por mas que se multipliquen los sofismas y se intente hacer vacilar mi certeza, jamás dudaré que el círculo es redondo; sentiré cierta impresion de verdad irresistible, y sin poderlo evitar me

hallaré penetrado del convencimiento mas íntimo y mas profundo, no solo de las cualidades esenciales del círculo que yo veo sin necesidad de meditacion, sino aun de las que se me haya manifestado estar contenidas en aquellas. De modo que si la série de nuestros raciocinios empieza por uno de estos primeros é inmutables principios, y aquellos estan tan unidos entre sí como los eslabones de una cadena, de los cuales el último lo está al que le precede, y así sucesivamente hasta llegar al punto que los sostiene á todos, entónces la última consecuencia estará inseparablemente unida á su principio.

Hay sin duda gran distancia desde las primeras nociones de la áljebra hasta los mas altos problemas de la analisis, así como desde estas proposiciones *yo existo*, *yo siento*, *yo pienso* hasta la especulativa mas sublime: hay entre unas y otras una multitud de raciocinios intermedios; pero así como si en un camino desconocido que hay que

andar durante la noche encontramos de trecho en trecho antorchas encendidas, la primera nos conduce á la segunda, esta hasta la tercera, y así progresivamente llegamos á la última que nos manifiesta el término de nuestro viaje; así tambien en los raciocinios bien deducidos, cada proposicion deja en el entendimiento cierto rastro de luz, y haciéndonos pasar por una cadena no interrumpida de impresiones interiores de verdad, nos conduce á la que es el objeto de nuestras investigaciones.

Pasemos á hablar de la relacion de los sentidos: yo confieso que estos, por ejemplo, la vista, el oido, pueden ocasionar preocupaciones en un entendimiento lijero é inconsiderado. ¡Cuantas veces nuevos descubrimientos han dado á las cosas diferente punto de vista, y se han hallado defectuosas algunas experiencias que habian inspirado demasiada confianza! ¿Pero que debemos inferir de esto? Que es preciso pre-

caverse de los juicios precipitados, y no decidirse sino despues de un exámen muy escrupuloso; pero cuando la relacion de los sentidos es constante y uniforme; cuando las experiencias repetidas mil veces ofrecen los mismos resultados; cuando considerado bajo todas las formas se reproduce siempre el mismo fenómeno, y cuando los objetos son tan perceptibles que basta para verlos tener ojos, y oidos para oirlos, ¿podrémos negarnos á dar asenso al testimonio de los sentidos? ¿Como será posible dejar de creer por la experiencia misma, que el agua es mas pesada que el aire, que este es mas elástico que aquella, que los fluidos buscan el nivel, que el astrónomo conoce el secreto de calcular con precision la repeticion de los eclipses, y que las artes tienen operaciones perfectamente adaptadas al fin á que se destinan? ¿Como es posible no creer que el dia no es la noche, y que hay movimiento en la naturaleza? En esto no cabe duda,

y si notase en mí la menor perplejidad me avergonzaria de mí mismo; pues aunque vengan todos los Zenones, antiguos y modernos, á ofuscarme con sutilezas contra el movimiento, y aunque no pudiese responder á ellas, me tendria por el hombre mas insensato en negarlo; echaria á andar y diria: hé aquí que el movimiento es posible.

Tratemos ahora de los testimonios. Es cierto que mas de una vez testimonios sospechosos han pasado por irrecusables, y que en materia de hechos históricos la impostura por una parte, y la credulidad por otra, han acreditado las relaciones mas falsas; pero tambien es cosa sabida, que la sana crítica tiene reglas para el exámen de los testimonios, y que son frecuentemente de tal autoridad, que es imposible recusarlos: sin analizar aquí esta materia, lo que exijirá un discurso á parte, recurro por ahora solo á vuestra conciencia, y os pregunto: ¿Si se le antojase

á un sofista divulgar que Alejandro el Grande es un héroe fabuloso, que Cárlo-Magno solamente ha existido en la imajinacion de nuestros novelistas, y que la ciudad de Roma solo está en el mapa, ¿hallaria en toda la Europa un partidario, ni podria hacer dudar á nadie de estos hechos? ¿no seria tenido por un loco? Sin embargo solo los conocemos por los testimonios de los hombres; y por ellos creo tan firmemente en la existencia de Roma sin haberla visto, como creo la igualdad de los cuatro-lados que componen un cuadrado. Y si no que se os digan estas dos proposiciones: *En Italia hay una ciudad que se llama Roma: los cuatro lados de un cuadrado son iguales:* ¿no os causan ámbas la misma impresion de verdad sin que vuestro entendimiento conciba la menor duda sobre ellas? ¿la menor perplejidad no seria resistir á la evidencia y al grito imperioso de vuestra conciencia, aun sin haber estado jamas en Roma? Con todo eso vemos que

esta es cosa de hecho, que no está sujeta á cálculos ni á operaciones jeométricas. Lo mismo que de Roma diré de Constantinopla, de Filadelfia y de Pequin: lo diré de la existencia de Francisco I, de Clodoveo, de Teodosio, de Marco Aurelio, de César, y de hechos aun mas particulares, como las batallas de Fontenoy, de Ivry, de Pavía, de Farsalia y de Actium, y seria renunciar el sentido comun negarse á prestar asenso á estos hechos. Oid lo que dice sobre el particular uno de los mas brillantes injenios que han dado honor á la majistratura de Francia: «Yo conozco, ha «dicho D'Aguesseau en sus Meditacio«nes metafísicas (1), que hay hechos «que aunque solo me son conocidos «por el testimonio de los hombres, me «son tan evidentes como las verdades «de la jeometría. ¿Podré yo dudar, por «ejemplo, de la existencia de Roma, «aunque no haya estado en ella? ¿Me

(1) Médit. IV. Tom. II. pag. 144.

«será posible ni aun sospechar que me «engañe ó se engaña el historiador que «me anunció que Augusto fué el primer Emperador Romano, y que Cristóval Colon descubrió lo que llamamos Nuevo-Mundo? Si las verdades «jeométricas son mas claras para mí, «porque yo descubro su principio, aquellas tienen la ventaja de estar al alcance hasta de los hombres mas comunes, «y de causar en su alma una impresion «mas profunda y mas durable. Continuamente se ven disputas sobre los «métodos jeométricos y sobre la misma evidencia; pero nunca se ha puesto en duda la existencia de Roma; y «si algun hombre ha querido dudar de «hechos de esta naturaleza, ha sido tenido por un loco, ó á lo ménos, por «un sofista despreciable que abusa de «la sutileza de su talento.»

Ved aquí, Señores, como el raciocinio, los sentidos y los testimonios, ya esten reunidos ó ya separados, pueden serviros de fundamento en diver-

sos jéneros de conocimientos. Esto no es decir que el hombre sea infalible, así como tampoco impecable; pues ni le es dado poseer en este mundo toda la ciencia, ni llegar a una virtud perfecta como la de los bienaventurados. Si el hombre está dotado de entendimiento, tambien es libre; y tanto en la investigacion de la verdad como en su conducta, puede hacer uso bueno ó malo de su libre albedrío, é inútil es poner en sus manos los medios seguros para encontrar la verdad, si no quiere servirse de ellos, ó deja su direccion á las pasiones y al orgullo. Seria tambien grande y funesta ilusion creer que todo contribuye al triunfo de la verdad, porque se haya ilustrado nuestro entendimiento; es necesario advertir que las pasiones son sus mayores enemigos, y que por consiguiente miéntras haya hombres habrá errores y vicios. ¿Pero podrémos por esto decir que el hombre nada sabe, porque no lo sabe todo; y que no hay

verdad alguna, porque hay muchos errores. Esto seria lo mismo que decir, que no hay virtud porque la tierra está manchada con muchos vicios, ó que la luz no existe porque nos hallamos frecuentemente entre tinieblas. Si queremos conseguir el justo medio en que está la sabiduría, digamos con uno de nuestros antiguos apolojistas, y de los mas grandes injenios de su siglo, con Lactancio (1): «Entre los filósofos, unos «han sostenido que todo se podia sa-«ber, y estos han sido unos insensatos: «otros que nada se podia saber; y estos «no eran mas sabios que aquellos, pues «si los primeros han concedido mucho «al hombre, los segundos le han dado «demasiado poco, y unos y otros han «caido en el estremo. ¿En donde pues «está la sabiduría? en no creer que lo «sabeis todo, porque este es un atribu-«to esclusivo de Dios, y en no soste-«ner que nada sabeis, lo que es propio

(1) *De falsa sapientia*, lib. III, cap. VI.

«de los brutos. Entre estos dos estre-«mos hay un medio que conviene al «hombre, á saber: una ciencia mezcla-«da de tinieblas, y como templada por «la ignorancia.»

DE LAS CAUSAS

DE NUESTROS ERRORES.

La primera necesidad, así como el primer bien del hombre, es la verdad. Sí, Señores, verdad en la relijion, que al mismo tiempo que nos da ideas sublimes y puras de la Divinidad, nos enseña á rendirle homenajes dignos de ella: verdad en la moral, que prescribe á todas las clases sus deberes sin rigor ni debilidad: verdad en la política, que haciendo á las autoridades mas justas, y á los súbditos mas sumisos, liberta á los gobiernos de las pasiones de la multitud, y á la multitud de la tiranía de los gobiernos: verdad en los tribunales, que hace temblar el vicio, da seguridad á la inocencia, y saca triunfante la justicia: verdad en la educacion, que hermanando los preceptos con la conducta hace que los maestros

sean al mismo tiempo los modelos y los directores de la infancia y de la juventud: verdad en las letras y en las artes, que las preserva del contajio del mal gusto, del falso ornato, y de las falsas opiniones: verdad en el comercio de la vida, que desterrando de él la impostura y el fraude, afianza la seguridad jeneral: verdad en todo, y ántes de todo; hé aquí á lo que se dirijen los deseos mas secretos del corazon humano. ¡Tal es el convencimiento de los pueblos acerca de la utilidad de la verdad, y de los perjuicios de la mentira. En efecto, cuando las verdaderas doctrinas se enseñan por todas partes, y penetran los corazones influyendo en todas las clases de la sociedad, si no contienen todos los desórdenes, atajan á lo ménos una gran parte de ellos; y siendo un jérmen fecundo de sentimientos jenerosos y acciones virtuosas, dan á conocer que la verdad es para el cuerpo social un principio de vida; pero si al contrario llega el error á do-

minar en puntos esenciales á los entendimientos, y principalmente á los de aquellos que por su posicion sirven de guias y modelos á los demas, los estravia y arroja por derrumbaderos; y corrompiendo los pensamientos, los sentimientos y las acciones, llega á ser un principio de disolucion y de muerte.

¡Pero que choque de opiniones opuestas particularmente desde un siglo á esta parte! ¡Que multitud de sistemas destruidos por otros sistemas! ¡Que infinidad de paradojas escandalosas! Sin embargo, al paso que la historia relijiosa, política y literaria de la Francia no presenta, hace cien años, mas que la guerra de todos los errores contra todas las verdades, sostenida primero con la pluma y despues con la espada, de que resultó la destruccion aparente de la relijion y de la monarquía por algun tiempo, es digno de observarse que todos los combatientes, así el sectario como el ortodoxo, el sofista como el filósofo, el impío como el cristiano, y el dema-

gogo como el defensor del trono, todos hacian alarde de seguir las banderas de la verdad; de modo que aun los que peleaban contra ella se hubieran considerado vencidos, si hubieran llegado á confesar que seguian las del error.

Pero ¿en que consiste que á pesar de este amor secreto á la verdad que se encuentra en el corazon de todos, esté tan extendido el error, y estravie tan frecuentemente al sabio lo mismo que al vulgo? ¿No podrémos ascender hasta las causas de nuestros errores, y llegarlos á conocer para libertarnos de su influencia? Yo no diré que señalando los escollos en que se estrella la razon humana, podrán prevenirse todos sus naufragios; pero acaso se evitarán muchos; y este pensamiento, y aun esta esperanza me han inspirado el designio de hablaros hoy de las causas comunes de nuestros errores.

Estas causas son la debilidad de la razon, la ignorancia, los conocimientos imperfectos, la ciencia misma, la

aplicacion falsa de los diversos principios de verdad, la preocupacion, la curiosidad escesiva y las pasiones.

Hablemos primeramente de la debilidad de la razon. Colocado, digámoslo así, el hombre entre el ser y la nada, presenta por las facultades de su alma algunos rasgos de semejanza con su divino autor; pero al mismo tiempo se resiente de las imperfecciones y de la miseria de todo lo criado: está dotado de entendimiento, pero su intelijencia es limitada; y aunque no le sea imposible conocer la verdad, no le es concedido verlo y conocerlo todo: en vano murmura su orgullo contra los límites de la razon; jamas podrá salvarlos; y tan imposible le es formarse un entendimiento infinito como hacer que su cuerpo sea inmortal. ¿Y qué estraño es que no siendo infinito esté sujeto á errores de los que algunos son tan solo una consecuencia natural de la debilidad del entendimiento? Mas no por esto nos abandonemos

á un cobarde abatimiento, y sirva solamente esta confesion para inspirarnos una justa desconfianza de nosotros mismos.

Sí, Señores, por mas que supongamos reunidos en una misma persona el talento mas perspicaz, el corazon mas recto y la mas vasta instruccion, nunca será mas que un hombre, un ser de facultades limitadas; tendrá sí el poder de combinar los objetos, de compararlos y darles un verdadero valor para evitar el error en sus juicios; pero esta misma facultad que constituye su mas noble prerogativa, descubre al mismo tiempo su debilidad. Si se esceptuan algunas primeras verdades que ilustran el entendimiento con su propia luz, como el sol hiere los ojos con el brillo de sus rayos, jamas ve los objetos de una sola ojeada, y en la mayor parte de sus conocimientos solo puede llegar á la verdad por medio de multiplicadas combinaciones, de esfuerzos penosos, y de un largo círculo de raciocinios. En es-

te trabajo basta un solo descuido, y un solo momento de olvido ó de letargo de su razon, para que, aun sin que él lo advierta, se introduzca el error en los resultados: ni el injenio ni la buena fe bastan para precaverle de toda ilusion, y tan imposible es al hombre ponerse á cubierto de todo error, como vivir exento de toda falta. ¿Cual es en efecto el sabio crítico que no se haya engañado algunas veces en los pormenores de sus narraciones históricas, por exacto y escrupuloso que haya sido? ¿Cual el majistrado, por mas ilustrado y recto que se le suponga, que al llegar al término de una honrosa carrera pueda estar seguro de haber seguido siempre en sus fallos la rigurosa verdad? En todo está condenado el hombre á pagar tributo á la debilidad de su naturaleza: es un mal imposible de curar del todo, y cuyo único remedio es procurar ilustrarse mas y mas sobre cuanto está obligado á saber, fortificar la razon por medio de la reflexion y la

experiencia, y precaverse siempre contra toda ilusion: por lo demas digamos, para consuelo de la débil humanidad, que los errores verdaderamente involuntarios no son criminales á los ojos de la soberana justicia.

No solo es limitado el entendimiento del hombre en aquello que conoce, y está expuesto á concebir ideas inexactas, incompletas y aun falsas, sino que hay una multitud de cosas que ignora enteramente: la ciencia es como un campo inmenso que el cielo confia á nuestros cuidados y á nuestro trabajo, en algunos parajes produce frutos sin cultura, pero en la mayor parte el hombre le fecunda únicamente con el sudor de su rostro, y jamas uno solo podrá desmontarle todo. ¿Y como podrémos juzgar con acierto de lo que no conocemos? Fijemos la vista en el vulgo, y advertirémos que ignorando los secretos resortes de la naturaleza, las leyes físicas que mantienen la armonía en el mundo, la causa de los fenómenos

celestes y de las maravillas que asombran sus ojos, y falto del estudio necesario para ilustrarse en estas materias; puede por lo mismo ser en ellas el juguete de los sentidos y de la imajinacion, y atribuir lo que ve al influjo de causas estravagantes, de que nacen las opiniones ridículas y aun supersticiosas: ¡y cuantos hay que teniéndose por injenios brillantes son un verdadero vulgo en su modo de juzgar, y sin embargo hablan decididamente sobre lo que ignoran! Los hombres universales son muy raros; y si puede un gran poeta ignorar los secretos de las ciencias sublimes, y ser enteramente estraño á un jeómetra el conocimiento del corazon humano, ¿que maravilla será que caiga el hombre en mil estravíos lanzándose fuera de la esfera de sus conocimientos? Juzgue cada uno solamente de lo que conoce; tengamos la prudencia de suspender nuestro juicio sobre lo incierto, y desaparecerán la mayor parte de opiniones falsas. Esta reflexion nos

conduce á la tercera causa de nuestros errores, á saber, lo incompleto de nuestros conocimientos.

Nada hay mas jeneral que ciertos talentos que, contentándose con un estudio superficial y vago, todo lo tocan lijeramente sin profundizar nada; y cuando deberian ser muy reservados y modestos, deciden de todo con un tono majistral y resuelto. Una de las mas incurables manías de los que se tienen por sabios y de brillante injenio, es querer saberlo todo, y erijirse en doctores, aun en lo que solo conocen á medias; y de aquí ha procedido de un siglo á esta parte ese diluvio de sistemas en materias de moral, de política y de educacion, capaces de trastornar al mundo entero: de estos mismos, dice Pascal en el título XIX de sus *Pensamientos*: «que tienen alguna tintura de «la ciencia, se hacen los entendidos, tur«ban al mundo y juzgan de todo peor «que los demas.» Una ignorancia juiciosa vale mas que un saber presun-

tuoso: el hombre cuerdo conoce su debilidad, se la dice á sí mismo y desconfia, al paso que un sabio á medias se envanece por lo que sabe, se arroga una instruccion de que carece; y sin tener aquella prudente detencion que inspira el buen juicio, ni las luces que da una ciencia profunda, se entrega á los falsos brillos de su imajinacion, y se estravia. No es ciertamente el mas ignorante aquel que nada sabe, sino aquel que sin saber cree saber; de lo que provienen las mas funestas y ridículas pretensiones. ¿Como podré yo, Señores, con una lijera tintura de las humanidades arrogarme el derecho de juzgar de los antiguos y de los modernos, como podria hacerlo el mas profundo literato; y con solo un lijero estudio de las leyes ceerme jurisconsulto tan consumado como Domat y D' Aguesseau? ¿Cabe esto en un hombre juicioso? ¿Y no me pareceria yo á aquel que estando al pie de la montaña creyese disfrutar de un horizonte tan dilatado co-

mo el que se halla en su cumbre? Juzgad ahora vosotros mismos del concepto que merecen esos entendimientos temerarios, que sin conocer la relijion mas que por pinturas falsas, y vanamente confiados en algunos antiguos argumentos que tienen por descubrimientos nuevos, se toman la libertad de combatir el cristianismo, y se exponen á calumniarle sin conocerle. ¿Como se atreven á decidir á favor de la incredulidad y contra la relijion, con solo un escaso conocimiento de ella, de sus fundamentos, de su doctrina y de su historia? ¿Querria nadie conducirse con tan lastimosa lijereza en los negocios en que se interesasen el honor, la vida y la fortuna?

La cuarta clase de nuestros errores es á veces la misma ciencia. ¡Felices por lo jeneral aquellos cuya memoria enriquecida por un largo estudio es como una mina inagotable de que pueden sacar tesoros siempre nuevos! Cuando un juicio sólido y un talento de tem-

ple superior dirijan la erudicion, producirá obras apreciables; pero la misma erudicion podrá ser para el talento débil una carga que, digámoslo así, le abrume. No basta poseer un caudal de conocimientos; es preciso que el entendimiento tenga la fuerza necesaria para soportarlos, y bastante penetracion para discernirlos todos, y saber darles su justo valor. Sin esto existirán sí los materiales, pero no el arquitecto capaz de formar de ellos la obra. La ciencia sin el juicio solamente servirá para estraviar al que la posea, para ofuscarle y deslumbrarle con mil resplandores opuestos, de modo que no acierte á discernir la verdadera. Así como ha habido escelentes gramáticos que no han pasado de escritores medianos, hemos visto tambien grandes eruditos, que han sido críticos muy débiles, y han caido en errores pueriles, porque su juicio no estaba al nivel de su memoria; y engolfándose en un laberinto sin fin no han tenido el hilo conduc-

tor que los dirijiese. Solo de este modo puede concebirse como el famoso Padre Hardouin, uno de los hombres mas sabios que se han conocido, ha caido en estravíos que han escitado lástima y risa; y como á su imitacion, y aun escediéndole, han caido otros eruditos de nuestros dias en sus discursos acerca del divino Fundador del cristianismo, en errores todavía mas ridículos; y por desgracia mas funestos.

Paso á la quinta causa de nuestros errores, que es la mala aplicacion de los principios de verdad. El entendimiento humano se ejercita en diversas clases de conocimientos, y estiende su dominio no ménos al mundo intelectual que al físico; por todas partes busca la verdad; y solo cree poseerla cuando se siente herido de una luz tan viva y tan penetrante que no puede evitarla: esta conviccion íntima del entendimiento es lo que en mi opinion llamamos certeza; pero es preciso que observemos que cada clase de conocimien-

tos tiene tambien su clase particular de prueba; me esplicaré: Que un niño, por ejemplo, debe amar á su madre, que en Italia existe una ciudad que se llama Roma, y que la circunferencia de un círculo es tres veces mayor que su diámetro, son tres cosas igualmente ciertas para nosotros; de modo que sería una proposicion irritante y contraria al sentido comun, decir que es cierto que la circunferencia es tres veces el diámetro, pero que es solo verosímil que exista Roma, y nada mas que probable que un hijo deba amar á su madre. Nuestra conviccion es la misma, é igual nuestra certeza sobre estos tres puntos; pero los medios de producirla en nuestra alma son del todo diferentes; pues no probamos el deber de la piedad filial por el cálculo, la existencia de la ciudad de Roma por el sentimiento, ni las proporciones del diámetro á la circunferencia por el testimonio humano: cuidemos pues de no aplicar á una clase de conocimientos la

clase de pruebas que no le sean propias, y no busquemos las operaciones jeométricas en objetos que no sean susceptibles de ellas. Todo el mundo cree en la existencia de Enrique IV, en la de Carlo-Magno y de César tan firmemente como se puede creer en una proposicion de Euclides, y sin embargo no se adquiere el convencimiento de estos hechos históricos por demostraciones jeométricas. Pascal ha observado que la jeometría se funda en principios de una evidencia palpable; pero que hay cosas mas sutiles y mas delicadas, que se sienten mas que se ven, y que seria una ridiculez tratar jeométricamente. Cuantas veces quiera un aljebrista aplicar su ciencia á las cosas de puro sentimiento, de gusto y de autoridad, á la moral ó á la historia; el literato y verdadero crítico se burlará de sus vanas teorías, como él mismo tendria derecho de burlarse del que quisiese resolver sus problemas por las reglas de la moral: diré sin embargo, aunque de

paso, que todas las ciencias humanas se refieren á una ciencia primitiva, á saber, la de los principios ó la metafísica, y que solo se llega á las verdades jeométricas pasando por otras verdades anteriores, cuyo sentimiento existe en todos los entendimientos; de modo que la certeza de aquellas supone ya la certeza de estas; por lo cual los que han asegurado que nada hay cierto mas que las matemáticas, no sabian lo que han dicho.

Estamos, Señores, en la sexta causa de nuestros errores, la preocupacion. Hay personas de tal modo dominadas por ciertas ideas que les son peculiares y que miran como un descubrimiento propio, que llegan á ser como inaccesibles á cualquier otro pensamiento; absorviéndose en ellas de tal modo sus facultades, que parece que no les queda para las demas sentimiento ni intelijencia: esta es una especie de obcecacion del entendimiento. Si alguna vez se ocupan de materias dife-

rentes de aquellas que son el objeto esclusivo de sus afecciones, siempre es con distraccion, sin aplicarse, y sin capacidad para penetrar otras proporciones mas recónditas, y ciertos visos mas delicados que importa mucho percibir: de aquí provienen las nociones imperfectas que son el oríjen de los juicios errados. ¿Y hasta que punto no puede estraviarse la razon, si se une á esta preocupacion el espíritu de sistema? Jeneralmente se inclina el hombre sabio á la formacion de teorías jenerales en la investigacion de las causas segundas que rijen el mundo físico y moral, y muy frecuentemente suele crearlas ántes de haber reunido y comprobado el suficiente número de observaciones. Dispuesto ya de este modo el entendimiento, se obstina en su opinion; la hace objeto de su gloria hasta infatuarse con ella; ve solamente lo que la favorece sin hacer caso de cuanto haya en contrario, y acomoda los hechos á su sistema, no su sistema á los hechos.

De este modo quiere que la experiencia, los monumentos y hasta el raciocinio sirvan á sus ideas favoritas; y hé aquí lo que ha producido tantos sueños políticos, que debiendo hacer la felicidad del jénero humano, no han sido mas que su espanto y su azote, como igualmente todas esas novelas acerca de la naturaleza, que se ha intentado hacer pasar por su historia.

Es preciso observar, Señores, que los objetos en que se fija nuestra vista se nos presentan bajo diferentes aspectos; y que una de las mayores faltas que se pueden cometer es no examinarlos bajo de todos ellos con la mas detenida atencion, como que de su conjunto depende la exactitud del juicio que hemos de formar de ellos.

En las cosas humanas, por ejemplo, en lo relativo á las formas de gobierno, á las instituciones, á las leyes y á los negocios de la vida civil, todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes: el que solo mira las primeras, se ex-

pone á tomar el partido mas funesto; y tal vez abandona el mas útil aquel que no considera mas que los segundos. ¿Que hace, pues, en este caso el hombre prudente para escojer con acierto? Pesa en la balanza de la equidad los inconvenientes y las ventajas; no se deja deslumbrar de estas, ni intimidar de aquellos, y así puede decidirse con alguna seguridad.

Pongamos algunos ejemplos de las diversas preocupaciones del entendimiento. Observa un publicista la influencia de los climas en el temperamento, en la organizacion, en los hábitos físicos, y por consecuencia en el carácter, las costumbres y las leyes: impresionado de esta idea procura profundizarla, y por último forma de ella un sistema. Ya está preocupado, y no advierte ó no quiere advertir hasta que punto pueden la relijion y la educacion, la política, el comercio y las conquistas modificar, alterar ó borrar del todo aquellas primeras disposiciones;

y queriendo esplicarlo todo, tanto las virtudes como los vicios de los pueblos, por la influencia de los climas, cae en un estremo; y la observacion que contenida en unos justos límites es una verdad muy útil, se convierte en una paradoja, por llevarla demasiado adelante.

Tal moralista atiende solo á la letra y al rigor de la ley, mira las cosas en la especulativa y no en la práctica; y sin miramiento alguno á la frajilidad humana, sin atender á las circunstancias de la edad, del temperamento y del engaño, que pueden templar la regla en su aplicacion, cae en un rigorismo que desanimando al culpable, será mas funesto acaso que las opiniones mas laxas.

De aquí provinieron tantas y tan raras opiniones bajo el reinado de Luis XIV, el mas hermoso de la monarquía, y que si no sobrepuja, iguala á lo ménos las mas bellas épocas del talento humano. Despues de las disen-

siones de una minoridad borrascosa; Luis por últimò es Rey, y no cesa de serlo hasta el sepulcro. ¡Que série de maravillas presenta su reinado! Para el bien de sus pueblos proteje la relijion, perfecciona las leyes, arregla los principales ramos de la administracion pública por medio de reglamentos que aun admiramos hoy, hace florecer las ciencias, las letras y las artes; da extension al comercio; mantiene en todas partes la justicia, el órden y la paz, y durante su reinado brillan los mejores oradores, poetas, sabios, filósofos, majistrados, capitanes y los mas ilustres ministros de la Iglesia que cuenta la Francia. Añade Luis seis provincias á su reino, cubre sus fronteras de plazas fuertes, sienta á su nieto en el trono de España, y sostiene en su vejez con una magnanimidad estraordinaria los esfuerzos de la Europa conjurada. Por este Príncipe llegó la gloria del nombre frances hasta los confines del mundo, y por él la Francia

ejerció una especie de supremacía de entendimiento y de injenio sobre la Europa, que aun se deja percibir despues de un siglo, y despues de tantos desastres. ¡Que reinado, y cuantos derechos á la pública admiracion! No han sido desconocidos estos títulos por hombres, cuyos homenajes estan exentos de sospecha, y que tenian demasiado talento para insultar al siglo del injenio; hablo de Montesquieu, de Voltaire y Federico. ¿Pero como piensan hoy los entendimientos preocupados con nuestras ideas modernas? Acusan á Luis XIV por no haber reinado segun ciertas formas y miras que no eran las de su siglo, y declaman violentamente contra algunos errores de política, estravíos de ambicion y faltas personales de que tuvo bastante valor para reprenderse á sí mismo. Mas cuando ni un simple particular está exento de tachas en el manejo de sus negocios domésticos, ¿por que se exije que no haya una siquiera en un reinado de sesenta

años de gloria y de prosperidad? ¿Hay en esto equidad? Pero ¿que pueden contra él los clamores de la mediocridad? La vana detraccion pasa, y la gloria permanece. Luis dió para siempre su nombre al siglo en que vivió, y la posteridad seguirá llamándole *el siglo de Luis XIV*, como dice despues de dos mil años *el siglo de Augusto*. Yo me lisonjeo de haber tenido esta ocasion solemne de vengar la memoria de Luis XIV; y por el modo con que mis palabras han sido acojidas, veo que vuestros corazones son franceses como el mio.

Debo, Señores, en séptimo lugar preveniros contra el espíritu de curiosidad. Es tan grande defecto en el raciocinio llevarle adelante en demasía, que la señal de un buen juicio es saberse contener y poner un freno á aquella curiosidad soberbia que quisiera salir fuera de sus límites. Ansioso de ciencia el entendimiento se irrita contra los obstáculos que se oponen á su debilidad y quiere vencerlos; pero

si alguna vez es feliz su audacia, se precipita otras muchas en las rejiones de la mentira; pues no es dado al hombre en la tierra gozar de una luz perfecta, y nuestros conocimientos van siempre mezclados con alguna obscuridad. Por tanto, cuando el entendimiento ha llegado á recibir la impresion de pruebas convincentes y luminosas, debe contentarse; y aunque no pueda verlo todo con la misma claridad, no debe desconocer la verdad, porque se le presente envuelta en algunas nubes: es una regla fundamental de todo raciocinio no abandonar una proposicion bien sentada, porque se presenten aun algunas dificultades que no se puedan resolver con toda claridad. La razon tiene cierta intemperancia así como el corazon, y el hombre juicioso debe precaverse contra una y otra sensualidad. Algunos ejemplos aclararán mas mi pensamiento. La recta razon y la fe de todo el jénero humano nos dicen que existe la materia, ó

un mundo corpóreo fuera de nosotros: una inclinacion irresistible nos obliga á creerlo; de modo que el asegurar que este universo puede ser tan solo una perpétua fantasmagoría, es opinion loca, contra la cual reclamará siempre un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas. ¿Pero que ha sucedido á pesar de esto? Vino Mallebranche y nos aseguró que Dios tiene suficiente poder para afectar nuestras almas, aun cuando no hubiese cuerpos, como si realmente existiesen, y para hacernos experimentar sin ellos las mismas sensaciones que sentimos por su medio; de donde infirió que la existencia de la materia no está demostrada por sola la razon. Barcley, yendo aun mas adelante, observó que las cualidades mas esenciales de la materia no son fijas, y que la extension de un mismo cuerpo parece unas veces mayor, y otras menor; é infiriendo de aquí que esta es una cualidad que solo existe en nuestra imajinacion, así co-

mo las visiones de un sueño, decidió que la materia es una cosa imposible. ¿Y de que provienen estas doctas locuras? De que arrastrados estos dos metafísicos por la sutileza de su entendimiento, fecundo en argumentos, desecharon las reglas del sentido comun, que no lo es tanto como parece, y abandonando el pais de la verdad divagaron por la rejion de las quimeras.

Otro ejemplo: la razon, el sentimiento y la ley del jénero humano, el universo entero, nos hablan de una suprema intelijencia; pero queriéndose indagar de que modo existe, cual es su naturaleza y como se combinan las perfecciones divinas, se intentó penetrar lo impenetrable, comprender lo incomprensible; y el resultado es sofocar el buen sentido á fuerza de sutilezas, y aparentar luego no creer en Dios. Goza un hombre tranquilamente de la claridad del sol y bendice su dulce influjo; pero de repente se empeña en mirar de hito en hito su disco res-

plandeciente; sus ojos demasiado débiles para sufrir tanta luz se ofuscan y queda ciego; y entónces maldice su resplandor lleno de un furor impotente. Esta misma es la imájen del ateo que blasfema de la Majestad divina, cuyo inmenso peso abruma su debilidad.

Hé aquí, Señores, lo que mas importa entender bien. Inútil es advertirme que esté alerta contra las ilusiones de los sentidos y de la imajinacion, contra el abuso de las palabras y los equívocos del lenguaje: inútil seria haber estudiado las operaciones de la analisis y de la syntésis, haber aprendido á ordenar y encadenar mis ideas, á ligar las consecuencias con los principios y á descubrir los vicios que suelen contenerse en el raciocinio; é inútil seria meditar las obras de Aristóteles, de Descartes, de Locke y de Condillac: de nada me servirá todo esto, si estraviado por las pasiones les doy el lugar de la razon: ellas tienen una lójica insidiosa que inutiliza todas las reglas de

la lójica comun. El último siglo ha sido la época de la analísis, y tambien la de los errores mas monstruosos: para dejarse sentir la verdad requiere tanto un corazon recto como un entendimiento ilustrado; pues las luces sin buena fe no sirven de nada. Se ha dicho que el orador es un hombre de bien que posee el don de la palabra; y del mismo modo pudiera añadirse que el lójico es un hombre de bien que posee el arte de raciocinar con exactitud.

Las pasiones, Señores, son en efecto como una nube que oscurece la telijencia, y se pone entre la razon y la verdad: las pasiones perturban y ajitan el alma, y le hacen perder aquella atencion fija, aquella rectitud é imparcialidad severa, que nos preservan de la ilusion y del error. La codicia, el orgullo y el deleite son los tres manantiales de la mayor parte de las estravagancias de los hombres en las cosas mas importantes de la vida.

Digo la codicia, porque es la mas

ciega de todas las pasiones, y la mas fecunda tanto en opiniones erróneas, como en acciones injustas: la experiencia lo comprueba. Supóngase que nos consultan sobre un negocio en que no tenemos parte, ni toca en nada á nuestros intereses: desde luego verémos las cosas como son en sí, sin preocupacion ni apasionamiento, y el dictámen que demos será, si no infalible, á lo ménos dictado por el amor sincero de la verdad. Pero trátese de una cosa que nos interese: naturalmente somos propensos á inclinar la balanza á nuestro favor; nos hacemos injeniosos para hallar pretextos y sutilezas que nuestra imajinacion nos pinta como razones; y de aquí trae su oríjen la máxima popular de que *nadie debe ser juez en su propia causa*. Entónces se nos figuran fácilmente realidades las simples apariencias, y al cabo nos dejamos llevar de ilusiones, que podrian pasar por sinceras si tuviesen un oríjen mas noble que el interes personal.

Ademas, ¿de donde nacen tantas disputas ruidosas en los tribunales, tantos pleitos instaurados ó sostenidos por la mala fe? Yo bien sé que hay cuestiones delicadas sobre las cuales pueden estar discordes los hombres mas íntegros y doctos; pero confesemos tambien que si la codicia no pusiese una venda en los ojos de los interesados, desapareceria la mayor parte de las desavenencias que desconciertan ó arruinan las familias. No sirve fijar el mejor derecho por medio de una discusion exacta, sólida y luminosa: todos se convencerán, escepto aquel á quien se intenta persuadir, y para quien la evidencia ha perdido toda su fuerza y claridad; pues el interes personal es como un espejo engañoso que aumenta nuestros derechos al paso que disminuye los de nuestros semejantes. Es tal el apego con que se identifica el hombre en cierta manera á lo que posee, y de tal modo cree existir en los objetos de que goza, que para apartarle de

ellos es menester casi arrancárselos: por esto se vale de mil pretextos para conservarlos, y así el interes falsifica en algun modo la regla de equidad y de verdad que nos ha dado la naturaleza.

No es el orgullo un enemigo ménos peligroso de la verdad: naturalmente se ama el hombre á sí mismo; pero este sentimiento lejítimo, ó por mejor decir necesario, dejenera fácilmente en esceso; y de aquí provienen aquella aficion ciega á las opiniones y producciones de su entendimiento, aquellas ilusiones que le hacen ver bellezas en donde todo el mundo ve defectos, y le inducen á considerar como efecto de la envidia ó del odio la censura mas benigna y juiciosa. El orgullo nos escita á querer dominar los ánimos y mandar hasta en los pensamientos: por él despreciamos los conocimientos ajenos, la autoridad de los sabios y de la experiencia, y preferimos estraviarnos yendo solos, á seguir el camino trazado por la

sabiduría: por el orgullo queremos con preferencia á todo formarnos una reputacion y distinguirnos de la multitud; de modo que movidos mas por el deseo de fama que por el amor á la verdad, nos apasionamos de brillantes mentiras con tal que puedan conducirnos á la celebridad. El orgullo inventa las paradojas, las propaga y defiende con una terquedad irreducible; y así produce el espíritu de secta y de partido, que tantas veces há plagado el mundo de discordias y disputas sangrientas. A veces principia el error por una opinion aventurada, ó un temerario desvario; y si entónces no procuramos vindicar la verdad, se aumenta con el triunfo la osadia del novador; si encuentra defensores, se irrita su audacia con los obstáculos, teme confesar sus faltas, y se obstina en el mal, creyendo fuerza de carácter lo que no es mas que debilidad. Un error produce otro error, y un abismo precipita á otro abismo, como dicen los libros

santos; y lo que al principio solo era en el cielo un punto oscuro, llega luego á ser una nube densa que arroja rayos y centellas. No hay que esperar atraer á estos espíritus atrevidos por las máximas de una razon sana y moderada, ni hacerlos ceder á la fuerza de la autoridad, ni contenerlos por el temor de un trastorno jeneral en el mundo relijioso y político: nada se adelantaria contra su orgullo indomable, y por cada Fenelon dócil se encontrarán cien rebeldes. Hay con efecto entendimientos poseidos de un orgullo diabólico que abrasarian todo el mundo porque prevalecieran sus opiniones. Leibnitz nos dice en alguna parte que ha conocido algunos de este carácter, y nosotros experimentamos la verdad que dijo.

Debo en fin, Señores, descubriros la última fuente de los estravíos del corazon, y por consiguiente del entendimiento. Hay una pasion dulce en la apariencia, y cruel en la realidad, que

se insinua en el alma por todos los sentidos, y la lisonjea para tiranizarla; que embriaga á sus adoradores sin contentarlos, y hace pagar con grandes amarguras los cortos placeres que proporciona: una pasion celebrada en los teatros y en las novelas, objeto de los poemas mas serios, como de los mas frívolos, y que representan contínuamente el mármol y el lienzo: pasion que para seducir toma todas las formas, mostrándose algunas veces bajo del exterior mas descarado, y adornándose otras hasta con el velo de la modestia. Hablo, Señores, de aquella inclinacion tan viva á cuanto lisonjea los sentidos, del amor del deleite y de los placeres sensuales. Su imperio es de tal naturaleza, que el mas bello triunfo del Evanjelio es abatir sus altares; por ella principalmente reina la idolatría en las costumbres, y por ella parece que consentirian los hombres la destruccion de sus demas ídolos, con tal que se les permitiese quemar incienso en honor

de este. Ella es el escollo de nuestro ministerio, y muchas veces cuando la censuramos hace la juventud como que no nos oye, porque nuestras palabras le parecen duras y bárbaras. ¿Pero dejarémos por eso de combatirla, de manifestar sus peligros, y señalarla como una de las causas de nuestros errores?

Los Paganos mismos, se han lamentado de sus funestos frutos: dígalo Ciceron, que respondiendo á la reconvencion que se podia hacer á la vejez de ser inhábil para los placeres, esclama (1): «¡Oh feliz privilegio de nuestra edad, que nos liberta de lo mas vicioso que hay en la juventud. Escuchad, jóvenes sencillos, un antiguo discurso de Architas de Tarento, uno de los primeros y mas grandes varones de su tiempo: no hay en la naturaleza, decia, pasion mas funesta al hombre que la sensualidad; no hay placer á que se arroje con mayor ím-

(1) *De Senectute*, cap. XII.

«petu y frenesí; él ocasiona las traicio-«nes á la patria, el trastorno de los es-«tados, las intelijencias criminales con «el enemigo; no hay delito á que no «escite tan funesta pasion que, enemi-«ga de la razon, corrompe el juicio, «ofusca los ojos del entendimiento, y «no puede aliarse con la virtud.»

¿Y una pasion que desordena de tal modo todas las facultades del alma, dejará de ser un grande obstáculo para conocer la verdad, para tomar aficion á ella y confesar altamente sus severas máximas? La voz de la sabiduría difícilmente se deja oir en la embriaguez y en el tumulto de los placeres; la imajinacion del voluptuoso pinta y hermosea hasta lo mas criminal, todo lo desnaturaliza, y altera hasta los nombres: el libertinaje se llama inclinacion, el discurso licencioso, chanza, y la perseverancia en una pasion loca, heróica fidelidad. El entendimiento en fin justifica cuanto agrada al corazon, y cuanto ama es á sus ojos santo y lejítimo,

como dice San Agustin, *quodcumque placet, sanctum est.*

Acabo, Señores, de hablar de una multitud de cosas en el discurso de esta discusion, de la que cada uno podrá aplicarse lo que le convenga. Acaso mas de uno saldrá de ella dispuesto á dejar ciertas opiniones de independencia cómoda, cuyas causas no habia llegado á descifrar hasta ahora, á ser mas detenido en sus investigaciones, y ménos precipitado en sus juicios. ¿Y quien sabe si la Providencia, que oculta sus vias misteriosas bajo del velo de los medios humanos, se servirá de este discurso para con algun jóven cuya alma luche todavia entre la verdad que le ilumina y el placer que le atrae? Agustin solo tenia diez y nueve años cuando leyó por primera vez una obra de Ciceron que no existe ya, y cuyo título era *Hortensius*, y se reducia á una exhortacion á favor de la sabiduría. El mismo nos dice (1) que esta lectura

(1) *Conf.* lib. III, cap. IV.

cambió sus afecciones, le inspiró otros pensamientos y un vehemente deseo de conocer esta sabiduría inmortal; y esto fué como depositar en un corazon lleno de rectitud un jérmen que, desenvuelto despues por el auxilio divino, debia producir algun dia frutos tan preciosos y tan abundantes. ¿Y porque no tendrá sobre nosotros la verdad el mismo imperio? Es antigua, pero no vieja, y es eterna como el mismo Dios de quien procede. Si brilla ante vosotros, no desvieis de ella vuestros ojos, no huyais si os busca; si quiere triunfar es para vuestra felicidad; es vergonzoso resistirle, y glorioso ser vencido por ella: maestros hábiles os dirijirán en la carrera de las letras y de las ciencias, y si en esta materia no se entibia vuestro ardor para conocer la verdad, ¿no le tendréis igualmente para buscarla en las cosas morales y relijiosas que son el fundamento de todas las virtudes? Decirla es nuestro deber, y el vuestro escucharla. Escrito está *que los labios*

del sacerdote serán depositarios de la ciencia, y que en sus discursos se han de buscar la regla y la ley. Desgraciado de mí si la revistiese de un rigor que no tiene; pero tampoco tendré la débil condescendencia de disimular sus derechos y su severidad. Es fácil, Señores, amar la verdad cuando nos lisonjea ó nos instruye sin imponernos deberes; pero sepamos amarla tambien aun cuando nos condene, y no esten de acuerdo con ella nuestras inclinaciones. Venid, pues, á oirnos con un amor sincero de la verdad, con el deseo de rendiros á sus impresiones, con valor para seguirla y llevar su yugo, aunque parezca ménos dulce á la naturaleza; venid pues aquí con tan felices disposiciones de entendimiento y de corazon; os ilustraréis y os haréis mejores, y nosotros tendrémos el consuelo de experimentar que no en vano se ha llamado esta cátedra la cátedra de la verdad.

LA EXISTENCIA DE DIOS,

PROBADA

POR LA FE DEL JÉNERO HUMANO.

Es ciertamente una cosa muy notable para los verdaderos filósofos el ver que todo el jénero humano está de acuerdo en confesar la existencia de la Divinidad, en darle un culto y rendirle homenajes de adoracion y de dependencia; conformidad tan universal y tan antigua como el mundo, que se extiende á los sabios lo mismo que al vulgo, y á las naciones cultas como á las mas bárbaras. Efectivamente los injenios mas grandes que han producido los siglos, los hombres mas eminentes por su ciencia y sus virtudes hán pensado sobre esto como el pueblo, escepto algunos ridículos personajes que han aparecido de cuando en cuando para

perturbar con su voz fatal la armonía del mundo, y son parecidos en el órden moral á aquellas producciones estravagantes que en el mundo físico salen fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza. El ateo injenioso en sustraerse á la luz, ó en ofuscarla con sus sofismas, se gloria de rechazar la creência del mundo entero, y mira como una especie de triunfo el luchar él solo contra el jénero humano. Si se le habla de la universalidad de esta creencia relijiosa, pronto trata de buscar en cualquier rincon del mundo ûn punto en que la civilizacion esté tan atrasada que no se halle, si es posible, rastro alguno de esta doctrina. Si se le señala esta unánime creencia del jénero humano como la voz de la naturaleza, de la razon y de la verdad, él solo ve en ella un efecto de ignorancia y de credulidad; y prefiere no ver en la razon natural mas que una preocupacion popular, ántes que pensar en esta materia como el pueblo: en fin, si obligán-

dole á esplicarse se le pregunta de donde ha podido venir á los hombres una creencia tan universal, tan antigua y tan arraigada como la de la existencia de Dios, os responde que es un efecto de la imajinacion engañada por el miedo, ó de la política de los lejisladores. Examinemos pues todos los subterfugios del ateismo, para lo cual sentarémos tres verdades que llenen el objeto de esta conferencia: 1.ª la fe del jénero humano atestigua que hay un Dios: 2.ª esta creencia viene de la naturaleza y de la mas pura razon: 3.ª nada hay mas frívolo que cuanto el ateo imajina para explicar esta fe.

La creencia del mundo entero es un hecho, y como tal no se prueba por conjeturas, sino por testimonios. Consultemos pues los anales del mundo, todos los monumentos históricos, las relaciones de todos los viajeros, y hallarémos demostrado que todas las naciones, y todos los siglos, el antiguo y el nuevo mundo, estan unánimes en

la creencia de la divinidad. Podríamos desde luego interpelar á los impios para que nos citasen una sola comarca de la que sea posible, no digo conjeturar, sino demostrar, que haya sido ó que sea atea; esto es, que haya estado privada hasta de la mas grosera idea de alguna divinidad, sea la que fuere. Hasta ahora sus esfuerzos en esta materia han sido vanos, y todas sus pretensiones desmentidas; de manera que su impotencia misma de citar un solo pueblo enteramente sumerjido en el ateismo, probaria ya bastante que no le hay. Pero aclaremos esto mas, y para ello veamos cual ha sido la creencia de la antigüedad.

Subid á las épocas mas remotas; recorréd todos los pueblos, tanto los mas ilustrados como los mas salvajes que han habitado el globo: ¿hallaréis uno solo que no haya estado imbuido de un conocimiento mas ó ménos perfecto de la Divinidad? Fenicios, Caldeos, Ejipcios, Persas, Judíos, Griegos, Roma-

nos; todos en fin estan acordes en este punto. Los tiempos fabulosos estan llenos de las historias de dioses y semidioses: ¿y que vemos en los filósofos, en los historiadores, en los poetas y en los oradores de la Grecia y de Roma, que manejamos desde nuestra mas tierna infancia, mas que señales bien patentes de la fe de todas las naciones? ¿Que significan los altares, los templos, los sacrificios, las fiestas relijiosas, las estátuas de los dioses, los himnos sagrados, los apotéosis, el Elíseo y el Ténaro? ¿No tiene todo ello una conexion palpable con el dogma de la Divinidad? Echad una mirada sobre la faz de la tierra, decia Plutarco (1), hallaréis ciudades sin fortificaciones, sin ciencias, sin majistratura regular; veréis pueblos sin habitaciones separadas, sin propiedad de bienes, sin conocer el uso de la moneda, y en una total ignorancia de las bellas artes; pero en

(1) *Cont. Colot. Epicur.*

ninguna parte encontraréis una ciudad que no tenga algun conocimiento de la Divinidad. Ciceron (1) y Séneca (2) han usado del mismo lenguaje.

Ved aquí testimonios bien positivos de los hombres mas sabios y mas graves de la antigüedad, contra los cuales de nada sirven los pasajes oscuros y equívocos de ciertos escritores sobre el supuesto ateismo de algunos pueblos, cuyo nombre es casi desconocido. Hay que observar, Señores, que sin poder acusar á un pueblo de ateismo propiamente tal, pueden concebirse de él ciertas sospechas, ya porque teniendo costumbres impías y feroces viole todas las leyes divinas y humanas que los otros reverencian, ya porque no presente vestijios bien claros de culto y relijion pública á causa de su vida errante y grosera independencia, ya porque desprecie el culto de alguna dei-

(1) Cicer. *Tuscul. Quæst. lib.* 1. *num.* 13.

(2) Senec. *Epist.* 117.

dad que adoren sus vecinos, ó ya porque aun cuando reconozca á una Divinidad suprema, no la adore, y solo lo haga á dioses subalternos, como se ha observado en algunos pueblos salvajes. Así es que Plinio no veia en los Judíos, que se distinguian por su relijion del mundo idólatra, otra cosa que unos insolentes despreciadores de los dioses (1); y Ciceron en su oracion á favor de Fonteyo (2), arrebatado por el interes de su causa, trata á los Galos de impíos, sin fe ni probidad, y se complace en recordar su expedicion contra Delfos. Sin embargo vemos que César, que ciertamente los conocia mejor, los pinta como una nacion relijiosa en estremo: *natio est omnis admodùm dedita religionibus* (3). Asi tambien se acusaba de ateos y sacrílegos á los primeros cristianos; porque aborrecian á los dioses

(1) *Gens contumeliâ numinum insignis.* Hist. Natur. lib. XIII. cap. 4.

(2) *Pro Fonteyo*, num. 20 et seq.

(3) *De bello Gall.* lib. VI. num. 16.

del imperio. Guardémonos pues de acusar á un pueblo de ateismo por algunas citas vagas. La creencia en la Divinidad fué tan universal entre los antiguos, que Lucrecio felicitó á su maestro Epicuro por haber sido el primero que se atrevió á luchar contra el jénero humano, y á levantar la cabeza en medio de los pueblos sometidos, decia él, al yugo de la supersticion (1).

Ademas de esto, Señores, aunque los antiguos hayan estado sumerjidos en supersticiones ridículas y monstruosas, y hayan poblado la tierra y los cielos de una multitud de divinidades quiméricas, sin embargo el conocimiento de un Ser supremo, de un Dios soberano, Señor de los otros dioses como de los hombres, era mas jeneral entre los sabios, y aun entre el vulgo que lo que comunmente se cree.

Si observamos que los Judíos adoraban á un único Dios, Criador del cie-

(1) *De rerum nat.* lib. I, vers. 63 et seq.

lo y de la tierra, y que sus libros santos han celebrado su grandeza y su gloria en una poesía enteramente divina, que oscurece la de los Griegos y de los Romanos, verémos que es imposible que su comercio con las demas naciones no extendiese mas ó ménos en ellas el conocimiento del verdadero Dios, y no le ganase adoradores. Cuando Salomon subió al trono, el rey de Tiro tributaba gracias al Señor Dios por haber dado á David un sucesor digno de él: Ciro veia en sus victorias un beneficio del Dios del cielo: Dario, Artajerjes y Asuero le rindieron homenaje. ¿Y cual será aquel Dios por el que se reconocian vencidos los sabios de la corte de Faraon, al decir: *la mano de Dios está aquí*?

Yo advierto ademas que los mas célebres filósofos de la antigüedad creian en este Dios supremo; y que aun cuando reverenciaban por miedo ó por política á los dioses populares y nacionales, reconocian la grandeza escelsa de

aquel que habia presidido á la formacion de este universo. Si algunos, como Demócrito y Epicuro, querian enseñar á esplicarlo todo por medio de movimientos casuales y mecánicos, sin recurrir á una causa intelijente, otros como Platon y Ciceron la reconocian y probaban su necesidad, y la naturaleza de sus disputas da á conocer cuan universalmente reconocida estaba la creencia en un ser intelijente y sabio ordenador del mundo. Así Lactancio (1), tan versado en estas materias, no dudaba decir hace catorce siglos, que esta doctrina habia sido la de todas las escuelas, y de todos aquellos que ántes de Epicuro habian sido mirados como príncipes de la filosofia. El apóstol S. Pablo les reprende ménos el haber desconocido la Divinidad, que el no haberla glorificado como debian. Es cierto tambien que el Dios criador que ha sacado el universo de la nada, que tiene

(1) *Divin. Instit.* lib. II. cap. 1.

un dominio soberano sobre la materia; este espíritu puro, cuya providencia se extiende á la menor de nuestras acciones, y que las juzgará despues de haber sido testigo de ellas, que reserva en una vida futura castigos al vicio y premios á la virtud: este Dios, el único verdadero, y que es el de los cristianos, no fué conocido en las escuelas de Roma y de Atenas con aquella perfeccion que lo es en el dia, por lo cual es una asercion falsísima decir que los cristianos han tomado de los paganos su conocimiento de Dios: ¿pero será necesario decir que existe el ateismo en cuantas partes no se encuentre toda la pureza de la doctrina cristiana? Segun San Agustin (1) la opinion mas comun entre los sabios del paganismo era que Dios es el alma del mundo: por esta idea grosera, y de que era fácil abusar, entendian ellos el ser intelijente, que por su poder y por los con-

(1) *De Civit. Dei*, lib. IV. cap. 12.

sejos de su sabiduría y prevision, anima y gobierna el mundo, del modo que el alma gobierna al cuerpo. Varron, el mas docto de los Romanos, decia que habian comprendido perfectamente la naturaleza de Dios los que le definian como alma que gobierna el mundo por medio del movimiento y de la razon (1). Y á la verdad que poner inconsideradamente á Séneca y á Ciceron en el número de los ateos, porque su doctrina no fuera bastante pura, ó bastante exacto su lenguaje, seria un modo de raciocinar tan absurdo en lójica, como injusto hácia estos ilustres varones.

Observemos en fin que los poetas y los oradores han celebrado en sus obras el poder de este Dios, supremo director del universo y de las cosas humanas: tal es el lenguaje de Homero, de Hesiodo, de Horaçio, de Ovidio, de Virjilio y de otros muchos. Se sabe cuan sublime es Homero cuando hace decir

(1) *De Civit. Dei;* lib. IV. cap. 31.

á Júpiter hablando á los habitantes del Olimpo (1). «Colgad una cadena de la «bóveda celeste; suspéndanse de ella «todos los dioses y diosas, y que reu«nan todos sus esfuerzos; jamas podrán «arrastrar hácia la tierra al soberano «Júpiter: al contrario, yo levantaria si «quisiese la cadena, los dioses y aun la «tierra y los mares; en seguida amarra«ria la cadena en la cima del Olimpo, «y todo quedaria en el aire: tanto es«cede mi poder al poder de los hom«bres y de los dioses.»

Esto es ya suficiente para hacer ver en un discurso de la naturaleza de los nuestros, que si el conocimiento del verdadero Dios estaba alterado, no habia llegado á apagarse en el entendimiento de los hombres mas sabios y mas hábiles de la antigüedad pagana, como tampoco entre el pueblo. El crímen de los idólatras consistia en no rendir al verdadero Dios un culto san-

(1) *Iliad.* lib. VIII.

to y puro; en prostituir los honores divinos dirijiéndolos á jenios maléficos y á divinidades subalternas y supuestas, y en imajinarse que la piedra y el leño labrados por el cincel, un animal ó una planta encerraban en sí una divinidad oculta: pero tambien el pueblo se elevaba de tiempo en tiempo de este cúmulo de supersticiones y del mismo fango de los vicios hasta la idea de la suprema Majestad de un Dios, no diré único, pero sí superior á todos los otros dioses; así lo han observado anteriormente los apolojistas de la relijion, y citaré solo á San Cipriano. En su tratado *acerca de la vanidad de los idolos*, observa que el vulgo confiesa algunas veces el verdadero Dios cuando por un movimiento natural esclama: *¡Oh Dios! Dios lo ve: yo lo encomiendo á Dios: ó Deus! Deus videt: Deo commendo.* Tambien al hablar de la divinidad se escluia la pluralidad; y así es que se la llamaba lisamente Dios; y esto es lo que Ter-

tuliano en su Apolojético llama enérjicamente el testimonio de una alma naturalmente cristiana.

Pasemos de los pueblos de la antigüedad pagana á los de la edad moderna. Suponemos que no se pondrá en duda la creencia de las naciones europeas que se ha formado hace mil y cuatrocientos años de las ruinas del imperio romano; y que no se negará que los pueblos judíos, cristianos, musulmanes, é idólatras, esparcidos sobre la superficie de la tierra, profesan alguna relijion; y que toda relijion envuelve en sí un sentimiento mas ó ménos puro de la Divinidad. ¿Y que dirémos de los pueblos descubiertos en los tres últimos siglos? ¿Hasta donde no ha penetrado la audacia de los navegantes; y que montañas, que bosques no ha visitado el zelo de los misioneros, por inaccesibles é impenetrables que sean? ¿Mas han descubierto los Europeos alguna nueva rejion en que ya no se hallase algun conocimien-

to de la Divinidad? No, no fué Colon el que le llevó á América, ni Magallanes á las islas de los Ladrones.

Yo no ignoro que algunos viajeros demasiado atrevidos en afirmar lo que nó habian observado por falta de tiempo y de medios, hicieron recaer sospechas de ateismo sobre los habitantes de las Antillas, del Brasil, del Canadá, sobre los Hurones, los Iroqueses y los Hotentotes: de esto se prevalecen con complacencia Bayle y Helvecio, y nuestros escépticos y ateos lo consideran como un triunfo. Triunfo ignominioso, como pronto diré, aunque no fuese imajinario. ¿Pero que es lo que ha sucedido? Que estas primeras relaciones demasiado lijeras han sido formalmente desmentidas por otras posteriores, mas fieles y mas circunstanciadas, de que resulta que aun cuando solo se descubran entre estos pueblos lineamientos informes de relijion y de una creencia grosera, esta á lo ménos ya no es un problema. Citarémos por

ejemplo entre muchos á los habitantes de Otaiti, de cuya relijion se habia dudado algun tiempo, hasta que Cook, y despues de él Vancouver, reconocieron sus dogmas y ceremonias relijiosas.

Así pues los ateos no tienen el triste consuelo de haber podido descubrir un solo pueblo tan desnaturalizado que no tenga su Divinidad: últimamente no tenemos inconveniente en abandonarles esos aduares de salvajes que no tienen de hombres mas que la figura; y en verdad que es muy digno de tal causa tener por apoyos los habitantes de las selvas, que es lo mas vil y mas degradado de nuestra especie. Pero ¿desde cuando se debe juzgar de los sentimientos de los hombres por los seres que solo han conservado el nombre de tales? ¿Quien medirá su intelijencia por la de los dementes que la policia encierra en las casas de locos? ¿Con que razon cuando hacia Buffon una pintura tan sublime del hombre, de la hermosura de sus formas y facciones, se

le hubiera podido oponer la configuracion estravagante y disforme de algunos individuos? Cuando invocamos el testimonio de los salvajes, es lo primero porque se ha puesto en duda, y lo segundo para hacer ver que la creencia en un Dios es tan conforme á la naturaleza racional, que ha penetrado hasta en el seno de la más profunda ignorancia, y aun de la misma ferocidad.

Nuestros impíos de Europa han ido á buscar compañeros en las estremidades del Oriente, en la China, y han asentado que los literatos chinos eran una sociedad de ateos. Aunque esta autoridad no sea de mucho peso, discutamos sin embargo este hecho. Es posible que entre los sabios de Pekin haya, como entre los nuestros de Europa, algunos qne profesen el ateismo; pero para creer que el cuerpo de literatos es ateo, necesito que se me citen pruebas irrefragables. Si algunos misioneros lo han asegurado, no es esta tampoco la opinion de la mayor parte de

los que han llegado á saber perfectamente la lengua china por medio de un estudio constante, y por su trato con los principales literatos. Ved aquí lo que dice en esta materia un misionero muy sabio, el Padre Parennin, en una carta á Mr. de Mairan, director de la academia de las ciencias (1): «Siempre he pensado que los que acusaron «de ateismo á los literatos chinos no «han tenido mas razon para asegurarlo «en público, que el interes de la causa «que tenian que sostener.... Yo no he «visto á un solo Chino, que sea ateo práctico.... Puedo añadir aun, que el número de los que han querido parecer «ateos es muy pequeño, y que los pocos que han tratado de esplicarlo todo «en sus libros físicamente, sin recurrir «á un Ser supremo, autor de todas las «cosas, se quejan de que sus opiniones

(1) De Pekin, fecha 11 de agosto de 1730. *Lettres édifiantes et curieuses*, édit. de 1781, tom. XXI, p. 493.

«han sido abandonadas, en lugar de ser
«seguidas por los sabios.»

Observemos ademas, Señores, que estos literatos ofrecen sacrificios á lo que ellos llaman el espíritu del cielo; y siendo un absurdo dirijir votos y homenaje á la nada, á un ser sin vida y sin intelijencia, ya se descubre á lo ménos una nocion confusa de la Divinidad.

¿Quereis que os diga alguna cosa, aunque de paso, sobre cierto *Diccionario* de los Ateos y de sus *Suplementos*, en los cuales se encuentra inscrito el nombre de los mayores injenios de nuestro siglo, empezando por San Agustin y acabando por Bossuet? ¿Quereis saber, Señores, á que se reducen estas rapsodias? Nosotros decimos todos los dias que Dios está en todas partes, que su presencia llena el cielo y la tierra, que todo vive y respira por él, que es la luz de los entendimientos: hablamos ademas de su palabra fecunda, de su brazo que arroja el rayo, y de sus miradas que hacen estremecer la tierra.

Pero estas espresiones no son otra cosa que unas imájenes de que queremos revestir las perfecciones divinas; y estamos muy léjos de las ideas groseras del Espinosismo, y de hacer de la Divinidad un ser corpóreo con dimensiones divisibles, como la materia, y una misma cosa con este universo físico. Esto es sin embargo lo que suponen el autor del *Diccionario* y su continuador; y así no será estraño que inscriban en sus tablas ignominiosas á San Juan Evanjelista, porque dice que Dios es la luz que ilumina al hombre; á San Pablo, porque refiere que nosotros tenemos en Dios el ser y la vida, y á Newton, porque desenvuelve este mismo pensamiento. Por otra parte sabeis que no hay escritor alguno, por sincero adorador que sea de la Divinidad, á quien no se pueda caracterizar de ateo, desmembrando los pasajes de sus escritos, mudando la acepcion comun de las palabras, recojiendo rumores vagos, anécdotas inciertas, y hasta

espresiones poco comedidas: este pues es precisamente el indigno artificio con que se han hecho recaer sospechas de ateismo sobre San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, Descartes, Pascal, Bossuet, Fenelon y otros muchos. Es muy curioso oir acerca de esto la confesion del autor de los *Suplementos*: hé aquí sus propias palabras (1): «Se nos echa en cara haber «nombrado muchas personas con de«masiada lijereza, fundados en testi«monios vagos, en pasajes poco con«vincentes, y en una reputacion incier«ta. Sin duda seríamos reprensibles si «hubiésemos tratado de acusarlos; pero «intentando hacer su elojio, no nos juz«gábamos obligados á guardar tanta cir«cunspeccion.» Esta confesion es muy sencilla, como veis, y es decir injénuamente que el *Diccionario* ha sido compuesto sin exactitud, y como por solo tener el placer de aumentar la lista de

(1) *Premier Supplément*, pag. 13.

los ateos. Todo esto, Señores, es muy digno de compasion y de risa; pero al mismo tiempo ¿como puede dejar de indignarse el corazon de un hombre de bien? ¿Como dejar de entregarse á algunas reflexiones dolorosas sobre los estravíos de un siglo, en que hay escritores que han creido poder adquirir gloria dando al público semejantes estravagancias? ¡Que indignidad mayor que perturbar de este modo las cenizas de los hombres mas ilustres, y creer honrar á los mas sinceros adoradores de la Divinidad, atribuyéndoles una opinion que desechaban con horror! Es evidente que espantándose de sí mismo el ateo, y creyendo levantarse contra él la voz del universo, desea hacerse sordo á los gritos de una conciencia ajitada; que como poseido del temor parece que llama á su socorro, queriendo asociar con sus monstruosas ideas los nombres mas grandes de los siglos pasados, y que su razon perturbada se eclipsa y desatina. Tan solo de este modo hubiera podido sin prue-

bas, contra la evidencia y el testimonio de la historia, transformar en ateos á los mas zelosos adoradores de la Divinidad, á pesar de sus virtudes apoyadas en su fe. ¡Nosotros estábamos destinados por desgracia á ser testigos de tanto esceso junto: y tanto es el cúmulo de males que puede producir el espíritu de impiedad sobre la tierra! Era preciso que fuese ultrajada la memoria de los hombres grandes, al mismo tiempo que se violaban sus tumbas; y á la verdad, yo no sé quienes deben escandalizarnos mas, si los que violando sacrílegamente los sepulcros exhumaban augustas reliquias para entregarlas á los insultos de un populacho desenfrenado, ó estos profanadores del injenio y de la virtud, que en cierta manera parece que llaman á la vida á un Bossuet y á un Fenelon para cubrirlos con el oprobio de su execrable ateismo.

Asentada ya la creencia universal del jénero humano por lo respectivo á la existencia de Dios, pregunto yo ahora cual

es el orijen de aquella. ¿Procede acaso de las preocupaciones y de las pasiones, ó viene de la naturaleza y de la razon? Tal es la cuestion que vamos á ilustrar.

¿Que doctrina es esta, me pregunto yo á mí mismo, que ha precedido á todas las edades conocidas por la historia, que ha subyugado al sabio como al pueblo, ha triunfado de todas las revoluciones que han trastornado la faz de la tierra, que se encuentra entre los aduares de los salvajes como en las naciones civilizadas, y brilla en los siglos de la barbárie como en los de la ilustracion? Sí, Señores, cambien en hora buena las costumbres; destrúyanse las leyes, perezcan los imperios; ella permanece inmóvil en medio de las ruinas y vicisitudes de las cosas humanas. Sublévense contra ella las pasiones, obscurézcala la ignorancia, y combátala con sofismas el impío; nada llegará á destruir su imperio, que ejercerá con tanta mas fuerza cuanto mas se la ultraje. ¡Desgraciada la nacion que la pierda de vista!

Todos los males caerán á un tiempo sobre ella. Los pueblos pueden muy bien estar discordes en las costumbres y en el lenguaje, separados por mares inmensos, y divididos por rivalidades sangrientas; pero todos estan conformes en un punto, que es la creencia en un Dios. Discordarán sobre la idea que se formen de él, sobre la adoracion que le rindan, y sobre los ritos sagrados del culto que le tributen; pero la doctrina es en el fondo la misma aunque bajo diversas formas. ¿Y de donde procede esta unidad, esta antigüedad, esta universalidad é inmutabilidad de doctrina entre tantos pueblos, divididos sobre todo lo demas? ¿Que poder ha sido capaz de sujetar de este modo las naciones y los siglos á una misma creencia? ¿De que procede este concierto unánime de alabanzas á la Divinidad? ¿Y por que en todas partes es el hombre relijioso tan naturalmente como racional? Si un efecto constante y universal supone una causa universal

y constante, ¿por que no hemos de reconocer como tal la voz de la naturaleza y de la verdad, que ha resonado en el universo, y se ha hecho oir en todos los corazones?

Yo no tengo necesidad de discutir los motivos que han arrastrado al jénero humano á esta creencia. Importa poco saber si ha sido el sentimiento ó la razon, el espectáculo de la naturaleza, ó todo esto reunido y fortificado por la educacion: ¿pero no es indispensable que para subyugar de este modo á todos los hombres, esten agarrados estos motivos por sus raices al fondo mismo de nuestro ser, y que sean inseparables de nuestra naturaleza? No tratamos aquí de una opinion especulativa, indiferente y abandonada á las disputas de los ociosos; sino de una doctrina comun á todos, ligada á la conducta del hombre, que no puede mirarse sin el mas vivo interes, continuamente discutida, y combatida mas de una vez, pero siempre triunfante. Su

oríjen debe pues estar ó en las preocupaciones y las pasiones comunes á todos los hombres, ó en una razon comun igualmente á todos: por aquellas podrán esplicarse los errores que han desfigurado el fondo de esta doctrina; pero ella misma no se puede esplicar sino por la razon.

Así pues se alcanza con facilidad que es un error de los sentidos el haber imajinado el hombre falsamente dioses corpóreos: nosotros estamos rodeados de objetos materiales, y la imajinacion no comprende la naturaleza de los espíritus. ¿Y si nosotros los cristianos, que tenemos ideas mas claras acerca de este espíritu inmortal, no podemos ménos de pintárnosle bajo imájenes sensibles, nos admirarémos de que los paganos hayan trasladado á sus dioses las formas y el aparato de las potestades de la tierra?

Que el hombre haya multiplicado falsamente las deidades, se conoce que es un error de su debilidad, ya sea porque se figurase que el autor de todos los

seres estaria como abrumado con el peso del gobierno de este universo, si le llevase solo; ó que se le representase como un gran monarca que para descansar necesita repartir entre muchos la dignidad de su imperio; ó que viéndole á una distancia inmensa se haya complacido en forjar divinidades mas inmediatas, y en cierto modo mas familiares: así vemos que cada nacion, cada ciudad y cada familia tuvo sus dioses; y que el mundo no fué mas que un templo de ídolos.

Que el hombre haya ideado dioses corrompidos, comprendo tambien que este error es un efecto del interes de sus pasiones. Le iba tanto en justificar su destemplanza con el ejemplo de los inmortales; en encontrar la apolojía de los escesos de la tierra, en los de los habitantes del Olimpo; era tan dulce á la naturaleza humana abrazar una relijion que lisonjease los placeres y los deseos de su corazon, que cada pasion se convirtió en un Dios; y por esto el poli-

teismo se esplica fácilmente por la debilidad y corrupcion del hombre. ¿Pero de donde vino la idea primitiva que penetra al traves de la supersticion, á manera de un rayo puro de luz al traves de las nubes? La mezcla impura que la envilece y degrada es efecto de la perversidad del corazon humano; pero el fondo de ella no puede proceder mas que de la razon y de la naturaleza.

¿Se nos citará acaso algun salvaje que no haya tenido ninguna idea de la divinidad, para inferir de aquí que la idea de Dios no es natural al hombre? ¿Pero de que un salvaje no hable como nosotros, se seguirá que no sea natural al hombre el comunicar sus pensamientos por medio de la palabra, ó ó que el hombre que habla es un ser contra lo natural? De que un salvaje no sepa discutir ni raciocinar como nosotros, ¿se infiere que el hombre no sea naturalmente racional? Siempre que hablamos de razon y de naturaleza nos

citan algun individuo, cuyas facultades morales é intelectuales esten como en un estado de estupor y de muerte. ¡Que lójica! Esto es lo mismo que decir que el hombre por su naturaleza no está hecho para andar, porque en su primera niñez se ve obligado á arrastrarse sobre sus manos. Está ciertamente en el órden actual de cosas que el entendimiento no se forme ni desenvuelva, sino por la educacion, el ejercicio y la experiencia: es un campo que puede ser fértil; pero que por falta de cultivo queda condenado á perpétua esterilidad. La cuestion de si la idea de Dios es ó no innata, no corresponde á mi asunto; mas es cierto sin embargo que parece tan conforme á nuestra razon y naturaleza, que se la halla donde hay hombres, y que debe colocarse entre aquellos sentimientos primitivos, universales é invariables que caracterizan á la especie humana, de tal suerte que el hombre no puede renunciar á Dios, sin renunciar al mismo tiempo á

su propia naturaleza. Efectivamente está tanto en la naturaleza del hombre el creer en Dios, como en la de un niño mantener sentimientos de gratitud y amor á los autores de su vida. Trátese de persuadirle que no está obligado á amar á su madre; la naturaleza se resiste, y su primer movimiento será huir despavorido: su sensibilidad podrá apagarse un instante en fuerza de los discursos de un sofista; pero jamas llegará á extinguirse, y horrorizado de haber escuchado semejante conversacion, irá en seguida á arrojarse entre los brazos de su madre para darle un testimonio nuevo de su amor. Del mismo modo repugna á la recta razon la doctrina que predica el ateo; y aunque al escuchar sus argumentos pueda su tenebrosa metafísica oscurecer mis ideas, tan pronto como me separe de él miraré al Cielo, y descendiendo en seguida al fondo de mi corazon, hallaré en él al Dios que el impío habia querido arrebatarme.

Finalmente, Señores, lo que prueba

aun mas evidentemente que la creencia del jénero humano procede de la razon, es la frivolidad de las causas imajinadas por los ateos para esplicarla; y estamos ya en la tercera y última asercion.

Ved aquí lo mas especioso que presenta la novela inventada por los ateos para esplicar la fe del jénero humano en la existencia de Dios. Los hombres, dicen ellos, vivian al principio sin relijion y sin Dios; cuando de repente se llenaron de asombro al ver los fenómenos estraordinarios que presenta la naturaleza. Los terremotos, las inundaciones y otras catástrofes llenaron de terror su corazon; é ignorando la fuerza de la naturaleza y las causas de estos sucesos, supusieron en los cielos seres enemigos del jénero humano, ajentes secretos de los males de la tierra: de este modo el sentimiento de la Divinidad nació en medio de los sobresaltos, y la credulidad perpetuó despues lo que inventó el miedo. Segunda

causa de esta creencia fué la política: conociendo los reyes de la tierra cuan poderoso freno seria para los revoltosos el temor de la Divinidad, la invocaron en su socorro, y se inventó la relijion para subyugar mas fácilmente á los hombres: de este modo contribuyeron tambien la política y el interes de la sociedad en la invencion de Dios y de la relijion.

Podriamos, Señores, desde luego pedir á los atéos pruebas positivas de este estado primitivo de ateismo en que suponen que los hombres estaban sepultados. ¿A donde estan los monumentos incontestables de aquel antiguo estado de absoluta incredulidad, y del tránsito á esta creencia, la mas íntima que jamas ha existido? Son bien conocidos, á lo ménos hasta cierto punto, el orijen de muchos pueblos, los fundadores de los imperios, los lejisladores de las naciones y los inventores de las artes: yo quisiera saber del mismo modo si en los anales de los pueblos

mas antiguos, como los Fenicios, los Egipcios, ó los Chinos, existe algun fragmento histórico, escapado de las ruinas del tiempo, que nos hable del jénero humano aun ateo, y recibiendo por primera vez lecciones sobre la existencia de un Dios ignorado hasta entónces: en ninguna parte existen semejantes noticias. Pasemos sin embargo á los pormenores de las dificultades que se oponen.

Si se nos dijera que el miedo puede contribuir á escitar la atencion del hombre, á moverle al recojimiento para escuchar mejor en el silencio la voz de la verdad, y que este ha sido uno de los medios que le han mantenido en la idea de la Divinidad, yo podria convenir en ello: en muchas cosas el miedo, así como la desgracia, puede ser el principio de algunos conocimientos, aunque imperfectos; pero es una irrision suponerle motivo determinante, y causa primera y fundamental de la creencia del jénero humano; y para asentir á tal

absurdo, es preciso ser tan crédulo como un ateo. Dicen que el miedo ha inventado los dioses, *primus in orbe deos fecit timor:* este pensamiento era bien digno del poeta mas infame de la antigüedad pagana; pero si esto fuese cierto, solo se hubieran debido inventar dioses maléficos y crueles; y al contrario vemos que se adoraban dioses tutelares y jenios buenos; que se invocaba á Júpiter bajo el nombre del dios muy grande y muy bueno, y se creia una cosa tan natural atribuir á Dios la bondad, que no sabiendo como conciliar con ella los males que nos aflijen, se ideó un principio malo. Si el miedo hubiera inventado los dioses, los hombres no se hubieran acordado de ellos mas que con un sentimiento de tristeza y de terror; y sin embargo vemos entre los antiguos una multitud de fiestas, en que no se respiraba mas que placer, y que solo consistian en regocijos. Aun en el dia los viajeros refieren que los salvajes de América

manifiestan su alegría en sus fiestas relijiosas con danzas y conciertos de música, y es un fenómeno muy estraño que tanto domine á la especie humana un sentimiento de espanto, á pesar de todos los esfuerzos de los apóstoles del ateismo para libertarnos de él. ¿Será posible que habiendo estos intrépidos ateos empleado constantemente, desde Demócrito hasta el autor del *Sistema de la naturaleza*, todos sus esfuerzos para reanimar el valor de los tímidos humanos, no hayan sin embargo cesado de temblar, de tener miedo y de creer en Dios los talentos mas sublimes, los hombres mas virtuosos de todas las naciones y de todos los siglos, las almas mas elevadas y mas capaces de sacudir el yugo de las preocupaciones populares? ¿Y serán los ateos los únicos valientes sobre la tierra? ¿No seria esto demasiado singular? Dicen que el miedo hace los creyentes: mejor dirémos que hace los impíos; pues cuando violamos la ley quisiéramos

libertarnos hasta de la idea de un lejislador: para ser virtuosos es preciso tener valor; y solo somos viciosos porque no tenemos la fortaleza necesaria para ser buenos: somos malvados porque somos cobardes; y á fin de serlo sin remordimiento, desconoçemos á Dios que es la justicia y al mismo tiempo la bondad por esencia, y como ha dicho perfectamente el poeta del gusto y de la razon: *A Dios insulta así solo el cobarde.*

No negarémos tampoco que los lejisladores hayan apoyado en la relijion sus leyes é instituciones; que se hayan aprovechado hábilmente de los sentimientos relijiosos difundidos en el pueblo, para imprimir á su obra un carácter sagrado, suavizar el yugo de la obediencia, y hacer su imperio mas durable. ¿Pero es la política la que ha inventado esta doctrina? ¿Es ella la que ha revelado al jénero humano la existencia de Dios que ántes ignoraba? ¿A donde estan las pruebas? Citensenos

los lejisladores que la han enseñado por primera vez: toda la historia está contra tal suposicion. En Roma encontraréis á Numa, en Aténas á Solon, en Esparta á Licurgo, en Creta á Minos, en Locris á Zaleuco levantando ciudades, civilizando los hombres, dándoles leyes y una forma de gobierno; ¿pero no hallaron ya todos, sin escepcion, á estos pueblos en la posesion de creer en la Divinidad? En hora buena que la política haya podido servirse de los sentimientos relijiosos, como se ha servido de los sentimientos de humanidad y del uso de la palabra que une á los hombres entre sí; pero así como no ha sido la inventora de la humanidad ni de la palabra, tampoco lo ha sido de la relijion.

Es cosa muy estraña en este particular la conducta de los ateos: por un lado pretenden que el interes social ha hecho inventar á Dios y la relijion; y por otro han empleado toda su ciencia y todo su talento en desarraigar es-

ta creencia. ¿Han podido creér en su arrogancia que las sociedades humanas podian excusarse para subsistir de lo que todos los sabios y los lejisladores de todos los siglos y pueblos habian creido necesario? ¡Que impudencia! ¿Y si creen esta doctrina á lo ménos útil, habrá mayor estravagancia que la de fatigarse en destruirla?

Es pues cierto que el jénero humano ha creido siempre, y cree todavía en Dios, y que esta creencia se halla en el fondo mismo de la naturaleza racional; que todas las esplicaciones que los ateos tratan de darle son insignificantes; que sus sistemas pasarán, y que la fe en un Dios, árbitro supremo de todas las cosas, no dejará de perpetuarse entre los hombres. ¿Y que seria de nosotros sin esta doctrina, no solo útil sino necesaria?

Necesaria á la moral, porque sus preceptos no tienen un imperio sólido en el corazon del hombre, sino en cuanto en ellos se ve la voluntad

de un Dios lejislador supremo.

Necesaria á la sociedad, pues si destruis los sentimientos relijiosos, destruis la barrera mas fuerte que se puede oponer á las pasiones; las armais contra todo lo bueno, y estableceis en el corazon una anarquía que pasa de las familias á la sociedad.

Necesaria á los desgraciados, que, abandonados con harta frecuencia sobre la tierra, no tienen otro asilo que su esperanza en la Providencia.

Necesaria á los afortunados del mundo, porque ella los hace mas compasivos, y mas jenerosos, y los preserva del abuso de la prosperidad.

Necesaria para satisfacer nuestro corazon, al que nada puede llenar sino Dios, este Ser infinito. Arrancar de él este sentimiento, es dejarle en un vacío inmenso, abandonarle á las mas vagas inquietudes, y hacerle débil, crédulo y fácil á entregarse á todas las imposturas: ved aquí pues como el ateismo desechando toda creencia conduce

á la superstition, que todo lo cree.

Necesaria en fin á las letras y á las artes: en efecto todo cuanto el talento humano ha producido mas patético y sublime, cuanto hay de grande y de hermoso, está tan naturalmente unido con los sentimientos relijiosos que en el lenguaje universalmente recibido decimos: *esto es divino.* ¿Ha habido acaso algun gran poeta ó algun grande orador que haya sido ateo? El ateismo es el sepulcro del talento, así como el de la virtud. ¿Quien mejor que la Divinidad, modelo de toda perfeccion, podrá inflamarnos, arrebatarnos y enajenarnos? Al Cielo es preciso ir á buscar las grandes impresiones y los grandes pensamientos; y á la manera (me serviré de una comparacion de Bossuet) que un gran rio, aun corriendo por un llano, conserva todavía aquella fuerza violenta é inpetuosa que adquirió en las montañas en donde nace, así el pensamiento del hombre, despues de su comercio con la Divinidad, conser-

va y se comunica con aquel vigor y hermosura que trajo del cielo de donde procede.

Son pues los predicadores del ateismo enemigos de todo bien, de todo lo hermoso: la creencia en la Divinidad es el vigor y la luz de los entendimientos; y afortunadamente tan imposible es al hombre apagarla, como aniquilar el sol visible que alumbra el universo.

LA EXISTENCIA DE DIOS,

PROBADA

POR EL ORDEN Y LAS BELLEZAS

DE LA NATURALEZA.

¡Cuan grande y cuan hermoso es, Señores, el espectáculo que presenta la naturaleza! ¿Y quien de nosotros podrá mirar con indiferencia este conjunto de maravillas, con que no cesa de admirar nuestra vista? ¿Habrá uno solo entre los ateos que no se sienta alguna vez profundamente conmovido por ellas, y que en aquellos momentos en que las pasiones estan mas en calma, y en que parece brilla la razon con una luz mas pura, no se horrorice de sus propios sistemas, y por un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, no se convierta, á pesar suyo, al Ser so-

berano, á quien nos es tan imposible desterrar de nuestra memoria, como del universo? Limitándonos aquí á hablar de las cosas, que por sernos sensibles no exijen ciencia ni penosos esfuerzos, y que por desgracia nos hacen tanta ménos impresion cuanto mas familiares nos son, ¡que encadenamiento de fenómenos capaces de elevarnos hasta la Divinidad vemos en el mundo planetario á que pertenecemos! Esos globos luminosos que hace tantos siglos ruedan majestuosamente en el espacio sin separarse jamas de sus órbitas ni tropezarse en sus revoluciones; ese sol que á manera de una lámpara de fuego vivifica toda la naturaleza, colocado á una distancia conveniente para alumbrar y dar calor á la tierra sin abrasarla con su fuego; ese astro que preside á la noche con su apacible claridad, sus fases y su curso de que el jenio del hombre ha sacado tantas ventajas; esta tierra tan fecunda, sobre la cual vemos perpetuarse por leyes

constantes una multitud de seres vivientes, con la admirable proporcion de dos sexos, de muertos y de nacidos, que hace que jamas esté ni desierta ni recargada de habitantes; esos mares inmensos con sus ajitaciones periódicas y tan misteriosas; esos elementos que se mezclan, se modifican y combinan de manera que sirvan suficientemente á las necesidades y á la vida de una prodijiosa multitud de seres, tan diferentes en su estructura y tamaño; en fin este curso tan regular de las estaciones, qué reproduce sin cesar la tierra bajó formas nuevas; que despues del reposo del invierno la representa sucesivamente engalanada con todas las flores de la primavera, enriquecida con las mieses del verano, y coronada de los frutos del otoño, haciendo así pasar el año en un círculo de escenas variadas sin confusion, y semejantes sin monotonía, ¿no forma todo esto un conjunto y concierto de partes de que no podeis desprender una sola sin rom-

per la armonía universal? ¿Y como será posible no subir de aquí á un principio, autor y conservador de este todo admirable, al espíritu inmortal que abrazándole en su inmensa providencia hace que cada cosa marche á su objeto con tanta fuerza como sabiduría?

Sin embargo el ateismo ha embotado con sus frios y tenebrosos sistemas las sensaciones, y ha oscurecido de tal modo la razon, que sin haber aniquilado en ella la creencia de la Divinidad, la ha debilitado sensiblemente. En efecto, si la impiedad de nuestros dias no lo ha destruido todo, ha logrado alterarlo, á manera de una enfermedad contajiosa que marchita á aquellos á quienes no da la muerte. No será pues fuera de propósito recordar las pruebas de la primera de las verdades para hacérnosla mas perceptible, y desembarazarla no del velo que la cubrirá siempre, sino de las tinieblas en que la impiedad procura envolverla. No intentamos hablar solo á vuestra imajinacion

con estudiadas pinturas de las bellezas de la naturaleza: queremos hablar solo á vuestra razon; y para seguir en esta materia el plan mas metódico, sentarémos, primeramente, que hay nociones de órden y de hermosura esparcidas en todos los entendimientos, aun los mas vulgares: en segundo lugar, que segun estas nociones es fácil á todos conocer que hay un órden en este mundo visible; y en tercero, que este órden no puede esplicarse sin la accion de una causa intelijente, que es Dios. ¿Puede exijirse un plan mas exacto y rigoroso?

Ciertamente que el hombre tiene en el fondo de su corazon un sentimiento íntimo del órden y de lo hermoso, como de la honradez y de la verdad. El mismo pueblo, sin haber nunca analizado las facultades y operaciones del entendimiento, siente, piensa, compara, juzga; y su lenguaje, sus acciones, sus designios descubren en él nociones primitivas del órden y de la sabiduría. Probad la sagacidad del al-

deano mas grosero escitando en él aquellas ideas confusas que le dirijen sin que él lo perciba; y veréis que no le es del todo estraño el conocimiento del órden y de lo hermoso: algunos ejemplos van á hacer esto mas claro.

Suponed á un hombre vulgar, de injenio muy escaso, introducido en el seno de una familia honrada y desconocida. Él la observa durante algunos dias: la docilidad de los hijos, la sumision de los criados, el contento de los amos; todo en ella le anuncia la armonía y la paz: cada cosa tiene su tiempo; comidas, trabajo, descanso; todo está arreglado y se ejecuta sin desórden y sin confusion. Preguntad luego á este hombre si hay órden en esta familia, y veréis que, aunque ignorante, no dudará declararse por la afirmativa.

Supongo que un soldado sea individuo de un cuerpo en que la disciplina haga guardar á cada uno su puesto; en donde la obediencia sea tan pronta, como firme el mando, y en el que to-

do se ejecute con una perfecta exactitud y regularidad; que en seguida este mismo soldado pase á un cuerpo en que todos quieran mandar; y en que el espíritu de insubordinacion é inobediencia ajite todas las cabezas: preguntadle de que parte está el órden, y de cual el desórden, y veréis que no se equivoca.

En este caso el sentimiento precede á la razon. Donde quiera que vemos armonía y correspondencia, union y enlace de diversas partes dirijidas todas á un fin comun, conveniencia y proporcion de los medios con el mismo; allí encontramos órden y hermosura: por consiguiente el órden consiste en el concierto y la union de las partes que componen un todo único: por estas señales distinguimos un edificio bien ideado del que no lo está, y un discurso ó un poema arreglado de aquel en que reina el desórden; de modo que el plan y bosquejo de una obra, la mas vasta y complicada, debe siempre referirse á un solo y único fin; y esta es la

regla trazada hace dos mil años por el Poeta latino. San Agustin, que en todo era una águila, tiene un dicho célebre, que aclarado por un escritor francés en una de las producciones mas singulares de nuestra lengua, es que en la unidad está el fondo y el principio de toda belleza: *Omnis pulchritudinis forma unitas est* (1).

No por eso pensemos que estas nociones del órden y de lo bello son arbitrarias, y fundadas únicamente en convenciones. Si solo fuesen cosa de moda y de capricho, podrian los hombres mudar sobre ellas de ideas y de lenguaje; establecer que el órden y el desórden, el arreglo y la confusion fuesen cosas indiferentes, y determinar que en adelante ni lo uno agradase al alma, ni le repugnase lo otro. ¿Y quien se atreverá á sostener una paradoja tan chocante? Para mí seria lo mismo decir que los hombres podian convenir

(1) Epistol. XVIII, num. 2.

se en que no hubiese en adelante diferencia entre la locura y el juicio, entre el injenio y la estupidez, la verdad y la mentira. En efecto, en todos tiempos y en todo lugar habrá cosas que á todos parezcan repugantes, y sobre las que sea imposible alterar las ideas y el sentimiento del jénero humano. Que en una familia, por ejemplo, mande el hijo con dureza, y el padre obedezca temblando; que en un ejército, en lugar de marchar el soldado á las órdenes de su jefe las infrinja con audacia; que una madre desconsolada hable en un poema como una muger dominada de la risa y la alegría, y que en él se pinte al anciano prudente con la lijereza y fogosidad de un jóven, serán cosas que nos choquen y que nos parecerán desordenadas. Y este desórden que de tal modo nos repugna, ¿no supone en nosotros ideas de un órden que nos agrada?

Yo bien sé que todos los hombres no estan conformes sobre los defectos

y la hermosura de los objetos; sobre la preeminencia de los colores y la regularidad de las formas exteriores; que mas de una vez admira el uno lo que reprueba el otro, y que no suele agradar al sabio lo que gusta al pueblo: tambien sé que hay bellezas de puro convenio, relativas á las costumbres, y á los usos adoptados: sé por último que las nociones del órden y de lo bello son mas ó ménos perfectas, y mas ó ménos claras á proporcion del grado de intelijencia y de instruccion: en esta parte el hombre civilizado puede muy bien aventajar al que no lo es; y así la idea de lo bello no es tan luminosa ni tan profunda en la cabeza de un salvaje como podia serlo en la de Bossuet, ni tan pura y delicada su impresion en un Bardo de las Galias como en Fenelon; pero sin embargo la idea primitiva siempre se deja ver por todas partes, y se mira como una cosa constante, entre todos los hombres, que en donde se advierte una disposicion ó

concurrencia de partes á un mismo fin, allí se encuentra el órden.

Veamos como este conocimiento mas ó ménos confuso del órden, y esta inclinacion que tienen á él todos los hombres, se manifiesta en todas ocasiones y de todas maneras. Si un grupo de niños quiere imitar las evoluciones militares, al momento conocen que necesitan un jefe que los dirija; y que si cada uno no está en su puesto, y no observa una marcha uniforme, se altera el órden: si se entregan á aquellos juegos inocentes que los hacen saltar de alegría, conocen que necesitan reglas, y que deben observarlas, sin lo cual todo seria confusion: hasta las cuadrillas de malhechores conocen que su execrable asociacion no puede subsistir sin la union y subordinacion de todos sus miembros; y aun cuando su fin sea criminal, los medios de que se valen son siempre adaptados á su consecucion. Ved aquí como hasta en el mismo desórden brillan la idea y el gusto del

órden. He creido deber remontarme hasta estas primeras ideas, porque los sofistas modernos, corruptores de la sana metafísica, nada han omitido para oscurecerlas. Queda pues probado que las nociones del órden y de lo bello se hallan esparcidas en todos los entendimientos, que era mi primera proposicion.

Paso á la segunda, á saber, que en virtud de estas nociones primitivas es fácil á cada uno de nosotros conocer este órden y esta belleza en el mundo visible.

Es bien público que algunos bellos injenios, tanto entre los antiguos como entre los modernos, se han complacido en celebrar las maravillas de la naturaleza: dejemos las descripciones y los pormenores á los naturalistas profundos, que reuniendo la imajinacion del poeta á la sagacidad del observador, sean capaces de pintarlas: bástenos observar en jeneral este enlace maravilloso de causas y efectos que sostienen

la armonía del mundo; el concurso de las diversas partes al fin y á la conservacion del todo, y la influencia del conjunto en la reproduccion y conservacion de las partes. Sí, todo se encadena en la naturaleza, es una máquina inmensa en que tànto mas brilla el órden en todo, cuanto cada rueda tiene su destino particular, y otro con relacion al conjunto. Examinemos al hombre con particularidad: ¿que soy yo considerado como un ser corporal? Soy un átomo respecto de la tierra, y esta otro átomo respecto al mundo planetario, del que es una parte. ¿Y que es este mismo mundo con relacion á la vasta extension de los cielos estrellados? ¿No es lo mismo que un punto en la inmensidad de los espacios? ¡Cuanta es pues nuestra pequeñez, y cuan cerca estamos de la nada en nuestra parte perecedera! Sin embargo nuestra existencia tiene relaciones y conexion con toda la naturaleza; y la tierra, los mares, el aire, la luz y el sol, todo con-

tribuye á nuestra conservacion. El pan que me alimenta proviene del grano confiado á la tierra; esta es fecundizada por las lluvias que la riegan, las cuales caen de las rejiones del aire; este sostiene los vapores que las producen, los que se levantan de la superficie de los mares y de los rios, y esta evaporacion supone la accion del calor y del sol: de este modo todo contribuye á proveerme de la subsistencia; y aunque solo sea yo un átomo apénas perceptible en el todo, vengo á ser como un centro en el que todo termina. Lo mismo que del hombre, diré de cada uno de los seres de la naturaleza, y hasta de los animales imperceptibles á la vista. De este modo está todo enlazado, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, y el gusanillo que se arrastra sobre la tierra está unido á la constelacion que brilla en lo mas elevado de los cielos.

¿Quereis admirar este mismo órden y belleza en un objeto particular? Exa-

minad solamente el ojo del hombre, y descubriréis que está formado para ver, y que entre él y los fenómenos de la vision hay una proporcion admirable; de modo que en esto solo reconoceréis un fin, y medios que se dirijen á él. Os engañais, dirá aquí un ateo heredero de un pensamiento de Lucrecio: el ojo no está hecho para ver; pero como era preciso que la materia de que se compone coexistiese en cierto modo con los demas objetos de la naturaleza, se ha descubierto que estaba en proporcion con la luz; y hé aquí por que el hombre se sirve de él para ver los objetos. Es lo mismo, Señores, que si dijésemos que la puerta de una casa no se ha hecho para entrar y salir por ella, sino que hallándola hecha se la ha destinado á este uso: mas claro: que los diferentes instrumentos de que se sirve un artífice para desbastar, pulimentar, arreglar y concluir su obra, no se han hecho para esto, sino que viéndolos el obrero á

propósito para este uso, los aplica á él. Pero hé aquí como podemos apurar al ateo más obstinado. Prescindiendo de lo que el hombre seria en cualquier otro sistema, es indudable que en el órden actual de cosas ha nacido para ver los objetos exteriores; pues la especie humana pereceria si fuese del todo ciega. Bajo de este supuesto, ¿por medio de que órgano ve el hombre? ¿no es por los ojos? Pues preguntad ahora al mas hábil óptico si el ojo del hombre no está construido maravillosamente para este uso; si por el lugar que ocupa, por los párpados que le cubren, por su órbita movible, su pupila y su nervio óptico, no tiene las mayores proporciones con la vision; y así siendo el fin ver los objetos, y el ojo el medio de conseguirle resulta que este medio está perfectamente adaptado al fin. ¿Que mas se necesita para conocer un designio, un objeto, un plan meditado, y por último un órden? Lo mismo que se dice del ojo puede decirse

de todos los demas órganos, y del maravilloso mecanismo del cuerpo humano, del de los animales y del de las plantas. Preguntad al sabio mas profundo y mas versado en el conocimiento de la naturaleza; y os dirá que en la cadena inmensa de los seres no hay uno solo que no esté bien ordenado en sí mismo, y con referencia á los demas. ¿Y donde hallarémos órden y belleza, si no la encontramos en esta série y enlace de maravillas? La naturaleza, Señores, es tan hermosa, y tal la impresion de su belleza en los hombres, que todos sus esfuerzos se dirijen á reproducirla, y el mayor triunfo del injenio humano es imitarla. Las bellas artes solo son una imitacion de ella; y el pintor, el estatuario y el poeta son tanto mas perfectos, cuanto mas fielmente copian su imájen: las bellezas naturales tienen en efecto para nuestros corazones cierto encanto secreto que los acompaña en todas partes; y así está observado, hace muchos

siglos, que el hombre se complace en reconocerla en sus juegos, en sus fiestas y sus espectáculos mas pomposos, en los pórticos y palacios que construye, y por fin en todas las obras maestras de su industria. Anhela por ver reproducidos los cielos estrellados, los paisajes, las flores, los frutos y las aves; pero en el momento mismo que se fija su vista en las bellezas del arte, conoce que está aun mas unido por la parte mas pura de sí mismo á las bellezas orijinales; de cuya lozanía puede decirse que es siempre antigua y siempre nueva.

Es cierto que no conocemos completamente este universo; pero repugnaria á la recta razon buscar en lo que ignoramos argumentos contra lo que conocemos; pues sería lo mismo que buscar la luz en las tinieblas. Tomemos por regla y norte la analojía y la experiencia, y juzguemos de las partes que nos son desconocidas por aquellas que hemos podido penetrar, despues

de haberlas ignorado mucho tiempo. En los tres últimos siglos han hecho progresos inmensos las ciencias naturales enriqueciéndose con una multitud asombrosa de observaciones y fenómenos nuevos: cada descubrimiento ha sido una maravilla, y solo Cristóval Colon descubriendo la América, ha duplicado, digámoslo así, para nosotros el globo que habitamos. ¿Pero se ha encontrado en los rios, en las montañas, en los bosques y producciones de este segundo hemisferio alguna cosa que le haga indigno de compararse con el antiguo? Los instrumentos inventados por el hombre le han proporcionado extender mas sus conocimientos en todas las partes que componen las diversas producciones de la naturaleza, y han creado en cierto modo para nosotros un mundo nuevo, poblado de millares de seres imperceptibles á la vista, presentándonos en ellos nuevos objetos de admiracion, y nuevos milagros de órden y de sabiduría. ¿Pe-

ro se ha visto acaso en los cielos algun desórden chocante desde que el telescopio de Herschel nos ha proporcionado visitarlos, ó tienen algo de contrario á la armonía universal los cuatro nuevos planetas descubiertos en nuestros dias? Ese astro errante, cuya aparicion inesperada sorprende á nuestros sabios (1), ¿ha suministrado acaso algun argumento contra la sabiduría del ordenador de los mundos? No, no sucede con las obras de la naturaleza lo que con las del hombre: no se descubren con nuevas luces viejos errores, como en las teorías físicas modernas, que son en muchos puntos la refutacion de las antiguas. Desde que el siglo de Luis XIV ha fijado el gusto y perfeccionado la lengua francesa, ¿cuantas obras que ántes pasaban por maestras han caido en el olvido? No así en las ciencias, que cuantos mas progresos hacen, mas dan á conocer

(1) Cometa del mes de julio de 1819.

la utilidad de cosas que parecian inútiles, y descubren mas y mas la hermosura de las que ántes casi se tenian por defectuosas. La nada del hombre se manifiesta hasta en el injenio mas brillante; pero en la naturaleza todo es perfecto, y cuanto mas se la estudia, mas hermosa parece: su juventud es inmortal y sus bellezas nunca envejecen.

Acabo, Señores, de demostrar que hay órden y belleza en este mundo visible: ahora añado en tercer lugar, que es imposible esplicar uno ni otro sin la accion de una causa intelijente.

Convencidos, pues, de la existencia del órden en este mundo visible, veamos cual puede ser su causa; y si es obra de una intelijencia y razon infinita, ó el resultado imprevisto de un acaso. Los sabios de nuestros dias han insistido en el principio de la necesidad de desconfiar del espíritu de partido y consultar los hechos, las observaciones y la experiencia; advirtiéndonos que no nos entreguemos á to-

das esas hipótesis brillantes que, si pueden dar honor á la imajinacion del escritor, son muy poco honrosas al naturalista. Sea pues, Señores, la experiencia el juez que decida entre los ateos y nosotros. Yo los desafio desde luego á citar una sola obra digna de atencion por su órden y su belleza, que no sea fruto de una intelijencia. ¿Nos ofrecen acaso la historia antigua ó la moderna obras en que brille la sabiduría y el injenio, sin suponer lo uno y lo otro en su autor? Ha compuesto acaso algun idiota una Iliada ó un poema como Atalía? Digan si alguna vez han podido los ciegos, por mas que manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, dar, como por acaso, con una Transfiguracion como la de Rafael, ó si un torbellino de viento ajitando un conjunto de piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y disponer las partes de un palacio como el de los Médicis. Si me probasen que una turba de insensatos, ha-

blando todos á un tiempo y en la mayor confusion, habian articulado sin interrupcion todas las palabras de que se compone el *Discurso sobre la historia universal*, acaso pudiera ocurrirme el pensamiento de que este mundo con todas sus maravillas no anuncia un arquitecto intelijente: pero si donde quiera que veo establecido un órden; si á la vista de una familia bien dirijida, de una ciudad bien gobernada, de un ejército bien disciplinado, ó de un edificio bien dispuesto en todas sus partes, se escita en mi entendimiento, aun sin poderlo evitar, la idea de un ajente dotado de intelijencia y razon; es indispensable que siguiendo las reglas de la analojía y de la esperiencia mas constante, me eleve al considerar el órden admirable de la naturaleza, hasta una intelijencia suprema, y que le crea obra suya. Se nos cita, es cierto, un pintor de la antigüedad, que no pudiendo retratar el espumajo de un caballo de los juegos olímpicos, ti-

ró despechado su pincel sobre el lienzo, y lo consiguió aun mejor de lo que podia esperar; pero un poco de espuma no es una cosa que exija reglas, y un acaso puede tener esta fortuna: mas aun así siempre se necesitaba un lienzo preparado al efecto, una mezcla estudiada de colores, un pincel á propósito, y una mano que le arrojase sobre el lienzo.

Nosotros solo podemos juzgar de las cosas por nuestro modo de concebirlas, y con arreglo á las primeras ideas que constituyen en cierto modo nuestro entendimiento y son la base necesaria de nuestros raciocinios. Así es que el hombre siempre ha raciocinado por el principio de que el órden en un efecto supone intelijencia en su causa; y conforme á esta regla luminosa, invariable y universal, ningun hombre sensato se ha persuadido nunca, que tomando al acaso y sin eleccion letras de imprenta pueda resultar un poema como Atalía, por mas que esta opera-

cion maquinal, hecha sin discernimiento, se repita sin cesar millones de siglos. El órden y el desórden se distinguen en nuestra intelijencia tanto como la sabiduría y la locura, la luz y las tinieblas. Un intervalo inmenso separa al ajente dotado de intelijencia del ajente ciego y estúpido, sin que nuestra razon nos permita confundirlos en sus efectos ni en su naturaleza: y si se necesita intelijencia para componer una esfera artificial que represente los movimientos celestes, ¿como puede concebirse que no haya sido necesaria tambien para disponer las esferas reales que ruedan por los cielos?

Parece que persuadidos los ateos de nuestros dias, de que en la realidad el acaso no es nada, se han avergonzado de atribuirle la formacion del universo; y en efecto, tanto en el mundo físico como en la vida humana, todo tiene su verdadera causa aunque oculta; y solo para espresar una ocurrencia inesperada ó un resultado impré-

visto, que no por eso deja de tener una causa, ha sido preciso adoptar esta palabra *acaso*, voz que de ningun modo puede ser ajente ni causa. Pero nuestros ateos al dejar de invocarle han alborotado el mundo con lo que ellos llaman la *naturaleza*, la *necesidad*: hé aquí sus dioses, que no son ménos quiméricos que los del paganismo. Tan crédulos y tan desatinados se muestran los ateos en su modo de esplicar el universo, que bajo de este punto de vista son los hombres mas supersticiosos; y sino, que nos digan lo que entienden por naturaleza. Si entienden una naturaleza sabia, dotada de prevision y que todo lo dispone conforme á un plan concertado de antemano, es mudar las palabras y conservar las cosas; pues esa misma naturaleza es la causa intelijente que nosotros buscamos: es Dios. Pero no; para ser consiguientes deben designar por la palabra *naturaleza* la universalidad de los seres, el conjunto de cuanto existe, el

gran todo del universo, y en una palabra, el mundo; que es lo mismo que no decir nada, y que el mundo es el autor del órden del mundo. Ellos nos hablarán de la enerjía de la naturaleza, de atraccion, de impulsion, de repulsion, de afinidades; pero yo en esto solo veo reglas, y siempre preguntaré quién es el regulador; veo medios para la conservacion del órden que suponen un ordenador, en lugar de escluirle.

Con la misma inoportunidad invocan la necesidad; y así para entendernos procuremos no tomar meras palabras por cosas efectivas. Si quereis que el órden actual del mundo exista necesariamente y por sí mismo desde la eternidad, la voz del mundo entero se levantará contra vosotros; pues tanto los antiguos como los modernos, los filósofos como los ignorantes, y los ateos como los creyentes, todos estan conformes en que el mundo no ha existido siempre cual hoy es, y entre todos los pueblos se ha conservado la

tradicion del caos primitivo, de donde al fin salió el universo con todas sus maravillas. Si pretendeis que el órden actual de las cosas es á lo ménos un resultado necesario de las leyes mecánicas de este mundo visible, yo os preguntaré quien ha establecido estas leyes primordiales, tan fecundas en resultados maravillosos; quien ha dirijido sus combinaciones, y de donde proceden esos principios de órden, cuyo desarrollo ha formado y conserva el universo. Veo la mano de un relox dar la vuelta en una esfera y marcar exactamente las horas que dividen el dia: pregunto cual es la causa de un movimiento tan ordenado, y me respondeis, que es el resultado de un mecanismo oculto á mi vista. Convengo en ello; ¿pero no formaré inmediatamente la idea de un artifice intelijente, que hace jugar y moverse los diferentes resortes de esta máquina? Veo á un ejército ejecutar con exactitud las evoluciones mas diestras y difíciles: pregun-

to la causa, y se me responde que lo que me admira tanto es el resultado de las reglas de la táctica y del largo ejercicio del soldado. Estoy conforme; ¿pero me exime esta respuesta de recurrir á un ordenador que manda y arregla todos estos movimientos? Así es que por mas que supongais en la naturaleza movimientos y combinaciones sucesivas que produzcan los fenómenos que vemos y que tanto nos admiran, siempre será preciso llegar á una causa primera y eficiente de este bello órden que tanto nos asombra. Lo repito, Señores, donde quiera que se encuentre unidad, es indispensable reconocer un principio que sea su autor y su conservador.

Vosotros querriais esplicar el mundo presente por medio de mudanzas y transformaciones, independientes de la accion primitiva de una causa intelijente. Para haceros reconocer aun mas la nulidad de este sistema, hagamos su aplicacion al mundo social. Suponed

que os pregunto formalmente: ¿sabeis por que subsiste la Francia en cuerpo de nacion, y de donde le ha venido el réjimen político que tiene en el dia? Yo os lo diré; subiendo de edad en edad encontramos leyes y usos, familias que se suceden unas á otras, jeneraciones que pasan y jeneraciones que empiezan; el tiempo ha producido diversas mutaciones en las costumbres y en las leyes; el gobierno ha experimentado muchas variaciones, y por fin hemos llegado al órden actual de cosas. ¿Quedaríais satisfechos con esta teoría, y no me diríais con razon: nos hablais de leyes, de usos, de mudanzas y de revoluciones para esplicarnos el estado actual de la Francia; pero subiendo de edad en edad y de jeneracion en jeneracion, no vendrémos á parar á la cuna de la nacion francesa, á individuos y á seres intelijentes dotados de prevision que hayan fundado, civilizado y gobernado la nacion? No tiene duda, Señores. Lo mismo pues sucede

en el mundo físico. Suponed cuantos soles querais que se apaguen y se enciendan; inventad choques y trastornos en la naturaleza, y mundos nuevos que salgan de las ruinas de los antiguos á vuestro albedrío; inventad sistemas fundados en el enlace y progresos de transformaciones sucesivas: siempre será preciso que ascendiendo de efecto en efecto, y de fenómeno en fenómeno lleguemos á un regulador anterior á todas estas combinaciones; por mas que se prolongue la cadena de los seres, siempre vendrémos á parar en el punto fijo de que está pendiente: en la naturaleza, así como en la sociedad civil, existen, es cierto, leyes por las que todo camina y se mantiene; pero tanto en la naturaleza como en la sociedad, la lejislacion supone un legislador.

¿Querrán acaso, para no recurrir á la intervencion de la causa intelijente, valerse de aquel dicho célebre de Descartes: «Dadme matéria y movimien«to, y yo haré un mundo.» ¿Pero desde

cuando debe la hipérbole de un ánimo exaltado tenerse por una verdad rigurosa? Aun así Descartes no decia que el mundo se haria á sí mismo, sino: «Yo haré un mundo»; se proponia por regulador del movimiento y de la materia, y de esta suerte declaraba la intervencion de un ser intelijente. Es indudable tambien que Descartes era un adorador sincerísimo de la Divinidad; y si se entretuvo en idear un mundo, saben todos el resultado de su sistema, que ya no tiene ni un solo partidario: sus torbellinos se disiparon como un lijero vapor; y á pesar de todo su injenio, ha tenido la suerte de todos los fabricadores de mundos, antiguos y modernos: evaporarse en sus pensamientos.

Por consecuencia nada nos puede dispensar de recurrir á una causa intelijente.

Que esta causa intelijente sea Dios, no requiere discusion. El punto controvertido actualmente entre los ateos y

nosotros es saber si existe un ser distinto de este mundo, y que sea su ordenador: si existe realmente, los ateos convendrán sin dificultad en que para haber dispuesto tan maravillosamente todas las partes de este inmenso universo, necesitaba tener una intelijencia, un poder, una sabiduría y una prevision muy superiores á todos nuestros alcances; que sus perfecciones fueran ilimitadas; que fuera un ser perfectísimo, y en una palabra, Dios.

Queda pues probado que hay nociones de órden y de belleza comunes á todos los entendimientos; que en virtud de estas nociones cada uno percibe que hay órden en el mundo visible, y que no puede esplicárse sino por la accion de una causa intelijente, que es Dios: luego existe Dios. Esta es una cadena de la cual no puede romperse ni un solo eslabon. Yo bien sé que todavía pueden proponerse argumentos, bien que fútiles, contra estas verdades, como se proponen contra la existencia de

la materia, de la extension y del movimiento; pero felizmente para la tranquilidad del mundo las pruebas de la existencia de Dios son sensibles á todos, miéntras que los sofismas de los ateos son tomados de una metafísica tenebrosa é incomprensible al vulgo, de suerte que á despecho de los ateos el jénero humano continuará teniendo el sentido comun, y creyendo en Dios.

Ya he hablado bastante, Señores, á vuestra razon: permítaseme hablar un momento á vuestros corazones. Sois jóvenes aun la mayor parte de vosotros, y vuestras almas todavía nuevas no estan ajadas por la ponzoña de un ateismo arraigado, ni áridas por los cálculos del sórdido interes, ni endurecidas por el largo uso de los placeres: os hallais en aquella edad brillante en que una imajinacion mas ardiente, un corazon mas sensible y mas leal predisponen al hombre á dejarse penetrar del estímulo del sentimiento y de la verdad. Ahora pues, si cerrando

los libros, y olvidando todos los discursos os habeis puesto á contemplar alguna de las grandes escenas de la naturaleza, ¿habeis podido libertaros de una profunda emocion? ¿No os habeis sentido como enajenados por una especie de encanto, y no se ha escapado del fondo de vuestros corazones esta esclamacion de verdad: ¡Qué bellas y magníficas son tus obras, ó Dios omnipotente! *quàm magnificata sunt opera tua, Domine?* Si queremos en efecto sentir y gustar aquellas dulces y profundas emociones que nos elevan hasta la Divinidad, salgamos del centro de nuestras ciudades, de nuestros palacios, de los depósitos de nuestras riquezas literarias y de todas las obras de nuestra industria; no busquémos la naturaleza ni en el laboratorio del sabio, ni en los gabinetes de los curiosos, ni en cuanto se ostentan el poder é injenio del hombre: tampoco entremos en ese recinto que encierra animales del Africa y del Asia, ó habitantes de nuestros bos-

ques, que hemos privado de su agreste libertad. El águila cautiva podrá sí fijar mi vista, pero no interesarme en semejante estado de degradacion; al paso que quizá me llenaria de asombro si viera esta reina de los aires elevarse libre con un vuelo rápido y majestuoso hácia la mansion del trueno. Tampoco diré que tomeis en la mano aquel instrumento que tanto auxilio presta al ojo del observador, y le dirijais hácia el firmamento: aun esto es una molestia: yo no gusto limitarme á un solo punto de los inmensos espacios celestes, cuando necesitamos abrazar toda la bóveda de los cielos, y gozar de una libertad perfecta que deje al entendimiento toda su fuerza y al corazon todas sus afecciones. ¿En donde hallarémos pues esa naturaleza que habla á nuestras almas mucho mejor que toda la elocuencia humana? ¿En donde, Señores? En esos bosques soberbios y majestuosos, cuya soledad, cuyo silencio y la densidad de sus sombras in-

EXAMEN

DE LOS

PRINCIPALES ARGUMENTOS

DEL ATEISMO.

Cuando concebimos el designio de vengar de los embates de la impiedad el primero de todos los dogmas, la existencia de Dios, no pudimos ménos de preguntarnos ántes á nosotros mismos, si no seria mas conveniente dejar en el olvido esos tenebrosos argumentos, que sacarlos á la luz pública; y si revelándolos no nos expondríamos á oscurecer una verdad palpable que brilla con su luz propia, del mismo modo que el sol con sus rayos, haciendo acaso vacilar la conviccion por los mismos medios con que quisiéramos afirmarla. Pero esta consideracion debia ceder á

la necesidad de que la Divinidad tenga tambien sus defensores, ya que ha tenido tantos enemigos cuya voz ha resonado, á manera de una trompeta, en toda la Europa. Nos parece ademas, que despues de una época en que el ateismo ha sido como el tono dominante del mundo sabio y literario; en que la ciencia y el talento han hecho esfuerzos increibles para esplicarlo todo sin la intervencion de la causa suprema é intelijente, y en la que mil producciones diversas, marcadas todas con el sello de la impiedad mas escandalosa, han circulado por todas las clases de la sociedad; es imposible que no hayan quedado impresiones funestas, aun en los entendimientos que no se hayan pervertido del todo con estas perniciosas doctrinas. Por consiguiente no será inoportuno ni supérfluo el combatirlas. El ateismo ha dejado entre nosotros rastros profundos de sus estragos; y lo que en otro tiempo era raro y horroroso, ha llegado ya á ser

comun y familiar á nuestro pensamiento. Si Bossuet volviera entre nosotros, no podria decir lo que decia de su tiempo en uno de sus discursos: La « tierra sostiene corto número de esos « insensatos, que bajo del imperio de « Dios, entre sus obras y en medio de « sus beneficios, se atreven á decir que « no existe; y cuando á la luz del cris- « tianismo llega á descubrirse alguno, « debe considerarse su encuentro co- « mo desgraciado y abominable (1).» Puede sin duda ser útil discutir los argumentos de los ateistas, ya sea para borrar las impresiones fatales que han dejado, ya para precaverlas: tal será, Señores, el único objeto de esta conferencia.

Si escuchamos á los ateos de nuestros dias nos dirán, así en sus discursos como en sus libros: «¡Cual es pues « ese ser diferente de este universo, « que llamais Dios? ¿donde le colocais?

(1) Primer sermon de Adviento.

« ¿os le figurais un espíritu que ha
« creado la materia y el movimiento?
« ¿Pero como puede concebirse esta
« produccion del seno mismo de la na-
« da? ¿Puede salir de la nada cosa al-
« guna? ¿Quien nos esplicará su natura-
« leza? ¿Como podréis darnos una idea
« de ella? Si nuestra doctrina es oscura,
« ¿es la vuestra mas luminosa? ¿Y es
« acaso mas incomprensible el ateis-
« mo, que ese Dios en que vosotros
« creeis? os le figurais un Ser infinita-
« mente bueno, sabio y justo; pero lo
« seria en verdad mucho mas, si se hi-
« ciera mas visible al jénero humano:
« así se atraeria la admiracion y los
« homenajes de todos; miéntras que
« existen por el contrario tantos que no
« creen en él, y son acaso los mas ilus-
« trados y mas deseosos de conocer la
« verdad. ¿Por que está tan oculto y se
« esconde á nuestras investigaciones?
« Vosotros recurrís á Dios para espli-
« car este mundo visible: recurso in-
« útil. Suponed el mundo eterno; el

« movimiento inherente á la materia;
« una sucesion siempre contínua de se-
« res variados en sus formas, en sus fi-
« guras y en sus propiedades naturales,
« con sus afinidades o sus oposiciones,
« con cierta tendencia á unirse ó des-
« unirse, y haciendo siempre esfuerzos
« para llegar á un sistema de cosas en
« que cada uno esté en su puesto; y
« tendréis este universo físico con todas
« sus bellezas, con los animales que ha-
« bitan la tierra, y hasta el hombre mis-
« mo. De este modo todo se esplica sin
« Dios, y solo la ignorancia de las cau-
« sas físicas ha hecho inventar la causa
« intelijente. »

Tales son, Señores, en compendio los argumentos de los ateos, que resumiendo en las mismas palabras de un sabio de nuestros dias, célebre por su ateismo durante el curso de su vida, reducirémos á las tres siguientes aserciones hablando de Dios (1): *no se le*

(1) *Lalande*. Second supplément au diction. des athées, pag. 90.

comprende, no se le ve, todo se esplica sin él. Bien débil, á la verdad, y desesperada debe ser la causa del ateismo, cuando despues de cincuenta años de trabajo y de esfuerzos un sabio distinguido ha podido encontrar solamente estos frájiles apoyos.

La primera objecion es que *no se puede comprender á Dios*. Es indudable que el Dios á quien adoramos es un Dios incomprensible; y de ello nos gloriamos en lugar de avergonzarnos; y aun cuando podamos conocerle, como pronto diré, jamas llegaríamos á comprenderle: sus perfecciones son de tal modo superiores á nuestros débiles pensamientos, que aun cuando tuviéseis toda la magnificencia del lenguaje de los antiguos profetas de Israel, todas las luces de los mas bellos injenios que han ilustrado las naciones y los siglos, y toda la sutileza de las intelijencias que el cristianismo representa al rededor del trono del Eterno, como ministros de sus santas voluntades, jamas po-

dríais pintarlas: vuestros sentimientos y vuestras espresiones quedarian á una distancia infinita de su suprema Majestad; y despues de apurados todos vuestros esfuerzos os veríais precisados á confesar que no se le puede caracterizar mejor que llamándole incomprensible. Solo Dios se conoce á sí mismo con un conocimiento perfecto: el poder, la sabiduría y la bondad sin límites no pueden ser comprendidos mas que por una intelijencia ilimitada. De otro modo no seria verdadero Dios, sino un dios imajinado por los hombres. Por mas que queramos penetrar en lo infinito, jamas hallarémos sus límites; porque no los tiene, y es como un mar inmenso sin fondo y sin ribera. La incomprensibilidad es de tal modo esencial á la naturaleza divina, que el nó creer en Dios porque es incomprensible, es no creer en él porque es Dios, lo cual seria por cierto una bellísima razon.

Dios es incomprensible. Espliquémonos para no disputar inútilmente.

Comprender á Dios es tener de él una idea completa, penetrar su naturaleza y sondear todos sus abismos, seria ver perfectamente la hermosura y armonía de sus perfecciones; y esto es precisamente lo que escede la capacidad de un entendimiento débil y limitado, como el del hombre. Conocer á Dios es saber que existe, es tener de él ideas, si no completas bajo de todos aspectos, á lo ménos bastante claras para ver suficientemente lo que él es con respecto á nosotros, y lo que nosotros somos con relacion á él; para hablar de él de un modo juicioso y razonable; y tener un convencimiento íntimo y profundo de su existencia, de su poder, de su sabiduría, de su bondad y su justicia, aunque no podamos conocerlas en toda su extension. Tal es nuestra situacion sobre la tierra. Y qué, Señores, cuando el nombre de Dios resuena en vuestros oidos; ¿es acaso solo un sonido vago que se lleva el aire, y no sentis escitarse en vuestras almas

ninguna idea, ni sentimiento alguno? Cuando hablamos del Ser eterno, sin principio y sin fin, cuya naturaleza es existir, y á quien el ser es tan esencial como la redondez al círculo; que, independiente de toda causa estraña, nada ha recibido y nada puede perder; que permanece siempre inalterable y siempre el mismo, al paso que en este mundo todo pasa y todo se gasta como un vestido; que solo existe verdaderamente, porque todo el resto de los seres recibe de él una existencia precaria; ante quien el universo es como la nada, y todas las naciones como si no existiesen, y que puede decir de sí aquella palabra de nuestros libros santos: *Yo soy el que soy*; cuando hablamos, digo, de un Ser todo poderoso, que ha comunicado la existencia, el movimiento y la vida á cuanto compone este universo; que puede crear los soles con la misma facilidad que los insectos; que ha diseminado las estrellas en el firmamento, como el polvo en

nuestros campos; que puede producir cuanto quiera por sola su voluntad, y que dijo en el principio: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*; si hablamos de un Ser soberanamente sabio, que por medio de leyes igualmente sencillas que fecundas, gobierna este mundo visible; cuya providencia se extiende sin el menor esfuerzo á los cielos estrellados y á la yerba del campo, á los mas vastos imperios como al mas oscuro individuo; que conduce las criaturas intelijentes á sus fines adorables fuerte, pero tambien dulcemente, y juguetea, digámoslo así, con este inmenso universo; si os hablamos en fin de este Dios justo que en todo sigue las reglas de su infalible y soberana razón; de este Dios santo cuya infinita pureza aleja de sí todo lo malo á una distancia infinita; de este Dios bueno que feliz por sí mismo se complace en derramar sobre sus criaturas alguna parte de su suprema felicidad; si os dirijimos semejante discurso, ¿somos tan inteliji-

bles como si os hablásemos en una lengua estranjera y del todo desconocida? ¿No tienen estos pensamientos alguna proporcion con vuestro modo de sentir y de juzgar; ó es todo esto tan bárbaro y tan oscuro como si os hablásemos de un círculo cuadrado, ó de un cuadrado circular? O por el contrario, ¿no es tan razonable la idea de Dios que está al alcance de todos los entendimientos, y se halla mas ó ménos aclarada entre todos los pueblos de la tierra? ¿No se halla su nombre en todas las lenguas, y en las obras de los mas brillantes injenios que ha producido el mundo; en las instituciones de los mas grandes lejisladores, y en los cánticos relijiosos de todas las edades y de todas las naciones? ¿No es indeleble su recuerdo, y bastante claro su conocimiento, aunque imperfecto, para ser una regla mas ó ménos perceptible de las acciones humanas? Yo os pregunto: ¿es por ventura una misma doctrina la de una causa intelijente que la del acaso;

la de ser un poderoso y sabio que obra con eleccion y discernimiento, que la de una ciega necesidad; la de un Dios, autor de las bellezas y del órden de este universo, ó la de este mismo universo, resultado tan solamente del concurso fortuito de las partes de la materia puestas en movimiento? ¿Produce las mismas ideas la exposicion de una ú otra doctrina? ó por mejor decir, ¿no teneis nociones bastante exactas de ambas para conocer su mucha oposicion? ¿No puedo yo, al ver un cuadro de un efecto admirable, formar idea, á lo ménos imperfecta, del talento del pintor, de su intelijencia y de su maravillosa industria, aunque no me sea posible graduar exactamente las cualidades de su entendimiento, ni el modo con que ha sabido animar el lienzo y hacer revivir, digámoslo así, á mi vista objetos que ya no existen? Cuando veo una ciudad populosa en donde todo está en paz, en donde las personas y las propiedades disfrutan de seguridad bajo de la sal-

vaguardia de las leyes, y en donde la libertad no dejenera en licencia, ¿no podré acaso formar una idea razonable del ajente invisible que dirije los resortes de esta sabia administracion, aunque ignore como los maneja y hace concurrir al bien jeneral? Y si es cierto que este mundo no es mas que un encadenamiento de las causas segundas y de sus efectos, ¿no podré yo formar la idea de la causa primera, del Ser autor y ordenador supremo de todas las cosas, aunque mi pensamiento no pueda comprender su modo de existir y de obrar? Podemos pues tener una idea de Dios por incomprensible que sea; ¿y no es ya tener alguna idea de él el saber que es incomprensible?

Dícese que Dios es incomprensible; es cierto: no comprendeis su eternidad; pero la necesidad de algun ser eterno está rigorosamente demostrada; pues por el hecho de que hay alguna cosa que existe en el dia, es necesario que alguna haya existido siempre, por-

que si no existia cosa alguna ántes de todo lo que ha tenido principio, no habia mas que la nada; y si no hubiese habido mas que la nada, tampoco habria ahora otra cosa; pues la nada no puede producir cosa alguna. Por tanto es evidente que hay un ser increado, eterno, existente ántes del tiempo, que no ha tenido principio ni tendrá fin, en quien la medida de su duracion pasada es la eternidad, y la misma eternidad la medida de su duracion futura. Esto hizo decir á Pascal que *el hombre es un punto colocado entre dos eternidades.* No examinarémos ahora si este ser eterno es Dios ó la materia; pero veamos ya á los ateos obligados á admitir la eternidad de un ser cualquiera. ¿Y hay sin embargo una cosa mas incomprensible? No comprendeis la creacion, ni como ha salido el universo de la nada; pero guardémonos de atribuir á los adoradores de la Divinidad ideas absurdas que no tienen. No se dice que la nada sea una causa productiva que

haya hecho el mundo; que la nada haya suministrado la materia de que está compuesto, ni que esta se haya estraido de los abismos de la nada, como los metales de las minas que los encierran; pues entónces habria una implicacion en los términos y un absurdo manifiesto: dígase pues que Dios por su poder infinito ha dado la existencia á lo que no la ténia, y que ha realizado por la fuerza de su voluntad lo que era posible en las ideas de su entendimiento divino. No hay duda que no conocemos este modo de obrar: para comprender cual es su manera de querer, y el poder de su voluntad, seria preciso hallarse en el seno de la Divinidad. Si no conociésemos por nuestra experiencia personal y por nuestro sentimiento particular lo que es el querer del hombre, nos sería imposible formarnos idea de él, así como al sordo y al ciego de nacimiento les es imposible concebir el sonido y los colores. Sería un pensamiento muy bajo y ter-

reno atribuir á la Divinidad lo que solo es propio del hombre, cuyo poder é ideas son limitadas. El hombre puede sin duda dar á los objetos preexistentes nuevas formas; puede modificar la materia, pero no crearla; y solo Dios con su poder infinito puede dar una existencia efectiva á lo que ántes solo la tenia posible: esto es lo que llamamos crear ó sacar de la nada. ¿Y no deberá haber una diferencia infinita entre el poder de Dios y el del hombre? Y si el poder limitado de este puede crear modificaciones, ¿por que no podrá un poder ilimitado crear los seres? Dentro de nosotros mismos encontrarémos una imájen, aunque imperfecta, de este poder creador: mi brazo por ejemplo está ahora inmóvil, y este estado de reposo es la ausencia ó la nada del movimiento; pero quiero, y sin mas que esto, al momento se mueve; y este movimiento que ántes era posible, se hace efectivo, y por un acto de mi voluntad sale de aquella especie de nada en que

ántes estaba: hé aquí una especie de creacion imperfecta, figura de la creacion perfecta de que solo Dios es capaz.

Dios, decis, es incomprensible; ¿pero comprendeis acaso el modo con que lo pasado está presente á vuestra memoria, como se lanza nuestro pensamiento simultáneamente á todos los mundos, y como vuestra alma anima todas las partes de vuestro cuerpo? Por todas partes, Señores, estamos rodeados de cosas incomprensibles, y nadie deberia hablar ménos de la incomprensibilidad de Dios que los ateos, cuyos sistemas son solo un conjunto de palabras incoherentes, de proposiciones contradictorias y repugnantes, y cuya doctrina es tan increible que apénas la adoptan algunos entendimientos estravagantes, de suerte que solo por un esceso de credulidad es posible ser ateo. Pero esta observacion corresponde á otro lugar: paso ahora á la segunda dificultad que nos proponen.

No se ve á Dios. Es indudable que

si el autor de la naturaleza no hubiera marcado su obra con un sello divino, y dado un testimonio de sí mismo, manifestando sus atributos de un modo capaz de convencer á todo entendimiento racional, nos veríamos reducidos á formar conjeturas vagas sobre su existencia, y á fluctuar entre la incertidumbre y el choque de los sistemas del entendimiento humano. Pero cuando todo nos representa su alta majestad, y cuando la razon del jénero humano y la naturaleza entera aclaman á un Dios, autor de todas las cosas, digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, ¿quienes somos nosotros para atrevernos á preguntarle por que no se nos manifiesta aun mas, y para exijir mayores luces; en lugar de recibir con agradecimiento las que nos ha dado? Quisiérais que Dios se os descubriese aun mas; ¿pero hasta que punto exijis qué extienda esta manifestacion de sí mismo? No pretenderéis ciertamente que el Ser infinito deba descubrirse á un ser tan débil como voso-

tros en el estado infinito de su grandeza y de su gloria. ¿Quisiérais que su existencia fuese para vosotros tan perceptible, como la del sol ó la de vuestro cuerpo? Pero entónces ¿que mérito tendríais en creer en él? ¿Teneis alguno en creer la existencia del sol que veis con vuestros ojos? Justo y bueno este Dios Todo-poderoso, pero al mismo tiempo independiente, Rey y Señor de las criaturas, y zeloso de los homenajes de un corazon recto y sincero, se presenta á nosotros con un resplandor suficiente para que le podamos descubrir; y bajo de un velo bastante denso para que nos quede el mérito de creer en su presencia. Pensais que el Dios bueno lo sería mucho mas si se os hiciese mas visible; pero así como es la bondad misma, así tambien es la soberana sabiduría: ¿y quien sabe si en sus decretos eternos no ha obrado sabiamente en no manifestarse mas? Vosotros creeis que seria aun mejor si fuera mas visible; y otro le creeria mejor si le diera mas

salud, mas talento y mas poder. Así la Divinidad estaria sujeta á los vanos caprichos de los hombres, y seria preciso que sus ideas arbitrarias fuesen la regla del que es la suprema razon. Yo bien concibo como Dios es á un mismo tiempo visible é invisible: visible en sus obras, que son otros tantos espejos en que reflejan sus adorables perfecciones, é invisible á causa de las sombras que cubren su infinita majestad: es como el sol oculto detras de una nube. Si la Divinidad estuviese mas léjos de nosotros, podria escaparse á nuestra vista; y si mas cerca, nos arrebataría con tanta impetuosidad que quitaria al hombre toda su libertad, y caeria por tierra toda la economía del mundo actual. La rectitud del corazon, la buena fe, el deseo sincero de conocer la verdad es lo que nos hace estimables á los ojos del justo apreciador de las cosas, y el que le busque con intenciones puras le encontrará. San Agustin tuvo un pensamiento, frecuen-

temente repetido, pero que es preciso traer siempre á la memoria; porque siempre se olvida; y vamos á repetirle en los mismos términos de Pascal: «Hay bastante luz para aquellos que «no desean mas que ver, y bastante «oscuridad para los que tienen una «disposicion contraria (1).»

En esto como en todo lo demas se muestra el cristianismo eminentemente arreglado á la razon, y nosotros podemos observar como la revelacion al tiempo que purifica y perfecciona, confirma todo lo que inspira una razon sana. Ella nos enseña que esta vida es el tiempo de las sombras y de la oscuridad, y no el de la luz plena y perfecta: que para merecer ver, es preciso comenzar por creer: que un dia se rasgará el velo que nos oculta la Divinidad, y que el tiempo presente, semejante al crepúsculo que anuncia el sol, no es mas que la aurora del dia

(1) Pensamientos Cap. XVIII, n. 2.

de la eternidad. Vamos á la tercera dificultad, á saber: que para nada se necesita de Dios, y que todo se esplica sin él.

Bien sabido es, Señores, con que jactancia han ponderado los ateos modernos su ciencia y sus luces. Al oirlos, les creeríamos unos entendimientos sublimes, que remontados en las alas del injenio dominan sobre las preocupaciones vulgares; y si alguna vez se dignan bajar de aquella altura para alargarnos una mano compasiva, es por un resto de piedad soberbia, de la cual consienten no despojarse; y pronunciando contra nosotros las palabras enfáticas *supersticion*, *preocupaciones*, *credulidad*, nos acusan de caminar por los senderos de la rutina, y nos convidan á romper, á su ejemplo, los grillos de una vergonzosa esclavitud. ¿No seria singular que la acusacion de credulidad que nos hacen recayese enteramente sobre ellos; que la fuerza del injenio estuviese de nuestra parte, y solo hubiese de la suya flaqueza y pue-

rilidad? A la verdad que si con alguna cosa se les puede convencer de esto, es con su misma pretension de esplicarlo todo sin recurrir á Dios.

Es en efecto fácil hacer ver que sin él es imposible esplicar la existencia de la materia, la del movimiento, y en particular la del hombre.

Digo primeramente que no se puede esplicar con el ateismo la existencia de la materia, de esos cuerpos de que está compuesto el universo sensible: y en efecto, si la materia no es la obra de un Dios criador, ¿á quien debe entónces su existencia? Ciertamente no la debe á la nada, porque esta no produce nada: y en este caso es preciso decir que la materia existe por sí misma; que es eterna, que por su naturaleza existe necesariamente, y que por lo tanto es lo que los metafísicos llaman *el ser necesario*: asercion no solamente arbitraria, sino contraria á la razon. Yo os hago desde luego la observacion, de que no siendo la materia una ficcion de

nuestro entendimiento, sino una cosa real, y un compuesto de una multitud de partes, unidas entre sí, cada una de estas partes, si la materia existiese necesariamente, tendria tambien una existencia necesaria; y de tal manera que seria imposible sin contradecirse suponerla no existente: así pues no habria un solo grano de arena, una molécula de aire, ó un átomo de materia á las cuales no fuese tan esencial la existencia como lo es la redondez al círculo: ideas tan inseparables que es imposible desunirlas sin contradecirse á sí mismo. Ahora pues, pregunto si sucede lo mismo con la idea de un átomo y la de su existencia, y en que se perjudicaria á la esencia de las cosas, porque yo supusiese que tal átomo no existe. Es claro que en nada; y por consiguiente este átomo no existe necesariamente: lo mismo que digo del uno puedo decir de todos; luego la materia no existe por sí misma, sino que ha sido creada, y por consiguiente hay un Dios.

Ademas quisiera tambien que observáseis que la Suprema perfeccion consiste en existir por sí mismo; en tenerlo todo de su propio fondo; y que el ser que existe por sí mismo es independiente, todo lo posee, y nadie podrá limitarle. Ademas, si alguna cosa hay demostrada en metafísica es que el ser necesario tiene todas las perfecciones de intelijencia, sabiduría, bondad, libertad y justicia: por lo cual si la materia fuese este ser necesario, seria preciso atribuirle todas estas perfecciones. ¡Y que estraña violencia no habria que hacer para esto á la razon! Aun hay mas: como cada particulilla de materia existiria necesariamente, seria tambien soberanamente perfecta, cada una seria Dios; y hé aquí como desechando el ateo al Dios verdadero, poblaria de dioses todo el universo. Observemos todavia que la materia no existe sino con los atributos que le son naturales, á saber: cierta disposicion de partes, cierto modo de

ser, y una forma cualquiera; de lo que se sigue que no ha podido existir eternamente sin forma determinada, eterna como ella, indestructible é inmutable; circunstancias que vemos todos los dias desmentidas por la variacion perpétua de sus formas. Yo conozco que todas estas razones son mejores para un libro que se puede meditar con toda detencion, que para un discurso público en que las palabras pasan rápidamente; por lo que me limito á lo que llevo manifestado, fundado todo en una metafísica incontrastable, y que podeis ver mucho mas ilustrado por otros, especialmente por Clarke (1).

He dicho en segundo lugar que es imposible esplicar el movimiento sin recurrir á Dios. Una de las propiedades de los cuerpos es la de poder trasladarse de un lugar á otro, y ser ajitados; esto llamamos movimiento: aho-

(1) Traité de l'Exist. de Dieu, tom. 1.er chap. II. et suiv.

ra pregunto, ¿de donde procede el movimiento de la materia? Dejo á vuestra eleccion el que digais, ó que le ha sido comunicado en el principio, ó que le es verdaderamente esencial. Si decis que el movimiento le ha sido comunicado, os preguntaré por quien. Seguramente que no ha sido por sí misma, porque en la suposicion en que hablamos no lo es verdaderamente esencial: por consiguiente le ha recibido de una causa motriz, diferente de ella misma; y ya tenemos aquí el primer motor distinto de la materia, á saber, Dios. Dígase enhorabuena que el movimiento se ha comunicado por una á otra parte de la materia, sin ninguna causa orijinal primitiva ó estrínseca á su existencia, y que es una sucesion interminable de movimientos que pasan de uno á otro cuerpo, esto es querer engañarse á sí mismo, pues siempre será preciso llegar á un átomo que ha sido puesto en movimiento el primero, y respecto del cual repetiré la

pregunta de cual es la causa eficiente de su movimiento. Decid si quereis que el movimiento es esencial é inherente á la materia: esta respuesta os va á embarazar tanto como la primera. Yo concibo desde luego la idea de un cuerpo y la de su movimiento, y conozco que puedo separar estas dos cosas, pues puedo suponer un cuerpo en quietud sin destruirle; y la misma experiencia me enseña que siempre está inmóvil si otro no le impele: por consiguiente la idea de un cuerpo no lleva consigo la del movimiento; y aunque ninguno se le conceda, no por eso deja de tener toda su esencia: de donde se infiere que el movimiento no le es esencial, sino que le ha sido comunicado por una causa preexistente; de suerte que siempre venimos á parar á la causa primera, á Dios. Podria haceros otros muchos raciocinios, si no temiese molestaros con una materia tan abstracta; y prefiero remitiros á Fenelon, en cuyo *Tratado de la existencia de*

Dios (1) hallaréis capítulos muy sólidos y luminosos sobre esta materia.

Digo por último que es imposible esplicar sin Dios la existencia del hombre. Si subimos de familia en familia, y de siglo en siglo, irémos á parar en un hombre que fué el primero sobre la tierra vivo, organizado y sensible como nosotros, sin haber nacido de un padre y una madre; pues por mas que queramos alargar por tiempos imajinarios la cadena de las jeneraciones, siempre terminarémos en su primer eslabon. Yo no espero oir á nadie decir que por sí mismos y necesariamente hayan existido algunos individuos de nuestra especie desde la eternidad, los cuales hayan sido el tronco de todos los demas; y por consiguiente que el jénero humano no tiene principio. Esto seria un absurdo: tales individuos existirian todavía, pues lo que existe por necesidad de su naturaleza no puede dejar

(1) Véase la 1.ª parte cap. III, y la II.ª cap. III.

de existir; y ¿hay acaso en nuestra especie semejantes individuos eternos? Es pues indudable, Señores, que la especie humana ha tenido principio; veamos cual puede ser su oríjen y la causa de su existencia. Nosotros creemos y decimos una cosa muy sencilla: un Dios criador dió al primer hombre el ser y la vida, y con su poder omnipotente formó su cuerpo con maravillosa industria; á la manera que un alfarero da al barro las formas que le agradan; y en seguida le animó con la intelijencia, rayo de su divina luz, por la que el hombre es imájen de su autor.

¿Qué dicen sobre esto los ateos?

No falta entre ellos quien diga sin rebozo, que la naturaleza ha plantado hombres en diferentes partes del globo: pero cuando no se reconoce á Dios, la naturaleza no es otra cosa que este universo, esta reunion de todos los seres; y sería preciso rogar al que dijese que la coleccion de los seres ha plantado hombres, que hablase de un mo-

do intelijible, y no espresase en un lenguaje bárbaro una idea todavía mas bárbara. Entre los antiguos Lucrecio decia, que en el oríjen los jérmenes de los animales estaban agarrados á la tierra por medio de raices, y vejetaban como las plantas; pero yo quisiera saber en donde existen los monumentos históricos de esta vejetacion del hombre-planta. No pidamos testigos de este hecho que pasó allá en aquella época, y en aquellos lugares en que hablaban los árboles, y en que Anfion al son de su lira amansaba los tigres y atraia los peñascos; es decir, en el tiempo y pais de las quimeras. Si en otro tiempo han estado los hombres agarrados á la tierra por medio de raices, como las plantas, ¿por qué no lo estan todavía como ellas? ¿Por qué si la tierra há producido los hombres por una especie de vejetacion, no sigue produciéndolos del mismo modo? ¿Por qué semejante mudanza en la produccion del hombre, cuando vemos todas las pro-

ducciones de la naturaleza, los minerales y las plantas, perpetuarse siempre del mismo modo? ¿Por qué ha dejado de ser hoy el hombre un resultado de cierta combinacion, habiéndolo sido antiguamente?

No hablemos de las metamórfosis por las cuales ha pasado el animal acuático que canta en nuestras lagunas, ni aleguemos las del gusano industrioso que hila su sepulcro, y despues de haberse arrastrado por la tierra desplega las alas de la mariposa; pues estas transformaciones se han visto en todos tiempos del mismo modo que ahora, y todos los seres que resultan de ellas han sido producidos de esta misma manera, como lo acredita una experiencia constante y universal: de suerte que, siguiendo las leyes de la analojía, si antiguamente hubiera provenido el hombre de una metamórfosis semejante; tambien provendria hoy de la misma.

Pero ¿cual fué el estado del pri-

mer hombre cuando apareció sobre la tierra? ¿Quieren los ateos que haya aparecido niño, hombre hecho, ó bien que haya ido formándose sucesivamente? Detengámonos un momento á examinar estas tres hipótesis. Si se os dijese que el primer individuo de nuestra especie apareció en la tierra débil, delicado y sujeto á las necesidades de la mas tierna infancia, sobresaltados entónces por el peligro de su vida preguntaríais que madre le alimentó con su leche, y que mano bienhechora defendió su cuerpo débil de los peligros que le rodeaban; pero sosegaos, que el ateista Lucrecio ha salido de todas esas dificultades en muy hermosos versos. Segun él, la tierra fué la nodriza del primer hombre; un vapor lijero su vestido, y su cuna el tierno césped.

Terra cibum pueris, vestem vapor, herba cubile
Præbebat multâ et molli lanugine abundans (1).

Yo, Señores, no lo ví; pero diré

(1) *De Rer. nat.* lib. V, vers. 814 et 815.

que si esto no es cierto, es muy poético, y á lo menos el tal Lucrecio tiene gracia, miéntras que los ateistas modernos con su lóbrega metafísica son tristes como las tinieblas.

Si dijéseis que el hombre salió de repente adulto y perfecto del fango de un pantano, calentado por los rayos del sol, afirmaríais una cosa evidentemente desmentida por los hechos; pues es contrario á todas las leyes de la analojía, y á la experiencia de todos los siglos y de todos los climas, que un animal se forme con tanta rapidez, y que adquiera repentinamente, y como por una creacion instantánea, toda su perfeccion.

Restaos decir que el hombre se ha formado sucesivamente por la incorporacion y union de diversas partes: mas esto es otro absurdo, porque el cuerpo organizado es un todo en el cual cada parte supone la existencia de las otras. Un animal no se forma, como por ejemplo la sal, por la agregacion de diferen-

tes moléculas reunidas: es un sistema compuesto de un número infinito de máquinas que tienen correspondencia directa y relaciones íntimas entre sí, hechas las unas para las otras y cuyas fuerzas concurren al bien jeneral. Este todo se desenvuelve y toma mas volúmen, pero en cuanto máquina siempre es en pequeño lo que despues debe ser en grande. Finalmente aun cuando el hombre hubiera podido formarse así, preguntaria yo siempre en que consiste que la tierra, despues de haber producido hombres de jérmenes preexistentes, no los produce ya de este modo.

¿Y que responden á esto los ateos? Que la tierra es vieja, que está ya desvirtuada y ha perdido su fecundidad: ¡digna respuesta y tan absurda como sus sistemas! ¿Y en qué la fundan? Pues qué, ¿no hay ya limo, ni tierra blanda y cenagosa, ni sol para calentarla? Al contrario, siempre existen los mismos materiales, y la naturaleza de-

beria hoy tener mayor facilidad para esta clase de producciones, respecto á que por la muerte de una inmensa multitud de hombres se han esparcido por todas partes los jérmenes que habian servido para su formacion, y deben existir en gran cantidad tan preciosos átomos: de modo que los cuerpos muertos serian la semilla de los vivos, y los sepulcros almacenes en donde la naturaleza encontraria materiales ya dispuestos para formar hombres. Tales son en sustáncia las reflexiones de Jaquelot (1) y de Fontenelle (2). En nuestros dias se ha renovado la doctrina de que ciertos animalejos, perceptibles solamente con el microscopio nacen del seno mismo de la corrupcion; y se ha insinuado la posibilidad de que el hombre tenga un orijen semejante: pero por de contado seria preciso probar que dichos ani-

(1) Disertat. sur *l'Exist. de Dieu*. II Disert. cap. V, tom. II, paj. 242.

(2) *De l'Existence de Dieu*. OEuvres. Tom. III, paj. 252.

malillos no provienen de un jérmen preexistente, y que este no es el fruto de otro animalejo que haya existido ántes del jérmen; lo que no está probado todavía. Pero ¿que ganarian con esta suposicion, aun cuando no fuese gratuita, siendo constante que hay especies que no se reproducen por este medio, como el leon, el elefante y el hombre? Siempre podré yo preguntar quien dió la vida al primer individuo de estas especies A la verdad los ateos con sus hombres-plantas y con sus metamórfosis para esplicar el oríjen de la especie humana, se muestran mas crédulos que los niños que creen en las transformaciones causadas por la varita májica de las hadas, y cuentos por cuentos yo prefiero esas historietas que al fin divierten nuestra niñez, á esas novelas físicas que envilecen al hombre y marchitan el corazon con impresiones de tristeza y de muerte.

No será ya tiempo, Señores, de

abjurar todos estos tenebrosos sistemas; de declararnos altamente á favor de las verdades sagradas que las naciones y los siglos han reverenciado como el verdadero fundamento del mundo moral, y de sustraernos enteramente y para siempre del dominio tiránico de esa falsa sabiduría, que ha usurpado el imperio á la verdadera para hacer de él un abuso tan funesto, que no ha reinado sino para destruir, ni hablado en nombre de la tolerancia y de la libertad sino para exterminar y para introducir la anarquía ó la servidumbre. Si el ateismo es la fuente de todo mal, la creencia en la Divinidad es el principio de todo bien: un Dios, una Providencia, una vida futura, una relijion regla del entendimiento y del corazon, que reprime todos los vicios y ordena todas las virtudes, son cosas unidas entre sí y bien enlazadas; y no se necesita mas que ser consiguiente, para llegar desde la creencia en un Dios, padre comun del jénero humano, á la fe

en un Jesucristo, su reparador. Acaso me sea concedido recorrer felizmente con vosotros el intervalo que los separa: yo solo exijo amor sincero á la verdad, y valor para abrazarla despues de conocida, aunque sea á costa del sacrificio de nuestras inclinaciones y de nuestros hábitos.

Agustin, jóven todavía, y esclavo del error y de los deleites, llega á Milan, en donde era entónces obispo el grande San Ambrosio. Asiste á las esplicaciones de los Libros Santos y de la doctrina cristiana que aquel docto y zeloso Prelado hacia á su pueblo; ve disiparse poco á poco las preocupaciones que ofuscaban su entendimiento; la relijion empieza á mostrársele con una luz nueva y mas favorable; y despues de haber conocido todos los sistemas filosóficos, así como todos los placeres, cree haber encontrado lo que hacia tanto tiempo que buscaba en vano. Entretanto Mónica, su madre, no cesa de derramar lágri-

mas y de suplicar al cielo ilumine á un hijo tan amado, y le haga entrar en el seno de la iglesia católica. Sus jemidos y llantos no serán estériles. Agustin conoce luego la verdad, pero la desecha: se avergüenza de sus desórdenes, pero no puede libertarse de los halagos del deleite, y sufre violentos combates, hasta que ajitado un dia su corazon por las angustias y el tumulto de sus pensamientos, se separa de sus amigos, y va á reclinarse en un árbol solitario: una furiosa tempestad ajita su alma y derrama un torrente de lágrimas; su entendimiento se ilustra, y se cambia su corazon. Su madre ve cumplidos sus deseos, y muere poco despues, llevando consigo al sepulcro el inefable consuelo de haber visto á su hijo entrar en el camino de la verdad y de la virtud. Aqui, Señores, no hay un Ambrosio; ¿mas no habrá en este auditorio algun jóven Agustin luchando contra los lazos de sus pasiones, avergonzado de las cadenas que

arrastra, pero sin valor para romperlas; entreabriendo sus ojos á la luz para volverlos á cerrar al instante, como aquel á quien agobia un pesado sueño, que despierta un instante, hace algunos esfuerzos, y vuelve á aletargarse vencido por la molicie? ¿Y no habrá acaso en esta capital y en nuestras provincias mas de una Mónica desconsolada, llorando los estravíos y la incredulidad de un hijo que tal vez se halla en este auditorio, que nos oye y dice en su corazon: ¿seré yo de quien aquí se habla? ¡Cuan dichosos seríamos si se dignara el cielo servirse de nuestro ministerio para abrir su entendimiento á la verdad, y su corazon á la virtud! ¡Ojalá se penetre de que no son las pasiones las que han de darle la felicidad que busca, sino esta relijion celestial que ha descendido para remedio de todos los males de la humanidad, que ilustra y fija las incertidumbres del entendimiento por la fe, consuela y fortifica el alma con la espe-

ranza; perfecciona y santifica el corazon por la caridad, y dice á todos sin escepcion: « Vosotros, todos los que « estais aquejados de los males de la « vida y fatigados del choque de va- « nas opiniones, venid á mí: yo os con- « solaré. »

LA PROVIDENCIA

EN EL

ÓRDEN MORAL.

Preguntar si hay una Providencia, es preguntar si Dios cuida de sus criaturas, si gobierna este mundo por las leyes que él mismo ha establecido, si arregla la suerte de los individuos como la de las naciones, y si por una accion tan constante como universal, dirije todas las cosas á unos fines dignos de su sublime sabiduría. ¿Como podríamos, Señores, dudarlo? ¿Como no reconocer la manó poderosa que tiene las riendas del imperio del universo, que hace que todo camine á un fin comun, y contribuya á la hermosura, á la armonía y duracion de sus obras? Sobre todo ¿como no creer particularmente que tiene la vista fija en el hombre, en esa cria-

tura intelijente, el mas noble de los seres del globo que habitamos, y que léjos de abandonarle á los caprichos de un ignorado y ciego acaso, arregla y dirije sus destinos? Sí; todo me anuncia una Providencia en el órden moral.

Si consulto la historia del jénero humano, le veo reconocer en todos tiempos y lugares una Providencia. Templos, altares, víctimas, himnos sagrados, un culto, en una palabra, una relijion: hé aquí lo que se encuentra en el antiguo y en el nuevo mundo. Mas todo esto seria no solo inútil, sino insensato, si la Divinidad fuera indiferente á cuanto acontece sobre la tierra. En tiempo del paganismo los hombres estraviados habian dividido el mundo moral, así como el mundo físico, entre muchas divinidades tutelares: tenian dioses nacionales, dioses domésticos, dioses para el nacimiento y para los funerales; para la paz y para la guerra: así como los tenian tambien para los astros y los mares, para las cose-

chas y las flores, los frutos, los bosques y las fuentes. Esto no era ciertamente mas que un conjunto de errores groseros; pero del centro de aquellas supersticiones salia siempre la creencia de un Dios presente á todo, y que todo lo rije y gobierna por su suprema voluntad. Todos los lejisladores, todos los verdaderos sabios, los mas ilustres filósofos de la antigüedad pagana, las escuelas mas célebres, como las de Pitágoras y Platon, han profesado el dogma de un Dios, regulador supremo de las cosas humanas: y Epicuro fue considerado jeneralmente como un impío, por haber desconocido la Providencia. « La primera verdad, dijo Ciceron, de « que conviene que los pueblos esten « convencidos (1) es, que los dioses « son los dueños, los rectores de todas « las cosas; que todo se dirije por ellos; « que ven los pensamientos y las accio- « nes de los hombres, y que distinguen

(1) *De legib.* lib. II, num. 7.

« los buenos de los malos. » Y Plinio el menor empieza su famoso panejírico de Trajano reconociendo « que solo á la Di- « vinidad debió el mundo tan escelen- « te Príncipe: *Principem nostrum divi- « nitùs constitutum.* »

Si atiendo á la recta razon me dirá, que el Dios en estremo sabio debe haber criado al hombre para un fin, al que debe hacer que se dirija por medios dignos de él: que el Dios justo, é infalible apreciador de las cosas, no podrá ver de un mismo modo al que infrinje sus deberes con audacia, y al que los cumple con fidelidad: que lleno de bondad no carece de amor hácia sus criaturas, sino que ama en ellas su imájen, y los dones que se ha dignado concederles; que infinitamente poderoso no es semejante al hombre, cuya accion es limitada así como sus conocimientos, sino que todo lo abraza, lo ve y lo ejecuta con una sola ojeada, sin que haya que temer se halle como agobiado por el peso del gobier-

no del mundo, y como embarazado por la inmensa variedad de todos sus pormenores. Dijo, y todo se hizo: quiere, y todo se ejecuta. Así pues tener estas nociones de la Divinidad, de su sabiduría, de su justicia, de su bondad y poder, y no creer en su imperio y su accion sobre la especie humana, esto es, su Providencia en el órden moral, seria el mas estraño é inconsecuente de todos los sistemas.

Pero ¿que importa creer en Dios, si no haceis de él mas que un ídolo arrinconado en el fondo del Olimpo, que teniendo ojos para vèr y oidos para oir, ni vea ni oiga; si le despojais de las armas de su justicia, y os le representais como un Padre sin bondad, como un Monarca sin poder, y un juez sin rectitud? Esto es reconocer á Dios en el nombre, y ser en realidad ateo; pues un Dios indiferente á la conducta de los hombres, es para ellos como si no existiese. Digamos pues que un Dios sin providencia es un mónstruo forja-

do por el delirio de las pasiones impacientes de un yugo que las incomoda; un ateismo práctico en fin, ménos consiguiente, pero tan fecundo en funestos resultados como el ateismo de opinion.

La voz pues de la razon y el grito jeneral de todo el orbe me dicen que hay una Providencia; y por tanto me parece que en el dia debo detenerme ménos en desenvolver las pruebas de esta sublime doctrina, que en disipar las tinieblas con que los sofistas procuran ofuscarla. Nuestro intento no es pasar por alto las dificultades: las expondrémos con injenuidad. Muchas veces las falsas doctrinas contribuyen á hacer resaltar mas la verdad, así como la oscuridad da mas brillo á la luz: por lo cual el objeto de esta conferencia será vindicar de los ataques de la incredulidad á la Providencia, considerada en el órden moral.

Me parece oir á un discípulo de Epicuro ó de Bayle decirme con voz esforzada: Por los efectos se debe juzgar

de la causa; y si es permitido hablar vulgarmente, por la obra se conoce el artífice. ¿Y cuales son en este mundo moral los rasgos de una bondad, de una sabiduría y de una justicia infinita que gobierne los destinos humanos? Si existe un Dios justo, ¿por que entre los hombres esa distribucion tan desigual de cualidades de alma y de cuerpo, de clases y de condiciones, de bienes y de males? ¿No es parcialidad conceder á uno lo que se niega á otro? Y si es un Dios bueno, ¿para que esas penas, esos padecimientos que convierten el mundo en una morada de lágrimas? Bajo del imperio de un Dios, que es la sabiduría y la santidad mismas, ¿por que han de existir esos desórdenes, esos vicios, esos crímenes que manchan la faz de las naciones? ¿Por que en fin el mal? Si Dios no ha querido evitarle, ¿de que sirve su bondad? Y si queriendo no ha podido, ¿adonde está su poder? Pasara en hora buena si el mal solo fuera un lijero accidente que no alterase la armonía

del conjunto; pero la historia de los hombres es constantemente la de sus vicios y la de sus infortunios; y aun muy frecuentemente se ve que la suerte del hombre de bien es peor que la del malvado. ¡Que cosa mas ajena del ser soberanamente perfecto que gobernara el mundo! Adoradores de la Providencia, ¿que teneis que responder? Tal es, Señores, el lenguaje de un injenio superficial, estraviado por el orgullo y el libertinaje.

Así es que cuanto se presenta como incompatible con la Providencia se reduce 1.º á la desigualdad, sea de los dones concedidos al hombre por el Criador, sea de las clases ó condiciones en el estado social: 2.º á los males y trabajos que nos hacen infelices: 3.º á los desórdenes y vicios que infaman á la especie humana. Todas estas quejas se desvanecen, si es verdad, como lo es, que esta vida es un tránsito para otra mejor, y que existe otro mundo en donde se compensará comple-

tamente cuanto con alguna apariencia de razon pueda chocarnos en el presente. Pero ántes de elevarnos á tan sublime idea, que es la última solucion de toda la dificultad, discutamos las quejas que se acaban de señalar contra la Providencia, y hagamos ver que son algunas veces del todo injustas, y siempre por lo ménos exajeradas.

En primer lugar, lo que choca á ciertos incrédulos tétricos ó irreflexivos es el ver con que desigualdad estan repartidos entre los hombres los dones naturales, las clases y condiciones. Se quisiera pues que todos naciesen con el mismo grado de fuerza en su temperamento, de belleza en la forma del cuerpo, de luces en el entendimiento, y de goce en los bienes de fortuna. Pero ¿por que la Divinidad, señora de estos dones, habria de sujetarse en su distribucion á esta rigurosa uniformidad? ¿Que derecho tenemos para pretender que el Ser soberano, é independiente de sus criaturas, tome

por medida y regla de sus favores la extension de nuestros deseos? ¿No puede acaso distribuirlos con mas liberalidad á los unos, sin ser por esô injusto con los otros? Guardémonos de formar ideas falsas de la justicia. Vuestros derechos serian indudablemente violados y vuestras quejas serian lejítimas, si Dios no os concediese cuanto os fuere debido; si se manifestase infiel á sus promesas, ó si no os midiera por vuestros méritos: pero ¿debia el Criador sacarnos de la nada cuando aun existíamos en ella; se habia acaso comprometido á elevarnos á un grado fijo y determinado de perfeccion y felicidad al llamarnos á la vida; y acaso se habia obligado con nosotros por medio de algun pacto, cuyo fiel cumplimiento tuviésemos derecho de reclamar? Léjos de nosotros tan descabellada idea. Reflexionadlo detenidamente, Señores: Dios no necesitaba buscar la felicidad fuera de sí; y soberanamente feliz en sí mismo, podia á su arbitrio darnos el ser, ó de-

jarnos en la nada. La existencia pues es para todos nosotros un beneficio puramente gratuito que hemos recibido de la liberalidad del Criador y que nunca pudimos merecer; y si era árbitro para no dárnosla, lo era por lo mismo para concedérnosla en un grado mas ó ménos perfecto, y para hacer de nosotros unos seres mas ó ménos limitados en las facultades del cuerpo y del alma: de modo que en vez de murmurar por los dones que nos rehusa, debemos mas bien bendecirle por los que nos concede. Que un Majistrado, que por su destino debe igualmente atender á todos, abandone los intereses del pobre por cuidar de los del poderoso esclusivamente, será una parcialidad y una odiosa predileccion de personas: que el rico rehuse pagar al jornalero el salario de su trabajo y sudores, será tambien una terrible iniquidad; pero ninguna comparacion cabe en este caso, porque el Criador no estaba obligado con nosotros por con-

trato alguno, y nada nos debia, ni aun la existencia. ¿Donde está pues la injusticia de tratar con desigualdad á unos seres á quienes nada se les debe? ¿No es una verdadera ingratitud desconocer el beneficio recibido, porque se desea otro mayor, al cual no hay derecho alguno?

Aun podrémos preguntar á esos partidarios de una rigurosa igualdad en el mundo moral: ¿Quisiérais que en el mundo material fuera todo igualmente bello; que en los tres reinos de la naturaleza fuesen uniformes todos los seres de que se componen; que todos los peñascos fuesen mármol, todos los animales leones, y fuego todos los elementos? ¿Habria entónces esa admirable variedad, que es uno de los mas bellos adornos del universo, y en la que resplandecen de un modo tan visible la intelijencia, el poder y la inagotable fecundidad de su autor? ¿Y de donde se deduce que no debe haber la misma diferencia en el mundo intelectual y moral? No, no exijais que todos los

capitanes sean Turenas, Descartes todos los filósofos, todos los oradores Bossuet, y Newtones todos los sabios. Con vuestra rijida uniformidad induciríais á creer que Dios se habia visto estrechado en sus ideas, ó en el uso de su poder; que no tuvo libertad en sus operaciones, y que ha sido comprimido por una invencible necesidad. La variedad denota la libertad, y aquel poder sin límites que obra sin trabajo ni dificultad en el mundo de las intelijencias como en él de los seres corpóreos. Tampoco advertis mas que los inconvenientes de ese plan de desigualdad; pero notad tambien cuales son sus ventajas, y que gloriosas son para el Criador y el hombre sus consecuencias y efectos. ¡Que maravilla no es ver como la Divinidad sabe hacer concurrir á la armonía de sus obras la pobreza y la riqueza, la ignorancia y el saber, la debilidad y la fuerza; como por sus cuidados se conserva siempre entre nosotros esa asombrosa diversidad de gus-

tos, de talentos y profesiones que tienen relacion con todas las necesidades, y que por unos medios tan varios y aun opuestos contribuyen á un solo fin, que es la conservacion de las sociedades humanas! Admirais en el hombre la jenerosidad, el valor, la modestia: todas estas cualidades os parecen gloriosas para él; pero bajo del sistema de perfecta igualdad, veríais perder estas virtudes todo su brillo. Hermoso es ver al rico despojarse por socorrer al pobre; pero sin la riqueza de unos, y la indijencia de otros, ¿habria liberalidad? Complace ver al poderoso armarse en defensa del desvalido, y aun si es preciso sacrificarse por él; pero sin el poder por una parte, y sin la debilidad por otra, ¿existiria esta jenerosa proteccion? Las privaciones son las que hacen brillar la paciencia, así como la modestia resalta en la superioridad de los talentos; y ved aquí como las virtudes que mas honran á la humanidad consisten en ese plan de des-

igualdad que humilla el orgullo de los que no se hallan en la primera clase. Queda probada la falta de fundamento de las quejas deducidas de la desigualdad de las personas y de sus condiciones.

Bien sé que de esta desigualdad de condiciones parece resultar otra muy grande de dicha é infortunio. Se diria á primera vista, que todo es un bien para unos y un mal para otros; y he aquí lo que mas me incomoda. Huyamos en esto, Señores, de toda exajeracion, pues muchas veces nos engañan las apariencias. La imajinacion y los sentidos estravian la razon, y tomamos por realidades nuestras fantasías y caprichos. Desgarremos el velo que cubre las diferentes condiciones de la vida humana, y verémos que aquellos mismos á quienes envidiamos su brillante destino son á las veces ménos felices que nosotros. Todo en nuestro estado nos parece áspero; y todo halagüeño en el ajeno; vemos en él las flores, pero no sentimos las espinas, y la imaji-

nacion alucinada sueña en un cambio de estado, que tal vez si se realizara, causaria nuestra desdicha. Una de las mas incurables enfermedades del espíritu humano es el estar disgustado con lo que posee, ansioso de aquello de que carece, y siempre mas atormentado aun por lo que desea que feliz por lo que posee. Mucho tiempo ha que el poeta romano en su primera sátira se lamentó de esta inconstancia. El cortesano envidia al solitario su quietud, y algunas veces el solitario echa de ménos el ruido y bullicio del mundo; y cuando el labrador ve sus cosechas destruidas por la tempestad, suspira por la suerte de los moradores de nuestras ciudades: hé aquí como el hombre se ajita siempre por ser lo que no es. Mas con todo, si caminásemos de buena fe, nos convenceríamos de que todo está dispuesto y acordado de tal modo, que hay en la felicidad de los hombres ménos desigualdad de la que se piensa. No se trata aquí de fascinarnos, ni con-

solarnos con supuestos arbitrarios; no diré yo que exista una rigurosa compensacion en los destinos humanos, y que para todos los individuos sea la medida de bienes y de males exáctamente la misma; pero sí diré que la diferencia es menor de lo que desde luego pudiera creerse. El pobre, por ejemplo, está privado de los goces del rico, ¿pero no está tambien mas exento de las inquietudes y tormentos de la ambicion? No se sacia en una mesa suntuosa; pero el trabajo sazona los manjares groseros que le alimentan, y no conoce las enfermedades que asedian la molicie. ¡Cuantos hombres condenados á las pomposas representaciones de la grandeza, suspiran por las dulzuras de la vida privada! ¿No se ve algunas veces á los poderosos de la tierra despojarse con alegría de la magnificencia para disfrutar de placeres mas sosegados? ¿Quien es aquel cuya alma no se esplaya con la pintura de una vida sencilla y frugal, léjos de

la ajitacion de las cortes y ciudades? No, la nombradía no es la felicidad. El deleite disgusta, la grandeza fastidia, la fama cansa: vanidad en los pláceres, vanidad en las riquezas, vanidad en la ciencia: esto es lo que ha visto el sabio tres mil años hace, y esto es lo que aun vemos. De este modo, y en medio de la desigualdad de sus condiciones, los hombres son mas iguales que lo que parecen ser. Creo pues haber dicho con fundamento que la queja deducida de la desigualdad de los destinos ó suertes humanas es en estremo exajerada.

Pero se dirá sin embargo, y esta es la segunda dificultad, que, aunque la desigualdad de este mundo sea menor de lo que se cree, es tál el órden actual de cosas que el hombre resulta siempre infeliz, y por todas partes le abruman los trabajos, las enfermedades y los reveses de la fortuna: ¿y es posible que bajo de un Dios bueno que gobierna este mundo sea el hombre tan miserable?

Procuremos, Señores, reducir esta nueva queja á su justo valor. Yo convengo en que el hombre no goza en el mundo de una felicidad pura y sin mezcla; pero por lo mismo que es una criatura, es limitado en todo lo respectivo á su ser. No parece estraño que el hombre carezca de suficiencia para ver de una ojeada todo el conjunto de las verdades conocidas; que no sea bastante poderoso para dirijir á su gusto toda la naturaleza; que no sea tan virtuoso que posea todas las virtudes en el mas alto grado, sin sombra de imperfeccion; en una palabra, se mira como una cosa natural que el hombre no sea perfecto ni en talento, ni en fuerza, ni en virtud. ¿Y por que se quiere pues que sean completos sus placeres, su salud y su felicidad? Supongo que un hombre, despues de una prosperidad contínua de cien años, experimentase un lijero dolór: ¿desconoceria por un solo instante de pena la bondad divina, y querria asemejarse á aquel hombre

ridículo de que habla la fábula, que picado por un insecto se admiraba de que Júpiter no aniquilase con sus rayos tal mónstruo? Luego si Dios, sin dejar de ser bueno, puede permitir algunos momentos de padecer, ¿por que no una hora, por que no un dia? ¿y quienes somos nosotros para oponer nuestros cálculos á lo insondable de su infinita sabiduría?

Pondérense cuanto se quiera todas las miserias del hombre: es cierto sin embargo que hay muy pocos tan desgraciados que deseen la muerte, ó prefieran la nada á su existencia. En el curso ordinario de la vida experimentamos muy frecuentemente sensaciones de placer y de alegría; y aun los males que padecemos estan casi siempre templados con algun consuelo, ó á lo ménos con la esperanza. El hombre, se dice, es infeliz; pero si la desdicha puede servir para purificar y perfeccionar su virtud, para desplegar en él todas las cualidades del entendimiento y del corazon, y elevarle al mas alto

grado de heroismo; entónces yo no veré en sus desgracias mas que un feliz incidente, que en los designios paternales de la divina bondad se convierte en utilidad del conjunto de las cosas. El hombre es infeliz; pero si sus infortunios y disgustos son obra suya, ¿á que imputarlos á la Divinidad? Demasiadas veces el hombre debe atribuirse solo á sí mismo sus desdichas. Seamos mas moderados en nuestros deseos, mas reservados en nuestros discursos, mas racionales en nuestros proyectos, mas sóbrios, mas templados, y mas abstraidos de los deleites y vicios que debilitan al mismo tiempo el alma y el cuerpo; y verémos desaparecer el mayor número de los males que padecemos. El hombre, se dice, es infeliz; pero procuremos no engañarnos buscando la felicidad. No consiste esta en la fortuna, ni en las dignidades, ni en el saber; tampoco se halla en los placéres del mundo, ni en los de la soledad: sólo existe en el testi-

monio de una conciencia libre de remordimientos, y en ella sola se hallan la paz y el placer sólido del alma, la felicidad en fin. En este punto nuestros Escritores sagrados se han manifestado mucho mas ilustrados que todos los sabios de la antigüedad. Esta dicha está al alcance de todos: nadie puede arrebatárnosla; é independiente de todos los accidentes de la vida humana, permanece con nosotros, aun que perezca cuanto nos rodea. Podrá padecer el hombre virtuoso; pero en la calma de su alma pura no cambiará su destino con el de los malvados que parecen ser los mas felices de los mortales; y las cadenas con que podrá ser agobiado le serán mas halagüeñas que todas las coronas del vicio triunfante.

Hasta aquí me he ceñido á manifestar la injusticia y exajeracion de las quejas que se forjan contra la Providencia, ya sea con motivo de la desigualdad de los destinos humanos, ya á causa de los padecimientos y desdi-

chas del hombre: paso ahora á responder á lo que puedan tener de lejítimo, resolviendo la tercera dificultad. ¿Por que, se dice, bajo de un Dios santo, bueno, sabio y justo ha de haber esos desórdenes y esos crímenes que tan fácilmente podia evitar, que son el azote del mundo, y hacen con frecuencia peor la suerte de la virtud que la del vicio; en una palabra, por que el mal moral? He aquí lo que vamos á discutir.

Es notorio que la cuestion de la existencia y oríjen del mal es una de las que mas han ocupado á los filósofos y teólogos tanto antiguos como modernos, y que en ella, como en un escollo, se ha estrellado la razon humana, cuando ha querido apurarlo y saberlo todo. No titubeamos en decir, que es imposible disipar enteramente las tinieblas que envuelven este punto. Si en el estudio de los fenómenos del mundo visible se encuentran tan á menudo cosas que confunden el talento de los sabios mas

grandes, y de las que con toda su sagacidad no se puede dar razon, ¿como en el órden de unas cosas mucho mas sublimes en el mundo intelectual y moral no han de hallarse puntos superiores al alcance humano? Entónces ¿que debe hacerse? Se debe admirar la Providencia en todos los rasgos de poderío y sabiduría en que se manifiesta, y creerla igualmente admirable en aquellas cosas que nos oculta. Si os precipitais en el ateismo, ¡que delirio! ¡Que contradiccion, si admitis un Dios, pero sin Providencia; y que ceguedad arrojarse á decir que no hay ni bien ni mal! Una Providencia gobierna este mundo, y existe el mal sin embargo; son dos verdades innegables: pero ¿como se concilian? Yo pudiera reducirme á deciros que en esta parte nada sé, y recordaros con los injenios mas sublimes, como Descartes, Clarke y Bossuet, que nunca se deben abandonar las verdades bien aclaradas, por las dificultades que parecen indisolubles; pues

de otro modo todo seria incierto, hasta la misma jeometría. El primer jeómetra del último siglo Euler confiesa que se han propuesto contra esta ciencia «unas «dificultades tan capciosas, que se nece«sita no poco trabajo y sutileza para refu«tarlas exactamente.» Asi pues aun cuando yo no pudiese ilustrar suficientemente la cuestion del permiso y existencia del mal en el mundo, no por eso desmayaria mi fe en la Providencia. Por una parte me mantendria firme en la verdad, así como por otra confesaria sin rodeos mi ignorancia, y obedeceria á los impulsos de una razon ilustrada, humillándome ante la sublime ciencia de Dios. En todo, Señores, es preciso saberse contener; y en el raciocinio, así como en las acciones, la verdadera fuerza se halla en una medida justa.

Pero no tememos entablar la discusion, y sin la pretension de disipar todas las nubes, presentarémos á los injenios ilustrados y dóciles suficiente luz para ver que el mal

nada tiene de incompatible con la santidad, la sabiduría y la justicia de un Dios que dirije la suerte de los mortales.

Es verdad que el Dios tres veces santo, como le llaman nuestros sagrados libros, aborrece en estremo toda mancha que empañara su Ser divino, y que tiene la inalterable voluntad de no hacer cosa indigna de su perfeccion; pero el mal solo mancha á las criaturas que le cometen, y en medio de los desórdenes de estas la santidad de Dios permanece inalterable. No imajinemos que deba ser Dios considerado como autor del mal que permite. No puede decirse lo mismo del mundo moral que del mundo material: en este todo camina y se ejecuta por movimientos mecánicos, y los fenómenos que nos presenta la naturaleza pueden ser considerados como obra de Dios, siempre que son resultado preciso de las leyes de que Dios solo es el autor. Pero no es así como se gobiernan los espíritus in-

telijentes y libres: el hombre es capaz de obrar por razon y por eleccion: está dotado de la sublime facultad de comparar, de reflexionar, y de decidirse; y por este motivo él es lo que es, es decir, racional. Se le ha concedido la libertad para que abrace el bien por eleccion, y que tenga el mérito de practicarle: es verdad que libre en escojer ó el vicio ó la virtud, puede dirijirse hácia objetos indignos de su afecto, y apasionarse de lo que le está prohibido: en una palabra, hacer el mal. Pero no le ha hecho Dios libre para eso. La libertad procede de Dios, el abuso viene del hombre, y su determinacion por el mal es tan solo obra suya. Tan léjos está el Criador de haberse propuesto el mal, que ha dado al hombre conocimiento del bien, la conciencia, los remordimientos, y la razon para distinguir la virtud del vicio; para evitar el uno y practicar la otra; y la relijion nos da á conocer los socorros divinos con que su misericordiosa Providen-

cia auxilia á la naturaleza para iluminar nuestros entendimientos, y mover nuestros corazones. ¿Quien no ve ademas que permitir el mal no es lo mismo que quererle y hacerle? ¿Es acaso el maestro que enseña la dialéctica y la elocuencia autor del abuso que se podrá hacer de sus lecciones, defendiendo el vicio y la mentira?

Pero se dirá aun: ¿porque no impide la bondad omnipotente de Dios todos esos abusos del libre albedrío siéndole tan fácil evitarlos? Es cierto, Señores, que el Dios bueno debe manifestarse en sus beneficios; y todas sus obras deben llevar el sello de su munificencia: pero aquí se presenta una reflexion convincente de que os suplico os penetreis bien: esta es que en Dios la bondad no es una especie de inclinacion ó instinto ciego, sin luces ni reglas, que se dirija al bien de las criaturas sin ninguna consideracion á los demas atributos divinos. La conducta de Dios en sus obras no solo debe pre-

sentar el carácter de su bondad, sino tambien el de su sabiduría, de su justicia, de su independencia y de su imperio soberano sobre todo lo que vive y alienta. ¿No es natural que sus obras sean la manifestacion de todo su ser divino, y que Dios obre como Dios? Luego no es solo la cualidad de Padre la que deberémos considerar en él, sino tambien la de soberano y Señor del universo. Como Padre comun de todos los hombres, á todos debe muestras de su amor; pero como Rey y lejislador supremo ¿por que no ha de poder imponernos leyes, exijir de nosotros todos los homenajes de sumision y gratitud, y hacer depender nuestra dicha de nuestra fidelidad? Son ciertamente deplorables los abusos del libre albedrío, oríjen del mal, así como es humillante para nosotros la debilidad de nuestra intelijencia, oríjen de tantos errores: pero si Dios no está obligado á hacernos infalibles en nuestros juicios, ¿por que ha de estarlo á hacernos impecables en

nuestras acciones? Se querrá que para evitar el mal encadene nuestra libertad, ó que nos hubiese hecho unos autómatos que caminaran al bien por necesidad? ¿donde estaria entónces el mérito de la virtud? La libertad para obrar el mal es la que da valor á nuestra fidelidad, y hace la práctica de la virtud tan meritoria para nosotros y tan gloriosa para la Divinidad. Deseamos solo ver en Dios su bondad, porque ella nos infunde confianza aun en medio de nuestros desórdenes; y olvidamos su soberanía porque intimida nuestras pasiones; pero si no queremos engañarnos á nosotros mismos dando á los deberes de la bondad divina una extension imajinaria, no separemos jamas en Dios los títulos de infinitamente bueno, y de infinitamente grande.

Si insistiendo aun en lo mismo se pregunta, como el Dios sabio ha podido ser autor de un mundo lleno de desórdenes; responderémos que ese Dios es bastante poderoso para con-

vertir el mal en bien, y hasta en el mayor bien: que el permiso del mal, que parece á primera vista como opuesto á su sabiduría, sirve para hacerla resaltar mas, y que bajo de varios aspectos el mal contribuye por sí mismo á la belleza y á la perfeccion del mundo moral. En efecto, Señores, ¿no es digno de admiracion el ver como Dios sabe gobernar esta multitud de voluntades libres y encontradas; arreglar hasta su mismo desarreglo; hacer entrar sus desórdenes en el órden universal, y conservar las sociedades humanas á pesar del desenfreno y choque de las pasiones opuestas que trabajan en confundirlo y destruirlo todo? Considerais siempre en sí mismos esos vicios y desórdenes que son la vergüenza y azote de la humanidad; y no quereis reflexionar que lo que desgraciadamente es un mal muy verdadero, se convierte sin embargo en cierta especie de bien. Si no hubiese mal en el mundo, el bien tendria ménos valor,

ménos mérito, y seria ménos apreciado. El vicio es lo que mas hace resaltar la virtud, así como la tempestad hace brillar el esplendor de un hermoso dia. La jenerosidad resplandece mas al lado de la avaricia, la pureza de las costumbres al lado del libertinaje: la clemencia aparece mas magnánima en medio del furor de las venganzas, y la paz doméstica es mas interesante en medio de las discordias que por lo comun aflijen á las familias. Así es que puede decirse sin exajeracion que hay en el mundo moral, así como en el mundo físico, una clase de belleza que nace de las oposiciones y del contraste.

Colocaré aquí una observacion importante para haceros conocer cuan cautos debemos ser en fallar sobre los designios de Dios, y la sabiduría de los medios que emplea para llegar á sus fines pasajeros sobre la tierra. Situados en un solo punto del tiempo y del espacio, estamos muy acostumbrados á considerar solamente el instante y el

sitio en que estamos, cuando debería nuestro pensamiento extenderse á toda la cadena de los siglos. Sorprendidos del mal presente, vivimos poco para poder ver su enlace con el bien jeneral; y porque la Providencia no camina en sus designios tan veloz como nuestros deseos, tomamos ocasion de blasfemar contra ella. Los designios de Dios son inmensos, y nuestras miras limitadas. ¿Distinguimos acaso bien las relaciones de lo que es con las de lo que ha sido, y con las de lo que será? ¿Conocemos la conexion con la plenitud y fines ulteriores de todas las obras del Eterno, para someterlas á nuestra censura? Muchas veces el tiempo descubre el objeto de los acontecimientos; y lo que era inconcebible á los contemporáneos que los vieron es palpable á la posteridad. Así es que nos confundimos al ver al inocente hijo de Jacob, cuya interesante historia han conservado nuestros libros sagrados, vendido por sus hermanos, esclavo en Ejipto, arrojado en

un calabozo; pero si recordamos que sus infortunios fueron como otros tantos escalones qué le condujeron á la cumbre del poder, en la que fué el salvador de Ejipto y de su familia, y que sus desgracias pasajeras fueron como el eje sobre que rodaban los destinos de un pueblo entero, ¿no deberá su suerte escitar mas bien nuestra admiracion que nuestra crítica? Frecuentemente nuestras quejas son tan injustas y tan infundadas como comunes.

Cuando en otro tiempo los pueblos bárbaros del Norte cayeron sobre las provincias del imperio romano, y causaron tantos desastres en el centro de las naciones católicas de España, Francia é Italia, sucedió que los cristianos débiles en su fe se atrevieron á preguntar, en que consistia que el pueblo fiel fuese de aquel modo presa del error y de la infidelidad. Salviano, elocuente sacerdote de Marsella, creyó de su deber tomar la pluma para contener tales quejas, y vengar á la Providencia en una

obra que aun conservamos. Señores, en nuestros dias, en medio de nuestras convulsiones así políticas como relijiosas, y de todos nuestros horribles desórdenes, ¡cuantos franceses vacilantes estraviados y escandalizados han tenido la osadía de decir que Dios no cuidaba de lo que sucedia en el mundo! ¿Quien de nosotros no habrá oido tal vez lo mismo? Y sin embargo, ¿que es todo esto á los ojos de aquel que reina en la eternidad? Con nuestras quejas y blasfemias respecto á nuestros males, nos parecemos al insecto que creyese que el globo se habia desquiciado enteramente, porque una gota de agua hubiera penetrado en su mansion. Sí; siempre hay algun designio oculto en estos choques y trastornos que de tiempo en tiempo cambian la faz de las naciones. Si el cielo se dignase revelarnos sus secretos veríamos cuan profunda es esta sabiduría. Y nosotros mismos, á pesar de ser tan limitados, ¿no podrémos entrever algunos motivos de esas estrañas

revoluciones que ajitan á los pueblos? ¿Para que hay revoluciones? Suceden, Señores, para castigo de las naciones criminales. La Justicia divina se ejerce en la vida futura únicamente sobre los individuos, y principalmente en este mundo sobre la masa de las naciones. Tan luego como la medida de los vicios, de los desórdenes y de la irrelijion de los príncipes, de los grandes y del pueblo llega á su colmo, estalla la venganza, y Dios zeloso de los homenajes públicos de una nacion, la castiga visiblemente por su ingratitud y sedicion. Hace conocer á los poderosos que no queda sin castigo el ejemplo de licencia é impiedad que dieron á los pueblos, y á estos que no pueden seguir impunemente aquellos funestos ejemplos. ¿Para que hay revoluciones? Es para enseñar á los que afectan ignorarlo, que Dios, Señor supremo, hace morir cuando quiere á los reinos, como á los particulares: es para advertirnos que dirijamos nuestras esperanzas mas allá

de este mundo, en el que todo es convulsion é incertidumbre: es para rejenerar á los pueblos degradados y envilecidos por todos los vicios, y sacarlos de su letargo; pues los hay tan profundamente sepultados en el sueño de la indiferencia, que solo podrian despertar al ruido de estas horribles tempestades. ¿Para que hay revoluciones? Para atraer á los pueblos estraviados por el error á las doctrinas necesarias, y largo tiempo desconocidas. Cuando las malas doctrinas han tomado el ascendiente, cuando se han hollado todos los principios conservadores de la moral y del órden público; cuando se ha contraido el hábito de llamar mal el bien, y bien el mal, ¿por que medios se desimpresionarán los ánimos? ¿Será acaso por la razon? No, esta no es oida en el tumulto de todas las pasiones desenfrenadas y furiosas. ¿Será por la autoridad de la esperiencia? Tampoco, solo se ven en ella entónces preocupaciones, hijas de la

ignorancia y de la credulidad. ¿Será en fin por la autoridad de los sabios? ménos aun pues que se los mira como unas almas apocadas, y como esclavos de rancias máximas. ¿Donde pues hallarémos el remedio á este grave mal de los ánimos? Es preciso para curarlos una experiencia pronta, estrepitosa y sensible á todos: ¿y que hace en este caso la Providencia? Retira su mano, abandona á los hombres á su inmoderada sabiduría; permite que arrebatados por la fogosidad de su delirante razon se precipiten fuera de los límites sagrados de la relijion y de la virtnd; y de repente el mundo moral y político se desconciertan, saltan sus resortes, flaquean sus apoyos, el edificio social se aplana y cae sobre sus cimientos conmovidos; y ya no queda mas que un caos de desenfreno y de impiedad. Sin embargo el mal se curará á impulsos de los mismos escesos: en el seno de la anarquía, en el conjunto de todas las calamidades, el hombre conoce la necesidad de un

freno, y de una autoridad tutelar; todas las miradas se dirijen entónces hácia aquel que manda los vientos y las tempestades; la tierra se ilustra con sus desgracias, y aun se renueva por la enormidad de los males que sufre; y del centro de las ruinas del mundo destruido sale una voz poderosa que grita á lo léjos, como el eco penetrante de la trompeta: y ahora entended, ó reyes; instruios vosotros, los que sois llamados para gobernar el mundo: *Et nunc reges, intelligite, erudimini, qui judicatis terram* (1).

Acabamos pues, Señores, de dar á conocer con cuanta lijereza se cree algunas veces el permiso del mal como incompatible con la bondad, la santidad y la sabiduría de Dios. Puede aun decirse, y esta es la última parte de la dificultad: que no solo permite Dios el mal, sino que le tolera, de tal modo que la suerte de la virtud es peor que la del

(1) Salmo 2, vers. 10.

vicio; y que esto es un desórden que clama contra su justicia. La respuesta á esta última queja va á completar la que hemos dado á las precedentes, y destruirlas en todo aquello en que parecen mas lejítimas y fundadas.

Os admiran, y con razon, el abatimiento y las penas de la virtud, y las prosperidades y triunfos del vicio; ¿pero os atreveréis á asegurar que Dios no hallará en los tesoros de su poder y de su sabiduría algunos medios de reparar un mal tan chocante? Si le creeis infinitamente sabio, creed igualmente que en esos desórdenes que os ofuscan hay cierto órden encubierto. Por mas que trabajeis, jamas podrán sofocar los sofismas en vuestra alma el grito con que la naturaleza, la conciencia y todo el jénero humano anuncian una Providencia. Si no distinguis claramente como puede conciliarse con su justicia la suerte del vicio y de la virtud en este mundo, será mas prudente confesar vuestra insuficiencia, que preva-

leros de algunos vanos argumentos. Desconocer una verdad tan luminosa como la de una Providencia porque está envuelta en algunas oscuridades, es lo mismo que negar la existencia del sol cuando está oculto detras de una nube; y con que haya un solo medio de justificar plenamente á la Providencia, deberíais adoptarle con ansia, mas bien que entregaros á vanas quejas. ¿No será acaso posible que todo esto que vemos esté ligado con otro órden de cosas que aun no vemos, y que este mundo imperfecto sea el bosquejo de un mundo mucho mas arreglado, y en que todo ocupe el puesto que le corresponde? ¿Por que no hemos de pensar que el ser infinito tiene tambien designios infinitos? ¿No es natural que el ser eterno lo dirija todo á la eternidad? Considerad las cosas bajo de este punto de vista, y se disiparán todas vuestras dudas. ¿Cual podria ser en efecto el motivo de vuestras quejas? ¿Es la prosperidad del vicio? Pero esta es

muy pasajera, y debe confundirle ante el tribunal inevitable del supremo juez. ¿Son acaso los combates de la virtud, y los padecimientos del justo? Aquellos le aseguran una corona inmortal, y estos se convertirán algun dia en un goce inmenso de gloria y felicidad.

Lo diré como de paso y anticipadamente: no es posible dejar de admirar esta relijion cristiana, la cual descubriéndonos en la degradacion primitiva el oríjen de todos nuestros males (1), nos manifiesta su remedio; que añadiendo nuevas luces á las de la razon, convierte en certidumbre las opiniones dudosas de la filosofía humana, fija todos los entendimientos en la creencia de la vida futura, y esplicando de este modo el mundo presente por el mundo venidero, nos enseña que aun los mas pequeños desórdenes que pueden notarse en la tierra serán comple-

(1) De esto tratarémos algo en la Conferencia *sobre los misterios.*

tamente reparados en el reino de la eterna justicia.

Dejamos, Señores, suficientemente vindicada la Providencia, y no nos queda en este punto mas oscuridad de la que es inseparable de todas las cuestiones intrincadas en que puede emplearse el entendimiento humano. Hagamos callar para siempre nuestras quejas y murmuraciones: si somos felices ofrezcamos á la Providencia el homenaje de nuestra dicha; y si desgraciados, lloremos enhorabuena nuestros males; pero creamos al mismo tiempo que Dios no hiere sino para salvar: no hablemos mas de los juguetes de la fortuna, y solo veamos en todo los designios ya manifiestos, ya ocultos de la suprema sabiduría. Sí; el que reina en lo alto de los cielos se entretiene con este mundo, y extiende su providencia al insecto que se arrastra entre la yerba, del mismo modo que al sol que nos alumbra; al pastor en su cabaña, como al Monarca en su trono; grande en

su justicia cuando destruye á las naciones; grande en su misericordia cuando las repone; grande en este mundo que solo es una sombra de sus eternos designios; grande sobre todo en el siglo futuro, en donde debe dar complemento á sus obras; siempre y en todo digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, él solo permanece, miéntras que todo lo ve pasar, y que las obras mas sólidas de la mano del hombre rinden tarde ó temprano con su caida un homenaje estrepitoso á su inmutabilidad.

ESPIRITUALIDAD
DEL ALMA.

Cuando vemos á una multitud de sabios dedicarse con un ardor infatigable, unos al estudio de la estructura del cuerpo humano, de sus órganos y de su mecanismo para conocer mejor los medios de conservar y reparar sus fuerzas, precaver ó aliviar los males de la humanidad, y ciñéndose otros á miras ménos útiles poner todo su conato en observar en el hombre la variedad de sus colores, de sus formas y hábitos físicos para hacer su descripcion, así como se hace la de las plantas y la de los animales, ¿Será posible que carezca para nosotros de atractivo é interes el estudio de lo mas noble y elevado que tiene el hombre, que son las cualidades de su alma y de su corazon? ¿Nos hemos de entregar de tal modo á las cosas materiales, que no nos parezca mas que una quimera cuan-

to está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera, que solo nos inspiren tedio y aun menosprecio las cosas morales y espirituales, que nada pierden de su verdad porque sean ménos palpables? Sí, parece que en nuestros dias particularmente se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos, en manejar en cierto modo sus resortes físicos, y en perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible; sumiéndonos en cálculos sin fin ni conexion alguna con nuestros deberes. Parece en efecto que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazon sentir otros deseos; y que la imajinacion carece ya de vigor para elevarnos al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su grandeza, poder y beneficios, ó para escitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma, y de sus facultades y desti-

no. Sin embargo ¡que cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, Señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal, y como verdaderos filósofos sepamos considerarle en esa intelijencia que le constituye Rey de la naturaleza; en sus relaciones con la divinidad que ennoblecen su ser, y de las que nacen sus deberes relijiosos; y en su conexion con sus semejantes que le liga con toda la especie; de donde se derivan todas sus obligaciones domésticas y civiles. No nos detengamos en los adornos que decoran el exterior del templo, y entremos en el santuario para admirar su riqueza y majestad. La grandeza del hombre no está en esa parte de sí mismo, que pasa y muere: bajo de este punto de vista se asemeja demasiado á las bestias, pues vive y perece como ellas: su verdadera grandeza consiste en su intelijencia. Y qué ¿esta alma que vive y piensa dentro de mí, mas activa que la lla-

ma, mas veloz que el relámpago, mas grande que el universo que abraza y mide con su comprehension; esta alma que multiplicándose de cierto modo en todos lugares y épocas, vive en lo presente por el conocimiento actual, en lo pasado por la memoria, en lo futuro por la prevision, y que traspasando los límites del tiempo y del espacio se engolfa en lo infinito; esta alma no merece fijar nuestra atencion mas bien que este cuerpo, que al fin no es mas que un monton de vil polvo?

Si se me obligase á decir francamente mi opinion en cuanto á este espíritu que anima al hombre, responderia sin titubear, que le creo una substancia intelijente, exenta de toda materia, y un ser real pero incorpóreo: esto es lo que se llama espíritu: ¿y serémos tan poco filósofos que tengamos por cosa quimérica todo lo que no es corpóreo, y que juzguemos de las ideas del entendimiento por los fantasmas de la imajinacion? ¿Deberémos ser ateos

porque no podamos aplicar á la Divinidad las dimensiones y propiedades de la materia? ¿No es el pensamiento una cosa efectiva? ¿Y podemos sin embargo representárnosle por imájenes palpables, concederle una figura cúbica ó cuadrada, ó pintarle en el lienzo con colores? Léjos pues de nosotros esa opinion grosera de que nada hay real ni efectivo mas que aquello que se puede imajinar: es cierto que no concebis perfectamente la naturaleza de los seres incorpóreos; ¿pero en realidad conoceis bien la naturaleza de los cuerpos? Veis, sí, sus propiedades como la divisibilidad, la solidez, la mobilidad; ¿pero cual es el fondo y la esencia íntima de la sustancia dotada de estas cualidades? ¿Ha habido hasta ahora algun físico que pueda gloriarse de haber penetrado este misterio? Si examinamos la sustancia, sea material ó inmaterial, nunca podrémos descubrir mas que las cualidades que le pertenezcan, y en uno y otro caso lo que llamamos

sustancia, esto es, el sujeto de aquellas cualidades, nos es igualmente desconocido (1). Mi objeto, Señores, en este dia es dejar probado que el alma es una sustancia diferente del cuerpo, y que es espiritual: nada hay mas claro que las pruebas de esta doctrina, así como nada mas falso que los argumentos que se le oponen.

Hay en cada uno de nosotros cierta cosa que conoce, piensa y juzga: esa es nuestra alma; y por poco que se quiera reflexionar sobre esta triple capacidad de experimentar sensaciones, enjendrar ideas y formar juicios, hallarémos en ella una triple demostracion de su simplicidad, de su inmaterialidad y espiritualidad: tres términos que serán sinónimos en mi modo de hablar.

Es verdad que por medio de los sentidos, de la vista, oido, olfato, gusto y tacto se comunica el hombre con los

(1) Condillac. *Cours d'Etudes*, Tom. I, lec. prelimin. pag. 60.

objetos exteriores materiales de que se compone el universo; pero aquí es donde conviene aclarar bien las cosas para no confundir lo que es puramente físico con lo que es puramente intelectual. Cuando un cuerpo luminoso hiere mi vista, ó un cuerpo sonoro hiere mi oido, estas dos impresiones se transmiten, si así se quiere, hasta el cerebro, en donde convengo en que se conmueve no sé que fibra; pero entre esta impresion y conmocion, mas ó ménos rápida, mas ó ménos fuerte, y la sensacion que experimenta el alma, hay un intervalo inmenso. Procuremos comprender bien que una impresion en los órganos no llega á ser sensacion sino cuando llega á ser percibida por el principio sensitivo: de este modo cuando un cuerpo estraño me toca, aunque sea lijeramente, y yo lo advierto, se afecta mi alma y experimenta una sensacion; pero si otro me hiere, aunque sea con mas fuerza, hallándome sumerjido en el sueño, ó de tal modo distraido que

no lo sienta, habrá ciertamente impresion, pero no habrá sensacion. La sangre, por ejemplo, segun la opinion jeneral, circula por nuestras venas; y para esto es preciso que tenga movimiento: pero como no le notamos ni sentimos, nadie se atreverá á decir que causa sensacion, y por lo mismo no veo la luz del sol, no oigo el sonido de una trompeta, ni huelo el perfume de una rosa hasta que noto que veo, oigo y huelo; de tal manera que si no experimento este íntimo convencimiento de una sensacion, no será esta mas que una impresion semejante á la que causa un sello en la cera.

Pero guardémonos de caer en un error grosero: no creamos que residan en nosotros tantos puntos de sensacion cuantos son nuestros órganos. Los sentidos exteriores, como el oido, la vista y el olfato, reciben las impresiones físicas de los objetos, pero no las conocen; así es que el ojo recibe la impresion de los rayos luminosos; pero

no es él quien experimenta la sensacion de la luz: el oido se conmueve con el cuerpo sonoro, pero no tiene la idea del sonido: el ojo ignora lo que sucede en el oido, y el oido no sabe lo que pasa en el ojo, sino que todas las impresiones recibidas por los diferentes órganos se transmiten á un principio único, que es donde reside la sensacion, y el que las compara y les da valor. Esto nos va á conducir á una demostracion rigurosa de la espiritualidad del alma.

«No solo conocemos nuestras sen«saciones, no solo reflexionamos so«bre lo que ellas nos presentan, sino «que comparamos frecuentemente las «unas con las otras. Así es que á un «mismo tiempo experimento diversas «sensaciones, escitadas unas veces por «un mismo objeto, como cuando veo, «gusto y sirvo un manjar, ú oigo y «toco un instrumento; y otras escita«das por muchos, como cuando oigo «una música, y veo algunas personas,

«ó cuando siento el calor del fuego,
«percibo un olor, y como una fruta.
«Yo distingo perfectamente todas estas
«sensaciones, las comparo y juzgo cual
«de ellas me agrada y conmueve mas;
«prefiero la una á la otra, y la elijo: de
«aquí se infiere que este *yo* que com-
«para las diferentes sensaciones, es sin
«duda alguna un ser simple, porque
«si fuera compuesto recibiria en diver-
«sas partes las varias impresiones que
«cada sentido le trasmitiese: los nervios
«del ojo, por ejemplo, llevarian á una
«parte las impresiones de la vista, los
«de la oreja á otra parte las impresio-
«nes del oido; y así los demas. Pero
«si fuesen las distintas partes del ór-
«gano físico del cerebro, por ejemplo,
«las que recibiesen cada una por su
«lado las sensaciones, ¿como se veri-
«ficaria su reunion y comparacion? To-
«da comparacion pide un *comparador*,
«así como todo juicio supone un juez
«único; y estas operaciones no pueden
«verificarse sin que las diversas sensa-

«ciones vayan todas á parar á un ser «simple. Un escritor que no puede ser «sospechoso á los incrédulos, relacio- «nando esto mismo se espresa así: *se «puede decir sin hipérbole, que esta es «una demostracion tan cierta como las «de jeometria* (1).»

Pero ¡que nuevos rayos de luz van á ilustrar la discusion, si consideramos en el alma la facultad de pensar!

Para subir á los principios mas elementales, dirémos que no podemos juzgar de las cosas sino por las ideas, y que solamente por las nociones puras y exaçtas de los objetos es por donde podemos distinguirlos, y juzgar de su semejanza ú oposicion. No hay cosa mas sencilla y luminosa que el principio siguiente: cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos opuestos, de modo que lo que se asegura de la una se niegue de la otra, decimos que estas

(1) Vease á M.r de la Luzerne, *Dissertation sur la spiritualité de l'âme*, páj. 83 y sig., y la nota en que cita á Bayle.

dos cosas se diferencian en especie y naturaleza. Esta es la única regla por la cual se distinguen los objetos, de modo que si os pregunto por que una piedra no es un árbol, y por que el agua no es fuego, no podeis dar otra razon, sino porque sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son diversos. Recorred ahora las cualidades mas constantes y conocidas de la materia, y ved si no estan en sentido opuesto con el pensamiento; y si es así, concluid que lo que piensa no es materia. Pasemos á este exámen.

La materia tiene extension, y está formada de partes, colocadas las unas por fuera de las otras: y ¿quien ignora que el pensamiento es por sí simple y sin division de partes? Los objetos corporales del pensamiento pueden muy bien ser de un volúmen ó de una magnitud desigual; pero la percepcion que yo tengo de ellos no se mide por sus dimensiones, y la idea que me formo del sol no es mas ancha ni mas larga

que la de una flor. ¿A quien no repugnaria oir hablar de ideas de una línea de largo y de una pulgada de grueso? Si alguna vez hablamos de vastas y profundas meditaciones, esto no es mas que una metáfora para hacer como palpables las operaciones del entendimiento.

La materia tiene figura, forma y color: y ¿que figura darémos al pensamiento? ¿Es redondo, cuadrado, cúbico ó triangular? ¿Es azul celeste, ó encarnado como la escarlata? Pregúntese al aldeano mas sencillo si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa, y no solo le parecerá ridícula é impertinente esta pregunta, sino que creerá que quieren mofarse de su ignorancia: tanto es lo que repugna esta pregunta al sentido comun.

La materia es divisible: puede separarse en partes distintas las unas de las otras: el pensamiento por el contrario es indivisible, y ó no existe ó existe entero; y es una cosa inaudita que

se tome una mitad, un tercio ó una cuarta parte de él. Ved pues como las propiedades mas constantes y mas jeneralmente reconocidas de la materia estan en oposicion manifiesta con las del pensamiento. En vano intentaréis suponer en la materia alguna cualidad oculta que la haga capaz de pensar; pues sobre ser la tal cualidad secreta y maravillosa una suposicion del todo arbitraria, será siempre un proceder estraño y reprobado por la sana lójica el combatir una cosa bien conocida por otra ignorada enteramente. Por otra parte todo cuanto puede tener la materia de mas recóndito y oculto no evitará que sea materia extensa, configurada y divisible: cualidades incompatibles con la intelijencia. Tampoco me digais que no se sabe si Dios por su omnipotencia no podria dotar de pensamiento á la sustancia material. No es poner límites á la omnipotencia suponer que no puede hacer lo que implica contradiccion; y ántes bien sería

insultar á su sabiduría creerla capaz de formar el plan de una cosa absurda. Así pues, el Todo-poderoso no puede hacer que lo que ha sido no haya sido, que un cuadrado sea circular, y un círculo cuadrado. El pensamiento y la extension son de una clase opuesta, como el sonido y los colores; y así como no se puede dar color al sonido de un clarin, ni hacer sonora la fragancia de una flor, tampoco pueden identificarse en un mismo sujeto lo material y lo inmaterial, lo extenso y lo inextenso. Un ser no existe sin sus cualidades esenciales, como tampoco con aquellas que se escluyen necesariamente: por consiguiente si tiene extension, es preciso que carezca de pensamiento; y si adquiere el pensamiento, tiene que perder la extension. Estas son las nociones que nos da la recta razon; y si nos fuera permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas juicioso seria el de dudar de todo, á pesar de que tal recur-

so sea el colmo de la locura humana.

Por último la materia es susceptible de movimiento; pero este movimiento nada tiene de comun con el pensamiento. Yo tengo una idea muy exacta y clara del movimiento; conozco tambien mi pensamiento, las operaciones de mi intelijencia, de sus voliciones y sus juicios, y veo que todas son cosas de diferente naturaleza. El movimiento es lo mismo que ajitacion, mudanza de partes, traslacion de un sitio á otro; y bajo de este supuesto, dígame todo aquel que proceda de buena fe, si su pensamiento es un cuerpo que se mueve. Es preciso no confundir los movimientos exteriores con la idea ó con el conocimiento que tenemos de ellos. Luego que nos representamos un movimiento, el entendimiento concibe la idea de un cuerpo que ya está en un sitio, ya en otro; pero cuando yo considero los actos interiores, por los cuales queremos ó no queremos, pensamos, reflexionamos ó juzgamos, ¿me

siento acaso inclinado á figurarme una materia en movimiento? Si alguno me dijese que las bellezas poéticas de Virjilio, la filosofía de Descartes, los descubrimientos de Newton y la sublime elocuencia de Bossuet no han sido en sus cerebros mas que partículas de la materia ajitada y el resultado de la magnitud, volúmen, velocidad y choque de estas, confieso que semejante lenguaje me pareceria en estremo ridículo, y me inclinaria á creer que el jénero humano no ha sido creado ni para hablarle ni para oirle: ¿no es un absurdo el decir que el conocimiento de sí mismo es una mudanza, y que los sentimientos de reconocimiento y de amistad son tránsitos de un sitio á otro? Pues en verdad que no serian otra cosa si el pensamiento fuese un movimiento.

El gran recurso de los materialistas de nuestros dias es decir, que es necesario no confundir la materia inerte ó pasiva con la materia organizada; que en este último estado puede tener nue-

vas cualidades que no tenia ántes, así como por la mezcla de muchas sustancias se obtienen resultados que no hubiera dado cada una de ellas aisladamente; pero esta es tambien la mas grosera ilusion. ¿Cual ès pues esa organizacion que hace pensar la materia? No es ciertamente la de las plantas; pues yo no creo que la violeta mas bien organizada y odorífera sea por eso un ser pensador. Tampoco es la de los animales; pues aun no se ha probado que estos raciocinen. Se trata pues de la organizacion del cuerpo humano; pero ¿que hace esta aun siendo mas perfecta? Pone partes materiales en relaciones de simetría y de concordancia, y en una cierta proporcion con ciertos efectos y movimientos: pero aunque de aquí resulten nuevas combinaciones de las sustancias materiales, nunca es mas que materia extensa, divisible y con figura determinada, en la cual es inútil buscar el pensamiento.

Es un principio bien sencillo y claro,

que no hay efecto sin causa; y que por lo mismo, lo que se halla en un efecto debe hallarse tambien en su causa. Reunid una multitud de ciegos, dadles todas las combinaciones posibles, y jamas resultará un hombre con vista, porque en ninguno de ellos se halla aptitud para recibir por su combinacion con los otros las impresiones de la luz: del mismo modo es imposible que de la combinacion de partes que no piensan resulte nunca un ser pensador. ¿Que sucede en las composiciones químicas? Se combinan las fuerzas particulares de tal modo que la una da impulso á la otra; y auxiliándose mútuamente concurren todas al bien comun, sin que esta composicion de sustancias haga otra cosa que desarrollar lo que ya preexistia, y solo necesitaba ponerse en accion. De este modo el azufre encendido desprende el aire condensado en el salitre, y aquel ya dilatado sigue las leyes naturales de su elasticidad, de donde resulta la esplosion. Por

consiguiente si el pensamiento resultase de las combinaciones de la materia organizada, sería necesario que hubiese anteriormente en ella cierta aptitud para pensar, que esperase solamente una ocasion para desarrollarse: luego esta aptitud de pensar no puede hallarse en lo que es extenso, divisible, y con figura, pues son cosas incompatibles, y sería lo mismo que decir que en el color de una flor se puede hallar cierta aptitud para llegar á ser sonora.

Es muy curioso ver lo que han inventado los ideólogos modernos para esplicar mecánicamente el pensamiento. Voy á citar literalmente ciertos trozos que serian intempestivos en un sermon, pero no en nuestras Conferencias. Oid á esos doctores del materialismo, y os dirán en obras llenas del aparato mas científico, «que el cere«bro es el órgano particular destinado «á producir el pensamiento, así co«mo el estómago é intestinos á hacer

«la dijestion. Los alimentos caën en el «estómago con sus cualidades propias, «y salen de él con otras nuevas por «medio de la dijestion; del mismo mo«do las impresiones llegan por el con«ducto de los nervios al cerebro: esta «víscera ejerce su accion sobre ellas, «y muy en breve salen ya transforma«das en ideas, de donde podemos con«cluir con la misma certeza, que el ce«rebro dijiere en cierto modo las im«presiones, y hace orgánicamente la se«crecion del pensamiento (1).» Hay, Señores, en este lenguaje tantos equívocos y errores como palabras, y en él se descubre toda la debilidad de la mentira que, perseguida en todas direcciones, se acoje á las anfibolojías y á las mas vagas oscuridades.

Si nos dijesen que despues de la union del alma y del cuerpo necesita aquella del órgano del cerebro para

(1) Cabanis: *Rapports du Physique et du Moral de l'homme.* Tom. I, pag. 152.

sus operaciones, podria entenderse este lenguaje, mas adelante tocarémos este punto; ¿pero que cosa mas rara que hacer del cerebro una máquina de pensar? Me decis que el cerebro dijiere las impresiones que le han sido transmitidas; pero las impresiones hechas en los órganos no pueden ser mas que impresiones, dilataciones, vibraciones, mudanza de partes materiales, y en una palabra, movimientos: así, pues, decir que el cerebro dijiere las impresiones, es decir que dijiere los movimientos: ¿y se ha visto nunca un modo mas bárbaro de pensar y de esplicarse? Añadis que sucede con el cerebro con respecto á las impresiones lo mismo que con el estómago con respecto á las sustancias alimenticias; pero sed consiguientes, y llevad la comparacion hasta el cabo. ¿Que hace la accion del estómago? Transforma los alimentos que recibe; pero las nuevas cualidades que les da no son incompatibles con un ser material, ni impide que conser-

ven la naturaleza de sustancias materiales : luego es necesario decir que la accion del cerebro cambiando y modificando los movimientos que le llegan, los deja siempre en su estado de movimiento , y que , por consiguiente , no puede resultar de su accion mas que movimientos, que hemos demostrado suficientemente no ser el pensamiento. Decis aun que el cerebro despide las impresiones transformadas en ideas ; pero yo pregunto adonde se reciben estas ideas ; pues es preciso que paren en alguna parte : y así como el movimiento no existe sino en lo movible , tampoco el pensamiento existe sino en el sujeto que piensa , y nos hallamos siempre con la misma pregunta : ¿de que naturaleza es esta sustancia que tiene todas estas ideas? Si la haceis material os opongo mis pruebas , que siempre estan en pie , de la incompatibilidad del pensamiento con la materia. Ved aquí como analizando vuestra mecánica esplicacion del pen-

samiento, no se halla en ella mas que palabras insignificantes y asburdos palpables. Para resumir esta segunda prueba de la espiritualidad del alma, sacada de la naturaleza del pensamiento, decimos: lo que no tiene extension, figura ni divisibilidad, como el pensamiento, no puede identificarse con lo que tiene figura, extension y divisibilidad como la materia; luego lo que piensa no es materia.

Si las sensaciones y las ideas pasasen sin dejar en nosotros ningun vestijio, y si nuestra alma no conservase la memoria de ellas, no podria hacer uso alguno de estos conocimientos pasajeros que se borrarian tan pronto como se adquiriesen, y seria incapaz de comparar, juzgar y raciocinar; pero por el contrario está dotada del sublime poder de hacer revivir las nociones que ha concebido sucesivamente, de volvérselas á representar, reunirlas, combinarlas, establecer principios y sacar consecuencias; en una palabra,

de juzgar y raciocinar : nueva capacidad de nuestra alma, y nueva prueba de su simplicidad.

Yo os quiero suponer con un gran caudal de conocimientos en historia, en ciencias, en artes, en política; pero un solo principio es el depositario de todo ese cúmulo de sensaciones que hayais experimentado, de ideas que hayais concebido, y de reflexiones que hayais hecho. No hay en vosotros un principio para las sensaciones, otro para las ideas y otro para los juicios : no hay en vosotros muchos *yo* : solamente hay uno, y el *yo* que ve este mundo es el mismo que conoce su belleza y juzga que su autor es un ser intelijente. Este último acto de vuestro entendimiento, por el que se eleva hasta Dios, hasta sus infinitas perfecciones y hasta los deberes que dimanan de ellas, supone una multitud de sensaciones, de ideas preliminares y juicios particulares; y en este sentido puede decirse que vuestro juicio interior es compues-

to; pero el acto en sí mismo, por el que el entendimiento juzga y decide, es uno solo, esta operacion intelectual es indivisible; y hé aquí como todas las mas íntimas funciones de nuestra intelijencia nos persuaden de su inmaterialidad.

No trato ahora de disputar á los doctores del materialismo la ciencia y el injenio; abandono sus obras bajo de estos conceptos á los que tienen el derecho de juzgarlas. Conozco que con una detestable metafísica acerca del alma y de sus facultades se pueden poseer escelentes conocimientos del cuerpo humano y de los males que le aflijen; siempre respetarémos la ciencia, el talento y los servicios, hállense donde quiera; pero negaré altamente á todos esos apóstoles del materialismo la primera de todas las cualidades en las obras polémicas, quiero decir, la lójica, la sana metafísica, y el talento de raciocinar, de enlazar las ideas, y de encadenar consecuencias exactas á unos prin-

cipios bien demostrados. Parece estraño que sistemas tan absurdos en metafísica, y tan funestos por otra parte á la moral, hayan podido tener tantos sectarios; mas esto no debe causarnos admiracion. Esta monstruosa doctrina no es nueva, y debe su oríjen á pasiones mucho mas antiguas que ella; pero á lo ménos, en otro tiempo, solo se hallaba en ciertos libros que no eran jeneralmnte conocidos, al paso que hoy está diseminada en tantas producciones sabias y literarias, que infestan con la mayor facilidad á una juventud ansiosa siempre de cuanto lisonjea sus inclinaciones y de todo lo que embota el aguijon de los remordimientos, liberta al alma de todo temor, y con la esperanza de la impunidad le da absoluta licencia para hablar y para obrar. Mas adelante tendrémos ocasion de exponer las funestas consecuencias de esta doctrina; veamos ahora los argumentos mas especiosos que nos oponen los materialistas.

Nada han despreciado estos para apoyar sus sistemas, y han intentado alegar á su favor la autoridad, la experiencia y la analojía.

Dicen, apoyándose en la autoridad, que el dogma de la espiritualidad del alma es demasiado nuevo; que no le conocieron ni aun los padres de la Iglesia cristiana, y citan por testigos á Tertuliano, á San Ambrosio y á San Hilario que han tenido al alma por corporal, y á San Agustin que escribió un libro de *Quantitate animæ*; y añaden que se sabe que Locke pone en problema, «si Dios no es bastante po«deroso para comunicar el pensamien«to á la materia.»

Dicen tambien, apoyándose en la experiencia: «Advertid como el alma ex« perimenta las mudanzas y vicisitudes « del cuerpo; parece que ella nace, cre« ce y envejece con él, y la razon se des« arrolla y se debilita como los órganos. « ¡Que influencia no ejercen sobre las « sensaciones y pensamientos del alma

« el temperamento, la edad, el clima, la « educacion, las costumbres y el réji« men! ¿No habeis observado las rela« ciones perpétuas entre lo moral y lo « físico del hombre? ¿No deberémos in« ferir de todo esto que son una misma « y única cosa, aunque modificada de « diverso modo?

« Apoyándose en la analojía os dicen: « Advertid como los animales os dan « todas las señales de seres que sienten, « piensan y raciocinan; y sin embargo « ¿son mas que unas máquinas bien or« ganizadas? ¿Os atreveríais á suponer« les un alma? La teolojía cristiana se « opone á ello; por consiguiente no es « inverosímil que el hombre lo deba « todo á su organizacion física.» Bien veis, Señores, que nada os oculto; pero volvamos al asunto.

Asegurais por decontado que el dogma de la espiritualidad del alma fué desconocido á los doctores de la Iglesia cristiana; pero ¿donde está la prueba de esta asercion? Unicamente existe en

algunas palabras equívocas. Confieso que se sirvieron algunas veces, hablando del alma humana, de términos que no tienen todo aquel rigor metafísico que buscamos en la presente discusion; pero ¡cuan léjos estaban de los tenebrosos sistemas que se les suponen! En efecto, los unos han pensado que ademas de estar el alma unida á este cuerpo visible que ella anima, lo estaba tambien á cierta especie de túnica aérea que le servia como de comunicacion con los órganos mas groseros del cuerpo; y en este sentido decian que el alma tenia un cuerpo, lo que no impedia que en su sustancia intelijente fuese espiritual. Los otros para significar que el alma era cierta cosa real y subsistente, y no una simple cualidad, decian que era un cuerpo, en el mismo sentido que nosotros decimos que es una sustancia; y aun de las diferentes facultades de que está adornada, el entendimiento, la voluntad y la memoria tomaban ocasion para considerarla co-

mo un compuesto de diferentes partes. Todo esto puede verse discutido en el *Diccionario* de Berjier y en el de las *Herejías* por Pluquet.

Voy, Señores, á haceros una reflexion decisiva: esos doctores de la Iglesia cristiana eran sin duda cristianos, conocian y profesaban los elementos del cristianismo, y todos creian, como nadie lo niega, en la existencia de la vida futura: ¿y que importa que el alma fuese corporal, si no obstante era inmortal, y estaba destinada á recibir en la otra vida el castigo de sus vicios, ó la recompensa de sus virtudes? Solo en nuestros dias ha podido ocurrir poner á San Agustin en el número de los materialistas. Tenemos una obra suya en forma de diálogo, cuyo objeto es hacer ver que el alma, no obstante que sea cierta cosa grande por su accion y poderío, no tiene magnitud como los cuerpos, y que no es una cantidad divisible como las cantidades corporales; de lo que viene su título *De quanti*

tate animæ. En ella expone S. Agustin unos principios, que mas adelante debia Descartes tener la gloria de esplicar perfectamente; y ¡cosa bien singular! de este mismo escrito, en que combate la doctrina de los materialistas, es de donde estos, sin acaso haberle leido, toman ocasion para invocar á S. Agustin por uno de sus abogados.

Pero ¿á que se dirije todo ese empeño en defender la materialidad del alma? No tiene otro objeto que probar que es mortal, que acaba con el cuerpo, y que de este modo nada hay que esperar ni que temer mas allá del sepulcro. Pero yo quiero por un momento que la idea descabellada y muy imprudente de Locke pudiese realizarse, que fuese absolutamente posible que por la omnipotencia de Dios la materia llegase á pensar: ¿habria por eso seguridad alguna contra lo venidero? Ciertamente que no; pero examinemos en su totalidad el pensamiento de Locke. El mismo establece que es imposible

concebir que la materia pueda sacar de sí misma el sentimiento, la percepcion y el conocimiento; pero aparentando un falso respeto á la omnipotencia divina, no se atreve á decir que Dios no pueda hacer que la materia piense (1). Mas si, como quiere Locke, Dios es bastante poderoso para dar á la materia la facultad de pensar, para hacerla un ser intelijente y libre, capaz del bien y del mal, y de merecer ó desmerecer, ¿por que no podrá tambien conservar de algun modo este ser material, trasladarle á otro órden de cosas, y hacerle allí capaz, por medio del sentimiento, de recibir recompensas ó castigos? Esta reflexion ha sido hecha por célebres metafísicos, entre otros por Carlos Bonnet (2). Los escritos de Locke, su vida y últimos momentos prueban que creia en la inmortalidad del alma; y he aquí

(1) *De l'Entendement humain*, lib. IV, chap. 3, §. 6; y chap. 10, §. 10, 15 etc.

(2) Véanse *Pensées de Leibnitz*, tom. I, páj. 165.

como el incrédulo, aun en su misma hipótesis, no está convencido de esa nada á que aspira; y ni aun ese miserable recurso le será concedido, como dice Bossuet (1).

Paso á la segunda dificultad tomada de la influencia del cuerpo sobre el alma; y de las relaciones contínuas entre ámbos, que parece suponen que son una sola y única sustancia. Procuremos, Señores, analizar bien las cosas. Al mismo tiempo que creemos en la diferencia del alma y del cuerpo, confesamos que segun las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ámbos una correspondencia perpétua. El alma está hecha para el cuerpo, y el cuerpo está hecho para el alma: esta es como una reina, cuyos ministros y servidores mas ó ménos fieles son los órganos. No decimos que las impresiones hechas sobre los sentidos no esciten en el alma sensaciones é

(1) *Oraison funèbre de la Princesse Palatine.*

ideas; ni que las voluntades y afecciones del alma no causen movimientos en los órganos; que el alma no tenga necesidad mas particularmente del ministerio del cerebro para las operaciones de su intelijencia; que no sea mas á propósito una configuracion determinada para el desarrollo de ciertos sentimientos y de ciertas ideas, ni que la constitucion física, la edad, el clima y el réjimen no influyan en el estado del alma: no es esto lo que ahora se disputa, y es por consiguiente inútil hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, y han sido observadas y reconocidas en todos los tiempos. Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mútua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias por lo que se debe decidir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, segun hemos establecido al principio

de la discusion. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que nos ha obligado á confesar que el alma se distingue del cuerpo. Si observais que un centinela deja con regularidad su puesto en el momento que se le avisa por medio de cierta señal dada de antemano, ¿os vendria por eso á la idea confundir al centinela con la señal?

Ve un materialista que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Vendrá un espiritualista que observará que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma, que los sentimientos de placer ó de dolor, de odio ó de amistad afectan y conmueven los órganos y la fisonomía hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá que lo que creemos que es un cuerpo no es mas que una apariencia de tal, y una imajinacion de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos estravíos reconozcamos la influencia re-

cíproca del alma y del cuerpo; veamos en el hombre una intelijencia unida á los órganos, y digamos que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo de sus facultades intelectuales. El alma tiene sin duda cualidades que de ningun modo convienen á los órganos; pero como, en jeneral, solo por el ministerio de estos despliega sus facultades, ¿deberá admirarnos que los defectos, las imperfecciones y la alteracion de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento? Cuando un músico, por ejemplo, toca una arpa, la perfeccion del instrumento, su afinacion, y el número de cuerdas sonoras influyen en la hermosura y armonía de los sonidos, en tales términos que si el instrumento es defectuoso, es muy posible que el artista mas consumado no saque de él mas que sonidos desagradables: ¿y por esto confundirémos al músico con el arpa?

Observaréis que parece sigue el al-

ma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaré lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en jeneral; pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni escedernos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creeréis que la debilidad de su entendimiento proceda únicamente de la de sus órganos? No: tambien procede de su falta de esperiencia y de conocimientos adquiridos, de su ignorancia en la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figuraos dos niños de una organizacion del todo igual; pero que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su mas tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero manifestará á los diez años una intelijencia, que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Os admirais de la concordancia que creeis notar entre el desarrollo del al-

ma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla jeneral é invariable. ¡Cuantas escepciones no admite! ¡Cuantas almas se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¡Que vigor y que elevacion de pensamientos se advierte muchas veces en cuerpos débiles; y que debilidad al contrario en cuerpos vigorosos! ¡Que magnanimidad en algunos ancianos, y que abatimiento en otros hombres aun en su edad viril! Y esos niños delicados, esas mujeres tímidas, esos ancianos decrépitos á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de donde han sacado tanto heroismo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No, no siempre la degradacion del cuerpo trae consigo la del alma; y son tantas las escepciones, que ellas solas nos suministrarian una

nueva prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de uno y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduría del Criador, y un medio por el que conserva la armonía de este mundo. Por tanto dirémos tomando el pensamiento y aun las espresiones de un apolojista moderno: «Si un niño tuviese su razon «completa, le seria insufrible la debi«lidad de su cuerpo; y léjos de son«reirse en el seno de su madre, se le «veria triste, inquieto y zeloso aspirar «con impaciencia á todo el vigor de su «padre; tendria, aun envuelto en sus «pañales, las pasiones y los proyectos «de un hombre, y enfureciéndose de «no poder satisfacer sus deseos, el mis«mo conocimiento de su libertad le ha«ria mirar como una horrible prision «la cuna donde descansa tranquilamen«te. Los padres no tendrian mas autor-

«ridad que la de la fuerza, y los an-
«cianos carecerian de aquel derecho
«lejítimo que les da la madurez de sus
«juicios al respeto de la juventud. To-
«do se trastornaria en el órden de las
«cosas humanas (1).» Diré en dos palabras, Señores, valiéndome de las mismas del escritor que ha refutado *el Sistema de la naturaleza* con una lójica invencible: «Es cierto que hay una
«dependencia mútua entre el cuerpo
«y el alma; pero es un delirio inferir
«que dos cosas son idénticas, porque
«entre ellas haya una mútua dependen-
«cia (2).»

Estamos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene en que los animales sienten y piensan, y sin embargo se niega que tengan una alma espiritual; de lo que se quiere inferir

(1) Helviennes. *Observations* à la suite de la Lettre XLIII.

(2) Holland. *Réflexions philos.* etc. ch. VII. páj. 64.

que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por decontado, Señores, yo no puedo ménos de estrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque al cabo yo conozco con el sentimiento mas vivo y mas claro todo cuanto pasa en mí, los pensamientos y las operaciones de mi entendimiento; pero carezco de toda nocion respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto, seria preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. «El «verdadero filósofo, dice con este mo«tivo el inmortal autor del Anti-Lu«crecio, camina de lo que conoce á «lo que ignora. ¿Por qué rareza que«reis juzgar de lo que conoceis por «aquello que ignorais? ¡Estravagante «dialéctica! ¿Deberémos acaso bus-

«car la luz en el centro de las tinie-
«blas?» (1)

Dejo á los anatómicos el comparar la organizacion de los animales con la del hombre para establecer sus relaciones y su diferencia. Mirando las cosas bajo de otro punto de vista, consideremos aquello en que se parecen, y aquello en que vemos resaltar maravillosamente la superioridad del hombre.

En el animal se echa de ver el instinto que le dirije; aquella fuerza desconocida, pero cuyos efectos vemos, y que le domina de tal modo que, en todos tiempos y lugares, hace uniformemente las mismas cosas. Hay tambien en el hombre, en ciertos casos, una especie de instinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace. Por él comprime un niño recien nacido el pecho de su madre para sacar su alimento, y los ojos heridos por una luz demasiado fuerte se cierran con ra-

(1) Livre VI, vers. 379 et suiv.

pidez: por este instinto presentamos las manos en una caida para libertar la cabeza: por él cuando sostenemos un peso por un lado, inclinamos el cuerpo hácia el opuesto para hacer el equilibrio, y ejecutamos todos estos movimientos y otros muchos semejantes de un modo puramente maquinal é indeliberado y sin premeditacion; siendo de notar que el mas estúpido aldeano sabe y ejecuta todo esto con tanta perfeccion como el hombre mas sabio y el maquinista mas consumado: y hé aquí como por el instinto se asemeja el hombre algunas veces al bruto.

¿Que otra cosa veis ademas en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frio ó de calor, de alegría ó de placer, de hambre y de sed, las cuales se refieren á su bien estar, á su conservacion, y á su salud; en una palabra, que tiene una alma sensible. Nada nos impide con-

ceder alguna cosa semejante á los animales, como creer que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le acaricia y le castiga; que el caballo es dócil por sentimiento al que le guia; que los animales en jeneral experimentan sensaciones relativas á sus necesidades físicas, y á la conservacion de su especie: bajo de este aspecto pueden tener una alma no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir. ¿Y en donde se encuentra que la relijion condene semejante opinion? ¿Desde cuándo ha impuesto la obligacion de creer que los animales son como las plantas, que vejetan y crecen sin experimentar la sensacion del calor que las vivifica, ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros libros santos nos hacen una pintura tan magnífica por su sencillez de las obras de la creacion, se contentan con decir que Dios cubrió la tierra de plantas colocando en cada especie la semilla que debia reproducirlas;

pero hablando de los animales los llama hasta tres veces *una alma viviente*; por lo que nada nos prohibe conceder á los animales una alma sensible como la del hombre, hasta cierto punto.

¿En que consiste pues la diferencia? Vedla aquí, Señores. Observad los animales; veréis que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente las mismas: incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan: los hijos no saben mas que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Que animal ha descubierto un modo nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol construye su nido del mismo modo que la de Europa: al otro lado del Vístula, como mas allá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad mas uniforme, y el castor no es hoy mas ni mé-

nos hábil que lo era hace dos mil años. Esta rigurosa é invencible uniformidad parece suponer que los animales son mas bien movidos por una fuerza, cuya direccion no está á su arbitrio, que por una razon que medite, combine y se determine elijiendo. Sobre todo, ¿quien se atreverá á decir que el animal puede elevarse hasta el autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el órden y la virtud, que siga las leyes é impulsos de la conciencia, y rinda al Criador homenajes voluntarios? Ved, por el contrario, ¡que admirable variedad en las obras del hombre! Cada dia hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las artes y de las ciencias, y cambia la faz de la tierra. Abraza en su comprension todas las obras del Criador, para admirar en ellas la suprema Sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable; y se eleva por último al conocimiento del bien,

de la verdad y de la eternidad.

Ahora, Señores, nos es ya fácil responder á las dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿queréis, como Descartes, que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entónces no es estraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros, que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dudarlo. ¿Queréis al contrario concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar altamente á que probeis que no tienen alma, no diré como la del hombre y tan perfecta en sus facultades; pero sí una alma cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservacion y necesidades físicas del mismo (1).

¡Cosa singular! ¡El hombre, Seño-

(1) Bossuet. *Connaissance de Dieu et de soi même*. Cap. V, n. 13. Helviennes. *Observ.* à la suite de la Lettre LI.

res, soberbio hasta el punto de abrogarse lo que procede del Criador, y de mirar con zelos el bien de su semejante, hace hoy esfuerzos prodijiosos de ciencia y de injenio para persuadirse que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada al hombre hasta nivelarle con las bestias y aun con las plantas, se quiere ennoblecer á estas concediéndoles las facultades é intelijencia del hombre. Se ponderan las inclinaciones y sentimiento de las plantas, se mira con enajenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo: así se envilece la dignidad de la especie humana, y así una filosofía, aun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre en cierto modo de sus derechos, y sublevar contra él las demas criaturas. Falsos sabios intentan introducir la democracia en la naturaleza, así como falsos políticos la habian introducido en la sociedad; y para servirme de la

espresion orijinal de un grande escritor: «Parece que el pueblo de la crea«cion conspira á destronar á su Rey.» Pero no: la soberanía del hombre no perecerá, y á pesar de los sofistas siempre conocerá la escelencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes; se descubre en la majestad de su porte, en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas, y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio; pero sobre todo la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento que esparce al rededor de sí por medio de la palabra; y va á todas partes por medio de la escritura; y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo: que está hecha á la imájen de Dios. Sí, el alma por su imperio sobre esta porcion de materia que está unida á ella y á la que gobierna, representa alguna parte de la accion poderosa del motor del universo; y por la rapidez de sus pensamientos, la me-

moria de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la suprema inteligencia infinita que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables, y la extension de sus esperanzas ilimitadas, le advierten que está destinada por gracia á aquella eternidad que Dios posee por naturaleza. ¡Oh Dios, criador del universo! Vos sois el único Rey inmortal de los siglos; os habeis dignado constituir al hombre rey del globo que habita, y seria menospreciar vuestros dones no conocer el valor de una dignidad que tenemos de vuestra divina munificencia. ¡Cuan apreciable debe sernos esta soberanía que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin de que un dia participarémos con vos en las mansiones de la inmortalidad!

LEY NATURAL.

El primero de los filósofos y oradores de la antigua Roma tenia ideas bien sublimes y claras sobre la ley natural cuando decia: «La verdadera ley «es la recta razon y la voz de la natu«raleza comun á todos los hombres; «ley invariable y eterna, que nos pres«cribe nuestros deberes y nos prohibe «la injusticia; de cuyo imperio no pue«den sustraernos ni el pueblo ni los «majistrados; que no necesita de otro «órgano ni de otro intérprete que noso«tros mismos; que no es diferente en «Roma que en Aténas, ni fué diversa «en otro tiempo de lo que es hoy: por «ella rije y enseña Dios soberanamente «á todos los hombres, y él solo es su «autor, su árbitro y su vengador. El «que no la sigue es enemigo de sí mis«mo, rebelde á la naturaleza, y halla «en su propio corazon el castigo de su

« crímen aun cuando le fuese posible elu-
« dir las penas que pueden imponerle los
« hombres. » Así se esplicaba Ciceron en otro tiempo, en el tercer libro de su *República*. Lactancio que nos ha conservado este fragmento (1), le hallaba tan bello que le calificó de casi divino. ¡Que lenguaje en efecto, y que rasgo tan luminoso en el centro mismo del paganismo! Pero ¡que borron de ignominia no echa al mismo tiempo sobre todos esos sistemas horribles que confunden el bien y el mal, y hacen de las reglas de las costumbres una cosa puramente arbitraria! Ha sido preciso que hasta en medio de las mas brillantes luces del Cristianismo se hayan visto renovar los monstruosos sistemas, que aun entre los mismos paganos escitaron la indignacion y el desprecio, y que no llegaron á acreditarse entre los Griegos y los Romanos sino para corromperlo y destruirlo todo. ¡Que mis-

(1) *Divin. Institut.* Lib. VIII, cap. VIII.

terios de perversidad podria descubriros si quisiese exponer todo lo que ha salido de la pluma de nuestros impíos y desenfrenados escritores acerca de la virtud y de las pasiones, y sobre las reglas de las acciones humanas y los motivos que deben dirijirlas! Baste saber que segun estas doctrinas el vicio y la virtud no tienen fundamento alguno en la naturaleza de las cosas; sino que varian como los usos y los climas; que la moral solamente procede de la política, así como las leyes y los verdugos; que las pasiones son las que únicamente producen las grandes acciones; que el que se abandona á ellas tiene la prudencia de ahorrarse el inútil trabajo de combatirlas; que si uno es bueno por la mañana y vicioso por la noche, es preciso atribuirlo á la circulacion mas ó ménos rápida de la sangre, y que el moralista que dice al disoluto: *sed moderado*, se parece al médico que dijese al enfermo: *no tengais calentura.* Tales son los escesos de los reforma-

dores modernos. ¡Que de sofismas y de equívocos para desfigurar su perversidad, disfrazar sus horribles consecuencias, y hacer odiosas ó ridículas las máximas eternas, que son la salvaguardia del órden y de la justicia sobre la tierra! Nadie ignora con que ansia han sido oidas por todas las clases de la sociedad estas falaces doctrinas, y cuales han sido sus funestos estragos. Nuestra idea, Señores, en el dia, es presentaros la verdad desnuda de todos los celajes de los sofismas y de engañosas pasiones, y establecer la distincion esencial y primitiva del bien y del mal, sin la cual no hay ni moral, ni leyes, ni sociedad. Al efecto propondré los tres puntos siguientes: primero, hay una ley anterior á todas las convenciones humanas: segundo, esta ley se llama justamente *natural*: tercero, el primer deber que esta ley nos impone es arreglar nuestras inclinaciones. Tal será el asunto de esta conferencia sobre la ley natural.

Sin embargo de que en las cosas relijiosas y morales la razon, la conciencia y el sentimiento se confunden con frecuencia entre sí, ó no se distinguen sino muy lijeramente, vamos á diferenciarlos aquí para dar mas órden y claridad al desenlace de nuestras ideas.

Llamo razon esa luz que nos descubre los principios de las cosas, y las reglas de las costumbres: llamo conciencia el juicio interior por medio del cual el hombre se aprueba ó condena á sí mismo despues de una accion; y designo con el nombre de sentimiento aquellas impresiones é inclinaciones comunes á todos, que se anticipan á la reflexion, y son inherentes á nuestra naturaleza. Así, pues, recurriré al triple testimonio de la conciencia, de la razon y del sentimiento para establecer la diferencia real del bien y del mal, la existencia de una regla primitiva de nuestras acciones, y la de una ley anterior á todo convenio humano.

Empecemos por la razon: hay una

luz que ilumina todos los entendimientos, y que no es invencion del hombre, así como tampoco lo es la que ilumina los cuerpos: mas débil en unos, mas viva en otros, pero comun á todos, les descubre verdades primitivas que hacen que todos los hombres de todos los paises y de todos los tiempos, sin haberse conocido jamas, ni estar ligados por la menor relacion de amistad ó de educacion, se entiendan sobre determinados puntos, y se hallen tan conformes, que tendrian por insensato al que no pensase sobre ellos como el resto del jénero humano. Los hombres de diferentes siglos y de diferentes rejiones del mundo pueden muy bien estar discordes en una multitud de cosas ménos claras; pero existe siempre una luz superior é inevitable que los domina, los subyuga y tiene como encadenados á cierto centro fijo, y unidos por ciertas reglas invariables que se llaman *primeros principios*, aun á pesar de la infinita variedad de sentimientos

que escitan en ellos sus pasiones, sus intereses y sus caprichos. Esta luz, dice Fenelon (1), es la que hace que un salvaje del Canadá, por mas idiota que sea, piense acerca de muchas cosas, como pueden haber pensado los filósofos, griegos y romanos, con toda su ciencia y sus conocimientos. Ella hace que en el Japon, así como en Francia, se crea que el todo es mayor que su parte; y por ella han hallado en ciertos puntos los jeómetras de la China las mismas verdades que los de Europa, miéntras que los pueblos de ámbas rejiones no se conocian unos á otros. Léjos de haberse sujetado esta luz á los caprichos de los hombres, es al contrario su regla y su guia; es nuestra soberana, y no nuestra esclava; y si es posible sublevarse contra su imperio, jamas lo es destruirle. El hombre compara, discierne y juzga por medio de

(1) *Traité de l'Existence de Dieu*, 1.ª parte, núm. 36.

ella; por consiguiente esta luz es lo que llamamos razon: este es nuestro maestro interior: nuestro destino es ser dóciles á su voz; y en escucharla y seguirla consiste nuestro bien, así como nuestro mal en despreciarla. Es sin duda el hombre un ser racional por su misma naturaleza, é independientemente de todo convenio; siéndonos tan imposible constituir la naturaleza humana á nuestro capricho, como la naturaleza del círculo; porque tan esencial es al hombre ser racional como al círculo tener sus radios iguales; y por esto él es lo que es: luego la razon es con anterioridad á todo convenio su ley suprema; de modo que solo es bueno siguiéndola, y malo violándola: porque decir que somos buenos ó malos por puro convenio, es decir que solamente por igual motivo somos racionales, ó en otros términos, que por convenio es hombre el hombre, lo que es el último estremo de la ridiculez.

Profundicemos mas las cosas: ¿que

es lo que me dice la recta razon? Que Dios, este ser soberanamente sabio, no obra al acaso ni por capricho; que en todas sus obras se propone designios dignos de él, y que al criar al hombre y dotarle de ciertas facultades, le destinó á un fin, hácia el cual debe caminar sin intermision. Hay ciertamente leyes para el alma, como las hay para el cuerpo, para el mundo intelectual y para el material. Y cuando en la naturaleza corpórea todo se liga, todo se encadena y camina por reglas admirables, concurriendo todo al órden y á la armonía universal; cuando la tierra y los cielos, los animales y las plantas, todos los seres en fin tienen sus puestos señalados, y su destino particular al que se dirijen bajo de la mano poderosa de aquel que gobierna al universo; ¿el hombre solo, abandonado á sí mismo y á sus raros caprichos, habrá sido criado sin objeto ni designio; y la mas noble, la mas perfecta de todas las criaturas del globo dejará de

estar sometida á reglas tomadas del fondo mismo de su naturaleza? ¡Que monstruosidad! Pero si el hombre ha sido criado para un fin, no está á su arbitrio abandonarle impunemente; su deber es dirijirse á él, y en esto consiste la virtud; así como separarse voluntariamente de él es un desórden en que consiste el vicio. Tan imposible es al hombre dispensarse de seguir el camino que le traza la recta razon, como dispensar al sol de aparecer por el oriente, y ocultarse por el occidente; y así por su misma naturaleza y no por convenio alguno, es el hombre sensible, libre é intelijente. Como sensible se ama á sí mismo, desea su felicidad, y está en el órden natural que procure hacerse dichoso: como libre no es arrastrado por el temor ni por la necesidad, y puede pesar en una balanza fiel los inconvenientes y ventajas de las cosas; es capaz de una eleccion meditada, y el órden exije que no se precipite ni sea temerario en su conducta: como

intelijente puede ver y abrazar la verdad, y es un deber natural no ser indiferente á ella, sino al contrario preferirla á la mentira. Ved aquí deberes derivados de nuestra misma naturaleza y de nuestras facultades, que son consecuencia inevitable, y no de convenio de nuestra cualidad de seres racionales. Ved obligaciones que tienen su oríjen independiente de toda convencion humana, y de lo que nace la distincion primordial del órden y del desórden moral, del vicio y de la virtud.

¿Que mas me dice la recta razon? Me dice que hay verdades especulativas, independientes de los hombres, de las que se orijinan consecuencias prácticas tan inmutables como sus principios; me dice que existen entre los seres racionales otras que no son arbitrarias, sino esenciales, y á las cuales se ligan las reglas de nuestros deberes. Esto necesita esplicacion, y procurarémos dárosla tal que ilustre vuestros entendimientos.

Dios, feliz por sí mismo, podia sin duda alguna no haber criado el mundo presente: pudo ciertamente haber dado á luz de una vez todo el jénero humano por solo un acto de su suprema voluntad, y por último hubiera podido escojer un mundo donde el hombre no estuviese destinado á la vida doméstica y social. Pero suponiendo que el Criador ha realizado lo que es posible, que ha criado al hombre, que ha establecido leyes para la perpetuidad de la especie humana, y que le ha llamado á la sociedad, resultan de este hecho y de este plan de la creacion relaciones entre Dios y el hombre, entre el padre y los hijos, y de las familias entre sí. Existen, dije, relaciones que no han sido establecidas por el hombre, sino que lo estaban ya, y que no arregla él segun sus caprichos, sino que al contrario deben ser la norma de sus sentimientos y de sus acciones. Da Dios al hombre el ser y la vida; y ved ya una relacion de dependencia

del hombre criatura con Dios su criador, y de reconocimiento del hombre que recibe el beneficio con Dios su bienhechor. Este es un lazo y una relacion que el hombre no puede impedir ni destruir, porque no está en su poder variar la naturáleza de las cosas, dejar de ser criatura, ni hacer que Dios nó sea su criador; y si es cierto en teoría que Dios le ha dado el ser, es tambien verdad en la práctica que el hombre le debe sentimientos de adoracion y de amor. Establece Dios el poder paternal, y he aquí una relacion fundada en la naturaleza entre el padre y los hijos; y si los padres prodigan á los hijos los cuidados mas tiernos, y muchas veces las mas penosas atenciones, ¿será permitido á los hijos corresponderles con ingratitud? ¿Provendrá acaso de un convenio la obligacion de amar y honrar los hijos á los autores de sus dias? Del mismo modo desde que Dios coloca á los hombres en sociedad, es preciso que existan relaciones entre el señor y sus

criados, entre el majistrado y sus gobernados: es preciso, ante todas cosas, que un principio de justicia prescriba la obediencia á la autoridad, y el respeto á las leyes, y debe exijir el órden que unos manden y otros obedezcan.

Yo bien sé que sin la creacion del órden actual del mundo no hubieran sido estas relaciones y deberes mas que posibles, y conocidos solamente por el divino entendimiento. La creacion nos los ha manifestado y dado á conocer: el hombre los ve, pero no los crea; así como si trazais un círculo haceis palpable la igualdad de su radios, pero no sois vosotros los que creais esta igualdad, sino que estaba fundada en su naturaleza; por lo que es imposible hacer un círculo cuyos radios sean desiguales. Tambien sé que los hombres pueden ligarse entre sí por leyes que sean obra suya, y variarlas segun los tiempos, los climas y las personas: que infinitas cosas por sí indiferentes pueden dejar de serlo en virtud

de una ley que las prohiba: que en lo respectivo á la forma de los gobiernos, á la policía exterior de los Estados, lejislacion y comercio ordinario de la vida, hay sin duda muchas cosas de institucion humana y de puro convenio; pero es claro que todas estas convenciones que se llaman arbitrarias suponen ellas mismas principios anteriores de órden y de justicia que les sirven de base y las hacen obligatorias. Así los que quieren que la ley humana sea la única regla del bien y del mal, son los hombres mas ciegos; pues no conocen que no tendria fuerza ni autoridad si no estuviese apoyada en un principio anterior; porque al fin si yo les pregunto porque debo obedecer las leyes, me dirán que por haber pactado obedecerlas, y que, por mi cualidad de miembro de la sociedad, debo respetar el órden establecido. Pero si pregunto ademas, porque debo ser fiel á mis compromisos, y de donde les viene á estos la fuerza de obligarme y ligar mi con-

ciencia, se verán precisados á remontar á un principio anterior á las leyes humanas, si no quieren rodar por un círculo pueril. Los contratos no son obligatorios en efecto, sino porque existe ántes que ellos un principio de eterna verdad, que dice: serás fiel á tus promesas.

Si las leyes humanas fuesen la única regla del bien y del mal, como se pretende, podrian los hombres trastornar todas las nociones de la moral recibidas universalmente: podrian llamar virtudes lo que han aborrecido siempre como vicios, y denigrar con el nombre de vicios lo que siempre se ha proclamado como virtud; y podrian por último variar las ideas, el lenguaje y la conducta, así como se varian las cláusulas de los contratos, las espresiones de política, y la forma de los vestidos. Pero ¿acaso pueden los lejisladores hacer que el asesinato, el perjurio, la traicion, la cobardía y la blasfemia, la ingratitud y la avaricia sean conformes á la razon,

y se conviertan en virtudes? Esto seria lo mismo que decir que pueden estipular los pueblos por un convenio solemne que la calentura y la peste dejen de ser males nocivos á la humanidad; y si esto os parece absurdo y reprobado por la razon, confesad que hay acciones malas y criminales por sí mismas, independientemente de los convenios humanos. Ahora conoceréis fácilmente porque Montesquieu ha dicho al principio de su *Espíritu de las leyes* (1), «los seres particulares, inte«lijentes, pueden tener leyes hechas «por ellos; pero tambien las tienen que «no son obra suya. Antes que existie«sen seres intelijentes eran posibles: te«nian relaciones posibles, y por conse«cuencia leyes tambien posibles; ántes «que se hiciesen leyes habia relaciones «de justicia posibles, y la existencia de «estos seres intelijentes realiza estas le«yes, así como la existencia del círculo

(1) Lib. 1. Cap. I.

«realiza la igualdad de sus radios: pero «decir que no hay nada justo ó injusto, «sino lo que mandan ó prohiben las «leyes positivas, es decir que ántes que «se hubiese hallado el círculo, todos «los radios no eran iguales.»

Consultemos ahora la conciencia. Es tal el imperio de la virtud, que no podemos sustraernos de él impunemente: ella encuentra en nosotros mismos su vengador, y la conciencia es un tribunal donde la virtud no presenta en vano sus quejas. Su poderosa voz puede muy bien confundirse por algun tiempo en el tumulto de las pasiones que quisieran oprimirla; pero firme en sus pretensiones alcanza tarde ó temprano la justicia que reclama. Si hay seres tan depravados que la sofoquen enteramente, como los hay á quienes la avaricia hace sordos á los gritos de la humanidad doliente, es preciso llorar esta escepcion tan estravagante como horrible en vez de tomar de ella ocasion para no considerar la conciencia mas que

como una quimera. Hombres sin conciencia dejan de pertenecer á la naturaleza humana; asi como los cadáveres dejan de ser hombres. ¡Que consolador y tambien que temible es este juez interior que nos aprueba ó nos acusa, nos absuelve ó nos condena! Consolador para el hombre de bien, le hace hallar en una alegría pura y dulce el premio de sus esfuerzos; y terrible para los malos, los entrega á toda la amargura de los remordimientos. Mas si todo es indiferente, si efectivamente no hay bien ni mal, ¿en que consiste que el malo se acusa á sí mismo, y es su propio verdugo? ¿Por que se condena con tanto rigor? ¿Por que le hace temblar la idea de un Dios vengador, y vuelve contra sí mismo su furor para hacerse infeliz? Los remordimientos suponen un crímen, y el crímen una obligacion y un deber que cumplir.

Examinad, Señores, que es lo que caracteriza lo que llamamos remordimientos. ¿Que cosa es pues ese incómodo

sentimiento? No es ni el dolor que acompaña á la enfermedad, ni la pena que puede causar el infortunio: es una reconvencion que el hombre se hace á sí mismo, porque conoce que debia obedecer á la ley, y que la ha violado libremente. No procede del temor del descrédito ó de una pena, sino de la confesion que el delincuente se ve forzado á hacer de la voluntaria infraccion de su deber. Si por el contrario habeis hecho un acto de justicia ó de humanidad, nunca podreis arrepentiros de él, aunque hayais sido correspondidos con ingratitud, y os haya atraido odio ó menosprecio. Sí, aunque vuestra virtud os condujese al suplicio, seríais ciertamente víctimas, pero no os reconoceríais culpables: podríais lamentaros de la injusticia de los hombres, y de la desgracia de vuestra suerte; pero los remordimientos no entrarian jamas en vuestro corazon. Apláudame por el contrario todo el mundo; yo me condenaré á mí mismo si me reconozco culpa-

ble; y aunque el vicio me eleve á la cumbre de la gloria, allí subirán conmigo mis remordimientos para despedazar mi corazon. Tal es el imperio de la conciencia sobre la opinion y las convenciones de los hombres. Sean enhorabuena la conciencia y los remordimientos un sentimiento mas ó ménos vivo, mas ó ménos desarrollado, segun el grado de ilustracion ó de conocimiento mas ó ménos exacto de nuestras obligaciones; pero siempre será un error enorme no reconocer en ellos un sentimiento natural al hombre, é independiente de las variaciones del clima, de la educacion y del nacimiento! Ni el secreto, ni la oscuridad, ni el silencio de las leyes, ni el brillo del poder pueden libertar al culpable del aguijon vengador de su conciencia; y aunque á veces el crédito haya asegurado la impunidad, jamas ha podido mitigar el sobresalto de aquella. Tiberio y Neron experimentaron remordimientos, y temblaron algunas veces hor-

rorizados con el recuerdo de sus maldades. La conciencia podrá estar adormecida, pero no muerta; y acaso sus punzadas sean tanto mas agudas y dolorosas, cuanto mas profundo haya sido su letargo. Es el despertar del leon que sale del reposo con nuevo vigor para despedazar su presa. En una palabra, haced desaparecer la diferencia primitiva del bien y del mal: haced que todo sea arbitrario, todo resultado de convenios; y desde entónces esa reconvencion interior que el hombre se hace á sí mismo aun en aquellos casos en que nada tiene que temer de los demas: los remordimientos en fin no serán mas que una absurda quimera de que deberá libertar á su imajinacion vanamente sobresaltada.

Veamos ahora que nos dice lo que yo llamo sentimiento. Se habla sin cesar de naturaleza; ¿pero donde la hallaréis sino en esas impresiones é inclinaciones universales y uniformes de que los hombres no pueden despojarse, y

que mas veloces que el raciocinio se adelantan á toda reflexion, y dominan á toda la especie humana? Esta es una fuerza oculta por la que nos vemos como forzados á aborrecer ó á amar, á estimar ó á menospreciar ciertas cosas. De ella nace el sentimiento de adoracion á la Divinidad, la piedad filial, el amor á la patria, la compasion para con los desgraciados, y la admiracion de las acciones jenerosas. Si en medio de la diversidad de sus leyes, usos y costumbres han conocido todos los pueblos del mundo que se debe honrar á los padres, que la ingratitud es un vicio, que es preciso ser fiel á sus palabras, que es admirable sufrir con valor la desgracia, que es laudable socorrer al desgraciado, y que nadie debe hacer á otro lo que no quisiera que le hiciesen; ¿quien se atreverá á decir que estas son máximas de puro convenio, y no tomadas de nuestra misma naturaleza? Nunca los hombres, á pesar de su depravacion, han podido dar á las claras

rorizados con el recuerdo de sus maldades. La conciencia podrá estar adormecida, pero no muerta; y acaso sus punzadas sean tanto mas agudas y dolorosas, cuanto mas profundo haya sido su letargo. Es el despertar del leon que sale del reposo con nuevo vigor para despedazar su presa. En una palabra, haced desaparecer la diferencia primitiva del bien y del mal: haced que todo sea arbitrario, todo resultado de convenios; y desde entónces esa reconvencion interior que el hombre se hace á sí mismo aun en aquellos casos en que nada tiene que temer de los demas: los remordimientos en fin no serán mas que una absurda quimera de que deberá libertar á su imajinacion vanamente sobresaltada.

Veamos ahora que nos dice lo que yo llamo sentimiento. Se habla sin cesar de naturaleza; ¿pero donde la hallaréis sino en esas impresiones é inclinaciones universales y uniformes de que los hombres no pueden despojarse, y

que mas veloces que el raciocinio se adelantan á toda reflexion, y dominan á toda la especie humana? Esta es una fuerza oculta por la que nos vemos como forzados á aborrecer ó á amar, á estimar ó á menospreciar ciertas cosas. De ella nace el sentimiento de adoracion á la Divinidad, la piedad filial, el amor á la patria, la compasion para con los desgraciados, y la admiracion de las acciones jenerosas. Si en medio de la diversidad de sus leyes, usos y costumbres han conocido todos los pueblos del mundo que se debe honrar á los padres, que la ingratitud es un vicio, que es preciso ser fiel á sus palabras, que es admirable sufrir con valor la desgracia, que es laudable socorrer al desgraciado, y que nadie debe hacer á otro lo que no quisiera que le hiciesen; ¿quien se atreverá á decir que estas son máximas de puro convenio, y no tomadas de nuestra misma naturaleza? Nunca los hombres, á pesar de su depravacion, han podido dar á las claras

al vicio el nombre de virtud; y siempre el vicio, aun en medio de su triunfo, se ha visto obligado á cubrirse con la máscara de una falsa probidad, desesperanzado de adquirirse el aprecio manifestándose á cara descubierta. Nadie hasta ahora ha podido persuadirse á sí mismo ni persuadir á los demas, que es mejor ser embustero que injénuo, malhechor que benéfico, exaltado que moderado: ¡tan cierto es que hay cosas que repugnan por sí mismas á la naturaleza!

Supongo que fuese posible reunir en un mismo sitio habitantes de todas las partes del mundo, de todas edades y de todas condiciones; que fuese posible hablarles en una lengua que todos entendiesen, y que un sofista levantase el grito en medio de esta asamblea jeneral del universo, y dijese: «El «jénero humano ha estado equivocado «hasta ahora con respecto al vicio y á «la virtud, y ha llegado en fin el tiem«po de descubrirle las verdaderas reglas

«de su conducta. Escuchad, y ved lo «que solemnemente debe tenerse entendido en todo el mundo. Ningun sen«timiento de adoracion se debe á la Di«vinidad; los hijos estan dispensados «de amar á sus padres: nadie está obli«gado á cumplir su palabra: todo ciu«dadano podrá inocentemente ser trai«dor á su patria: cada uno deseando «que los demas le favorezcan podrá á «su arbitrio hacerles mal.» Pregunto yo: ¿semejante doctrina no seria rechazada al punto por un grito universal de indignacion, y no se enviaria al tal charlatan á predicar su doctrina á los osos y á las panteras? Sí, el corazon se ha hecho para la virtud, como el entendimiento para la verdad, y en cada uno de nosotros existe un amor secreto al bien, lo mismo que un secreto horror al mal: instinto sublime que nos señala nuestras obligaciones, del mismo modo que ciertas sensaciones nos recuerdan nuestras necesidades físicas. Esta aficion á la virtud es la que nos hace admirar ciertas accio-

nes, así como la inclinacion á la verdad nos hace amar los caractéres injénuos, y las almas rectas y sinceras. ¿Que corazon hay que no se conmueva al recordar un rasgo heróico, que no se interese por la virtud oprimida, y no se llene de indignacion contra su opresor? Cuando se nos refiere que Focion caminando al suplicio mandó á sus hijos olvidar el crímen de su ingrata patria, se apodera de nuestras almas un sentimiento de veneracion que las enajena. Y cuando la antigua Roma aplaudia con entusiasmo esta máxima: Soy hombre, y todo lo que interesa á la humanidad me es propio: ¿era este acaso un grito de convencion dictado por la cábala? No ciertamente: era el grito de la naturaleza humana, la cual hacia hablar al pueblo romano.

Es indudable que este sentido moral, que precediendo á la reflexion nos hace distinguir el bien del mal, puede debilitarse, viciarse, y casi extinguirse alguna vez por la ignorancia, las pasiones

inveteradas, y por las impresiones opuestas de antiguos hábitos. Al darnos el Criador ciertas facultades que son como el dote de nuestra naturaleza, nos ha dejado el cuidado de cultivarlas; y del mismo modo que el cuerpo crece y se fortifica con el alimento y el ejercicio, el alma se desarrolla por medio de la reflexion, de la educacion y de la experiencia. Nacemos con la aptitud necesaria para ilustrarnos y perfeccionarnos, aunque puede acontecer que por falta de cultivo se queden nuestras facultades embotadas en una especie de estupor y de muerte: por tanto el salvaje está mas bien en un estado de degradacion que en un estado conforme á nuestra naturaleza, y es como un árbol naturalmente fecundo, pero que necesita otro cielo y otro temperamento. De este modo se descifra el por que los pueblos, conformes en ciertos principios, discuerdan sobre sus consecuencias. Y no se alegue, para debilitar la autoridad del jénero humano,

que lo que es criminal en un pueblo es inocente en otro; que se han visto algunas naciones autorizar el robo, el abandono de los hijos, la muerte de los padres en su vejez, los sacrificios de víctimas humanas, y otras muchas crueldades é infamias de todas clases; y que por lo tanto la moral es arbitraria. ¿Desde cuando acá, Señores, deben buscarse los verdaderos sentimientos de la naturaleza racional en sus mismos estravíos, y en los escesos que la deshonran? ¿Acaso deberémos juzgar del aire que respiramos y nos da la vida por la insalubridad del de algunos climas donde reina el contajio? ¿Calcularémos las fuerzas del cuerpo humano por los vicios de sus órganos? No hay duda, Señores, hay esparcidos por todos los pueblos sentimientos de relijion, de justicia y de humanidad; y hay ciertas reglas invariables que los unen á todos, aunque ya por pasion, ya por ignorancia, se hayan estraviado en la aplicacion de

estos principios comunes. Es horroroso á la verdad que el salvaje apresure la muerte del anciano enfermo ó imposibilitado de seguirle en sus correrías, y que el chino se deshaga de una poblacion escesiva con la muerte de los niños; pero aquel lo hace por un sentimiento de conmiseracion falsamente aplicado, y este por el temor de no poder atender á la subsistencia de sus hijos, que en la realidad le sería mucho mas grato alimentar. Por el mismo error el Arabe del desierto y el Tártaro conceptuan mas noble y bello vivir del botin, que es conquista suya, que del trabajo, sin que fuera de este caso dejen de ser justos, humanos y benéficos. Haz homenaje á Dios de lo que tienes: he aquí un principio incontestable; pero si decimos que para aplacarle es necesario sacrificarle todo hasta víctimas humanas, vendrémos á parar de un principio verdadero á una consecuencia falsa y horrorosa. Con semejante modo de raciocinar contra la

ley natural, y tal manía de querer que la moral no se funde en la naturaleza, porque los hombres estan discordes en ciertos puntos, ¿sabeis, Señores, á donde iríamos á parar? A un pirronismo universal: no habria verdad alguna, porque no ha habido una sola que no haya sido combatida hasta con la mayor sutileza, ni habria verdadera belleza en las artes ni en las obras del injenio humano, porque las naciones y los siglos no estan acordes sobre el mérito de estas producciones. La corrupcion humana no destruye la moral, así como la falsa metafísica tampoco destruye el sentido comun: hay pues una ley anterior á todo convenio humano, que es lo que acabo de probar. Pero ¿por que se llama ley natural? He aquí lo que vamos á examinar.

Léjos de nosotros la pueril idea de que hubo un tiempo en que el jénero humano vivia sin Dios, sin ningun sentimiento relijioso ni principio de moral, como si hubiese principiado á exis-

tir siendo ateo y enteramente bruto: de que progresivamente y de un modo insensible haya pasado de este estado de ateismo y estupidez al de alguna creencia relijiosa, y que por último haya descubierto á Dios, la vida futura, la Providencia y la moral; así como por repetidos esfuerzos y experiencias multiplicadas ha descubierto la áljebra y la química. El hombre es por naturaleza un ser racional, moral y relijioso; y mas bien le hallaréis destituido de todo talento, que falto de toda nocion de justicia y de virtud; y por mas que os remonteis á la antigüedad, siempre hallaréis á los hombres en posesion de creer algunas máximas de relijion y de moral. En este punto la naturaleza ha escedido á la industria: miéntras que la débil razon se ha estraviado en fútiles indagaciones sobre esto, ó solamente ha abortado sistemas ridículos, nuestros libros santos nos hacen estar como presentes á la obra de la creacion, nos enseñan como han sucedido todas estas cosas,

y hasta los niños saben entre nosotros lo que ignoraron los sabios de la antigüedad. El primer hombre salió de las manos del Criador en estado de madurez: no nació niño, ni con la debilidad y la ignorancia de la primera edad: apareció en el mundo hombre formado ya, y gozando desde el primer instante de su existencia de todas las facultades del cuerpo y del alma: empezó á vivir con conocimientos ya formados en su entendimiento, con sentimientos relijiosos en su corazon, y con un idioma á propósito para espresar sus ideas: halló en sí mismo el conocimiento de Dios su criador, nociones de órden y de virtud, amor al bien, una intelijencia que se elevaba hasta el autor de su ser, una voluntad inflamada del deseo de agradarle; y sus primeros afectos fueron sin duda el reconocimiento y el amor: transmitió á sus hijos cuanto habia recibido del mismo Dios y cuanto sabia; y aquellos lo dejaron á su tiempo como en herencia á

las jeneraciones sucesivas: la tradicion se conservó y se extendió con la especie humana; y ved aquí como de familia en familia, de edad en edad y de comarca en comarca, se han conservado mas ó ménos puras entre el jénero humano estas nociones primitivas. De este modo han tenido todas las creencias relijiosas y morales un oríjen comun, aunque despues hayan sido como arroyos de los cuales unos han conservado la pureza de sus aguas, y otros las han enturbiado entre la corrupcion de los siglos. De aquí han procedido esos principios comunes á todos los hombres, principios que la ignorancia ó las pasiones debilitan pero no destruyen; esa luz que para bastantes pueblos se ha oscurecido con las nubes del error, pero de la que siempre se vislumbran algunos rayos. Estas reglas universales é invariables cuyo conocimiento es jeneral, esas nociones universales del bien y del mal que rijen á la especie humana, son como la lejis-

lacion secreta del mundo moral, y forman lo que se llama *ley natural:* título á la verdad muy lejítimo. Es natural, porque está fundada en la naturaleza de las cosas, en las primitivas relaciones del hombre con Dios y del hombre con sus semejantes, y porque sus fundamentos son de tal suerte conformes á nuestra naturaleza racional, que se siente su verdad con solo exponerlos. Es natural, porque se hallan vestijios suyos en cuantas partes existe la naturaleza humana; por lo cual se ha dicho que está grabada en el corazon del hombre; y en fin se llama natural, porque era necesario diferenciarla de cualquiera otra ley dada al hombre despues de su creacion, y que se llama *positiva.* Así pues el título de *ley natural* está autorizado por los libros santos, y singularmente por San Pablo; por todos los doctores de la Iglesia, por todos los moralistas de todas las naciones y de todos los siglos, y por el lenguaje adoptado universalmente por todos los hombres; de tal modo que el

desterrar la palabra *ley natural*, sería rebelarse contra todo el jénero humano.

Veamos por último que deberes dicta al hombre la ley natural con respecto á sus inclinaciones y á sus pasiones.

Si damos oidos á muchos filósofos sabios del último siglo, nos dirán que es un proyecto loco querer combatir las pasiones: que sin ellas sería el hombre un estúpido; que las que forman el carácter de un individuo son incorrejibles; que de ellas trae su oríjen todo cuanto es bello y sublime, y que por último los vicios son tan útiles á la humanidad como las virtudes. Sea aquí, Señores, la recta razon el árbitro que falle entre la escuela cristiana y la de los novadores. ¿Que pensaríais de la lójica y profundidad de injenio de todos esos inventores de una nueva moral, si descubriésemos que toda su doctrina estriba en equívocos, en abusos de palabras y miserables sofismas; que todo lo que puede tener de razonable era conocido ántes que ellos existiesen, é in-

sensato cuanto puedan añadirle de nuevo? Procuremos sobre todo desenredar bien las cosas, y ponernos á cubierto de esa confusion de voces en que está toda la fuerza de la incredulidad.

Con el objeto de que procuremos nuestra propia conservacion, y que nos interesemos en el bien de nuestros semejantes, nos ha dado el Autor de la naturaleza gustos é inclinaciones de que no podemos desentendernos, y que nos advierten rápidamente nuestras necesidades, nuestros deberes, y los riesgos que nos amenazan. Como muchas veces la razon obra con lentitud, y sus consejos podrian llegar tarde, no es un sistema meditado ó un largo círculo de raciocinios lo que advierte al hombre de sus necesidades corporales, sino mas bien una impresion involuntaria, el sentimiento. Por él ama el padre á sus hijos; por él miramos con interes al desgraciado, y nos inclinamos á nuestros semejantes, y por él una tierna memoria nos hace mirar con aficion aquellos lugares

donde hemos pasado nuestra infancia: y es tan natural al hombre amarse á sí mismo, amar á sus parientes, á su patria y á sus bienhechores y evitar el dolor, como dar á su cuerpo el alimento que le mantiene y el descanso que le repone. En todo esto no se debe ver mas que la voz de la naturaleza atenta á nuestras necesidades, é impresiones útiles que se refieren á nuestra dicha ó á la de nuestros semejantes; lo cual llamarémos *inclinaciones naturales*, las que nosotros mismos debemos arreglar. Si estas mismas inclinaciones no estan contenidas en sus justos límites; si llegan á ser vehementes é imperiosas; si se llevan hasta el esceso, ó mas bien si nos arrastran á cosas ilícitas; en una palabra, si son desarregladas, de cualquier modo que sea, las llamarémos *pasiones*; y nuestra obligacion entónces es combatirlas. Entremos pues en una esplicacion indispensable sobre todo esto.

Por poco que queramos consultar

nuestro corazon y propia experiencia ó la de nuestros semejantes, no dejarémos de conocer que es preciso estar siempre alerta aun contra las mas lejítimas inclinaciones de la naturaleza; que estas procuran traspasar sus límites, y que si no acude la razon á contener su ímpetu y moderar su fuego, adquieren tal fuerza y violencia que nos arrastran, y concluyen por dominar de cierto modo la voluntad, si ella no las doma. Así la madre por una inclinacion tan lejítima como dulce se complace con sus hijos; pero por poco que se esceda en su ternura, llega á amar hasta sus defectos y vicios; y entónces su amor dejenera en una indigna flaqueza. Nada es mas inocente y consolador al mismo tiempo que el sentimiento de la amistad; pero si se le abandona á sí mismo puede fácilmente hacerse vicioso, y dejenerar en un comercio de adulaciones y condescendencias criminales. El amor propio es el primero que se siente; pero si se

desarregla, se transforma en egoismo, inspira el odio é incita á la venganza. Dejad á la naturaleza seguir su propension ordinaria; y en vez de amor propio hallaréis un orgullo que solamente se alimenta de distinciones y preferencias, y que parece hallar sus delicias en las humillaciones ajenas. En vez de una emulacion laudable, encontraréis aquella ambicion desenfrenada que quiere siempre subir mas y mas, y elevarse sobre las ruinas de sus rivales abatidos: en vez de una sabia y activa industria, no tendréis mas que una insaciable avaricia que jamás podrá saciar vuestros deseos; y los placeres mas honestos se convertirán en una torpe sensualidad que enerve á un mismo tiempo el cuerpo y el alma, y á la que por lo comun se siguen el oprobio y la discordia.

Se acusa al moralista relijioso de que hace del hombre un ser insensible, una estátua sin alma y sin movimiento, porque le escita á arreglar sus inclinaciones: ¿pero donde se

ha visto una acusacion mas estravagante? ¿Que moralista ha prohibido nunca al hombre sentir, desear, amar ni obrar? ¿Quien ha vituperado nunca los afectos lejítimos, ni se ha acordado de hacer del hombre un ser pasivo, indiferente y sumerjido en el letargo de la apatía? El mismo Evanjelio, ese código de moral tan perfecto, no hace mas que depurarlos y hacerlos mas útiles. Amar á Dios, y amar á los hombres; esta es toda la ley, y de este doble amor se derivan, como de su orijen, todos los afectos y todas las obligaciones naturales, domésticas y civiles que perfeccionan á los hombres y los hacen mas felices. ¿Que ley ha habido jamas mas severa contra el criado inútil, contra el rico indolente, contra la pereza y ociosidad? No basta no profanar los dones que el cielo os ha concedido; es preciso hacerlos útiles: no es bastante que no oprimais al pobre ni retengais lo ajeno; es preciso, si os hallais dotados de bienes de fortuna, saberlos der-

ramar en el seno de la indijencia. ¿Y que os impide seguir estos impulsos nobles y jenerosos? Si os sentís inclinados á las letras y á las artes, únicamente se exije de vosotros que no les sacrifiqueis deberes mas sagrados, ni abuseis de ellas para dar encantos á vicios ya demasiado funestos por sí solos. Si os sentís arrebatados del amor á la patria, ¿quien os estorba entregaros á trabajos y empresas útiles á la prosperidad pública? Y en fin si los males de la humanidad conmueven vuestra alma, ¿quien os prohibe dedicaros al alivio de los desgraciados, y merecer el título de padre de los desvalidos? En una palabra, sean rejidas las pasiones por la razon, y todo estará en órden: entónces serán útiles, y jamas será funesta su actividad. Guarnecer un rio de fuertes diques no es destruir su curso.

¿Es acaso proceder de buena fe acusar al moralista de imprudente vocinglero, porque clama contra las pasiones? ¿Deberémos hacer la apolojía de esas

inclinaciones viciosas y desarregladas, oríjen de todos los males que aflijen á las familias y á la sociedad? ¿Y deberán las cátedras de la austera verdad convertirse en tribunas destinadas á la defensa de aquellas inclinaciones que no conocen freno ni medida? Y que ¿aun no estan contentos los novadores con tanto orgullo é insolencia como hay ya sobre la tierra, con tanta codicia y bajeza, tanta envidia y perversidad, tanta ferocidad y venganza, tanto libertinaje y escándalo? Para aumentar el influjo de estas pasiones, ¿será preciso en lugar de combatirlas decir al poeta que se limite á celebrar en sus cantos la molicie y la impiedad, al pintor que solo trace la imájen de la desenvoltura, al jóven que se aficione al juego hasta el frenesí, á la madre de familia que sepulte en la locura de sus gastos las esperanzas de sus hijos, al negociante que exponga su fortuna y la ajena en insensatas especulaciones consultando únicamente su avaricia y no la prevision, y á

los padres que hagan de las artes mas frívolas la ocupacion mas sagrada de sus hijos? ¿No son estos unos verdaderos escesos? ¡Y si queremos refrenarlos se nos acusará de que intentamos aniquilar al hombre y sus facultades! ¿Se habrá oido jamas tan estraña acusacion?

¿Que significa todo ese pomposo elojio de las pasiones violentas, que las presenta como oríjen de todo lo grande y bello que hay entre los hombres? Quien habla un lenguaje semejante, ¿podrá lisonjearse de entenderse á sí mismo? Una aficion vehemente y como esclusiva á determinados objetos; un corazon susceptible de impresiones vivas y durables; un entendimiento capaz de profundas meditaciones y de una pronta penetracion, y una alma firme é imperturbable en sus pensamientos y designios, esto es á mi parecer lo que distingue á los que se suponen animados de pasiones fuertes. ¿Pero quien no advierte que si estas disposiciones naturales no son bien dirijidas, si no

se emplean en cosas laudables y útiles, pueden acarrear desórdenes monstruosos, y hacer al hombre ó grande por sus crímenes, ó grande por sus virtudes? Con estas estraordinarias cualidades de alma y de corazon pueden formarse hombres grandes como Arístides, Trajano, Luis IX, Enrique IV, Turena, Bossuet y Fenelon; pero si el amor de una falsa gloria, si malos ejemplos, la adulacion y circunstancias desgraciadas dan á estas inclinaciones una direccion funesta, tendréis Catilinas, Nerones, Mahomas, Cromweles, novadores atrevidos, poetas infames y sofistas peligrosos: son en fin como un rio que paseando sus aguas mansamente, esparce en sus riberas la vida y la frescura, y puede por mil canales extender por todas partes su saludable influencia; pero que si llega á desbordarse lleva hasta muy léjos la desolacion y el estrago.

¿Que significa tampoco ese consejo que nos da uno de los jefes de la es-

cuela moderna cuando nos dice: «Poned «todas vuestras pasiones á un mismo ni«vel; estableced entre ellas una perfecta «armonía, y no temais sus desórdenes.» Decis que pongámos nuestras pasiones á un mismo nivel; ¿pero no tendréis la bondad de descubrirnos ese infalible secreto de ejecutar tan admirable proyecto? ¿No seria esto decir que se pueden poner acordes las pasiones del alma como las cuerdas de un instrumento, y que son tan dóciles á nuestra voluntad como una arpa á la mano del músico? Si las pasiones que se contraponen tuviesen una fuerza igual, resultaria un estado de equilibrio y de inaccion; y el hombre igualmente combatido por el odio que por el amor, por el fausto que por la avaricia, por la audacia que por la pusilanimidad, y por el deseo de gloria que por el interes personal, seria el mas irresoluto y nulo de todos los seres. ¿Quereis que una de estas pasiones sea la mas fuerte, la predominante, y la que dé actividad

á todas las otras? ¿Adonde iria entónces á parar esa pretendida armonía? Y si las pasiones son violentas, ¿no es de temer entónces que sean desarregladas? Todas desde luego se disputarán á porfía el dominio del hombre, y el corazon no será mas que la arena de los gladiadores, ó en el lenguaje de los libros santos, una mar borrascosa, cuyas olas se embisten y se rompen con furor. ¡Cuanto mas prudente es advertir al hombre que vele sobre sus inclinaciones y las combata con valor, para evitar ó contener sus escesos! Las pasiones son las enfermedades del alma, y tratar de ponerlas en armonía para contener sus perniciosos efectos, seria imitar á un empírico que, para conservar la salud, nos aconsejase poner acordes todas las enfermedades del cuerpo.

Volvamos, Señores, á la sana doctrina que la razon nos dicta, y que la relijion enseña á todos, á saber, que tenemos en Dios un Señor cuya volun-

tad debe ser la regla de la nuestra; que el bien consiste en seguirla, y el mal en resistirla. Léjos de nosotros todos esos doctores del error que colocan el bien supremo en la satisfaccion de las pasiones, y que nos incitan á entregarnos á ellas, mas bien que á combatirlas para someterlas á la razon. Bien podria interesaros en la causa que defiendo, por el mismo temor de que las pasiones lleguen á ser el azote de la sociedad y la ruina del cuerpo; deciros y confirmaros con la experiencia que los escesos de la intemperancia, las inquietudes de la ambicion, los arrebatos de la cólera y el gusano roedor de la envidia, alteran y destruyen los temperamentos mas robustos, los conducen á una languidez funesta, y apresuran las enfermedades y la muerte; pero he preferido mirar las cosas bajo de un punto de vista mas elevado y digno de la criatura racional. Hay ciertamente mucho ménos grandeza y heroismo en seguir nuestras inclinaciones que en sa-

crificarlas al deber. Consiento en no valerme ahora de las máximas del cristianismo que tantas ventajas me darian, y recurro solamente á esos sentimientos de órden y de virtud esparcidos entre todos los hombres: todos han confesado que el mas hermoso triunfo del hombre es el que consigue sobre sí mismo, sobre el amor á los placeres, sobre sus resentimientos, sobre la concupiscencia. ¿Es acaso el feroz Mario, sin resolucion para despojarse del mando supremo, mas grande que el modesto Dictador que sufoca su ambicion para volverse al arado? Coriolano, caminando hácia Roma al frente de los enemigos de su patria, ¿es acaso tan grande como ese Arístides, que, al marchar á su destierro, implora el favor del cielo por la ciudad ingrata que le condena? ¿Y vale acaso tanto el guerrero que se entrega á una fogosa intemperancia como el héroe que respeta la virtud de su cautiva? Todos sentimos cuan hermoso es anteponer el deber á todo, aun

en aquel mismo momento en que tenemos la debilidad de sacrificarle á la pasion. Esta era la máxima del gran Condé: «Tenia por máxima, dice Bossuet, «(escuchad, porque es la máxima que «forma los grandes hombres), que en «las grandes acciones se debe pensar «únicamente en obrar bien, y dejar llegar la gloria despues de la virtud.»

LIBRE ALBEDRIO.

La suerte de la virtud sobre la tierra es tener amigos sinceros que la defiendan con valor, y tambien enemigos furiosos que la combatan con encarnizamiento: su luz, al mismo tiempo que encanta á los espíritus dóciles, irrita á las almas soberbias. La índole de la verdad es hacer frente á todos los vicios y á todos los errores. Bajo de este supuesto, ¿que estraño es que se armen contra ella todas las pasiones y todas las preocupaciones? Todos tenemos mas ó ménos el deplorable talento de oscurecer las cosas mas claras, de embrollarnos con nuestras propias sutilezas, y de conseguir mas de una vez dar un vislumbre de verosimilitud á las paradojas mas repugnantes. Hace mucho tiempo que Ciceron dijo que no ha habido absurdo que no haya tenido defensores

aun entre injenios nada vulgares. Estas reflexiones, Señores, nos han ocurrido naturalmente con motivo de la discusion que vamos á entablar sobre el libre albedrío. Ciertamente si hay alguna doctrina luminosa y sencilla, cuyo sentimiento esté universal y profundamente grabado en el corazon humano, es la de que existe en nosotros un principio activo, capaz de deliberar, elejir y decidirse, y la de no ser máquinas sometidas á impulsos puramente mecánicos, ni plantas que vejetan por leyes puramente físicas, ni animales guiados por un ciego instinto que los domine y arrastre. Mas sin embargo yo no sé si el estudio de la filosofía presenta una cuestion mas envuelta en las nubes del sofisma, que la de la libertad del alma humana, combatida por todo lo mas sutil é intrincado que ha podido inventar la dialéctica. En este punto la corrupcion del corazon se ha unido á los estravíos del entendimiento; y por odioso y funesto que sea el fatalismo, no

ha dejado de tener sectarios en todos los siglos. ¡Tan cómodo es persuadirse que las pasiones nos arrastran con una fuerza irresistible, que nuestras acciones dependen únicamente de nuestros órganos, y que un invencible destino forma nuestros vicios y nuestras virtudes! Bien se puede con semejante doctrina ostentar en los discursos la moral mas ríjida: porque al mismo tiempo se adormece por ella la conciencia en el vicio, la sensualidad se entrega con seguridad á los placeres, y hasta el mismo crímen puede vivir en la calma de la inocencia.

Al tratar hoy, Señores, de vindicar la libertad de nuestras almas de los ataques de los sofistas, antiguos y modernos, es preciso no equivocarnos sobre el verdadero objeto de la discusion, y entendernos bien para no enredarnos en disputas interminables. No pretendemos que en todas sus ideas, sus deseos é impulsos, esté el hombre á cubierto de toda necesidad. ¡Cuantos

movimientos de que no es dueño tienen sus órganos! ¡Cuantas impresiones en los sentidos, cuantas sensaciones consiguientes á ellas, y cuantos pensamientos indeliberados no experimentamos á pesar de nosotros mismos! Nadie ignora tampoco que hay cosas agradables por sí mismas, á las que nos entregamos sin fuerza ni violencia, y en las que sin embargo no somos libres. El amor de nosotros mismos, el deseo de nuestra felicidad es ciertamente el mas conforme á nuestra voluntad, y es sin embargo el en que el hombre es ménos libre. Bossuet al principio de su *Tratado sobre el libre albedrío* fija el sentido de la cuestion con las siguientes palabras: «La cuestion «se reduce á saber si hay cosas que es«tan de tal modo en nuestro poder y «á nuestra eleccion, que podamos ele«jirlas ó no elejirlas.» De este modo la libertad consiste en la facultad de determinarse por su propia eleccion.

De esto tenemos pruebas de todas

clases, pruebas directas tomadas del sentimiento de la razon y de la fe del jénero humano, y pruebas indirectas sacadas de los mismos absurdos del sentimiento contrario. Nuestro objeto es exponerlas, procurando al mismo tiempo rebatir las dificultades á medida que se vayan presentando. Si entre vosotros hubiese algunos que hayan entrado en este recinto prevenidos contra la libertad del alma, confio que harán un noble uso de ella rindiéndose por un convencimiento profundo á las pruebas que la establecen.

Todo en efecto me dice que nuestra alma tiene la facultad de deliberar y obrar por eleccion; que es señora de sus determinaciones, y en una palabra, que es libre. Consultemos desde luego el sentimiento, ese testimonio interior que nos advierte de todo cuanto pasa en nosotros. Si queremos por un momento recojernos dentro de nosotros mismos descubrirémos que nuestra alma se conoce, se ve, se siente á sí misma;

que tiene un conocimiento seguro de sus pensamientos, de sus facultades y de sus operaciones; y que un sentimiento vivo y profundo, que no puede evitar, la advierte de su estado, de lo que experimenta, y en fin de lo que es: por consiguiente á poco que cada uno de nosotros se escuche y se consulte á sí mismo, siente que es libre, así como siente que piensa y que existe. Sí, cada uno de nosotros siente clara y distintamente, á lo ménos en una infinidad de circunstancias, que puede hablar ó callar, andar ó estar quieto, guardar un secreto ó revelarle, socorrer á un indijente ó desatenderle, obrar ó no obrar; y si esta libertad fuese una ilusion, ¿como podria yo sentirla de este modo? ¿Podemos sentir lo que no existe, la nada, tan positivamente como lo que es real y efectivo?

Si queremos conocer á fondo esta libertad, hagamos la experiencia en una de las cosas indiferentes por sí mismas,

y en la que ninguna razon ó motivo nos incline mas á una que á otra parte: por ejemplo, si yo me determino á levantar el brazo y á moverle, me es indiferente llevarle á derecha ó á izquierda, y puedo ejecutar ámbos movimientos con igual facilidad. Moviéndole de este modo á mi arbitrio puedo muy bien experimentar el placer de usar de mi libertad; pero este es siempre el mismo, ya lleve mi brazo á un lado, ya le dirija al opuesto; y cuanto mas profunda y sériamente considero por que le llevo, por ejemplo, á la derecha, tanto mas palpablemente conozco que es tan solo porque mi voluntad me ha determinado á ello por su propia actividad, y por esa facultad de elejir que constituye su esencia. Soy ciertamente y de tal manera dueño de mis movimientos, que puedo anunciar los que haré, y comprometerme tambien á confirmar ó desmentir cuantas conjeturas se quieran hacer sobre ellos; y es tan positivo el poder que tengo de

elejir, que si se conjeturase que en cierto momento debo levantar un brazo, no temeria comprometerme á tenerle inmóvil; y acaso bastaria que se me creyese obligado á hacer un movimiento determinado para que ejecutase el contrario. Sin duda es libre el hombre en cosas mucho mas importantes que en el movimiento de sus brazos; pero yo no necesito por ahora de mas ejemplo que este para hacer ver que el hombre no es una máquina, y para echar de este modo por tierra el fatalismo.

Tal vez se nos objetará que este sentimiento íntimo de nuestra libertad puede muy bien ser una ilusion, y que acaso seamos movidos por impulsos reales, aunque insensibles, y afectados como si fuésemos libres, aun cuando no lo seamos. Esto seria querer impugnar un hecho con una posibilidad, una realidad con una suposicion del todo imajinaria, y el sentimiento positivo de la libertad con una negacion arbitraria de

este mismo sentimiento. Y cuando yo siento que tengo el poder de hablar ó callar; cuando tengo un sentimiento tan profundo y luminoso de mi libertad, como el de mi pensamiento y existencia, ¿se ha de querer mirar como una ilusion lo que yo siento de un modo tan claro y positivo? ¿Por que no llamais igualmente quimérico el sentimiento de vuestra existencia? Con semejantes raciocinios todo se trastorna, y no queda medio alguno de distinguir el juicio de la locura, ni la mentira de la verdad. Por mas que me hableis de sentimiento interior, de conciencia, de conocimientos y de impresiones de verdad, yo os diré que todo eso puede ser ilusion. Si un dia quisiéseis referirme, por ejemplo, que estando á las orillas del Sena en las inmediaciones de esta capital os sorprendió una tempestad furiosa, os replicaria que acaso todo eso no pasó mas que en vuestro cerebro y en vuestra imajinacion, y que no seria aquella la primera vez que los fantas-

mas han sido tenidos por realidades. Me replicaríais que estabais en vuestro sano juicio, y con todas vuestras facultades expeditas, y que habíais visto y sentido perfectamente la lluvia que os mojaba por todas partes; mas yo os contestaria que os habíais figurado sentirla, pero que no la sentíais realmente, y que estabais afectados como si el cielo estuviese lluvioso, no obstante que estaba sereno. Con tal manía de oponerse á todos nuestros sentimientos interiores mas claros y mas vivos, nos conducirian á dudar hasta de nuestros pensamientos y existencia, porque al cabo nosotros no sabemos que pensamos y existimos, sino porque nosotros mismos sentimos nuestro pensamiento y nuestra existencia.

Yo convengo en que hay algunos actos á los cuales nos arrastra una secreta necesidad; pero tambien sentimos esta perfectamente. Así es que el hombre se ama á sí mismo con un amor que sin duda le es en estremo grato,

pero necesario, porque no nos es posible dejarnos de amar. Podemos muy bien experimentar alguna vez deseo de viajar para instruirnos, así como experimentamos el de ser felices; pero con la diferencia de que ni aun se nos ocurrirá la idea de que podamos dejar de querer nuestra felicidad, cuando por el contrario sentimos claramente que podemos dejar de emprender un viaje: para este meditamos y nos consultamos á nosotros mismos, miéntras que jamas sujetamos á deliberacion si queremos ser felices ó no; lo cual demuestra, dice Bossuet con este motivo, que si nos sentimos necesariamente impelidos por nuestra naturaleza á desear ser felices, tambien nos sentimos libres en escojer los medios para serlo.

Harémos algunas reflexiones bien sencillas, y sin embargo muy embarazosas para esos charlatanes injeniosos que quieren combatir con sus sofismas el sentimiento de nuestra libertad. Llamais ilusion, les dirémos, el sentimiento

de mi libertad, y quereis combatirla con los argumentos de no sé que metafísica; pero advertid que todas vuestras razones serán inútiles para mí, si no llego á conocer su verdad. No puedo conocerla sino por el sentimiento de una luz interior que me anuncie su presencia; porque la verdad no lo es para mí sino por el sentimiento que tengo de ella. Y si no debo creer el sentimiento de mi conciencia que me dice que soy libre, ¿por que razon quereis que crea el sentimiento de esa misma conciencia cuando me diga que teneis razon? Si no debo dar crédito al sentimiento de mi libertad, ¿por que he de darle al de la verdad de vuestros raciocinios? ¿Creeis que he de sentir mas claramente la fuerza de vuestras razones que mi misma libertad? Ya estais enredados en vuestros propios lazos; pero aun hay mas: me acusais de que cedo con demasiada facilidad á las apariencias, de que soy muy crédulo: quereis despreocuparme, y en consecuencia des-

plegais todo vuestro sistema del fatalismo; me le esplicais en todas sus partes queriendo convencerme de la solidez de vuestras ideas, y de la debilidad de las mias: ¿pero no es esto mismo creerme capaz de examinar, de meditar mis ideas y las vuestras, de deliberar, de elejir; y en fin, de decidirme á favor ó en contra de vuestra doctrina? ¿Y este poder es acaso otra cosa que el uso mismo de mi libertad? Ved pues como para probarme y convencerme de que no soy libre, os veis forzados á suponer que lo soy.

Esta última consideracion nos conduce á la segunda prueba tomada de la evidencia del raciocinio.

Es incontestable que la libertad es posible: todos los hombres tienen idea de ella, y todas las lenguas tienen voces y modos de hablar muy claros y precisos para esplicarla. Todos distinguen lo que nos es posible, y lo que está sujeto á nuestra eleccion de lo que no lo está; y aun los que nie-

gan la libertad no dicen que no entienden esta palabra, sino que no existe lo que se quiere significar por ella (1). ¿Pero por que razon no ha de haber podido Dios dar al hombre la facultad de elejir entre diferentes objetos y determinarse por un impulso propio, personal é inherente á su naturaleza? Si Dios ha podido comunicarnos algo de su ser dándonos la existencia, alguna parte de su infinita intelijencia dándonos la razon, y algun tanto de su poder creador concediéndonos la facultad de crear en cierto modo tantas formas nuevas en la materia, y de inventar tantos modos de hermosear y perfeccionar la naturaleza misma; ¿por que ha de haberle sido imposible hacernos participantes de su soberana libertad en el grado de subordinacion y de imperfeccion que conviene á la criatura? La razon misma ilustrada por la experiencia nos dice, que no hay ningun motivo

(1) Bossuet: *Traité du libre arbitre*, chap. II.

determinante, ningun bien particular ni inclinacion alguna natural que nos arrastre irresistiblemente; y que así podemos elejir por la accion misma de nuestro propio albedrío.

No hay duda que el hombre obra determinado por algun motivo, y por eso es intelijente y racional; pero ¿es irresistible este motivo? He aquí el punto decisivo de la cuestion. Si lo es, ¿por que ántes de ceder á él, reflexionamos y deliberamos? A nadie le ocurre sujetar á una deliberacion si ha de morir algun dia, ó si al abrir los ojos ha de ver la luz: en esto nos dejamos llevar del curso inevitable de las cosas; pero cuando se presentan razones para obrar ó no obrar, conocemos que debemos pesarlas, porque queremos obrar por eleccion.

¡Que ceguedad hacer al hombre un ser puramente pasivo bajo del imperio de la necesidad, y querer esplicar sus determinaciones, sus voluntades y elecciones por medio de impresiones me-

cánicas! ¿Que relacion hay entre el acto de mi voluntad cuando escoje, y el choque de un cuerpo impelido por otro? No depende de las facultades del que ha sido impelido deliberar sobre el movimiento ó empuje que recibió, modificarle ó tomar una direccion opuesta á la que le ha sido dada: el alma por el contrario se recoje en sí misma, medita sobre las impresiones que experimenta, y desplega segun la acomoda su fuerza y actividad. Pónganse los dos platos de una balanza en un perfecto equilibrio, el peso que se eche en uno de ellos le hará bajar, sin que pueda resistirse á la fuerza que le arrastra; pues no está en su poder permanecer fijo como ántes, porque es meramente pasivo; pero no así nuestra alma que es activa, y obedece ó resiste segun su voluntad. Guardémonos de formar falsas ideas de los motivos que obran en nuestra alma, y no nos figuremos, engañados por nuestra imajinacion, que un *motivo* es como un cuerpo que carga con todo

su peso sobre otro cuerpo. Un motivo es una idea, un sentimiento, una consideracion que se escita en el alma: es cierta cosa espiritual. Una razon para obrar no es la accion misma, y hay mucha distancia entre las luces del entendimiento y las decisiones de la voluntad. ¿Y cuantas veces por una contradiccion que patentiza nuestra libertad, seguimos en la práctica lo que desaprobamos en teoría?

Ahora conoceréis cuan fútil es la objecion de que proviniendo nuestras ideas de los sentidos, y nuestras determinaciones de nuestras ideas, todo viene á depender de la organizacion física. Yo responderé que no sucede lo mismo con respecto al alma, que es una sustancia activa y que delibera, que con respecto á un instrumento al tocar sus cuerdas; que despues que la accion de los nervios, músculos y fibras ha escitado en el alma las sensaciones y por medio de ellas las ideas, tiene esta la facultad de compararlas,

combinarlas y valuarlas; y que si bien por una parte es pasiva como un instrumento músico, si se quiere, es tambien activa por otra por su misma naturaleza. Lo que en este punto nos alucina es, que en muchas cosas se encuentra la necesidad al lado de la libertad; de lo que resulta que la confundimos por falta de reflexion: me esplicaré. Los colores que veo, los sonidos que oigo, los olores que percibo, y las impresiones exteriores que reciben los órganos, escitan en mi alma ciertas sensaciones que no puedo evitar: en esto me siento forzado. Tampoco soy libre en no sentirme acosado de la hambre ó de la sed, penetrado de alegría ó de dolor, y ajitado de deseos; ni en dejar de experimentar ciertos movimientos indeliberados y pasajeros: pero pasa el momento de la necesidad, y empieza luego la libertad: la voluntad ejerce su imperio sobre estas mismas impresiones: es su soberana y no su esclava, así como los órganos son sus

ministros y no sus señores; pues aunque puedan ser rebeldes, jamas su rebelion destruye la autoridad de aquella, sino que al contrario la supone. Sabemos distinguir debidamente las impresiones necesarias de todo aquello en que somos libres, y tambien ciertos actos indeliberados, de aquellos que estan á nuestra propia eleccion. Así, el guerrero mas intrépido puede temblar involuntariamente al principio de una batalla; pero penetrado de lo que le mandan el honor y el deber, marcha hácia el enemigo con un valor premeditado. Así tambien á la mitad de un concierto agradable formais la intencion de oirle hasta el fin; pero si os acordais de alguna obligacion que teneis que cumplir, reflexionais, y al momento os decidís por eleccion á sacrificar el placer al deber. ¿Y quien no sabe discernir estas diversas afecciones, y distinguir en que es libre, y en que no lo es?

Todos indudablemente amamos el bien en jeneral, y todos le deseamos y

buscamos como término único de nuestras esperanzas, y objeto de nuestra felicidad. Es indudable tambien que si Dios, este bien supremo, se nos apareciese, nos arrastraria irresistiblemente hácia sí, é iríamos á perdernos en un océano de grandeza y de gloria. Entónces y con la vista de Dios, que es la verdad misma, quedaria plenamente satisfecho el deseo de conocer; y el deseo de amar se saciaria con la posesion de este Dios, que es la beldad suprema. Colocados entónces en un estado fijo de conocimiento pleno y de felicidad perfecta, dejaríamos ya de ser libres. No sucede lo mismo sobre la tierra, en la que solo vemos por entre nubes. Aunque la razon nos descubra que la virtud es el único bien verdadero, no por eso siempre experimentamos placer en seguirla; pues muchas veces exije sacrificios penosos á la naturaleza; aunque los deleites sean falsos ó engañosos, tienen sin embargo atractivos y encantos que nos cau-

tivan; y aunque en muchas cosas se nos muestre la verdad de un modo muy luminoso, no por eso deja de estar frecuentemente envuelta entre sombras. De este modo queda siempre algo que desear á nuestra intelijencia y voluntad, sin que bien alguno particular nos arrastre necesariamente; razon por la cual jamas dejamos de consultar, de deliberar y escojer, que es lo que constituye la esencia de la libertad.

Es indudable que el temperamento, las inclinaciones naturales y la costumbre ejercen cierto imperio sobre nosotros; pero guardémonos de creerle absoluto, y sepamos hasta donde se extiende su influencia. Yo convendré en que por su organizacion sean unos mas inclinados que otros al deleite, á la pereza ó á la cólera; en que nazcamos con cierta disposicion y cualidades particulares que hacen como el fondo de nuestra alma y de nuestro carácter personal; y en que los hábitos envejecidos dejan en nosotros impresiones muy

difíciles de borrar; lo cual ha dado lugar al proverbio comun de que *la costumbre es segunda naturaleza*: convendré tambien en que se vean injenios, muy sensatos por una parte, pero atormentados por otra de ideas estravagantes que no puedan dominar, como se refiere de Mallebranche y de Pascal; y en que haya igualmente hombres tocados de la manía de creerse animales en ciertos intervalos, y arrastrados maquinalmente á remedar el grito de aquellos, ó á participar de sus alimentos; pero no intento hallar la libertad del hombre en los maniáticos ni en los insensatos: aquí solo hablamos del hombre racional que disfruta de todas sus facultades. Desechemos bajo de este supuesto la idea de que el temperamento, la inclinacion y la costumbre son irresistibles: podrán debilitar la libertad, pero no destruirla. Pronto os manifestaré las terribles consecuencias del fatalismo. Reconozcamos por ahora que la educacion, el buen ejemplo, la razon,

y sobre todo la relijion, pueden hacer al hombre superior á la violencia de las inclinaciones y de la costumbre. No es esta la ocasion de decir todos los prodijios que puede obrar en este caso la relijion con sus promesas y sus amenazas, y con todos los auxilios divinos que dispensa: me contento con recordaros la multitud de ejemplos que, tanto entre los antiguos como entre los modernos, atestiguan altamente el imperio que sobre sí misma conserva el alma en medio de las impresiones que la pueden inducir al mal. No es el hombre como un árbol que si se inclina á un lado no vuelve á enderezarse por sí mismo; no como una piedra caida de lo alto de los aires que tampoco puede remontarse á la atmósfera, ni como un rio que nunca vuelve á su nacimiento; todo esto está sujeto á leyes mecánicas. Si el hombre no es independiente de las causas físicas, tampoco es arrastrado por ellas; está animado de un principio de actividad, de una fuerza de

razon y de voluntad superiores á todo atractivo y á todos los obstáculos. ¡Cuantas veces hemos visto á los voluptuosos, á pesar de la impresion de los mas envejecidos hábitos, salir por fin de su molicie y hacerse laboriosos y templados! ¡Cuanto no hace brillar este prodijioso cambio de conducta la libertad del hombre y el imperio de su alma sobre sus órganos! Nace Agustin con un entendimiento vivo y un corazon naturalmente tierno; entrégase por largo tiempo á monstruosos errores, y se encenaga en los placeres sensuales; pero por último pensamientos mas graves principian á hacerle avergonzarse de sus desórdenes; combate, triunfa del hábito del orgullo y de la sensualidad, vuelve á la virtud, y por ella á la libertad verdadera. ¿Queréis todavía otro ejemplo memorable de lo que pueden la relijion y la reflexion sobre la naturaleza mas rebelde? Acordaos del inmortal discípulo del inmortal Fenelon; colérico, impetuoso, desenfrenado

en todos sus deseos; lleno de caprichos y de arrebatos estravagantes hubiera podido ser el duque de Borgoña, entregado á sí mismo ó dirijido por manos inexpertas, un mónstruo de vicios y de crueldad: pero dulces insinuaciones, ejemplos aun mas persuasivos que las lecciones, y sobre todo el imperio que la relijion ejerce insensiblemente en su corazon, templan y suavizan aquel carácter casi feroz, y desenvuelven en el jóven príncipe cualidades que pronosticaban á la Francia dilatados dias de prosperidad y de gloria. Así pues, Señores, nos dice la razon que no hay motivo, bien particular ni inclinacion natural que tenga una fuerza irresistible, por lo cual el hombre es libre ántes de obrar, respecto á que puede elejir, y libre en sus acciones, pues dependen de su eleccion.

Consultemos por último la fe del jénero humano. Si se tratase de los secretos de la naturaleza, de las ciencias llamadas exactas, del conocimiento fí-

sico del globo y del mundo planetario; en una palabra, de todo lo que supone grande capacidad ó sabias investigaciones, no deberíamos ciertamente tomar la opinion jeneral de los pueblos por árbitro y regla de la nuestra; pero en las cosas que todos sienten, que estan unidas á la conducta regular de la vida, y son la regla universal de las acciones y de los juicios de todos los hombres, no puede ménos de llamar nuestra atencion el convencimiento universal, constante é imperturbable de las naciones y de los siglos. ¿Y como sería posible dejar de ver en él uno de los sentimientos que inspira la naturaleza, y que estan arraigados en el fondo mismo del ser racional? Si en algunas cosas los mismos sabios son pueblo á causa de sus preocupaciones, tambien el pueblo es verdadero filósofo sobre varios objetos. Entre los injenios mas sublimes y nosotros hay muchas cosas comunes; y es necesario tambien que entre sus ideas y las nues-

tras haya un punto de comunicacion sin el cual no podríamos entendernos. Este punto de comunicacion es el sentido comun; y en lo que pertenece al sentimiento y á este sentido, confieso que respeto mucho la autoridad del jénero humano. ¿Y cual ha sido su creencia sobre él libre albedrío? No es difícil saberlo. Si los hombres son libres, es natural que deliberen ántes de obrar; que dirijan sus pensamientos á lo futuro; que su prevision les reserve recursos, y se decidan siempre por el partido que crean mas prudente. Esto es precisamente lo que han hecho en todos tiempos; de tal modo que los que han obrado sin reflexion han sido mirados como almas superficiales, ó se los ha tenido por temerarios ó locos. Si somos libres, es natural aconsejar á los hombres que huyan del vicio, que practiquen la virtud, que sacrifiquen las pasiones á la obligacion, y merezcan por una conducta sin tacha la consideracion pública. Todo esto en la doctrina

de la libertad está á nuestro alcance; y así vemos á los sabios, á los hombres virtuosos, á los lejisladores de todos tiempos, y á cuantos han sido amigos de la humanidad, consagrar sus trabajos y desvelos á hacer á los hombres mejores y mas felices. Por último, si somos libres es natural que la sociedad nos imponga leyes; que nos obligue á seguirlas; que premie á los que se mantienen fieles á ellas, y castigue á sus infractores; y esto mismo es lo que la historia nos refiere de todas las sociedades civiles. Se han visto ademas filósofos sistemáticos alzarse contra la libertad y combatirla en sus escritos; pero en la práctica desmentian su teoría, obrando y conduciéndose como si fuesen libres. De este modo en todos tiempos y lugares han presentado los hombres todos los fenómenos y las señales características de la libertad; han pensado, han hablado y han obrado como deben hacerlo los seres libres: de donde se infiere que la libertad es uno

de los atributos de la naturaleza humana.

Ah, Señores, no tendria la doctrina de la libertad de nuestras almas tantos enemigos, si las pasiones no estuviesen tan interesadas en desconocerla, para satisfacerse impunemente y sin remordimientos. Se podrá disputar contra esta verdad del modo que los Pirrónicos han disputado ridículamente la verdad de su propia existencia; podrán oscurecerla los sofismas, pero no destruirla; y arrastrado siempre el jénero humano por una conviccion profunda, se le verá hablar, discurrir y obrar como debe hacerlo si goza de libertad.

Paso ahora á las pruebas indirectas del libre albedrío, sacadas de los mismos absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario, ó sea del fatalismo.

Muchas veces, Señores, el medio mas corto y fácil de juzgar un sistema es examinarle por sus consecuencias inmediatas. Puede el sofista, á fuerza de sutilezas y de los ardides injeniosos de

la dialéctica, dar un vislumbre de verdad á los errores mas monstruosos; de modo que llegue á ser difícil seguirle en sus complicados argumentos, ó hacer ver su falsedad, aun cuando se conozca perfectamente. Entónces es preciso examinar las consecuencias necesarias de su doctrina; pues el árbol se conoce por sus frutos: y cuando las consecuencias son absurdas, ¿podrán ser verdaderos los principios? Apliquemos esto al fatalismo: si os dijese terminantemente que no hay en realidad vicio ni virtud en este mundo; que los remordimientos nó son mas que una quimera y el vano tormento de los ilusos, os escandalizaríais de tales proposiciones; y en efecto ya hemos hecho ver en otro discurso cuan abominables són. Si añadiese por último que tampoco hay Dios, ¿no os irritaríais aun mas? Pues veamos ahora si no son estas las tres consecuencias inmediatas é inevitables del fatalismo; y de este modo serémos conducidos por la fuerza misma de las cosas á la

doctrina opuesta, la del libre albedrío.

Yo sostengo desde luego que en el sistema del fatalismo no hay realmente bien ni mal: en este concepto me dirijo á sus defensores, y les pregunto: ¿os parecen desórdenes y crímenes los asesinatos, los parricidios, los envenenamientos, la calumnia, la crueldad en los padres, la ingratitud en los hijos, la perfidia en los amigos, y la mala fe en el comercio de la vida? Por el contrario, ¿os parecen cosas arregladas, y teneis por virtudes la probidad, el agradecimiento, la justicia en el majistrado, el valor en el guerrero, y la beneficencia en el rico? ¿Es malo lo uno y bueno lo otro? Hablad: si todo es igual á vuestros ojos; si no advertís otra diferencia entre el bueno y el malo, que la que se nota entre el voraz gavilan y la tímida paloma; si el parricidio y el amor filial son para vosotros lo mismo que una furiosa tempestad ó un dulce rocío, ¿que sentimientos son entónces los vuestros? ¿Y no os parece semejante

doctrina tan horrible que no os atreveríais á profesarla públicamente? Mas si á un lado veis crímenes, y á otro virtudes, sois inconsecuentes; porque al fin si, segun vosotros los fatalistas, todo existe necesariamente; si todo lo que es, debe ser y no puede ser de otro modo, y si todo está encadenado por las leyes del destino irresistible; todo entónces está en su lugar, y todo ordenado; entónces no se ha quebrantado regla ninguna, ni hay desórden, porque este no es otra cosa que la infraccion de una regla que debe seguirse y no se ha seguido. Así, Neron cantando el incendio de Troya á la vista de Roma ardiendo, y San Luis administrando justicia debajo de la encina de Vincennes, no hacian mas que cumplir con sus inevitables destinos; y el uno fué justo por la misma razon que el otro cruel; es decir, por el curso de una invariable necesidad. Del mismo modo Tito y Calígula, siendo el primero las delicias del jénero humano, y su espanto el

segundo, son dos anillos igualmente necesarios de la cadena de los seres, el uno de hierro, si se quiere, y de oro el otro, pero nada mas; pues la diferencia de su conducta no dependia de su eleccion, así como la diferencia entre aquellos dos metales no consiste en ellos: así, por último, puede llamarse inocente un asesino, citado ante los tribunales, y teñidas aun sus manos en la sangre de su semejante. Y en efecto, en el sistema del fatalismo tendria derecho para decir al Majistrado: «Me he visto tan precisado á cometer este homicidio, como vos lo podeis estar á vengarle: el temperamento obra en mí, como en vos, por el impulso irresistible de la naturaleza: yo he debido ser el tigre que devora su presa, y vos debeis ser el cazador que le persiga; sois mas feliz que yo, pero no soy culpable mas que vos.» En verdad, Señores, que si el Majistrado fuese fatalista, podria, sí, condenar al asesino, pero no replicar á su arenga.

¿Nos contestará el fatalista que él llama virtud á lo útil, y vicio á lo perjudicial, aunque tanto lo uno como lo otro sea necesario, y no efecto de una libre eleccion? Pero yo le diré: si así es, si esta es la balanza en que vosotros pesais lo justo y lo injusto, el vicio y la virtud; echad por tierra todas las nociones de la recta razon, y todas las reglas del lenguaje adoptadas entre los hombres: llamad virtuoso á un campo fértil que se cubre de ricas mieses, porque es utilísimo; y llamad criminal á un torrente desbordado que devasta los campos porque es perjudicial. Advertid, Señores, cuan inseparable es en el hombre la idea del crímen de la idea de libertad: si un enfermo en el delirio de la calentura, y el demente en un acceso de furor cometen un homicidio, veríamos en esto una desgracia, pero no un crímen. Será muy justo, muy conveniente poner á uno y á otro en estado de no poder dañar á sus semejantes; ¿pero que código condenó

jamas á muerte al que tiene el cerebro perturbado, por mas daños que haya causado? ¿Por que los delitos premeditados, combinados y preparados de antemano escitan mayor indignacion, son mas odiosos y tienen en los tribunales otra calificacion que aquellos que se cometen en un arrebato de cólera ó de furor, sino porque en los primeros hay mas reflexion y mas libertad? Quitad pues al hombre la libertad, admitid el fatalismo, y desaparecieron el vicio y la virtud.

La segunda consecuencia es que los remordimientos son una quimera, y que el único partido prudente es sofocarlos. El remordimento consiste en la conviccion íntima que tenemos de haber debido y podido dejar de hacer la accion ejecutada, de cuya conviccion resulta en el hombre un combate aflictivo entre la conciencia que le acusa, y el entendimiento que se ve obligado á condenarle. Pero si quitais al hombre la libertad, si el culpable no pudiese evitar el mal, ¿habria cosa mas

necia que reprochársele? Que el hombre responsable de un hurto, de una muerte, ó de una calumnia voluntaria, y penetrado de que tenia libertad para no cometer estos delitos, se reconvenga á sí mismo, es una cosa muy natural; pero si ha sido arrastrado á ellos irresistiblemente, y le han sido tan inevitables como una enfermedad y la muerte, seria tan ridículo echárselos en cara como lo seria que un moribundo se acusase de su agonía. Observad, Señores, que hay gran diferencia entre los remordimientos y los demas sentimientos penosos que pueden afectarnos. Nos aflije un suceso inopinado que trastorna nuestros proyectos ó nuestra fortuna, y nos causa pesadumbre la muerte de un pariente ó de un amigo; pero el alma no siente remordimientos sino por faltas cometidas libremente. Así, cuando un enfermo en el delirio de una calentura ardiente insulta ó maltrata á los que le cuidan con el mas tierno esmero, obra

maquinalmente; y aunque le cause afliccion, si llega á saberlo, no tendrá remordimientos, porque la conciencia nunca se turba ni se inquieta sino por faltas que han podido evitarse. De todo lo dicho se infiere, que quitarnos la libertad y predicarnos el fatalismo es enseñar á los malvados á dormir tranquilos en el seno de sus crímenes, y quitarles el único recurso que les queda, el de los remordimientos.

La tercera consecuencia del fatalismo es que no hay Dios. En efecto la primera idea que despierta en el alma el recuerdo de Dios es la de un ser santo por esencia, que no puede aprobar ni cometer delitos; y despojarle de su santidad es lo mismo que aniquilarle. Por consiguiente el fatalista se ve precisado ó á no reconocer á Dios, ó á hacerle autor de todos los males que infestan la tierra. Segun su sistema, el mundo moral así como el físico, se dirijiria por impulsos y movimientos inevitables, y todas las acciones hu-

manas, así como los fenómenos de la naturaleza, no serian mas que el desarrollo necesario de la direccion primitiva, impresa en las almas como en los cuerpos. Entónces no solo permitiria Dios el mal como procedente del abuso de la libertad, sino que él mismo seria la verdadera causa de él: entónces el crímen del asesino, así como la erupcion de un volcan que abrasa los lugares inmediatos con su lava encendida, sería efecto de la voluntad divina, y el mal procederia de Dios, y no del hombre. Ah! ántes diré, no solo sin temor de blasfemar, sino penetrado de un profundo respeto á la santidad del Dios que adoro, que si fuese preciso admitir el fatalismo, y creer que el hombre no es libre, convendria predicar al instante el ateismo como la primera de todas las verdades: pero si todas estas consecuencias nos espantan, volvamos á la doctrina enseñada por la sana razon y por la relijion: volvamos, Señores, á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Pero, aun se dirá, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder es preciso que suceda; su ciencia es infalible y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, Señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidéz: voy á responder á ella brevemente. El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros no hace que estos cambien de naturaleza: conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano que hoy nos habíamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos no ha sido un efecto de la prescien-

cia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino á hablar no es precisamente porque Dios lo ha previsto; sino que lo ha previsto porque yo debia determinarme á ello; así como yo os veo en este recinto porque estais en él; pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados estaríais en él igualmente. Parece que se cree que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo qué en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldrémos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos. ¿Es acaso la prediccion del astrónomo la causa de un eclipse? Ciertamente que no, pues el eclipse no se verifica porque esté anunciado en nuestros almanaques; sino que está anunciado en ellos, porque, segun las leyes físicas, debe haberle. Es infalible que la accion prevista se ejecutará, pero lo es tambien que se ejecutará

libremente; así pues, si es cierto que muy pronto saldrémos de este sitio, es cierto tambien que saldrémos con toda libertad. En una palabra nosotros hacemos libremente á los ojos de Dios lo que ha previsto que haríamos libremente, y por consiguiente su presciencia no solo no nos quita nada de nuestra libertad, sino que la supone. Si estas esplicaciones no disipan completamente todas las nubes que oscurecen esta materia, si aun quedan sombras en la conciliacion de la libertad del hombre con la presciencia divina y su imperio sobre la criatura, estamos en el caso de decir con Bossuet: «cuando nos ponemos «á raciocinar debemos sentar como in«dudable que podemos conocer perfec«tamente muchas cosas, sin embargo de «que no comprendamos todas sus de«pendencias y resultas. Por esta razon «la primera regla de nuestra lójica es «no abandonar nunca las verdades una «vez conocidas, aunque ocurra alguna «dificultad al querer conciliarlas; sino

«al contrario, es necesario, digámos-
«lo así, tener fuertemente asidos los
«dos estremos de la cadena, aunque no
«siempre se vea el centro por donde se
«continua su union.»

Léjos pues de nosotros el fatalismo, no ménos temible por sus consecuencias que falso en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, las costumbres dulces y apacibles de Espinosa, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que no han debido sus virtudes á su fatalismo; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opinion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías: añadiré que no tratamos de saber si ha

habido fatalistas virtuosos, sino si lo han sido por efecto de su fatalismo; que un sistema que por una reunion feliz de circunstancias produce en algunos de sus partidarios resultas ménos funestas, puede no obstante llegar á destruir toda moral; y que se hace culpable para con toda la sociedad en jeneral el que se atreve á predicarle. Ah! La incredulidad moderna recoje con complacencia todos los escesos de los cristianos para hacerlos recaer sobre la relijion, y con una lójica tan absurda como injusta acusa el cristianismo de los vicios que el mismo condena, y de los furores de que alguna vez ha sido pretexto; por esto solo sus acusaciones no son mas que calumnias; pero lo que es una verdad horrible es que el fatalismo conduce al crímen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles que no son mas culpables por sus delitos que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, Señores,

la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre (1), y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: «Huid de esos hom«bres que á pretexto de esplicar la na«turaleza siembran en los corazones doc«trinas destructoras.... Derribando, des«truyendo y hollando cuanto los hom«bres respetan, quitan á los desgracia«dos el último consuelo en su miseria; «á los poderosos y á los ricos el único «freno que contiene sus pasiones; ar«rancan del fondo del corazon los re«mordimientos del crímen, las esperan«zas de la virtud, y aun se precian de ser «los bienhechores del jénero humano. «Dicen que la verdad nunca daña á los «hombres: yo lo creo como ellos; y es«ta es á mi parecer una prueba de que «no es la verdad lo que ellos enseñan.»

(1) J. J. Rousseau.

INMORTALIDAD

DEL ALMA.

Si fijamos nuestra vista en el teatro de este mundo, no podrémos ménos de admirarnos de dos cosas; de los afanes innumerables con que el hombre se fatiga debajo del sol, como dice el sabio, y de la brevedad de su frájil destino. ¡Cuantas ajitaciones, cuantas inquietudes en este mundo que habitamos! Aquí se ven políticos entregados á vastos proyectos cuya gloria esperan recojer algun dia; allí sabios sumerjidos en penosas investigaciones para adquirirse fama; allá atrevidos especuladores que quisieran sujetar por sus combinaciones los caprichos de la fortuna, esperando disfrutar algun dia del reposo en el seno de la abundancia, y por todas partes pueblos enteros dedicados á perpétuas tareas, al co-

mercio y á las artes, y cifrando en no sé que bienes que se les escapan el colmo de su felicidad. Todo jira de este modo en un contínuo torbellino de proyectos, de negocios y placeres. ¡ Pero cuantas esperanzas frustradas! Todo lo que aparece en la escena del mundo no brilla en ella mas que un instante; lo que hoy vive mañana dejará de existir; la jeneracion presente irá á confundirse con las jeneraciones pasadas; los imperios, los hombres, todo perece, y nosotros mismos pisamos todos los dias la tierra que nos ha de servir de sepulcro. Y en medio de estas perpétuas vicisitudes de jendraciones que pasan y de jeneraciones que empiezan, ¿no seria juicioso preguntarnos á nosotros mismos si todo acaba con el cuerpo? Esos personajes que se han hecho ilustres por sus virtudes, esos hombres célebres cuya memoria vive en los anales de los pueblos, nuestros padres en fin cuyos huesos reposan entre nosotros ¿no serán ya mas que un vil polvo?

:

¿Se encerrará todo mi ser bajo de la losa del sepulcro? ¿Habrá por ventura mas allá de la vida presente otra vida enteramente nueva, en que deberé hallar mi felicidad ó mi desgracia? ¿Se ha presentado nunca, Señores, una cuestion mas digna de los hombres sensatos? ¿Y quien será el que en todos tiempos y en todas ocasiones habrá podido desterrarla de su pensamiento?

Pascal dijo: «La inmortalidad del al«ma es una cosa que nos importa tanto, «y nos interesa tan profundamente que «para no desear saber lo cierto en este «punto, seria necesario haber perdido «todo sentimiento. El rumbo que deben «tomar todas nuestras acciones y todos «nuestros pensamientos es tan diferente, «segun que haya ó no bienes eternos «que esperar, que es imposible dar un «paso con juicio y con tino sin arreglarse «á esta perspectiva que debe ser nues«tro primer objeto.» Recordaros pues la inmortalidad de vuestras almas es presentar á vuestro entendimiento el

objeto mas grande y mas digno de sus pensamientos. Veamos primero lo que podemos descubrir con solas las luces naturales acerca de la existencia de una vida futura, en que haya recompensas para la virtud y castigos para el vicio. Las poderosas reflexiones que expondrémos en su favor serán tomadas del conocimiento profundo y combinado del hombre y de Dios: tal es el asunto de esta conferencia.

Si queremos descender al fondo de nuestra alma para estudiarla y conocerla, hallarémos en su misma naturaleza, en sus sentimientos, en sus deseos y en sus creencias las reflexiones mas decisivas á favor de su inmortalidad.

La primera reflexion será tomada desde luego de la misma naturaleza del alma, quiero decir, de su espiritualidad. Nosotros vemos el cuerpo del hombre morir, descomponerse, y sin ser aniquilado convertirse en cierta cosa que no tiene denominacion fija: el aire, el fuego, el agua, todos los ajentes de

la naturaleza ejercen su imperio sobre él, como sobre una planta ó sobre el cuerpo de un animal. Pero el alma está fuera de la esfera de las cosas sensibles: pura y sin mezcla no encierra en sí ningun principio de corrupcion; y simple é indivisible como el pensamiento, no puede ser herida por elemento alguno, por activo y sutil que se le suponga. Lo que se llama muerte no es mas que una descomposicion de las partes materiales; pero el alma carece de partes, de figura y de situacion respectiva de partes entre sí: y si el cuerpo puede perder esta composicion de partes distintas, desarreglarse y morir, el alma que nada tiene parecido á esto en su modo de existir no debe experimentar por su naturaleza semejante destruccion. Establecida ya la diferencia real entre el cuerpo y el alma, y manifestada la distincion de sus sustancias por su naturaleza y propiedades, se concibe por que la ruina de la una no lleva consigo la de la otra.

No se diga que habiendo sido hecha el alma para el cuerpo debe cesar de existir cuando él, y que sin duda volverá entónces á la nada por la voluntad divina. ¿Pero de donde se saca la estravagante idea de estar limitada la duracion del alma en los designios del Criador á solo el tiempo de su sociedad con el cuerpo? Me atrevo á decir que todo clama contra esta suposicion: el cuerpo es ciertamente ménos perfecto que el alma, y sin embargo aun despues que la muerte ha roto la union entre ámbos quedan existentes todas sus partículas, muda de figura, pasa por transformaciones, pero no se aniquila: ¿y quereis que el alma, la mas noble porcion de nosotros y tan superior al cuerpo por sus facultades, vuelva otra vez á la nada? Yo tengo sin duda alguna derecho de suponer que el alma del hombre no es de peor condicion que un átomo de materia; y si desde la creacion no hay un solo ejemplar del aniquilamiento del menor de los átomos, ¿no podré creer

que el alma no está expuesta á ser aniquilada? Esta es, dijo Fenelon (1), la preocupacion mas razonable, la mas constante y decisiva: á nuestros adversarios toca arrancárnosla por medio de pruebas claras y convincentes. Es una ley jeneral desde la creacion, que ningun ser se aniquile; y si Dios ha hecho contra el alma una escepcion de esta ley, corresponde al materialista darnos la prueba de esta voluntad particular del Criador.

Tampoco se nos diga que el alma separada del cuerpo estaria sin vida, privada de sentimiento, y en un estado de estupor y de muerte; ¿pues en que se funda semejante idea? Es cierto que en el actual órden de cosas el alma depende del auxilio y accion de los órganos para el ejercicio de sus facultades, y que por ellos recibe mil sensaciones diversas que son para ella ricos materiales de una multitud de conocimientos; pe-

(1) *Lettres sur la religion:* lib. II, cap. II, núm. 6, tom. I, edicion de Versalles.

ro no es el ojo el que tiene la sensacion de la luz, ni la oreja la del sonido: estos órganos son el vehículo y no el centro de las sensaciones; son el instrumento y no el principio de nuestros conocimientos. ¿Y quien nos ha dicho que el alma no podrá algun dia dejar de necesitar de su ministerio, y que Dios no sea bastante poderoso para hacer sin ellos lo que ha querido que se haga en este mundo por su medio? Advertid como aun en este mundo se desprende el alma en ciertas ocasiones de las impresiones de los sentidos y de la imajinacion, y sale del limitado círculo de las sensaciones y experiencias particulares para remontarse hasta las nociones jenerales de órden, de justicia, de belleza y de verdad: notad como por su propia actividad es capaz de las mas profundas especulaciones; como se recoje de tiempo en tiempo en sí misma, como en una especie de santuario inaccesible al tumulto de las cosas sensibles, para alimentarse

solo de la contemplacion de la verdad; y ¿quien sabe si este imperio y esta independencia se aumentarán mas luego que esté desembarazada de los lazos del cuerpo? El alma y el cuerpo se resisten naturalmente por sus cualidades opuestas, y lo que mas debe admirar es que dos seres tan diferentes, y que solo el poder de Dios ha sido capaz de reunir, esten de concierto en sus operaciones y en mútua dependencia. Despues de la muerte queda sujeto el cuerpo á movimientos del todo ajenos á la accion del alma que ya no le gobierna, y el alma vive de ideas, de pensamientos, y de conocimientos independientes de la impresion de los órganos. Los mismos paganos conocieron que así debia ser; y que rotas por la muerte las cadenas de la prision del alma, volaria mas ilustrada y mas perfecta hácia las moradas celestes. Ciceron en su *Tratado de la vejez*, despues de haber referido la doctrina de Pitágoras, de Sócrates, de Platon y de Ciro moribundo,

observa que la naturaleza nos ha colocado mas bien bajo de una tienda de campaña que en una morada fija, y pone en boca de Caton estas palabras: «Oh dia feliz aquel en que saliendo del «fango de esta tierra me eleve hácia la «asamblea divina de los espíritus que «me han precedido!»

Así pues, para resumir esta primera consideracion, diré que, por el mismo hecho de ser el alma un ser simple, no puede la muerte del cuerpo, que es un compuesto, causar la del alma, y que todo nos induce á creer que la voluntad positiva del Criador es la de no aniquilarla; y ved como su espiritualidad nos suministra una poderosa reflexion á favor de su duracion despues de la muerte del cuerpo.

La segunda reflexion nace de ciertos sentimientos íntimos del alma que son comunes á todos los hombres. Todos tenemos dentro de nosotros mismos cierto presagio y cierto presentimiento de una vida futura. Porque si

no, ¿á que fin ese secreto deseo de sobrevivirnos á nosotros mismos, y de eternizar nuestro nombre en la memoria de nuestros semejantes que experimenta el aldeano igualmente que el sabio y el guerrero? El sabio quiere inmortalizarse por sus obras, el guerrero por sus hazañas; y apeteciendo el aldeano vivir á lo ménos en la memoria de sus hijos, se aflije con la idea de poder ser olvidado de ellos, y quisiera unir su nombre al edificio que ha levantado, al árbol que ha plantado y al terreno ingrato que ha sabido fertilizar; pero sobre todo parad la atencion en ese deseo inmenso de celebridad que domina á los hombres famosos, y que extendiéndose hasta la posteridad mas remota, se alimenta con la idea de que sus grandes y bellas acciones llamarán la atencion de todas las edades. ¿Y á que todo esto, si no estuvieran poseidos de una especie de esperanza de gozar ellos mismos de su gloria en los siglos futuros?

En todos tiempos se ha ensalzado, y con razon, el heroismo de aquellos que han sabido morir por su patria. Este sacrificio de la vida presente puede muy bien esplicarse supuesta la inmortalidad del alma; pero si todo se limitase al sepulcro, la actual existencia seria el supremo bien; y siendo la vida de un valor infinito comparada con la nada, la ley suprema seria vivir, y una verdadera inconsecuencia morir por sus semejantes. En efecto, Señores, el hombre no arrostra la muerte sino porque ve en ella un tránsito á otra segunda vida; en lo cual el sentimiento domina la razon, aun en el materialista de opinion, á quien yo diria: al morir por vuestra patria aspirais á la gloria; pero si despues de la muerte no existis ya mas que en la estátua ó en el lienzo que os pueda representar, ¿que os importan los cánticos del poeta, los elojios del orador ó las relaciones de la historia? Sin estar animado Caton de los sentimientos puros que inspira el

cristianismo, procedia de buena fe diciendo: «Yo no hubiera emprendido «nunca tantos trabajos civiles y militares, si hubiera creido que mi gloria «debiese acabarse con mi vida.... Pe«ro no sé como mi alma, elevándose «sobre sí misma, parecia creer que sa«liendo de esta vida empezaria á vivir.» Ved pues, Señores, como ese amor á la gloria de que estaban poseidos los hombres célebres tenia su oríjen en la esperanza secreta de una vida que debia empezar despues de la muerte.

La tercera reflexion á favor de la inmortalidad del alma tiene su oríjen en sus mismos deseos. Me esplicaré: Nacido el hombre sensible desea la felicidad y se dirije á ella como á su último fin; y no encontrándola sobre la tierra, ¿no es preciso que la busque en otra mejor vida? Demos á estas ideas la extension conveniente. Descended, Señores, al fondo de vuestros corazones; escuchad allí en el silencio de los sentidos y de la imajinacion la voz de

la verdad, y cada uno de vosotros dirá injénuamente conmigo: mi alma experimenta no sé que deseo de ser feliz, que nada de lo terrestre puede satisfacer; busco con ansia cierta cosa que no pueden darme las criaturas; corro tras una sombra que siempre huye de mí; mas de una vez suspiro á pesar mio de disgusto y de tedio, y quisiera un placer puro, fijo y permanente, pues comprendo que la felicidad sólo se halla en un corazon cuyos deseos estén todos satisfechos. Pero ¿adonde se encuentra toda esta satisfaccion? ¿Hay un solo mortal que la haya disfrutado sobre la tierra? Que venga, si le hay, y revélenos este secreto. Salomon en medio de sus magníficas diversiones, de sus deliciosos jardines, de la riqueza de sus tesoros, del esplendor de su gloria, y de la abundancia de los placeres confiesa que no es feliz; ¿y por que? Porque sus oidos no se sacian jamas de oir, sus ojos de ver, ni su corazon de desear. Conquista Alejandro el universo, y la tier-

ra enmudece ante él; pero fatigado, mas bien que saciado de gloria, suspira y llora en medio de los trofeos del mundo vencido. Tiberio disgustado del poder corre á encerrarse en la isla de Capri, y busca en el refinamiento del libertinaje lo que no pudo hallar en la grandeza; pero Tiberio se engaña, la felicidad no habitará con él en la morada de sus torpezas, sentirá su miseria, y se verá precisado á confesarla á la faz del mundo entero. ¡Que ejemplos tan memorables de la nada de las cosas humanas, y de su insuficiencia para hacernos felices! Los he recordado para haceros conocer cuanta es el ansia del corazon humano, y como se ven frustradas sobre la tierra todas sus esperanzas.

Entrando ahora dentro de mí mismo, me digo: yo deseo ser feliz, está es la necesidad mas imperiosa de mi alma, y la inclinacion necesaria de mi naturaleza: yo no me he dado á mí mismo este deseo, ni está en mi arbitrio

despojarme de él; le he recibido de Dios con el ser y la vida; y siendo el término á que me hace caminar sin cesar, ¿no será necesario que tarde ó temprano me haga llegar á él? ¿Seria un Dios de verdad si me engañase en los deseos que él mismo me inspira, señalándome un término, y dejándome en la imposibilidad de alcanzarle? Y si esta dicha, para la que yo siento íntimamente que me ha destinado, no existe para mí sobre la tierra, ¿no será necesario que la haya puesto mas allá del sepulcro? Todo marcha en la naturaleza á su fin particular; el sol y los demas astros con sus movimientos regulares llenan todo su destino; los animales cumplen el suyo obedeciendo su maravilloso instinto: ¿y será el hombre el único en la inmensa cadena de los seres que no cumpla el suyo, y á quien haya condenado la Providencia á correr incesantemente hácia el fin de su naturaleza sin conseguirle jamas? Tengamos, Señores, ideas mas justas y mas consola-

doras de los designios del Criador y de la escelencia de la naturaleza humana.

La creencia universal del jénero humano me suministra la última reflexion. Los anales de los pueblos, antiguos y modernos, atestiguan que el mundo entero ha creido siempre en la vida futura. La supersticion, los vicios y la ignorancia han podido degradar esta creencia, y los sofistas combatirla; pero siempre ha dominado entre todas las naciones de la tierra. Serian inútiles largos pormenores sobre un hecho tan comprobado, y por esto nos limitarémos á algunos testimonios. Era tan universal en la antigüedad esta doctrina, que Ciceron no temió hacer decir á Lelio en su *Tratado de la amistad:* «No puedo sufrir esos novadores «que aseguran en nuestros dias que «todo concluye en el sepulcro; y para «mí tiene mas valor la autoridad de «los antiguos, la de nuestros antepa-«sados, la de los ilustres personajes «que han sido la gloria y el ornamento

« de la Grecia; y sobre todo la de aquel « que fué declarado el mas sabio de to- « dos. » Séneca, en una de sus epístolas, hace observar que, cuando se trata de la inmortalidad de nuestras almas, es de mucha autoridad para nuestro entendimiento el asenso universal de los hombres. Yo no pretendo que Ciceron y Séneca hayan sido tan ilustrados ni tan firmes en su creencia como lo son los cristianos: y mi objeto ha sido solamente citarlos como testigos irrecusables de la fe de la antigüedad. En los autores que han tratado de esta materia hallaréis reunidos los pasajes mas positivos sobre la fe de los pueblos antiguos, de los Ejipcios, Caldeos, Indios, Griegos, Romanos, Gaulas y Jermanos; y para citar solo un ejemplo, hablemos de los Gaulas cuya antigua creencia puede interesarnos mas como Franceses. César nos dice que los Druidas escitaban el valor de sus guerreros, y los exhortaban á desafiar los peligros con la esperanza de la inmortalidad: y esta, di-

ce tambien Lucano, les daba aquel ardor impetuoso que los hacia correr á la muerte; pues no habia para ellos mayor cobardía que economizar una vida que no se perdia para siempre. Por último, esta creencia de los pueblos se descubre hasta en sus mismas supersticiones y mas ridículas ceremonias, y se deja ver en efecto en los apoteósis, en las visiones de la metempsícosis, en el Elíseo y el Tártaro de la mitolojía, en el juicio de Minos y de Radamanto, en la evocacion de las sombras y en el temor pueril á los muertos.

En cuanto á los pueblos modernos bastan las relaciones de los viajeros que han recorrido las diferentes partes del globo. La fe de la inmortalidad del alma se hallaba ya en el nuevo mundo ántes que Cristóval Colon abordase á él. El ilustre Robertson dice: « nosotros « la hallamos establecida de un estremo « al otro de la América, mas vaga y « oscura en unas rejiones, mas clara

« y perfecta en otras, pero desconocida
« en ninguna. »

¿Y á quien no admira, Señores, esta conformidad jeneral de las naciones y de los siglos? ¡Cosa singular! Cuando los sentidos nada nos dicen acerca de nuestra existencia futura, ni de la duracion de nuestras almas despues de la muerte del cuerpo, y cuando por el contrario vemos que el hombre muere al parecer todo entero como las bestias, sin que nada nos indique exteriormente la menor diferencia; cuando la experiencia de todos los tiempos y la observacion de todos los dias no nos presentan mas que materia y descomposicion de partes, y que el hombre nace, vive y muere como los demas animales; y cuando en fin por todo lo que se presenta á nuestra vista parece que el jénero humano deberia propender al materialismo mas completo, ¿de donde ha podido venirle un pensamiento tan estraordinario como el de la inmortalidad del alma? ¿Cómo en medio

de las ruinas y de los estragos del tiempo y de la muerte ha podido resonar en todo el universo ese grito de inmortalidad? No lo dudeis, Señores, el autor de la naturaleza es el que ha impreso este sentimiento en nuestras almas, así como las ha dotado de intelijencia y de humanidad; y es tan imposible despojarnos de él, como privarnos de la razon y del pensamiento.

Hay en fin, Señores, un testimonio constante, universal é irrefragable de los sentimientos, de la esperanza y de la creencia del jénero humano, que corrobora singularmente las reflexiones que acabo de exponer: hablo del culto relijioso de los muertos, conocido en toda la tierra, así en la antigüedad como en los tiempos presentes. ¿A que fin ese respeto á sus despojos? ¿Esos sepulcros erijidos en su honor, y esos cánticos lúgubres consagrados á su memoria se dirijen á un polvo insensible y vil, ó nacen por el contra-

rio del pensamiento secreto de no ser indiferentes los muertos á los testimonios de nuestro afecto, de ser como testigos de nuestras lágrimas y de nuestra afliccion, y de poder nosotros conservar una especie de sociedad afectuosa con aquella parte de ellos que aun vive?

Hay un pueblo en las estremidades del Oriente que pone sobre los sepulcros diferentes manjares para alimento de los muertos, y entre los idólatras Peruanos, las mujeres y los hijos de los Incas se ofrecian á la muerte para honrar los funerales de estos y acompañarlos en el otro mundo. Osian, ó el que ha cantado bajo de su nombre, hace vagar en las nubes las sombras de sus guerreros cazadores, y los supone sensibles á los cánticos que los Bardos consagran á su gloria. ¿No tiene todo esto una manifiesta conexion con la doctrina de la vida futura? ¿Pero por que encanto irresistible colocamos de este modo la vida hasta en la morada de la

muerte? «En esto es, dice un escritor «célebre (1), en lo que la naturaleza hu- «mana se muestra superior al resto de «la creacion, y denota sus altos desti- «nos. ¿Conocen las bestias el féretro, «ni las conmueven sus cenizas? ¿Que «les importan los huesos de sus padres? «ó por mejor decir, ¿conocen á estos «acaso despues que han pasado las ne- «cesidades de la infancia? Solo el hom- «bre, entre todos los seres creados, re- «coje las cenizas de sus semejantes y les «tributa un respeto relijioso, y á nues- «tros ojos el dominio de la muerte tie- «ne algo de sagrado. ¿De donde nace «la grandiosa idea que tenemos de la «muerte? ¿Merecerá un poco de polvo «nuestros homenajes? Ciertamente que «no, y si respetamos las cenizas de nues- «tros antepasados es porque una voz «secreta nos dice que no todo ha muer- «to en ellos: esta es la voz que consagra «el culto fúnebre entre todos los pue-

(1) Chateaubriand. *Génie du christianisme*, lib. VI, cap. 3.

«blos de la tierra. Todos estan igual-«mente persuadidos de que el sueño no «es durable ni aun en el sepulcro, y «que la muerte no es mas que una trans-«figuracion gloriosa.»

Sí, la relijion de los sepulcros está unida al sentimiento de la inmortalidad, y en este punto la experiencia confirma la razon. Jamas en efecto se han visto las cenizas de los muertos mas indignamente profanadas que en aquella época en que el materialismo mas brutal prevaleció entre nosotros: cuando en el hombre que muere no se ve mas que una máquina que se descompone, ó una planta que se deshace, y cuando se cree que nada queda de él mas que un asqueroso despojo, ¿que veneracion podrémos tributarle? ¿No nos sentimos por el contrario inclinados á tratarle como el cadáver del animal mas inmundo? Si catorce siglos de una piadosa veneracion no pudieron salvar de ultrajes los restos mortales de la patrona de esta capital; si se vieron por algun

tiempo los huesos mismos de Turena descansar al lado de los del elefante y del cocodrilo, y si tantos ilustres difuntos fueron arrojados de su última morada, fué porque la relijion misma carecia de asilo, y porque las doctrinas perversas habian casi borrado el sentimiento de la inmortalidad. Sí, el sacrílego materialismo fué el profanador de los sepulcros, y la creencia en la vida futura es la que los hace venerables.

Habeis visto, Señores, como reflexionando sobre la espiritualidad de nuestra alma, sobre sus mas íntimos sentimientos, sus mas ardientes deseos y sus mas arraigadas creencias, descubrimos en nosotros mismos el jérmen y las prendas de la inmortalidad: veamos si del conocimiento de Dios y de sus perfecciones no nacen reflexiones aun mas convincentes.

Atreverse á decir que no hay Dios, es un estremo monstruoso al que el entendimiento del hombre no se entrega

jamas sin zozobra y sin inquietud: ¿y cual es el ateo que está íntimamente convencido de su ateismo? Sus mismas blasfemias publican la fe oculta en el fondo de su corazon, y sus frecuentes discursos contra la Divinidad descubren el terror que le inspira. Montesquieu ha dicho: «El hombre piadoso y «el ateo hablan contínuamente de la re«lijion: el uno habla de lo que ama, y «el otro de lo que teme.» No: el ateismo, Señores, no es una opinion; es sí un delirio, un furor.

Reconocer un Dios sin Providencia es una inconsecuencia grosera; es hacer de Dios un Rey sin vasallos, un señor sin autoridad, un padre sin bondad, y un legislador sin plan ni sabiduría, que abandona su obra y sus leyes á los caprichos del acaso; luego hay un Dios que gobierna al jénero humano y que preside á sus destinos con tanta sabiduría como justicia. ¿Y como podríamos sin embargo reconocer en este mundo al Dios justo y sa-

bio, si este mundo no estuviese enlazado con otro mundo futuro?

¿Y que exije en este caso la justicia divina? La razon nos dice que Dios, justo apreciador de todas las cosas, no puede mirar del mismo modo al parricida que al hijo sumiso; al amigo fiel que al pérfido; al desapiadado avaro que al corazon jeneroso; al horrible homicida que al libertador de su semejante: pensar de otra manera seria suponer á Dios ménos perfecto que el hombre, pues este á pesar de los defectos de su naturaleza, no puede ménos de sentir un secreto horror al vicio, aun en el momento mismo en que tiene la debilidad de entregarse á él, y un amor oculto á la virtud, aun cuando no tenga valor para practicarla. Sí, mi conciencia misma me dice que la virtud es apreciable, digna de elojios y de recompensas, y el vicio despreciable y digno de oprobio y de castigo: este es el grito de la naturaleza, y esta es la idea de justicia impresa en nuestras almas. De

este modo, y por una serie de ideas encadenadas unas con otras vengo á parar en que no hay Dios sin justicia, ni justicia sin recompensas para la virtud y castigo para el vicio.

Pero en vano buscamos sobre la tierra este órden de cosas, el único conforme á la rigurosa equidad. Es cierto que Dios para animar á los buenos y aterrar á los malos, para advertir mas palpablemente á los hombres que su Providencia vela sobre ellos, y hacerles presentir lo que les espera, hace alguna vez brillar su justicia en el hombre de bien colmándole de prosperidades, y en el culpable descargando sobre él golpes tan espantosos y visibles, que es imposible desconocerla. Mas de una vez enfermedades vergonzosas y crueles, disgustos mortales, pesares roedores y una ruina total y repentina hacen sentir á los culpables la mano vengadora que pesa sobre su cabeza; pero á pesar de todos los ejemplos de esta clase es preciso

convenir en que si la vida presente no estuviese enlazada con otro órden de cosas, este mundo no seria mas que un caos, un enigma inconcebible y un perpétuo desórden que clamaria contra la Providencia y contra su justicia. ¿Que nos presenta la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos? Bien frecuentemente desconocidas las virtudes, honrados los vicios, delitos sustraidos á la cuchilla de la justicia humana, familias arruinadas por la mala fe, víctimas desgraciadas de la envidia y del odio, la inocencia jimiendo en las prisiones, y la virtud pereciendo en los cadalsos. Son tan repugnantes estos desórdenes, que las almas débiles é impacientes han tomado de ellos ocasion para blasfemar contra la Providencia, y mirarla como indiferente al gobierno de las cosas humanas, para creer perdidos los esfuerzos del hombre de bien, y esclamar como aquel Romano vencido en los campos de Filipo: *¡O virtud, no eres mas que un fantasma!* Jamas,

Señores, es cierto, saldrá de nuestra boca semejante impiedad, y ménos aun se abrigará en nuestro corazon. Esos desórdenes, que resaltan por todas partes á nuestra vista, deben recordarnos el órden eterno de que Dios es oríjen: yo sé que existen en los tesoros de su omnipotencia medios de reparar cuanto hay desarreglado en este mundo: me arrojo al seno de la eternidad, y dirijiendo desde allí mis miradas sobre la tierra, la veo en su verdadero punto de vista; desde allí reconozco que lo que parece en ella mas discorde, forma parte de la armonía universal por su enlace con los designios infinitos de aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Los trabajos del hombre virtuoso no son á mi vista injusticias, sino pruebas y combates que conducen á la gloria: y cuando comparo lo que padece con la corona que le está preparada, solo veo ya en sus aflicciones las angustias de una alma que se labra su inmortalidad; y esto es lo que ha querido decirnos el sabio

en aquellas graves palabras (1): «He «visto bajo del sol la impiedad en lugar «del juicio, la iniquidad en el puesto «de la justicia, y he dicho luego en mi «corazon: Dios juzgará al justo y al «impío, y entónces será el tiempo de «ordenar todas las cosas.»

Pero se dirá tal vez: ¿por qué recurrir á la otra vida para justificar á la Providencia? Si buscais recompensas para la virtud, las hallaréis en la paz y en el testimonio de una buena conciencia; y si castigos para el vicio, los encontraréis en los remordimientos inseparables de él: pero esto no es mas que un vano sistema por el cual es imposible salvar la justicia divina, y cuya futilidad vamos á haceros conocer. No es la justicia de Dios como la de los hombres, pues es infinita como su poder. Es digno del que todo lo conoce y lo puede, premiar todo lo bueno y castigar todo lo malo; destinar recom-

(1) Ecclesiast. III. 17.

pensas á la virtud, y al vicio castigos indefectibles, suficientes y asignados con medida y proporcion, lo que no serian si todo se redujese á la paz del alma en los justos, y á los remordimientos en los culpables.

Quereis primeramente que la paz del alma sea el único premio de la virtud; pero esta paz no es siempre inseparable de ella, y hay corazones virtuosos que viven sobresaltados, y que tímidos hasta el estremo, temen en donde nada hay que temer: la delicadeza de su conciencia es su tormento: la imajinacion los asusta con fantasmas, y les pinta los mas lijeros defectos con los colores de los vicios mas feos, convirtiendo de este modo en mal lo que es un bien: así la paz se desvanece entre las borrascas de una alma ajitada, y con ella tambien lo que creeis ser la única recompensa de la virtud. Es preciso ademas que la recompensa sea proporcionada al mérito; y sin embargo esta regla de equidad se encuentra violada á cada paso

en este mundo. En efecto, esa paz de la conciencia acompaña tambien virtudes que aunque sólidas son ménos penosas á la naturaleza; ¿y cual será en este caso la recompensa de las virtudes mas sublimes y mas difíciles? Voy á esplicarme: nace un hombre con felices inclinaciones; apacible, modesto y dueño de sí mismo, por temperamento practica natural y fácilmente la virtud; miéntras que ajitado otro de pasiones violentas, tiene necesidad de ser pacífico en medio de los arrebatos de un carácter fogoso, continente á pesar de la impetuosidad de sus deseos, y modesto en medio de la fama de un renombre esclarecido. Si uno y otro son virtuosos, gozarán ambos igualmente de la paz del alma sobre la tierra; pero el uno tiene mas obstáculos que vencer, mas triunfos que conseguir sobre sí mismo: su fidelidad es mucho mas difícil, y mucho mas meritoria por consiguiente su virtud y digna de mayor recompensa: sin embargo esta

seria la misma si solo consistiese en la paz del corazon. Pero todavía hay otra reflexion de la mayor fuerza: cuando el hombre de bien muere por su deber, cuando hace el sacrificio de sus dias mas bien que el de su conciencia, entónces es cuando se hace mas agradable á su Criador, y mas digno de sus favores: pero si no hubiese otro premio para su virtud que la tranquilidad de su conciencia, ¿en donde recibiria la recompensa de su heroismo? ¿Bajará con él al sepulcro la paz de su alma? Suponeos colocados entre la prevaricacion y la muerte, y que en este caso os manda Dios morir por complacerle: ¿será preciso que ejecuteis sin esperanza de recompensa alguna este último acto de vuestra vida, que corona todos los demas, y es el mas meritorio de todos? ¿Habria cosa mas injusta? No: ó Dios no os manda morir por vuestro deber, ó es preciso que premie una obediencia manifestada hasta con la muerte: ¿y en donde, repito, se reci-

birá el prèmio si todo acaba al morir?

No está mejor fundado el limitar el castigo del vicio á los remordimientos. Convengo en que el delincuente halla su primer castigo en la acusacion de su propia conciencia; pero si los remordimientos fuesen su única pena, entónces los mas delincuentes serian por lo comun los ménos castigados, porque sabrian mejor que los otros sufocar los gritos de su conciencia bajo del peso de la multitud de sus crímenes. La primera falta es á la que se sigue el remordimiento mas agudo; despues es demasiado frecuente familiarizarse con el vicio, y debilitarse los remordimientos á medida que el hombre se entrega á él, acabando segun el lenguaje de los Libros sagrados por tragar la iniquidad como el agua: por tanto si los remordimientos son la única pena del vicio, falta toda la proporcion entre el delito y el castigo, y para decirlo de una vez, los remordimientos no serian mas que una preocupacion ridícula, de la que

seria preciso libertarse, si no hubiera nada que temer mas allá del sepulcro. Yo bien concibo por que un alma puede tener remordimientos interin está penetrada del temor de un Dios vengador; pero si este temor se debilita ó se apaga, es preciso que con él se debilite y apague tambien el remordimiento. Por esto tienen los grandes criminales una secreta inclinacion á las doctrinas del fatalismo, igualmente que á las del materialismo; pues presentándoles las unas sus crímenes como necesarios, se dirijen á libertarlos de los remordimientos al paso que las otras les ofrecen la impunidad haciendo morir juntos el alma y el cuerpo. Libres así de todos los terrores de una vida futura podrán muy bien temer el suplicio ó el oprobio, pero no sentirán los remordimientos. Por otra parte ¿no sabemos que el culpable se disfraza mas de una vez á sí mismo la injusticia y la enormidad de sus acciones, que los crímenes afortunados dejan de serlo á

sus ojos, y que los escesos mas escandalosos no parecen tales cuando se los ve al traves del prestijio de la gloria? ¿Y creerémos de buena fe que algunos lijeros remordimientos sean suficiente castigo de acciones que pueden causar la ruina de las familias, de las jeneraciones y de las naciones enteras?

Hay en fin un delito particular que quedaria impune en el sistema que combatimos: hablo, Señores, de ese crímen raro en otro tiempo y demasiado comun en nuestros dias, espanto de la sociedad y escándalo de las costumbres, del *suicidio*. Si no hay mas castigo para el crímen que los remordimientos, ¿cual será el de ese hombre que debiéndose á la sociedad que le ha alimentado en su seno y ha velado por la conservacion de sus dias, á su familia con la que ha contraido obligaciones, y sobre todo á Dios que le ha dado la vida y es el único que tiene derecho de quitársela, se la arranca sin embargo á sí mismo con desprecio de to-

das las obligaciones, divinas y humanas, echando acaso con este último atentado el sello á una vida del todo criminal, á ménos que no le cometa estando demente ó privado de su libre albedrío? Si su alma ya no vive, segun pretendeis, ¿como podrán obrar los remordimientos en lo que está reducido á la nada? Concluyamos pues, Señores, diciendo que la paz que consuela al justo, y los remordimientos que atormentan al malvado, empiezan en este mundo la diferencia que debe hacerse un dia con mas esplendor y exactitud, y son el preludio, no la medida de la justicia divina: de este modo los consuelos de la virtud, y las amarguras del vicio en esta vida establecen mas bien que destruyen la doctrina de la vida futura.

No se alegue tampoco que la justicia divina quedaria satisfecha con el aniquilamiento del culpable: ¡vano subterfugio! La justicia divina debe ejercerse de un modo capaz de intimidar

al hombre, de contenerle en su deber ó atraerle á él: los malvados no tendrian ciertamente temor alguno si contasen con seguridad con el recurso, aunque miserable, de su aniquilamiento. Por otra parte, ¿no deben las penas aplicarse con equidad, y graduarse por el número, la naturaleza y la gravedad de las faltas, de modo que haya desigualdad en los castigos, cuando la hay en los delitos? ¿Podrá la soberana justicia confundir un simple robo con un parricidio? Sin embargo los delitos serian igualmente castigados si la aniquilacion fuese la pena comun á todos.

Descendamos aun por un momento al fondo del corazon humano, y profundicemos las ideas que debemos formarnos de la Providencia en el gobierno de este mundo. El temor y la esperanza son como los dos polos del mundo moral; todo camina y jira sobre estos dos sentimientos; ellos son los que establecen y perpetúan la subordinacion y el órden en la sociedad lo mis-

mo que en las familias, y en los ejércitos como en las ciudades. El corazon del hombre está lleno á un mismo tiempo de deseos y de debilidades, y necesita ser estimulado por la esperanza y contenido por el temor. Manifestadle el premio de la virtud si quereis que la practique, y el castigo del vicio si quereis que le evite. ¿Que se pensaria de un capitan que tratase al soldado cobarde del mismo modo que al esforzado? ¿Que, de un lejislador que despues de haber publicado un código de leyes las abandonase al capricho de cada uno, y no ofreciese ningun motivo poderoso para ser fiel á ellas, ni supiese animar con promesas á los obedientes, é intimidar con amenazas á los infractores? Destituidas entónces las leyes de su necesaria sancion, ¿no quedarian sin fuerza y sin autoridad? ¡Y se quiere que Dios, supremo lejislador, abandone sus leyes á la voluntad de cada uno, que no vea ni la fidelidad ni la rebelion; y que los unos las observen

sin utilidad, y los otros las violen impunemente! Si esto fuese así, nada habria hecho para asegurar el imperio de ellas, y su obra seria tan indigna de su sabiduría como de su justicia.

Yo bien sé que un amor desenfrenado de independencia nos hace enemigos de toda regla, y que quisiéramos sacudir su yugo. Encadenando la Providencia á nuestros deseos, le permitimos que pueda preparar recompensas á la virtud; pero nos irritamos con la idea del castigo, y queremos esperarlo todo de su bondad, sin temer nada de su justicia; pero su justicia y su sabiduría nunca la abandonan: tienen sus derechos como los tiene su bondad, y es preciso que brillen en sus obras, y aseguren la ejecucion de las leyes y de las obligaciones que Dios nos impone: mas una y otra quedarian violadas, como dejo probado, si la nada fuese la única pena de los malvados.

Es pues cierto, Señores, que el sepulcro no es el término de la vida hu-

mana; que lo que vive y piensa en nosotros no muere; que este corazon que suspira por la felicidad, y esta intelijencia que anhela por la verdad, serán en fin satisfechos. Sí, léjos de nosotros ese materialismo que mantiene al hombre encorvado hácia la tierra, hácia esa tierra que solo tocamos con la estremidad del cuerpo, como para enseñarnos á despreciarla. ¡Cuan consolador y sublime es el destino del hombre llamado á vivir mas allá de los tiempos! No hablo de esa inmortalidad concedida en el mundo á la memoria de aquellos que se han hecho ilustres por su injenio y sus tareas, y que solo es una vana imájen de la verdadera inmortalidad que debe ser el patrimonio de la virtud. Arrebatado el poeta romano de la belleza de sus obras se atrevia á esclamar en su entusiasmo lírico (1): «Acabo de erijir un monumento mas du«radero que el bronce; yo no moriré

(1) Horat. *Carmin.* lib. III, Oda 30.

«todo entero,» *non omnis moriar*. Tenia razon, Señores: su nombre vive aun en la memoria de los hombres: ¿pero que influyen en su dicha los elojios de la posteridad? Él se prometia una gloria de que no debia gozar, y nosotros anunciamos una gloria inmortal que ha de disfrutar el que observe la virtud. ¡Que nueva luz derrama este pensamiento sobre todas las cosas humanas! Ella en efecto me descubre que este mundo no es mas que un espectáculo de máquinas organizadas por cierto tiempo, que se romperán un dia para siempre, y con las qué el Criador juega y se divierte: veo tambien por el contrario que el Ser infinito se ha propuesto fines dignos de su infinidad, que no se arrepiente de los dones que ha concedido á nuestra alma, y que despues de haberle dado el poder de conocerle y glorificarle, quiere realmente ser conocido y glorificado por ella para siempre. La antigüedad profana imajinó un sabio á

quien nunca vió, que permaneciese inmóvil en medio de las ruinas del universo (1); pero esta idea se verifica en el justo á quien sostiene y anima la esperanza de una dichosa inmortalidad. Ajiten entónces la tierra mil sacudimientos diferentes, conmuévase y caiga todo á su rededor: elevado él sobre las cosas creadas, solo contempla las cosas eternas; la última desgracia que puede sucederle es morir; ¿pero que le importa la muerte si su alma es inmortal? De este modo el dogma de la inmortalidad del alma consuela la desgracia, reanima la virtud, reprime el vicio, justifica á la Providencia, esplica al hombre y el mundo moral, y es como una cadena misteriosa, que baja desde el trono del Criador hasta nosotros para unir la tierra al cielo, al hombre á su Dios, y el tiempo á la eternidad.

(1) Horat. *Carm.* Lib. III, Oda 3.

TABLA

DEL TOMO PRIMERO.

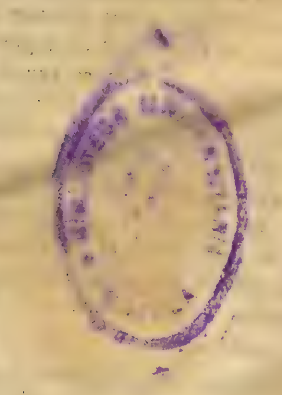
Páj.

FIN DE LA TABLA DEL PRIMER TOMO.



FE DE ERRATAS.

Pájina	*Línea*	*Dice*	*Léase*
46	14	necesariamente	solamente
87	24	remontar	remontarse
372	1		
154	11	prevalecen	prevalen
215	10	el sentido	sentido
229	25	intelijibles	inintelijibles
231	1	ser un	un ser
276	11	me	nos
317	19	corporales	corpóreos
333	11	corporal	corpórea
336	12		
370	15	su	sus
412	14	ue	que



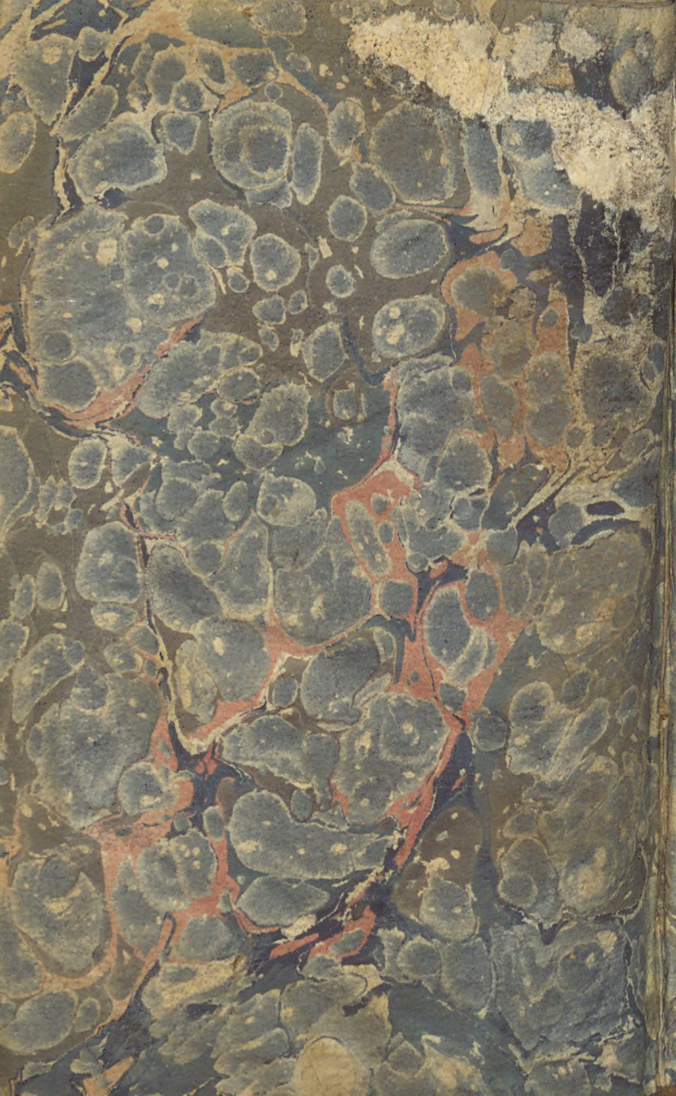
ADVERTENCIA.

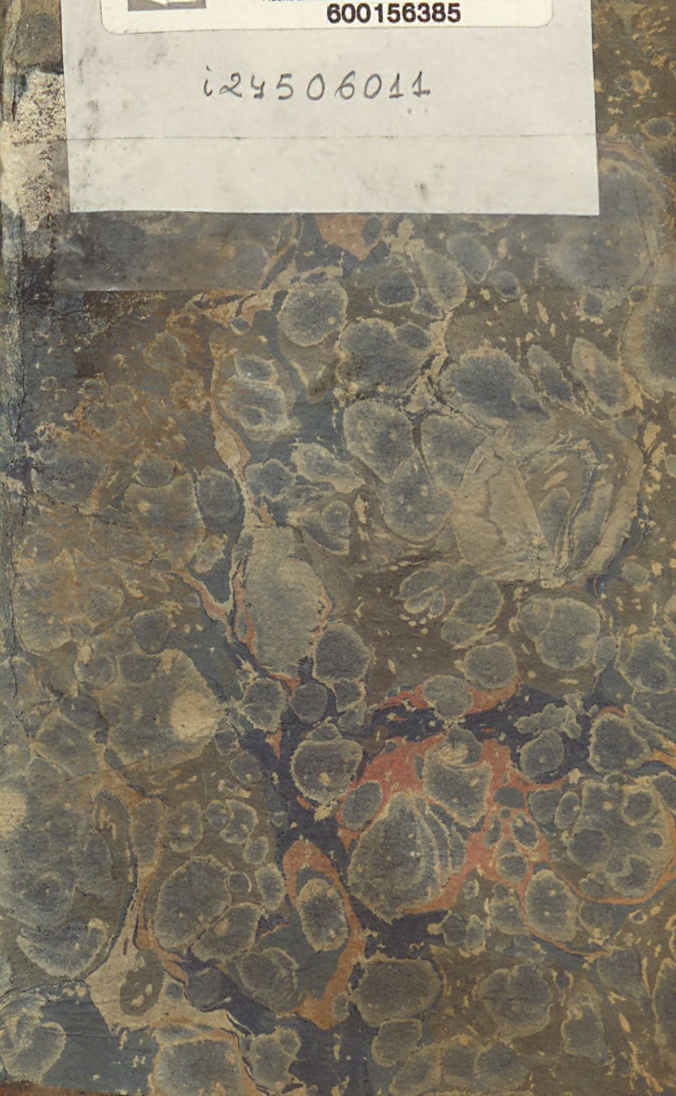
Se hallará de venta esta obra en la imprenta de D. Leon Amarita, plazuela de Santiago, n. 1, y en las librerías de Villareal, calle de Carretas, y de Romeral, calle de Jacometrezo.

OTRA OBRA DE D. F. T. A. Ch. DE VERNEUIL.

Grammaire Espagnole composée par l'Académie Royale Espagnole, *traduite en français*, enrichie de notes explicatives du texte, et dans laquelle la liste des constructions espagnoles a reçu un accroissement de plus d'un tiers, et a été, ainsi que tous les exemples et les diverses nomenclatures, traduite en français et en anglais, augmentée de remarques détachées sur la langue espagnole, ou *Supplément à la Grammaire de l'Académie* dans lequel toutes les règles sont confirmées par un grand nombre d'exemples tirés des meilleurs auteurs tant en prose qu'en vers; de Traités de la prononciation, de l'orthographe, de la versification et de l'accent espagnols, de *proverbes* et *d'idiotismes espagnols, français* et *anglais*. Dos volúmenes en 8.º mayor. Paris, Samson, 1821.

Se halla de venta en las mismas librerías.






DEFENSA
DEL
CRISTIANISMO
I
20


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm